El mito, la leyenda y el hombre

Usos y costumbres del Folklore

POR FELIX MOLINA-TELLEZ

EDITORIAL CLARIDAD

FELIX MOLINA-TELLEZ

Félix Molina-Téllez es una figura de relieves propios en el mundo periodístico de nuestros días y, muy especialmente, cuando le toca actuar en el tema predilecto de su labor intelectual, que es el tema específico a que se refieren las páginas del presente volumen, con el que la *Editorial Claridad* inicia una nueva serie de su *Biblioteca Arco Iris*.

Nacido literariamente en Santiago del Estero, desde muy joven se dedicó a la labor periodística, destacándose en pleno auge de la Reforma Universitaria, por su tarea en los periódicos «Fígaro» de La Banda, «El Interrogante», «La Voz de Sarmiento» y otras publicaciones similares.

Más tarde, y con tal aprendizaje en su haber, encaró de lleno su profesión, militando en el periodismo santafecino y porteño y en revistas como «El Hogar», «Mundo Argentino», etcétera, hasta llegar a ejercer la dirección de «Rosario Bibliográfico» en el año 1934. Simultáneamente completó sus estudios, recibiéndose en el Instituto del Profesorado, de Paraná, donde recibió su título de Profesor en Letras, llegando a ejercer diversas cátedras y la presidencia de la Asociación Santafecina de Escritores.

Su labor como escritor folklorista data de muchos años y ha sido de los primeros en explorar a fondo ese rico venero de nuestras tradiciones, con el intento de metodizar los estudios folklóricos y exaltarlos a su jerarquía histórica correspondiente en los fastos de la nacionalidad.

El Mito, la Leyenda y el Hombre, no es sino una expresión de la plenitud y la madurez en la materia, como se advierte desde las primeras páginas de este libro. Penetrando en ese mundo ignorado y sugestivo que no deja huellas en los anales y que aparece como las piezas sueltas de un inmenso cuadro costumbrístico, la avezada pluma de Molina-Téllez, nos lleva a la presencia de una reconstrucción fidelísima de un cuadro cultural y social de vastas dimensiones y con ello nos ofrece la imagen de una civilización que los colonizadores se empeñaron en destruir, en lugar de preservarla y cultivarla.

Félix Molina-Téllez

EL MITO, LA LEYENDA Y EL HOMBRE

USOS Y COSTUMBRES DEL FOLKLORE

BUENOS AIRES

INDICES

Nota editorial 13

INTRODUCCIÓN

1.—Significado y adaptación de la palabra folklore 17
2.—Importancia del estudio del folklore 19
3.—Definición y carácter del folklore 20
4.—De las fuentes del folklore 21
5.—El material folklórico de una región 23
6.—Lo popular y lo folklórico 25
7.—Lo individual y lo colectivo 27
8.—Valores de la producción colectiva 28
9.—De lo universal en el folklore 30
10.—De lo culto y lo popular 31

Capítulo I. — PRINCIPALES CULTURAS ABORÍGENES DE NUESTRO TERRITORIO

1.—La proyección de viejas culturas en los mitos, leyendas y costumbres actuales. -- Desarrollo de la mentalidad indígena en la Colonia 33
2.—Los pueblos humahuacas 34
3.—Los diaguitas. -- Los Calchaquíes. -- La vieja gobernación del Tucumán. -- Primitivos medios de siembra. -- La cerámica. -- Adoración de las divinidades atmosféricas 36
4.—Grupos ribereños del Paraná 43
5 —Pueblos pobladores de la Pampa 45

Capítulo II. — DESARROLLO O EVOLUCIÓN DEL MITO EN LA MENTALIDAD POPULAR

1.—El deseo del hombre primitivo de superar a la naturaleza 47

2.—El hombre civilizado en los bosques de la Mitología. -- El héroe ante el acto tabú.--Mitos populares argentinos 50
En torno al mito de Juan Porfiao 51
El caso de Bazán Frías en Tucumán 54
El caso de Carballito 55
El caso de Tolosa en Santa Fe 57
La Telesita 58

3.—Canonizaciones y santificaciones en pleno goce de vida. 61
La "Santa Justina" 62
El "Santo Valdivieso" 63
El "Santo" Matías 65
La "médica" Petrona Campo 65

4.—El mito del "Familiar" 65
El mito del "Familiar" sobre el mito de América. 68
El caso de Iñico Ledesma 73

5.—El industrialismo en la concepción fáustica familiar .. 76

6.—Conclusiones a que llegamos con el mito del "Familiar" 82

Capítulo III. — LOS VEGETALES EN EL FOLKLORE

1.—Los beneficios de los vegetales como principio de adoración de los primitivos. -- La propia naturaleza del hombre en la vida vegetal. -- Identificación con el drama vegetal. -- El hombre y el vegetal 87
El culto al árbol 93

2.—Mitos, realidades y zona mágica de la Flora 96

3.—Paracelso y su botánica oculta. -- La influencia de los astros en la vida vegetal 104

4.—Las plantas del Paraguay y de las provincias del Tucumán, según los cronistas de la Colonia 106

5.—Flora prócer de la Argentina. -- El Ceibo. -- La Yerba Mate. -- El Ombú. -- El Paraíso. -- El Algarrobo. -- El Quebracho Colorado. -- El Mistol. -- El Palo Borracho. -- El Maíz. -- El Chañar. -- El Vinal, etc. 114
La leyenda de la Yerba Mate *(Caá)* 125

6.—El hombre en el bosque santiagueño. -- El carbón 141

7.—Arboles y arbustos históricos en la República Argentina 144
Capital Federal 144
Provincia de Buenos Aires 146
Provincia de Santa Fe 146
Prövincia de Entre Ríos 147
Provincia de Corrientes 147
Provincia de Córdoba 147
Provincia de San Luis 148
Provincia de Mendoza 148
Provincia de La Rioja 149
Provincia de Salta 149

8 —Plantas de uso frecuente en la terapéutica popular .. 150
Los vegetales en la superstición popular 152

9.—Los vegetales en la canción popular 153

Capítulo IV. — LOS ANIMALES EN EL FOLKLORE

1 —Los animales en el mito del fuego. -- El animismo. -- Animales adorados por el hombre 161
El culto del pájaro 164
El caballo de los araucanos 164
El cuervo, creador de la luz. -- Otros animales ... 165
El mito de la mantis religiosa 167

2 —Pervivencia totémica o sensación análoga de vida ... 168

3 —Período de la domesticación. -- La leyenda de Nontap, o de cómo los bueyes, que pertenecieron a los animales, cayeron en poder de los hombres 176

4 —Personajes de la fábula. -- Los animales en los mitos, leyendas y fábulas de nuestro territorio 182

5.—Dioses tutelares de la fauna regional 191

6 —La leyenda de la transformación del hombre en animal. 193

7.—Los animales y sus cualidades terapéuticas 198

8.—Algunas supersticiones y creencias en las que intervienen los animales 204

Capítulo V. — LAS FIESTAS DEL CARNAVAL EN LOS PUEBLOS DE LA MONTAÑA Y DE LA SELVA

1.—Orígenes universales de la fiesta 223

2.—Carnaval de Santiago 225
Las trincheras. -- El baile 227

3.—Carnaval de los valles salteños. -- El jueves de compadres y comadres, como preludio 229
El bautizo del Carnaval 230
El Topamiento 232

4.—Carnaval en la Quebrada. -- Maimará. -- Purmamarca. -- Tilcara 233
El Fusilamiento 237

5.—Al pie del Ambato. -- Al pie del Famatina 237

6.—El entierro del Carnaval. -- La Kacharpaya 240

7.—La vidala de Carnaval 245

8.—El Carnaval en las vidalas 246

9.—El amor en las vidalas 249

Capítulo VI. — PRÁCTICAS MÁGICAS EN EL FOLKLORE ARGENTINO

1.—Los maleficios 253

2.—La ligadura o el lazo 257
El hijo de doña Norberta 260
El gualicho de la Tucumana 262

3.—El poder mágico de la palabra. -- El "ligamiento" ... 267
Otras prácticas comunes de "ligamiento" 271

4.—El Deseo 272
El mal de ojo 279

Capítulo VII. — El mito de la divinidad trinitaria de la civilización chacosantiagueña

1.—América y la concepción plástica de sus símbolos indígenas. -- Primacía de ornamentos clásicos 281

2.—La cultura calchaquí. -- El "Imperio de las Llanuras". -- Los hermanos Duncan y Emilio Wagner. -- Llagta Mauca 284

3.—Las artes decorativas en el Imperio de la Llanura. -- Las divinidades. -- Un viaje al viejo pueblo 288

INDICE DE ILUSTRACIONES

El Carbón

Págs.

El árbol. -- Ejemplares de quebracho blanco, de excelente resultado para fabricar carbón 128/29

El llamado "rodeo" de los trozos cortados en el bosque. 128/29

Armando el horno con trozos de quebracho blanco ... 128/29

El horno cubierto de paja 128/29

Después de la paja, se lo cubre de tierra y ya está listo para la combustión 144/45

El horno en plena combustión 144/45

Ya frío el horno, escarban la tierra y aparecen los primeros trozos de carbón 144/45

Carro típico, llevando el carbón a la estación ferroviaria. 144/45

El Hombre y su medio

El hombre y su vivienda 208/09

El agua: elemento precioso en la selva 208/09

Criollos del valle de Tafí, durante las fiestas de Carnaval. 208/09

La criolla experta en amasijos y confituras para las ceremonias del "Carnaval de los animales", el "jueves de compadres" o las "masaguaguas" 208/09

El clásico mortero labrado sobre un tronco de quebracho

Págs.

colorado, donde se pisa la algarroba para la aloja "carnavalera" 208/09

Atamisqui, antigua e histórica villa de Saconcho, ruta del antiguo Perú, en la selva santiagueña 208/09

Día de Feria del Tejido en Atamisqui 208/09

La hilandera en plena labor 208/09

Afirmando el hilo en la urdimbre, en el tosco aparato de fabricación casera 224/25

Hilanderas bajo la techumbre de los galpones de Atamisqui 224/25

La labor anual de una familia 224/25

Flores, en magníficas tramas, para las colchas que adornarán las habitaciones de las ciudades argentinas . . . 224/25

Alfombras de gustos diversos, entre las que se destacán las de "pelo cortado", derroche de prolijidad y buen gusto 224/25

Pabellón de Salavina, departamento santiagueño que se destaca por la riqueza del colorido que tienen sus tejidos 224/25

Magníficas estilizaciones de alfombras, colchas, cubrecamas, etcétera 224/25

Los hilos policromos, tendidos para la urdimbre y niños hilando con manos expertas 224/25

MITOLOGÍA DECORATIVA

Ilustraciones correspondientes al texto de las páginas 288/91, relativo a la mitología chacosantiagueña, en las artes decorativas y la cerámica 273/288

A LAS ESCUELAS DE
MI PATRIA, EN PROCURA
DE LA RECUPERACION
DE NUESTROS PROPIOS
VALORES.

NOTA EDITORIAL

El autor de este libro no es un turista más en el mundo del folklore. Es, por el contrario, un escritor que ha sabido entrar por sus grandes caminos y captar en ellos las magníficas expresiones del alma popular, estudiándolas con verdadera pasión de esteta. Es un precursor de la disciplina, pues ya en el año 1928, cuando aún no se había dado en el país otra tónica del folklore que no fuera la pintoresca y desperdigada de nuestros clásicos, Molina-Téllez escribió su encendido libro: *Una expresión de arte nativo*, que resultó un saludable mensaje del espíritu para los que, cegados por el snobismo en boga, se deslumbraban con el artificio de la cultura foránea y despreciaban la pequeña y mal revestida florecilla de nuestra tierra.

En revistas del país y del extranjero, ya en el cuento del más puro sabor vernáculo, en el ensayo enjundioso o en la nota periodística, Molina-Téllez se nutrió del venero de nuestra raza, hasta dar con *Tierra Madura* y *El Cielo en la Mitología Americana*, dos elevadas obras que apuntan su posición frente a la disciplina del folklore.

En el año 1932, sus cuentos fueron traducidos al alemán, al francés y al ruso, y la Sociedad de los Americanistas, de París, le tributó un voto de aplauso por su trabajo *El viejo pueblo que duerme su eternidad bajo los túmulos*, luego de haber sido escuchado en sesión solemne. Trabajador incansable, en el transcurso de diez años escribe 300 artículos sobre el tema; pronuncia cerca de cincuenta conferencias en instituciones y centros de enseñanzas del interior y Capital Federal, y organiza treinta bibliotecas sobre temas folklóricos en las escuelas de Santa Fe, sin dejar por eso de expresarse en el libro de verso, en el ensayo y en el periodismo.

El lema de este escritor es el de estar siempre atento a todas las manifestaciones del espíritu, sin embanderarse a otra escuela que no sea la que siempre se mantiene floreciente porque se nutre de la concepción humana sin vanos preconceptos. Su libertad espiritual, su extraordinario temperamento siempre tenso, va de un lado a otro de la emoción, buscando el alma de las cosas por rutas conmovidas. De ahí que sus páginas nos traigan el sabor de cosas eternamente

palpitantes, y resulten la labor de un estilista del folklore que desea dar *su nota* con la mayor elocuencia posible.

Una muestra palpable es el libro que hoy ofrecemos. Hay páginas en que, entusiasmado con el valor humano que ha observado, lo vemos dar libres riendas al poeta, al escritor, al estilista, que remata con un canto de vida y esperanza, por considerar que eso es lo saludable en la gran batalla del espíritu humano.

Este libro, EL MITO, LA LEYENDA Y EL HOMBRE, es una exposición admirable, de las supersticiones y de la sabiduría popular que imperan en el Norte argentino y otras partes de la República. El autor ha unido el estudio de la arqueología y de la etnografía al de las tradiciones vivientes y, de este modo, ha logrado captar aspectos desconocidos del alma popular americana. Su interés científico es muy grande y su belleza, para cualquier lector, resulta nueva y sorprendente. Esfuerzo, en verdad extraordinario, tiene el mérito de haber nacido de la contemplación de la naturaleza y de la vida en los lugares que con más pureza conservan tradiciones centenarias.

Cuando se ha acercado a los hombres de la puna, de la selva, de la pampa, no ha ido con el ánimo de arrancar el documento frío para sus trabajos folklóricos; lo ha hecho tendiendo su visión a los cuatro vientos del alma para ver la poesía que rebosa del potencial humano de cada pueblo. A la palabra del hombre de esas zonas ricas en sugerencias, le ha asignado un valor extraordinario que ha puesto de relieve en su trabajo *En el maravilloso mundo de la palabra,* donde hace gala de una aguda observación que da la tónica más elevada del alma popular. A la emoción, al silencio, a los hechos, a las cosas vivas e inanimadas que juegan en torno al hombre que conjuga su soledad con los elementos de la naturaleza, sabe arrancarle páginas de gran colorido como las de *Caranchos,* cuento antológico traducido al francés por considerarlo los editores como una de las piezas más características del folklore americano.

Nacido literariamente en Santiago del Estero, provincia rica en manifestaciones populares, y tierra propicia para que los mitos y leyendas aniden en la mentalidad de sus hombres, ha recorrido con preferencia todos los pueblos del norte, noroeste y altiplano, viviendo largo tiempo en apartados lugares para percibir con toda intensidad la nota humana.

Escritor, periodista y poeta, Molina-Téllez ha dado a la estampa libros como *La Ronda de los Candiles, Tiempo de la luna Redonda, Dioses del Tiempo, Poema para la tierra de mis hijos, Tierra Madura, El cielo en la mitología americana, Un poeta contra la tiranía, Antología del pensamiento político americano, Un tema de nuestra época, La tierra mitológica, Los fabulosos tesoros de las tierras de*

India, y muchos folletos con trabajos históricos, frutos de otras tantas conferencias.

CLARIDAD se complace en iniciar la segunda serie de su COLECCIÓN ARCO IRIS con esta obra de tan agradable sabor nacional, esfuerzo de un hombre inteligente y estudioso, que honra a las letras argentinas por su labor constructiva y permanente.

EDITORIAL CLARIDAD.

INTRODUCCION

§ 1. Significado y adaptación de la palabra folklore. -- § 2. Importancia del estudio del folklore. -- § 3. Definición y carácter del folklore. -- § 4. Las fuentes populares. Creencias y costumbres. Narraciones y refranes. Arte. Conocimientos populares de las diversas ramas de la ciencia. -- § 5. El material folklórico de una región. -- § 6. Lo popular y lo folklórico. -- § 7. Lo individual y lo colectivo. -- § 8. Valores de la producción colectiva. -- § 9. De lo universal en el folklore. -- § 10. De lo culto y de lo popular.

§ 1. *Significado y adaptación de la palabra folklore*

La voz folklore aparece con tonalidades exóticas en nuestra lengua y envuelta en un enigma que muchas personas no aciertan a explicarse. Sin embargo, nada más lejos de toda especulación que esta palabra que, por acuerdo tácito de eminentes hombres de ciencia, fué adaptada para designar una disciplina que en los últimos años ha merecido la atención de los estudiosos del mundo.

Claro está que la palabra es relativamente nueva, no porque el estudio de la materia a que se refiere sea un descubrimiento de los tiempos que corren, sino porque en un momento determinado se creyó necesario adoptar un vocablo universal que sintetizara el propósito de ese estudio y fuera, en su oportunidad, adoptado en la nomenclatura de algunos congresos internacionales —imponiéndose así, de hecho, a los vocablos regionalistas *Volkskunde* (alemán) y "demosofía" (vocablo español usado por Cejador, y Frauca y Aguilar Tejera)—. Actualmente se acepta sin reserva, aun en aquellas naciones celosas de su lenguaje.

Desde 1846 se conoce el vocablo. Williams J. Thomas propuso en el *Atheneum* de Londres la palabra Folklore, de las voces *folk* (gente, personas, género humano, pueblo) y *lore* (lección, doctrina, enseñanza, saber). Con ello quería designar la "sabiduría tradicional de las clases sin cultura de las naciones civilizadas". Don Ricardo Rojas, en una advertencia escrita en el "Catálogo de la Colección Folklórica", editado por el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dice: "Resistida en algunos pueblos por su procedencia extranjera, se quiso reemplazarla por su equivalente en romance "saber popular", o por su sinónimo formado de dos raíces griegas también equivalentes a las del vocablo inglés, y se

dijo "demosofía" (sabiduría de pueblo , siguiendo el procedimiento ya habitual para la formación de nombres técnicos. Ninguno de estos dos substitutos ha prosperado: "saber popular" parece acaso demasiado trivial, y demosofía, demasiado pedante."

Guichot y Sierra, el autor de "Historia del Folklore , al ocuparse de los orígenes del nombre dado a la ciencia, dice que el más apropiado es la voz inglesa de folklore. Al mismo tiempo da noticia de las voces utilizadas en otros países como elemento de juicio y, sin que importe negar el sentido absoluto que la misma tiene en cada país, ofrece como resuelta la voz anglosajona. Agrega el destacado estudioso español: "Alemania hizo *Volkskunde* y mejor correspondencia con la inglesa *Vollehre*, palabra compuesta de *Volk* (nación, pueblo, gente, vulgo y *Kunde* conocimiento, sabiduría) o *Lehere* (lección, doctrina, enseñanza . En Portugal se propuso, para los idiomas latinos, "demótica", del adjetivo griego *demotikos* (plebeyo, popular). Italia no hizo nombre concreto, y se designó por "tradición", por "literatura popular" , y algunas veces por "demología", palabra compuesta de los nombres *demos* (pueblo) y *logos* (palabra, discurso, tratado,. En Francia se dijo alguna vez "demología", y también ensayó el "demopsicología", "demotecnografía".

Después de los congresos de folklore, reunidos en París en 1889, en Londres en 1891 y París 1900, esta palabra es adoptada sin discusión para denominar el estudio de una ciencia que encara el conocimiento del saber popular, de la tradición de los usos y costumbres de un pueblo, transmitidos a través del cuento del canto, de la leyenda y de cualquier otra manifestación de su vida moral y material.

Como afirmando la justeza del vocablo, el folklorista francés Sebillot, decía: "El término folklore presenta una gran ventaja por su brevedad, sonoridad y también elasticidad de su significación. Además, permite la formación del sustantivo y del adjetivo folklorista, del adverbio folklóricamente, y del término folklorismo; y hasta se podrá añadir folklorizar y folklorizante."

A este respecto la discusión ha terminado ofreciéndonos un vocablo elástico y sonoro, y no creemos que en nombre de ningún propósito de orden nacionalista se inicien nuevas polémicas en torno al asunto. Si bien al principio —cuando el profano se inicia en la materia—, choca algo el término, a medida que se va penetrando en el estudio se da cuenta de que la nacionalidad de la palabra tiene una importancia relativa, y que su adaptación se ajusta a la disciplina que va llegando a conocer.

§ 2. *Importancia del estudio del folklore*

Destacados intelectuales del mundo han asignado una importancia singular al estudio del folklore en virtud de que el mismo significa un cooperante de indiscutibles méritos en los métodos de enseñanza de la historia. En momentos en que la historia agota los medios a su alcance para desentrañar ciertas formas de vida pretérita, el método folklórico se convierte en un auxiliar de importancia que bucea en la leyenda, en las canciones, en los usos y costumbres, en el panorama social y cultural de pueblos o civilizaciones perdidas. Es, asimismo, el que analiza el orden moral y el grado material de viejas culturas, en esas manifestaciones populares que han permanecido en tiempo y espacio como monumentos eternos y que la tradición va depurando y transmitiéndolas de generación en generación como si se tratase de la guía moral de un ciclo que se resiste a morir entre la nebulosa del pasado.

De la canción sencilla, del romancero anónimo, de la leyenda transmitida de abuelos a nietos, de generación a generación; de las supersticiones y el exorcismo; de todo lo que el pueblo elabora para su amargura y consuelo, surge el hecho social con una moral permanente que sirve para ubicar el estado de ánimo de una colectividad y la influencia que ha recibido del aluvión cultural o del paciente cultivo de sus auténticas expresiones. La música, que ha sido el primer símbolo espiritual del hombre, viene a nuestros días a enseñarnos su lenguaje de siglos, y la literatura, que es maestra del idioma, surge de las entrañas mismas de los pueblos para eternizarse en el alto pedestal de la prosa y de la poesía. Por eso la ruda caña del tocador de quena, puede decirnos el hondo drama que sus labios callan, y, el mutismo secular que hace cerrar su pecho, es en la flauta la confidencia más honda de su espíritu. Más que la historia del conquistador que explota y esclaviza, que cuenta tan sólo sus hazañas y la miseria del indio, permanece como documento vivo la leyenda indígena, la del mestizo, la del criollo, dando cuenta de la existencia de un pueblo sufrido que, cuando se le dió oportunidad, ofreció de sí las magníficas piedras cristalizadas en el fondo de su espíritu.

Por eso se le ha llamado al folklore cooperante eficaz de la historia, y todos los pueblos civilizados de la tierra han tratado la importancia del mismo incorporándolo a los planes de enseñanza y haciendo de su estudio una materia de imprescindible necesidad para la cultura humana. Pero no está aún difundida la utilidad de su enseñanza y, en muchos casos, se equivoca la verdadera misión del folklorista. El folklore es la fuente inagotable de una ciencia popular que se propone cooperar eficazmente en el esclarecimiento de la vida y en la evolución de los pueblos, y las piezas

folklóricas constituyen apreciables tesoros en cuyo lenguaje secular se revela la calidad de la psicología colectiva. Podrán destruirse los pueblos unos a otros; podrán todos los cataclismos condenar en las entrañas de la tierra a las más claras civilizaciones, que alguna voz, alguna nota musical o un trozo de tejido, salvados por casualidad sobre el haz de la tierra, darán cuenta de aquello que se perdió para el mundo y para la historia. Aquí entrará la labor folklórica, la labor del folklorista; labor que estará encomendada a ese hombre que acepta esa disciplina y es poseedor de una cultura superior y una sensibilidad dispuesta a desentrañar ese misterio de la vida, surgido de una manifestación humana.

Un error difundido, que parte de la poca práctica que hemos hecho del estudio del folklore, inclina a creer que folklorista es aquel que interpreta canciones populares. Con la misma impunidad podríamos llamar filósofo a aquel que por circunstancia fortuita lee un libro de Kant, o literato a aquel que lee una novela o un libro de poesía. Hay una distancia considerable desde uno a otro. Al que interpreta una canción le bastará con tener una voz agradable, pero al investigador folklórico no le sobrarán jamás los más completos conocimientos de las ciencias y de las artes.

§ 3. *Definición y carácter del folklore*

Los modernos estudiosos del folklore han cambiado por completo el concepto que de esta materia se tenía hasta hace pocos años. Su disciplina ya no es un mero pasatiempo ni ninguna exaltación del "pintoresquismo". Es una ciencia en el sentido lato del vocablo. Un eminente folklorista español ha dicho que la materia tuvo un valor científico permanente, pero que fué negado sistemáticamente por factores que analizaremos a su debido tiempo.

Angelo S. Rappoport, refiriéndose al carácter del folklore, dice: "Se ha definido el folklore como psicología del hombre primitivo, en su filosofía y religión, organización social y ceremonias. Esta "psicología del pueblo" se manifiesta en creencias y costumbres, practicadas todavía por la fuerza del hábito y de la tradición, y está expresada en cuentos y leyendas, en proverbios y máximas corrientes entre el pueblo. El estudio del folklore de una nación conduce, en cierto modo, a una mejor comprensión de su civilización y cultura. En los modales y costumbres, en las creencias y prácticas a que se ha aferrado y se aferra el pueblo, en sus cantos y dichos, cuentos y leyendas, obtenemos un atisbo del alma del pueblo que así se expresa."

Joaquín Ribero ha dicho: "Estudiar el folklore es auscultar nuestros sentimientos, nuestras actitudes, nuestras ambiciones, nuestras alegrías, en fin, nuestra índole en sus tendencias iniciales, sinceras, espontáneas, tan espontáneas como la flor brota del árbol y el fruto brota de la flor."

En mi libro "Tierra Madura", se exalta el material folklórico y su estudio, en la siguiente forma: "Aprovechando todos los materiales que ese estudio nos reserva, mantendremos en permanente comunión la noble idea de ser, en el plano político y espiritual de una nación, conciencias definidas cuya cultura dará el tono particular de nuestra raza que, en el sentido étnico equivale a una conjunción armónica de ambiente y hombre; identidad superior por encima de improvisadas teorías biológicas. De sus consecuencias, no podrán salir mejores frutos que los de una auténtica expresión nacional que, rompiendo las barreras de absurdos localismos, traspase espacios y entronque con lo humano en su alta expresión universal. Porque toda sabiduría popular ha sido un fruto de superación espiritual, cuando, satisfecho el factor primordial, defensivo, existencial, el hombre sintió la necesidad de completar su obra perpetuándose en anhelo y en especie. Desde el emplasto de hierbas y el cacharro modelado pacientemente para uso de sus necesidades, desde el rito bárbaro con el cual pretendía quebrar la inmutable potencia de la naturaleza, hasta la era donde el alquimista de misteriosa covacha ensayaba diabólicos brebajes, el hombre cumple su marcha en pos de la solución de sus problemas. En cada ciclo, en cada jornada de su marcha, supone alcanzarlo con una verdad de contenido permanente y universal; pero esto, que no hace más que estimular su conocimiento y ensancharlo como si en él entrara una horma, lo conduce hacia nuevas sendas de luz donde aquella verdad se nutre y continúa el camino en busca de otra suprema."

El eminente americanista Luis Alberto Sánchez, nos ha dicho: "Una excursión por lo autóctono, por la raíz, por donde la vida es más pura y más nítida y traducirla en saludables experiencias y comprobaciones, es lo que hace falta en nuestra América."

Claro está que todo esto lo ha comprendido el mundo. Los países de Europa son, en la actualidad, celosos cuidadores de su folklore y dedican el tiempo de investigadores y sabios para recoger el tesoro que la tradición les ha confiado, para traducirlo en obras de indiscutible provecho. Nuestro país, que es un manantial de rico folklore, como lo es toda América, ha tenido pocos investigadores. En los últimos tiempos la iniciativa particular ha surgido con pujanza y ya son muchos los que se aprontan a recoger prolijamente los frutos que ha dejado el pasado argentino.

§ 4. *De las fuentes del folklore*

Las fuentes del folklore están en esta clasificación adoptada por los congresos realizados en Europa, en los cuales se ha discutido ampliamente la jurisdicción de la materia a fin de no confundir sus límites con los de la arqueología:

1º *Creencias y costumbres:* a) Supersticiones relativas a fe-

nómenos naturales o naturaleza inanimada; b) Supersticiones relativas a plantas y árboles; a animales; a faenas rurales; a juegos, a la muerte, juicio final, etcétera; a fantasmas; a espíritus; a duendes; a brujerías; a curanderismo; a cosmogenia.

Costumbres tradicionales: a) Ceremonias con que se solemnizan algunos acontecimientos tales como nacimientos, matrimonios, muertes; b) Juegos.

2º *Narraciones y refranes:* Tradiciones populares; leyendas, fábulas, anécdotas; cuentos, refranes, adivinanzas.

3º *Arte:* a) Poesías y canciones: Romances, poesías de los aborígenes, poesías populares del género militar o épico que canten escenas, episodios, luchas, costumbres, etcétera, de las invasiones inglesas, guerra de la independencia y guerras civiles posteriores; canciones populares; canciones infantiles. b) Danzas: Danzas populares con o sin acompañamiento de canto.

4º *Conocimientos populares en las diversas ramas de la ciencia:* (Botánica, Medicina, Zoología, Astronomía, Orografía, etcétera): a) Procedimientos y recetas populares para la curación de enfermedades; b) Nombres con que vulgarmente se designa a los cuadrúpedos, pájaros, reptiles, insectos, árboles, plantas, pastos, etcétera, de la región y lo que se sabe de ellos; c) Nombres con que vulgarmente se designa a los planetas, a las estrellas, constelaciones, tanto entre la gente de pueblo como entre los indígenas; y lo que se dice de ellos; d) Nombres de sitios, pueblos, lugares, montañas, sierras, cerros, llanuras, desiertos, travesías, etcétera, de la región y lo que se sabe de ellos; e) Nombres de minas, salinas, caleras, etcétera, de la región y lo que se sabe de ellas; f) Nombres de los ríos, riachuelos, arroyos, torrentes, manantiales, fuentes, pozos, lagos, lagunas, etcétera, de la región y lo que se sabe de ellos; g) Nombres de caminos antiguos, veredas, atajos, puentes, sendas, pasos, vados, etcétera, y lo que se sabe de ellos; h) Tribus indígenas de la región, religión, usos, costumbres, etcétera; i) Lenguas indígenas, apuntes de gramática, vocabularios, frases sueltas; j) Locuciones, giros, trabalenguas, frases hechas, semejanzas, chistes, motes, apodos; modismos, provincialismos, voces infantiles, etcétera; k) Otros conocimientos.

El profesor venezolano doctor Eloy G. González, se pregunta por las fuentes del folklore y da un cuadro en la siguiente forma: "Las fuentes del folklore se hallan en el fondo de la selva, en las supersticiones del aborigen, en sus ritos idolátricos, en las rudimentarias concepciones de su cosmogonía; en los valles hondos, prolongados y brumosos; en las laderas de las montañas . . En todo eso se hallan las fuentes del material folklórico, que la tradición lleva en trashumancia incesante y del cual toma sus datos la leyenda, cuando ambas van a entrar en el laboratorio de psicología social o co-

lectiva de la historia. En su discurso se encuentra con el folklore migrador, con el folklore viajero, que no se sabe tampoco cuándo brotó de sus fuentes."

Para ilustrar y situar el concepto del folklore migrador o viajero, el ilustre profesor agrega: "He aquí una expresión familiar, usual y corriente entre nosotros, que salió hace milenios de los confines del Asia y nos la trajo España colonizadora: "dar calabaza"; esto es, desechar a un novio o a una novia, significado antitético del de su origen, puesto que nació en las ceremonias nupciales del Tonkin, cuando retirados los novios a la alcoba se prosternaban ante el genio del Matrimonio, el hombre a la derecha y la mujer a la izquierda; se servían mutuamente de beber, cambiaban sus tazas y terminaban por colocarlas una sobre la otra; esto obedecía a una antigua costumbre simbólica de la China, que consistía en colocar las dos mitades una sobre la otra, de manera que quedara reconstituída la calabaza."

§ 5. *El material folklórico de una región*

Todo pueblo tiene su folklore; su vida se lo ha dado, su evolución lo ha elaborado a través de sus ciclos. Suponer que en unos está más desarrollado que en otros, es negar la verdadera y absoluta jerarquía espiritual y material de la criatura humana en su lucha a través de las edades para conseguir los beneficios de la civilización y la cultura. Es el documento de su lucha y el camino por donde ha entrado en la era presente. Por eso es que la ciencia folklórica aconseja en primer lugar recoger lo antes posible, y en una tarea afanosa, todo el material folklórico de una región de acuerdo con la clasificación que hemos dado anteriormente. Y esa labor, hasta tanto la enseñanza del folklore no se difunda creando cuadros de verdaderos investigadores imbuídos de autoridad oficial, o a lo menos patrocinados por instituciones capacitadas, tendrá que estar en manos de autodidactas, aficionados y gente de buena voluntad y de probado cariño por las cosas del suelo. Ellos serán los que tengan al cuidado el valioso tesoro que la tradición nos ha legado, y serán los que difundan los matices de la moral, las costumbres y el arte de los que nos precedieron en la dura faena de hacer una nación a fuerza de dolores y angustias infinitas.

No obstante la despreocupación de los órganos oficiales argentinos (1), hace muchos años que el Consejo Nacional de Educación dictó un decreto por el cual se solicitaba de los maestros de las escuelas Láinez la dedicación suficiente como para recoger todo el material folklórico de la región donde actuaban. En ese decreto se fijaban normas y recomendaciones a efectos de organizar, aunque fuera provisionalmente, cuadros de recolectores de material folklórico. Vamos a transcribir las recomendaciones de referencia, porque

creemos que pueden orientar a aquellos maestros, alumnos o personas que sientan afecto por estas cuestiones.

"Artículo. — Recoger por intermedio de las escuelas de la Ley Láinez, todo el material disperso de folklore, de poesía y de música, a cuyo fin cada maestro transcribirá lo más fielmente posible todo aquello que pueda referirse a los siguientes enunciados:

1º Tradiciones populares marcadamente antiguas, de cualquier carácter que sean. Deben llenar los siguientes requisitos: a) Ser antiguas; b) Ser locales nacionales o circunscriptas a un radio determinado; c) Estar conformes con el significado de la palabra tradición en el diccionario de la Academia Española: "Noticia de una cosa antigua que viene de padres a hijos y se comunica por relación sucesiva de unos a otros", acepción que podemos ampliar diciendo con otro diccionario: "Cualquiera de las leyendas, romances, o bien, hechos históricos transmitidos de mano en mano que han pasado de edad en edad."

El maestro deberá transcribir estas tradiciones en la forma más correcta y sintética posible, indicando los nombres y edad de las personas de quienes ha recibido las referencias del caso.

2º Poesías populares marcadamente antiguas, de cualquier carácter que sean. Pueden comprender los siguientes temas generales: a) Romances, que son de metro octosílabo, por lo común asonantados en los versos pares. Este tema es de una excepcional importancia literaria, porque, como se sabe, siendo el romance un género característicamente español que floreció precisamente durante el primer siglo de la conquista de América, tal vez hayan perdurado algunos de ellos en las poblaciones del interior. El maestro que consiguiera recogerlos de la tradición oral, habría aportado un valioso concurso a los investigadores que, en las naciones de Europa, se ocupan de esta importante fuente de la gran literatura española. Al efecto, deben transcribir todas las poesías en romance que conozcan, aunque sean truncas, de estrofas sueltas o incompletas; pero no deben ni sustituir una palabra ni suplir o llenar una sola omisión. Si hay varias versiones de diferentes romances, deben recogerlas todas sin hacer ninguna selección, pues muchas veces resulta que se desecha por inútil, en estas selecciones, precisamente, lo que es más interesante para el verdadero conocedor.

3º Poesías infantiles, es decir, poesías que canten habitualmente los niños o las madres. El maestro debe recoger todas las que conozca, sin olvidar ninguna, pues en este género de literatura popular, lo más interesante es precisamente lo más ingenuo, lo que tiene mayor color local, lo que se acerca más, por su imperfección literaria, al alma elemental del niño y de la mujer del pueblo. Algunos viajeros han copiado algunas de estas poesías o estrofas cantadas en el interior, que son hermosas joyas, llenas de sentimiento, de real poesía ingenua y pura. Quien sepa recogerlas, tal cual son,

sin agregados ni correcciones necesarias, hará obra de manifiesta utilidad; a) Poesía o canciones que se cantan con acompañamiento de música, como ser: el gato, el triunfo, la firmeza, la huella, el cielito, la vidalita, la media caña, el huaino, el triste, el aire, la tirana, el pericón, la cueca, el prado, la milonga, el caramba, el marote, la chilena, etcétera. Todos estos cantos inspirados en el motivo musical tienen su regular distribución geográfica en las provincias; así, pues, cada maestro podrá recoger los que sean usuales en la jurisdicción en que viva, formándose después con la contribución de todos, una completa antología nacional. Si puede enviar igualmente la música, será conveniente hacerlo; b) Poesías populares de género militar o épico, que canten escenas, episodios, hechos, costumbres, etcétera, de la guerra de la independencia o de las guerras civiles posteriores. Estas poesías no han de ser sino las que sean recogidas directamente de la verdadera fuente de estos estudios, la memoria oral del pueblo; c) Cualquier otro género de poesía, leyendas, consejos, cuentos o narraciones en prosa de origen netamente popular."

Esta disposición que con tan oportuno criterio adoptó el Consejo Nacional de Educación, dió buenos frutos. Los maestros de las escuelas nacionales de la Ley Láinez, trabajaron activamente y enviaron interesantes trabajos que fueron ordenados por una comisión especial y luego publicados. Lástima que su difusión no se haya realizado en la forma conveniente, a fin de orientar con mayor precisión a los maestros que se empeñaron en la tarea. Si recordamos este decreto es porque creemos que la disposición estaba inspirada en un excelente principio que llevaba a permanecer en vigilante actitud a los maestros, a fin de que las tradiciones populares no se perdieran o bastardearan con el tiempo y la argamasa cosmopolita. Y esas indicaciones que dejamos sentadas, bien pueden servir a todos aquellos que se preocupan por el estudio de nuestro folklore y necesitan una orientación que haga eficaz su labor, ya sean maestros, estudiantes o cultores de la ciencia que con tanto entusiasmo se practica en las principales naciones del mundo civilizado.

§ 6. *Lo popular y lo folklórico*

No todo lo popular es folklore, y necesario es repetirlo para no caer en un error que hace mala escuela, sobre todo en la República Argentina. Así como se le llama folklorista a todo el que interpreta una música o una canción nativa, se denomina popular a la moda corriente de canciones improvisadas, de dichos circunstanciales en boga, o de música repetida hasta el cansancio. Por eso se hace necesario distinguir lo popular circunstancial, que es sensualismo de corta duración, de lo popular auténtico que, por depuración y largo baño lustral dado de generación en generación, invoca

sus derechos de expresión espiritual de un pueblo que mantiene a los hombres de una raza en una fe recreada en busca del arquetipo del ideal humano. Así deviene la tradición, enriquecida en su marcha a través de la humanidad, cuando ha dejado lo espúreo, lo accidental, para lucirse en sus quilates más puros como partículas del alma de una colectividad, de un pueblo, de una nación.

De ahí viene, entonces, lo folklórico: de lo popular tradicional, de lo que han vivido varias generaciones sin estar escrito, pero manteniendo su forma pura y transmitiéndose de una generación a la otra. Y si esta característica de lo popular tradicional, que es folklore, y de lo popular circunstancial, que no es folklore, se resiste a la investigación en pueblos que han llevado su cultura a un grado tal de modernismo que tapa el contenido auténtico de la tradición, bastará tan sólo con escarbar superficialmente en las costumbres de ciertos grupos campesinos para descubrir el origen de ciertos usos y costumbres que no han podido ser reemplazados por la capa de la moda y que permanecen en los grupos cultos como sello inconfundible de una continuidad tradicional que no muere nunca.

Por eso se ha dicho que el ámbito en que rige esa mentalidad popular se manifiesta "plenamente en los campesinos, y se halla, no solamente con algunas variantes y correcciones, sino también con una originalidad peculiar, tanto en los obreros y la gente baja de las ciudades como en los burgueses que han alcanzado la holgura, pero que no han llegado a adquirir una cultura suficiente."

Bruno Jacovella y Gijena Sánchez, al dar un ejemplo gráfico de lo popular circunstancial, se refieren al tango en la siguiente forma: "En la República Argentina existe algo que se parece mucho a lo popular y que, empero, nadie piensa considerar folklore: el tango. ¿Qué le falta al tango, como música y poema, para ser folklore? Le falta al tango, que tiene la nota de la popularidad indiscutiblemente, la nota de la tradicionalidad. No sólo un tango se transmite directamente, sin mediación de la escritura y demás medios semioficiales de difusión, de una generación a otra, sino que el tiempo de su vigencia está limitado a unos pocos años, en ocasiones a meses. En la creación del tango prevalece notoriamente la moda, y la moda, el favor intenso y precario de la sociedad en un momento determinado, es todo lo contrario de la tradición. Ahora, que algunos tangos se presenten como canciones, y que así puedan transmitirse oralmente de una generación a otra, no está en manera alguna fuera de lo posible."

Para ese tiempo el tango habrá alcanzado la nota popular que han de imprimirle esas generaciones; pero de seguro que no será el baile sensual, con ritmo de tragedia, ni la letra donde el drama cosmopolita vierte su halo de muerte entre copetines y gente de mal vivir. Para entonces, habrá dejado en el harnero de los años esa postura trágica de gente torturada, y su letra y su ritmo se habrán

acomodado a las alegrías y auténticos dolores de un pueblo, que sin duda tiene inquietudes más altas y busca con insistencia el camino de la verdad y los dominios de la belleza.

§ 7. *Lo individual y lo colectivo*

Tanto en música como en literatura, la obra personal tiene, a veces, una vida relativa, porque en la mayoría de los casos el hombre no se conforma con recoger, con sintetizar, ni tampoco con ser la caja de resonancia del ambiente sócial en que actúa. El hombre ansía perpetuarse más como individuo que como unidad social, por eso trata de poner en su obra una dosis fuerte de su mundo anímico, de su yo inmaterial, de su yo insatisfecho o anhelante. De esa forma su labor personal en sí será un simple documento, pero nunca el sentido de la colectividad actuante. Pocos son los creadores que se someten al designio de una mayoría, y cuando lo hacen agotan, ante todo, el recurso de su íntima personalidad, obedeciendo al imperativo de un momento crucial humano. En cambio, la colectividad es social por esencia de su convención, y todas sus expresiones serán emanadas del cuerpo, orgánicamente, con miras a perdurar en tiempo y espacio. Por eso la tradición es anónima. No interesa saber si en los comienzos alguien dió la obra como creación del hombre en función social; interesa tan sólo que los pueblos la acepten y pase de generación a generación, enriquecida y estimulada como bien colectivo.

Nos dice al respecto don Ramón Menéndez Pidal, en "Poesía juglaresca y juglares": "La obra personal o se olvida pronto o, si tiene éxito, persiste inalterable en la lectura de los venideros, porque el autor completó y agotó la expresión de su idea o, sin llegar a tanto, la recubrió y sostuvo con una forma rígida e incambiable; la única renovación o re-creación que admite esa obra es la que por fuera le añade la crítica con ulteriores interpretaciones estéticas. En cambio, la obra anónima afortunada no encierra su poesía bajo una expresión agotada, fija ya en su completa madurez, sino que le da un aspecto juvenil, de carne blanda para el crecimiento y desarrollo; no es su belleza acabada, inmóvil, estatuaria, sino que espera cambiar de nuevo frescura, con ansias de renovarse y multiplicarse; es, en suma, una creación dinámica, capaz de inagotables desenvolvimientos en la imaginación de las generaciones sucesivas; pierde, sin duda, en madurez artística; pero gana en juventud y posteridad."

Tanto en la poesía, como en la música y en la leyenda, lo anónimo es el mejor material folklórico por el sello colectivo que posee. Por supuesto que un escritor culto puede hacer estilizaciones de piezas folklóricas, y en verdad que se logran verdaderas maravillas; pero ese propósito se malogrará si, llevado de su fantasía creadora, se aparta de la línea tradicional cambiando tonos vitales o elevando al

extremo artístico su empeño. Por eso no hay mejor intérprete que aquel que conoce íntimamente a su pueblo. El estilizador culto, si quiere dar siempre con la tónica popular, tradicional, tendrá que sentir las palpitaciones del núcleo social a que pertenece.

Insistiendo en lo popular y tradicional, el ilustre filólogo español dice: "Toda obra que tiene méritos especiales para agradar a todos en general, para ser repetida mucho y perdurar en el gusto público bastante tiempo, es obra popular. El pueblo escucha y repite estas poesías sin alterarlas o rehacerlas; tiene conciencia de que son obras ajenas, y como ajenas hay que respetarlas al repetirlas. Pero existe otra clase de poesía, más encarnada en la tradición, más arraigada en la memoria de todos, de recuerdo más extendido y reiterado; el pueblo la ha recibido como suya, la toma como propia de su tesoro intelectual, y al repetirla no lo hace fielmente, de un modo casi pasivo como en los casos precitados, sino que, sintiéndola suya, hallándola incorporada en su propia imaginación, la reproduce emotiva e imaginativamente y, por tanto, la rehace en más o en menos, considerándose él como una parte del autor. Esta poesía que se rehace en cada una de sus variantes, las cuales viven y se propagan en ondas de carácter colectivo, a través de un grupo humano y sobre un territorio determinado, es la poesía propiamente tradicional, bien distinta de la otra meramente popular. La esencia de lo tradicional está, pues, más allá de la mera recepción o aceptación de una poesía por el pueblo que señala John Meier; está en la reelaboración de la poesía por medio de las variantes."

§ 8. *Valores de la producción colectiva*

Perdura, pues, en el folklore lo colectivo, el alma inmaculada de un pueblo, lo anónimo, que por ser anónimo no es bastardo, sino obra monumental en la que todo ente humano ha colaborado con desinterés dejando en ella lo más auténtico de su espíritu. Toda la escala social se dibuja en esa obra perdurable, y toda la gama que va desde la alegría al dolor y del sufrimiento a la muerte, está en permanente actividad en la poesía, en la música, en la leyenda, en las supersticiones, etcétera. Es lenguaje totalizado de una colectividad, salido de todos los órganos en función de vida, y es la historia psicocolectiva de enseñanzas magistrales que permanece como supervivencia de culturas desaparecidas o en su proceso de progresiva idealización. No es tan anónima cuando se percibe su procedencia, pero es anónima cuando conviene distinguirla de lo inmediato individual, y con el calificativo se le da la preeminencia de su origen colectivo...

Porque ese folklore surge de todas partes. Podemos glosar a Antonio José Restrepo, cuando afirmaba desde el escenario de Bogotá, refiriéndose a la poesía popular de su patria: "Brota de todas

partes y no sale de ninguna. La oímos dondequiera, aprendemos sus versos y tonadas, que son como un acervo de sensaciones e ideas fijas que viaja con nosotros desde la infancia a la senectud; pero ignoramos el desconocido autor de esos cantares, no recordamos con precisión quién nos los transmitiera, ni dónde por primera vez los escuchamos, ni cómo y por qué los aprendimos. ¿Fué un leñador fatigado en su faena el que gritó cuando nosotros pasábamos:

¡Que se queme el monte!
¡Déjalo quemar!
Que la misma copa
vuelve a retoñar?

¿Fué un español, perdido en nuestras selvas, quien en la desesperanza de volver a la patria lejana, exclamó donde alguien le oyera:

Marinero sube al barco
y dile a la madre mía
que si se acuerda de un hijo
que en América tenía?

¿Fué un tenorio rústico el que, rondando por veredas agrestes y rasgueando la vihuela junto al montón de chozas apiñadas, hizo esta amenazante notificación:

Madres, las que tengáis hijas
solteras y por casar,
haced las paredes altas,
que yo soy el gavilán?

¿Fué un tunante, mal hablado y burlón, el que hizo este perfecto epigrama:

Vide un entierro pasar;
pregunté quién se murió,
y el cura me respondió:
—El que llevan a enterrar?

¡Nadie lo sabe! Sería preciso, para descifrarlo, remover todo el suelo de Eurindia donde esas coplas se han cantado, quién sabe cuántos años ha. y aún así quizás no daríamos en parte ninguna con el autor o autores que acoplaron tan donosamente esos versos. Ni las Gestas, ni los Cancioneros, ni los Romanceros famosos sábese a punto fijo quién pudo componerlos, y apenas si los más sagaces críticos y compiladores pueden barruntar a derechas el origen de esos poemas grandiosos, cimientos profundos y arraigados del alma española, tan antigua como el mundo..."

Lo individual podrá ser discutible la mayoría de las veces, pero lo colectivo es determinante. Y si a esto se le agregan los tonos dialectales del lenguaje, o el proceso depurativo de un idioma que ha llegado a resumir en sus vocablos la síntesis de su expresión, podrá llegarse al valor total de la obra folklórica y al poder creador del pueblo.

Y los pueblos no se equivocan cuando aprecian el conjunto con las voces de sus órganos. La ficción literaria va quedando en el camino al paso de los años, y todo aquello que trasciende en ese pasar del tiempo sirve a la historia para desentrañar muchos misterios y delimitar ciclos históricos de vital importancia para la vida de una nación.

§ 9. *De lo universal en el folklore*

En más de una oportunidad hemos afirmado que estudiar esa ciencia popular aceptada con el nombre de "folklore" no significa adoptar una posición de intransigencia con lo que la imaginación del hombre culto, en su capacidad creativa, eleva a la categoría de arte; ni tampoco significa tomar el camino del folklorismo como la única ciencia capaz de ofrecer la inconfundible verdad en el gran enigma de la vida humana. No es, ni mucho menos, una doctrina nacionalista de estrechas concepciones, limitadas a mezquinos intereses de fronteras cuyos principios pudiera ser una repelente actitud contra el concepto universal humano. Aceptada por las convenciones de París y Londres —comentadas en tópicos anteriores—, reveló sus valores contributivos a la historia humana al suministrarle a ésta "documentos sobre la psicología de los pueblos que han llegado a cierto grado de cultura; documentos que pueden servir para establecer la filiación de los pueblos permitiéndoles comprobar la identidad de las costumbres, de los hábitos y de los prejuicios." Este carácter universalista del folklore, fué puesto de manifiesto en su oportunidad a raíz de la aparición de "Los cuentos infantiles y del hogar", debidos a una recopilación que hicieran los hermanos Grimm, escritores alemanes, en 1812-1815. Se trataba de cuentos y leyendas escogidos de la tradición oral germana de acuerdo al concepto alemán del volehre (nación, pueblo, gente, vulgo, doctrina, enseñanza. . .)

Con esta primera muestra del folklore alemán se pudo comprobar la similitud existente en muchas leyendas, costumbres y supersticiones de otras naciones. Al respecto, los escritores franceses Cesteux y Carnoy, dijeron: "Cuando los hermanos Grimm se dedicaron a recoger por toda Alemania los cuentos y leyendas infantiles y del hogar de su patria, se originó general sorpresa; se oyó un grito de universal admiración. Advirtióse (por primera vez, se puede decir), que las narraciones populares de un país tenían equivalencias en las de otras naciones; se halló, en los cuentos maravi-

llosos de las nodrizas y de los campesinos del otro lado del Rhin, la repetición de los mismos cuentos de las veladas de los pueblecillos de Francia."

Esta afirmación la vemos corroborada en la literatura de los pueblos que han recibido influencias inmigratorias o sufrieron el sojuzgamiento de pueblos más poderosos. Hay evidentes superposiciones de culturas en una mezcla de costumbres, de mitos, de creencias, de supersticiones. Las tierras de Andalucía invadidas en el año del Islam y 711 de la Era Cristiana, reciben las pasiones del desierto, y aunque España estaba como un espíritu permanente después de haber "absorbido la sangre celta, semita, griega y latina", es generosa y acepta burilarse en las manos de artífice de Adber Rahman I. Si Córdoba rompe con el oriente musulmán —como diría Waldo Frank—, y se desenvuelve en un cuerpo independiente de Bagdad y de Damasco, su temperamento es tan fuertemente apasionado que se aferra a la belleza, al espíritu. Y la belleza y el espíritu es canto y es música, es poesía y es flor que perduran en las tierras del oeste.

Así América despertó en brazos de España. Nuestro continente dió al español toda la virginidad de sus entrañas y puso ante los ojos espantados del conquistador el misterio de sus selvas y el frescor de su río. Ellos fueron generosos al darnos su espíritu, pero nosotros dimos también mucho espíritu para la conquista de un fruto americano que fuera reminiscencia universal y denotara la característica de una calidad eterna.

§ 10. *De lo culto y lo popular*

El escritor que busca la profunda raíz de lo popular, tiene una amplia visión discriminatoria respecto a lo que pertenece al dominio de lo culto y lo que permanece aún en el estrato de la materia folklórica. Sabe por lo menos, el grado de elemento popular y culto que posee una pieza literaria y sabe también la categoría de ambos valores, desde su potencia humana hasta su valor histórico. No sucede así con el que proclama su erudición manifestando que en cuestión de arte debe partirse de la creación individual y no de lo dado históricamente. Para ellos, sólo es arte aquello que el hombre labora pacientemente en determinada circunstancia de la vida, o en su vida particular de militancia fortuita.

Es posible que tal opinión parta de un excesivo saturamiento de preceptiva literaria deshumanizada, puesta al conocimiento del hombre como simple adorno por aquellos que jamás se vincularon con las raíces de las cosas y la realidad de los hechos; pero de ninguna manera puede ser elemento de juicio para el escritor que mira el panorama de la vida con una visión totalizada de sus problemas, porque cuando se contempla la trayectoria de la literatura con ojos

desapasionados, podrá notarse la influencia popular como raíz única de toda expresión artística; raíz que aportó la verdad, el vigor, aunque en todo momento, siendo expresión colectiva, haya asimilado la prestancia, el pulimento y la categoría que pudo ofrecerle el esfuerzo individual del hombre.

La literatura es folklore; su historia lo confirma. Y es folklore todo el arte desde el momento que se fué dando en la vida del hombre como tradición organizada en el mundo anímico y en el sentimiento colectivo.

Borgese hace notar, en su magnífica exégesis de "La Divina Comedia", el elemento popular que, como factor primordial, anima la obra de Dante. Fué para Italia el más grande monumento de unificación nacional que implicó para esa "mezcla de población agolpada entre los Alpes y el Mar Africano" un monumento poético, una mitología religiosa, una profecía política y un lenguaje común. Lo popular estuvo presente en el empleo que el poeta hizo de la historia, de la leyenda, de la profecía, los mitos de Roma, la lingüística, etcétera, todo lo cual se halla conformado con tanta precisión en el genio de Dante que Borgese exclama: "Fué siempre difícil para los italianos establecer un límite entre el valor estricto de "La Divina Comedia" y su autoridad teórica y práctica. Como la obra de Dante es bella, muchos llegaron a creer que todo lo que el poeta dice en su obra es verdadero y bueno. La fuerza de su poesía es un sostén de su religión y de su ciencia política."

Ni la obra de Cervantes, ni Lope de Vega se mantienen en un espacio reservado para esa literatura pura que postulan los eruditos, a pesar de situarse en el casillero de los monumentos literarios, orgullo del casticismo, sino que se consubstancian con toda la literatura popular que, por ser auténticas expresiones de la psicología popular ha mantenido su frescura a través de tiempo y espacio. "La Celestina", "El Lazarillo de Tormes" y tantas obras de la literatura española, jamás se desligan de lo popular, de lo tradicional, del folklore, y ofrecen al mundo ejemplos magníficos de esa fuerza preponderante que anima, vigoriza y perpetúa las manifestaciones artísticas de todos los tiempos.

(1) Escrito lo referido, el Gobierno Nacional, por medio de sus órganos autorizados ha manifestado el propósito de implantar en las escuelas del país la enseñanza del folklore.

Capítulo Primero

PRINCIPALES CULTURAS ABORIGENES DE NUESTRO TERRITORIO

§ 1. La proyección de viejas culturas en los mitos, leyendas y costumbres actuales. Desarrollo de la mentalidad indígena en la Colonia. -- § 2. Los pueblos humahuacas. Religión y bellas artes. Altiplano andino. Indígenas actuales. -- § 3. Los diaguitas. Los calchaquíes. La vieja gobernación del Tucumán. Primitivos medios de siembra. La cerámica. Adoración de divinidades atmosféricas. -- § 4. Grupos ribereños del Paraná. Los guaraníes. Los tupí-guaraníes. -- § 5. Pueblos pobladores de la pampa.

§ 1. *La proyección de viejas culturas en los mitos, leyendas y costumbres actuales. -- Desarrollo de la mentalidad indígena en la Colonia.*

Las costumbres, y pervivencias de algunos mitos y supersticiones que actualmente observamos en muchas regiones de nuestro territorio, son resabios de antiguas culturas indígenas que se desarrollaron con evidente preeminencia y que alcanzaron un nivel ponderable en el orden de sus realizaciones sociales. Aunque la colonización desechó en cierto modo costumbres que chocaban con la virtud del mundo cristiano, no es menos cierto que no pudo lograr el deseo de arrancarlas de cuajo, porque constituían la esencia de pueblos que habían tenido su evolución espiritual antes que España pisara estas tierras de América.

Si bien la dominación material fué empresa fácil, no lo fué así la dominación espiritual. Se habla de que el retraimiento del indígena y del mestizo es el producto de esa introversión que a manera de fortaleza permanece aún inexpugnable para el europeo, y se habla de que la tristeza que le ha quedado al aborigen es la fuerza permanente de una rebeldía que se mantiene en absoluta potencia. Sea cual fuere esta interpretación —que muchas veces cae en el terreno de lo eminentemente especulativo y da margen para muchas teorías que sólo tienen asideros en la mente de los estilistas—, lo cierto es que el espíritu racial —en lo que a cultura se refiere—, se mantiene intacto y se expresa frecuentemente en esas manifestaciones que denominamos con el nombre de folklore.

Claro está que el folklore argentino no es sólo privativo del

indígena de nuestro territorio, ni tampoco de lo indígena o de su exclusiva raigambre. Equivocan el camino los que al hablar del folklore tratan de exhumar las culturas indígenas y claman por la exaltación de esos centros vernáculos que están muertos por la acción del tiempo, despotricando contra lo hispano o lo foráneo en general; pero también caen en el mismo vicio de interpretación los que sólo ven en la tradición la línea hispánica, y sólo tienen oídos para escuchar la voz de esa influencia en las manifestaciones de nuestro pueblo. Lo argentino, lo eminentemente argentino, es lo que ha quedado vivo del indígena, y es también lo que ha quedado vivo del español, porque en el terreno de la cultura, ninguno de ellos ha triunfado en el "hecho" de esta tierra, que es al fin y al cabo el producto de la interferencia producida por el choque de ambos espíritus.

Esa interferencia es lo que ha logrado la realidad de un folklore riquísimo en expresiones de todo calibre, que se muestra en las regiones argentinas. En cada una de estas regiones, de acuerdo a influencias de diversa índole, pueden registrarse documentos de incuestionable autenticidad que refirman la consistencia de una realidad argentina con la fusión de dos corrientes que lucharon denodadamente por mantener la preeminencia del *summum* que las sustentaban.

Esto es lo que hemos observado desapasionadamente, sin sentar premisas escolásticas, en largas jornadas por el territorio de la República Argentina, llevados tan sólo por el deseo de lograr una verdad que nos descubra el alma de nuestro pueblo, y ser en lo posible fieles intérpretes de la realidad histórica que nos mueve, y de la fuerza telúrica que da razón de nuestra existencia.

§ 2. *Los pueblos humahuacas*

Ajustándonos a la historia oficial, cinco culturas preponderantes florecieron en nuestro territorio, ya en forma directa, o por reflejo de otras superiores que se proyectaron por encima de lo que es hoy nuestra patria. Esas culturas fueron: la Humahuaca, la del Altiplano Andino, la Diaguita Calchaquí, la del Río Paraná y la de los territorios del Sur. A ellas nos referiremos sumariamente, siguiendo el texto autorizado, a fin de situarlas con precisión en las costumbres, mitos y creencias que estudiaremos en el curso de este libro.

De los vestigios dejados en la quebrada de Humahuaca, entre los actuales pueblos de Volcán y Humahuaca, puede deducirse la existencia de un pueblo prehispánico que se confirma en las ruinas de extraordinaria consistencia llamadas Pucará, que servían de fuertes para sus guerras de defensas. Estos pueblos debieron situarse entre los límites de Argentina y Bolivia, desde La Quiaca hasta la sierra de Santa Victoria. Lugares de paisaje maravilloso, propicio terreno para la siembra, posee un clima extraordinario en el que

alternan, desde los fríos intensos hasta el templado por efectos de las conformaciones del terreno. Sobre la falda de la montaña se guarecieron rancherías importantes y pudieron cultivar grandes extensiones, porque supieron llevar hasta alturas increíbles el agua del río principal que cruza la quebrada, por acequias inteligentemente construídas con precisión matemática que envidiaría la ciencia moderna.

Poco es lo que existe para saber con exactitud las características de esta raza y el carácter de su cultura, ya que las fuentes vitales están en la documentación colonial y en los hallazgos arqueológicos cuyos estudios se están realizando con paciente serenidad. No obstante se sabe que presentaban el tipo normal del habitante andino y que fueron muy expertos en las labores agrícolas. Ese carácter de población estable y agrícola le concede particular privilegio en el desarrollo de una cultura que tuvo su influencia incaica.

Entre los instrumentos de labranza utilizaron palas de madera dura y otros de las mismas características que los usados en el Perú, de piedra, en las zonas que no existía la madera y la tierra sólo producía gigantescos cactus. Conocieron el maíz, la papa, la algarroba, la tuna, la calabaza, y contaron con animales como la llama que les proporcionaba la leche, la lana, la carne, y utilizaban para el transporte. La fauna, representada en su pictografía o estilizada en la cerámica, destaca al loro, la pava del monte, el guanaco, el ciervo, el pato, etcétera.

De los restos encontrados en los paraderos, se deduce que fueron hábiles artífices en el arte de la cerámica, aunque no alcanzaron la calidad de los diaguitas; que de la madera confeccionaron azadones, palas, alfileres, hebillas de reatas, mango de hachas, puntas de flechas, etcétera; que las armas empleadas eran el arco y la flecha, la honda, la maza y el hacha.

Religión y bellas artes: El culto de los muertos presenta interesantes prácticas, tales como el uso del ajuar que se depositaba íntegro con el muerto. Parece ser que enterraban a sus deudos junto a la casa habitación, aunque se han descubierto cementerios colectivos. La mayoría de los cadáveres eran enterrados en cuclilla, y ponían a su vera adornos, vestidos, alimentos, objetos de uso diario, armas, etcétera.

Tuvieron gran afición por la música y la pintura. Utilizaron el color negro, el rojo y el blanco.

Poco más puede decirse de los humahuacas, pues apenas llegaron los españoles fueron vencidos, por constituir la Quebrada el camino obligado del Perú en su enlace con las provincias del Tucumán. Unos fueron repartidos en encomiendas y otros huyeron para plegarse a las tribus que poblaban las selvas chaqueñas.

EL ALTIPLANO ANDINO

Esta unidad ocupa en la Argentina la parte occidental de Jujuy, zonas de Salta, la Gobernación de los Andes y algunas partes de Catamarca (1).

Aunque estos pueblos se desarrollaron con la misma característica de los humahuacas, puede decirse que tuvieron una vida más dura por la aridez del suelo, causada por la falta de lluvias, lo que hizo que extensas regiones estuvieran deshabitadas por completo. Hasta donde les fué posible en esa lucha contra el ambiente y la naturaleza, cultivaron la tierra y usaron utensilios de labranza parecidos a los de los indígenas nombrados. La historia no tiene otra fuente que la que surge de los enterratorios descubiertos por los arqueólogos.

Indígenas actuales: Refieren los historiadores, que en la época de la conquista española ocuparon el Altiplano los atacamas, omaguacas, chichas y uros. Actualmente se ha formado un conglomerado más o menos homogéneo que tiene algunos caracteres de la civilización blanca, pero que conserva un fondo indígena. Son pueblos que se ocupan preferentemente de la ganadería.- Grandes manadas de ovejas, llamas, cabras y burros, se ven "pasteando" por los cerros, y en la época de la "señalada" o yerra, se realizan fiestas que son verdaderos espectáculos donde abunda la chicha, la aloja, la danza y las canciones. No está ausente en esta región la coca; por el contrario, constituye uno de los estimulantes más poderosos para el organismo, y el nativo puede resistir la "puna" gracias a esta hoja de imprescindible necesidad en su vida.

Sobre cimientos de piedra, levantan las habitaciones de adobe, y para las vigas de los techos utilizan la madera del cardón, que es muy resistente y durable.

Han asimilado la vida de los blancos influenciados por la organización nacional, el registro civil, el servicio militar, la Iglesia Católica, y no se ve en ellos ningún resabio bárbaro; por el contrario, son de lo más humildes y disciplinados: visten con prendas tejidas por ellos, de lana, como el frío obliga, y realizan trabajos vistosos en sus telares, donde se combina la calidad con la gracia de sus coloridos.

§ 3. *Los Diaguitas. -- Los Calchaquíes. -- La vieja gobernación del Tucumán. -- Primitivos medios de siembra. -- La cerámica. -- Adoración de las divinidades atmosféricas.*

De acuerdo a una definición hecha por Fernando Márquez Miranda (2), el territorio de los diaguitas comprende el sudoeste de Salta, Catamarca, los valles del oeste de Tucumán, y el norte y cen-

tro de La Rioja, el este de San Juan y la región de Santiago colindante con Catamarca (3). Agrega el mismo autor, que la zona que ocuparon los diaguitas, se conocía bajo el nombre de gobernación del Tucumán, en el momento de la conquista española, con excepción de la parte de San Juan que, como toda la provincia, dependía de la Audiencia de Chile. Según Serrano, a la llegada de los españoles esta región tendía a ensancharse hacia el Chaco por un lado, y hacia el norte por la Quebrada del Toro y hacia los llanos de La Rioja y Santiago del Estero por otros.

Como se trata de un pueblo que ha ofrecido gran material a la arqueología argentina, y su influencia es notoria en la vida de esas regiones, nos extenderemos en lo posible en su examen. En los trabajos realizados al respecto (4), encontramos un material excelente que aclara la polémica suscitada en torno a esta civilización (5).

"La palabra valle, según el distinguido americanista Presbítero doctor Pablo Cabrera —en muchos casos—, tenía en los países afectados por el dominio incaico o por su influjo étnico, la significación de Departamento y aun de provincia: era propiamente —dice—, el Guaman de los quichas, de que se habla en una de las tres relaciones de Jiménez Espada" (6).

Casi todos los historiadores afirman que el hecho de que la antigua Gobernación del Tucumán, Juríes, y Diaguitas, abarca gran parte de lo que hoy conocemos con el nombre de Valles Calchaquíes, podría ser un indicio fácil para reducir la cuestión a sus límites verdaderos, pero el innegable influjo étnico incaico, puesto de manifiesto a través de numerosos cultos y supersticiones, nos obliga a pensar también, en la posibilidad de una demarcación política que ya se encargarán de sostener o discutir los eruditos en la materia. Adán Quiroga sostiene que el valle de Yocavil (Yocahuill) o valle santamariano "es el verdadero valle Calchaquí de la conquista, en la acepción estricta de la palabra geográfica, por más que igual denominación se hiciese extensiva a los valles contiguos del Norte y especialmente del Sud" (7). Otros historiadores afirman que "de la Puna de Jujuy, hacia el Sud, entre las sierras de Cachi y la de Humahuaca por la Quebrada del Toro, entre el río Calchaquí y el río del Rosario para dar con el río de Guachipas —que más al este se llama Juramento—, está el célebre valle Calchaquí, donde habitó la raza más importante, por su talla, color y su inmenso valor guerrero: los Calchaquíes (8).

Afirma el profesor Serrano, que en el terreno histórico, nada nos une con los valles Calchaquíes de Salta; menos aún con los de Jujuy y sí encontramos vinculaciones directas con los de Catamarca. [illegible] étnico, por el contrario, la relación es directa. Idéntica [illegible] racial se deja sentir en todas ellas y de ahí que predomi[illegible] también por el medio geográfico—, análogos mitos [illegible] comunes supersticiones.

Agrega el autor citado: "Resulta difícil establecer con exactitud, cuáles fueron los pobladores de los Valles Calchaquíes cuando la llegada de los españoles. Los cronistas de la época no logran ponerse de acuerdo al tocar este punto y los historiadores modernos tienen que vencer no pocas dificultades al tratar de reconstruir una de las etapas más interesantes de la Conquista en nuestra tierra. Digamos que toda la región montañosa del antiguo Tucumán estuvo poblada por gentes de la nación diaguita entre cuyas tribus principales cabe destacar a los Tolombones, Paccionas, Quilmes, Acalianos, Huachipas, Tafís, Anfamas, Amaichas, Colalaos, Andalgalás, Huasanas, Huachaschis, Pipanacos, Hualfines, Famayfiles, Abaucanos, Catamarcas, etcétera.

De exprofeso dejamos a un lado a los calchaquíes, pobladores de todo el valle de Yocavil, porque al ocuparse de ellos, el Padre Lozano habla, muchas veces, de una nación independiente, aunque la verdad se empeñe en demostrarnos que se trata de un grupo de población de la cual dependían varias tribus, mancomunadas por un vínculo tan fuerte como es el idioma, a la par que por otras afinidades raciales no menos pronunciadas. En el terreno de una definición política —y aquí cobra fuerza un concepto ya enunciado del Pbro. Pablo Cabrera—, podría hablarse de una provincia de la cual dependían además de los nombrados, los Paccionas y los Quilmes. De los Paccionas poco es lo que sabemos. Su relativa importancia dentro de las características de este trabajo, nos exime, por otra parte, de mayores detalles sobre los mismos. Los Quilmes, por el contrario, revisten interés sumo. Según algunos cronistas emigraron de Chile para no someterse a la conquista incaica; según otros, su procedencia debe buscarse en la actual provincia de La Rioja. La verdad es que los diaguitas los recibieron en franco tren de beligerancia para luego llegar a la paz, hasta fundirse en un solo pueblo que, cuando la venida de los españoles, supo dar la muestra más acabada del valor indomable de nuestro aborigen montañés. El idioma primitivo de estos pueblos fué el cacán, del cual dice Eric Boman: "Todavía existía como lengua viviente en el siglo XVII"; debiéndose al padre Lozano una definición del mismo cuando señala "que extrañablemente difícil, por ser muy gutural que apenas le percibe quien no le mamó con la leche." El único español que llegó a dominarlo —según el padre Lozano—, habría sido el que cita: Hernando de Torreblanca, año 1657.

Mucho se ha dicho ya de la influencia incaica dentro de la nación diaguita. Eric Boman señala que "la cultura diaguita forma parte integrante de la civilización ando-peruana" o incaica, sin que ello implique una dominación política de los incas sobre el país de los diaguitas. En términos más o menos categóricos, marca, pues, la "influencia étnica" del antiguo Perú. A propósito de esto, debemos destacar que la arqueología y por sobre todo la etnografía y el

folklore, se empeñan en demostrar la veracidad del acerto, cosa que por otra parte, confirma la sobrevivencia de la lengua quíchua, que en muy poco difiere del quíchua del Perú. Esta influencia debió hacerse sentir unos doscientos años antes de la Conquista.

Pero volvamos a los Calchaquíes. Juan B. Ambrosetti los confunde con los diaguitas y, alejándose del terreno puramente histórico, entra en el campo poético para informarnos que "allá en el noroeste de la República, entre las quebradas, los valles y las faldas de nuestras sierras, desde el Aconquija (9) hasta los contrafuertes de los Andes, vivía un pueblo grande y numeroso, guerrero y artista, laborioso y viril, sufrido y tenaz, que hoy desaparecido, nos dejó como protesta de su extinción sus obras y sus sepulturas, que la ciencia, ávida de hallazgos, profana todos los días, como respondiendo a un imperioso llamado, de arrancarlo de la desesperante mansión del olvido." "Vestían —dice Aparicio, dando como testimonio las manifestaciones de Fray Reginaldo de Lizárraga (10)—, los indios, con mantas y camisetas; las indias una camiseta hasta los tobillos"; cosa que también afirman los padres Romero y Monroy, cuando hablan de gente de busto elevado y de una mirada terrible, que se visten con una camisa que llega a los tobillos, tanto los hombres como las mujeres, la cual ciñen con un cinturón cuando van a la caza, a la guerra o en viaje. Llevaban alrededor de la cabeza un cordón de lana hilada donde no faltaban plumas de colores aunque éstas eran usadas —según el padre Techo—, sólo en días festivos. Calzaban ushutas y, en cuanto a su adorno corporal, debemos destacar que llevaban pintada la frente de negro hasta los ojos y el resto de la cara —de acuerdo a lo que manifiesta Boman—, de mil colores."

* * *

Al entrar de lleno al estudio de los diversos aspectos de la vida material, los historiadores manifiestan que puede englobarse en el mismo a otros pueblos de la Gobernación del Tucumán, ya que todos forman un conglomerado étnico. "Moradores de un suelo arenoso y árido, conocieron cactus, algarrobos, molles, piquillín, mistoles y chañares, utilizando sus frutos como alimentos a la par que para la preparación de bebidas espirituosas. Así, con el algarrobo blanco, elaboraron la aloja; con los higos de tuna, del chañar, el arrope; del mistol, el clásico "bolanchao". Fueron agricultores. Sembraron maíz, porotos, papas y zapallos. En tiempo de la Conquista, hubo también algunas cosechas de trigo. Esto, toca sólo un aspecto de su economía. Otro lo encontramos en el mundo animal. Por esas tierras abundaban las llamas, los guanacos, las vicuñas, las alpacas, los ñandúes, las gallinas o pavos del monte, los patos, y no dejaban de pulular también los jaguares, los pumas, los ciervos, las vizcachas, los tatúes, los zorros, las nutrias, las perdices, las palomas y los loros. La caza, no podía ser más abundante. Dentro

del terreno de una clasificación cronológica, podemos establecer dos períodos agrícola-económicos. Uno de carácter prehispánico, seguido por otro, producto de la dominación española. Del primero nos ocuparemos más adelante, para decir ahora que durante el segundo ciclo, los aborígenes empezaron por talar las mieses de los Conquistadores para seguir luego con la siembra del trigo y la cebada apoderándose, de paso, del ganado de Castilla, sin llegar, empero, a utilizar el caballo." Sus primitivos métodos de siembra eran iguales a los usados en el Perú: utilizaban estacas puntiagudas con las cuales hacían hoyos en filas simétricas y desparramaban la semilla lo mismo que los incas. Construyeron andenes, acequias y tuvieron represas que contenían grandes cantidades de agua. Estas represas las calzaban con piedras para evitar la filtración del agua y poder conservarla mayor tiempo. Su alimentación era a base de los productos del suelo; primando el maíz, el que preparaban de diversas maneras. La chicha fué la bebida alcohólica más conocida y, en la actualidad, esos mismos pueblos la utilizan como bebida cotizable. Las viviendas eran de tipo militar y civil. Las primeras se construían en sitios estratégicos, dispuestas para la defensa, y fueron utilizadas para hacer la guerra a los españoles. "Como un monumento que inmortaliza el valor de esas gentes, quedan aislados vestigios del Pucará del Aconquija, en la meseta superior de la montaña, que fué rodeada por una muralla de pirca de más de tres mil metros de largo y de casi tres metros de altura. Muralla imponente que tuvo saeteras y bastidas para flecheros no menos formidables. En el interior de los pucarás, que los hubo en todo el territorio diaguita-calchaquí, se edificaron casas de piedra, pequeñas y bajas, triangulares o redondas techadas con paja, constituyendo, en conjunto, reductos casi inexpugnables.

"Los pueblos sedentarios y agricultores —barriales y angualatos—, hicieron sus viviendas de quinchas, de barro amasado y de adobes que mezclaron con fragmentos de sus ollas." Se pintaban el rostro y usaban peinados artísticos como atributo de belleza; se depilaban. En Angualasto, se usaba la trenza unida con bridas. Si quedaban sueltas, se la remataba con borlas de formas y matices diversos. Entre los Capayanes, las trenzas se enroscaban en la frente, adornándolas con vinchas, plumas y otros elementos de análoga naturaleza. La corona de plumas sobre la cabeza fué el símbolo de los fuertes guerreros de la tribu que prefirieron ese tocado a la gorra tejida llamada Tanga. Eran amantes a las cosas de adorno, entre las que se destacaban brazaletes, alfileres, placas pectorales, discos de oro y plata, collares de piedras, aros, etcétera. Usaban la camisa llamada túnica que tejían en los telares domésticos, y calzaban las ushutas. "La coca y la llijta, elementos de capital importancia en la vida del nativo, eran guardados como en la actualidad lo hacen, en bolsas tejidas llamadas Chuspas."

Es indudable que la cerámica diaguita es de una belleza magnífica que causa admiración por la realización de sus símbolos y por las formas de su modelado. En Belén he tenido oportunidad de ver una variedad riquísima, propiedad del cura párroco del lugar, y en Londres, en casa de la señora Julia García, me fué permitido observar una cantidad de piezas que ofrecía a los ojos estudiosos la máxima fiesta. En la Puerta de San José, en la Puerta de Ambato, y en Andalgalá, he tenido al alcance de mi vista un caudal inagotable de emociones al presenciar la más fina de la cerámica desenterrada en esos lugares. E. Márquez Miranda describe los dibujos de la cerámica en esta forma: "Casi siempre consiste en un rostro humano caracterizado por las cejas, los ojos, la nariz y la boca que afectan formas técnicas y de realización ligeramente diferentes, según las localidades. Los ojos son oblicuos. En algunos casos la representación antropomorfa del cuello de la urna está complementada por un delgado par de brazos, cuyas manos tienden a unirse ante el pecho, ya solas o ya sosteniendo un pequeñísimo vaso simulado. Los elementos zoomorfos: el avestruz, la serpiente, el sapo y los geometrizantes rombos, grecas, signos escalonados, reticulados, son ejecutados en colores entre los que predomina el negro sobre fondo amarillo. El tipo de Belén está dividido en dos: la tripartita aquella en que el cuello, cuerpo y base están perfectamente diferenciados y aquella otra en que los elementos se funden y cuya base es un cono truncado que se continúa en el vientre prolongándose hasta formar el cuello. Los colores son, dibujos negros sobre fondo rojo. Las combinaciones son menos que en el anterior. El tipo San José, llamado también de Andalhuala o velero, está constituído por urnas tripartitas de cuello sumamente corto. Las urnas han servido para el entierro de párvulos. Al hacerse las excavaciones, las urnas aparecieron tapadas por lajas de piedra, por otras urnas volcadas o pucos. Se ha hallado hermosos timbales en San José, Barrealito y La Aguada.

Los estilos de decoración son dos, el "draconiano" y el santamariano. El primero consiste en la representación de un monstruo (dragón) de cuerpo serpentiforme, ornado de manchas ovaladas y provisto de patas con garras con una o varias cabezas antropo o zoomorfas, más o menos estilizadas, destacándose fuera de los ojos y de la lengua, las fuertes mandíbulas con dientes puntiagudos. Las estilizaciones que tienen su origen en este monstruo, se componen de los cuatro elementos siguientes: óvalos con o sin relleno, originados en las manchas del cuerpo; bandas curvilíneas o a veces, en las estilizaciones grabadas, rombos representando el cuerpo; aserrados derivados de las mandíbulas dentadas; garfios o ganchos procedentes de las garras. Las decoraciones santamarianas consisten en la reproducción de la figura humana más o menos estilizada, como asimismo de diversos tipos de la fauna regional: la serpiente, el aves-

truz, el sapo, diversos pájaros y otros animales menos representados. El draconiano prefiere las líneas curvas y el santamariano las líneas rectas." Por los trozos de tejidos encontrados en las urnas funerarias y la maestría que en la actualidad tienen las tejedoras de Belén, de los valles santamarianos, etcétera, se sabe que los diaguitas fueron hábiles tejedores. Los colores que usaban para teñir las lanas que utilizaban, eran producidos por materias vegetales. El algarrobo blanco y negro producían tintes gris claro a negro; el asuque, un plomo azulado; el atamisqui y el colar, un gris; el cardón, morado, obscuro y otros tonos; el coshque yuyo o palta, el rosa pálido; el churqui, gris a negro; el espinillo, café, que con grana da un tono borra de vino; el mistol, café; el molle, amarillo. Trabajaron los metales e hicieron objetos artísticos que denotaban una excelente predisposición estética. "El metal era trabajado a manera de los incas. Triturado en los marays de piedra, se depositaba luego en las Guayras u hornillos de viento, para ser, finalmente, solidificado en crisoles y moldes. Aliaron el cobre con el estaño y no les era tampoco desconocido el oro ni la plata, metales que utilizaron para la fabricación de pequeños ídolos, discos pectorales, brazaletes y anillos."

Resumiendo la información que al respecto hace Fernando Márquez Miranda, puede agregarse que los diaguitas fueron pueblos de indomable fiereza, por lo cual dieron importancia suma a sus instrumentos guerreros. El arco y la flecha fueron de primordial preeminencia. En la región de los Barreales, se encontraron vestigios del instrumento africano llamado "boomerang". Las mujeres y los niños intervenían en las guerras. Al retirarse se llevaban sus muertos para llorarlos, es decir, para realizar complicadas ceremonias fúnebres. Cada pueblo tuvo su cacique, el que asumía el poder por sucesión. La autoridad de este cacique era absoluta y se entregaban a una completa obediencia como principio de disciplina civil. Existía la poligamia. El hombre que se casaba con la hija mayor de una familia, pasaba a ser esposo de todas las demás, y a su muerte su hermano era considerado como esposo de aquéllas. Se casaban ya hombres maduros, quizás ante un período de iniciación varonil combinado con la exigencia de la castidad que terminaba al llenar los requisitos exigidos por la tribu.

Adoraban al sol, al trueno, a los relámpagos y a los árboles adornados de plumas. Algunos investigadores nos hablan de idolillos hallados, en tanto que otros niegan la existencia. Tenían sacerdotes especiales, sus "magos" o "hechiceros". Creían en la inmortalidad del alma sin saber a dónde iba. Del culto al sol entre los calchaquíes, Barzana nos dice: "Tampoco hallé en éstos rastros de religión alguna; sólo cuando mataban a algún enemigo le cortaban la cabeza y la mostraban al sol como quien la ofrece." Los hechiceros solían ser médicos. Habitaban lugares secretos y se libraban

a grandes bacanales, con abuso de bebida alcohólica, chicha y aloja, que provocaban sangrientas peleas que terminaban a pedradas y flechazos. Durante la orgía, el brujo que presidía la fiesta, realizaba un rito propiciatorio de la fertilidad de los campos, para lo cual ofrendaba en homenaje al sol una cabeza de cierva cubierta de flechas. Este símbolo era entregado a otro hechicero, quien de aceptarla había de presidir la próxima fiesta. Cuando un diaguita estaba próximo a morir, sus parientes le velaban en medio de copiosas libaciones; según Techo, clavaban sus lanzas alrededor del lecho, todo ello para impedir a la muerte acercarse. Una vez muerto, comenzaba el llanto y las lamentaciones; quemaban hierbas especiales y ponían cerca del muerto los mejores alimentos. Danzando y saltando le ofrecían sus manjares y como no los comía, se los comían ellos. Las ceremonias duraban ocho días. El luto duraba un año y era de color negro. Quemaban la casa para que no volviera el muerto, después de enterrado en una fosa. Para ellos sólo existía la muerte violenta y cada muerte suponían provocada. De ahí las sospechas y las discordias entre las familias.

Los entierros de adultos se solían hacer en las propias viviendas en las que se continuaba habitando. Los de los niños, en urnas, y ocupaban enterratorios alejados de los lugares de habitación. Concretamente, se ignora cuanto se refiere a su folklóre y mitos. No pueden hacerse sino referencias al estilo de las que Adán Quiroga traza acerca de las representaciones de la lluvia y de las fuerzas telúricas con ellas vinculadas. Seguramente hubo un ciclo de ceremonias relacionadas con la muerte. La decoración está representada por pictografía. Se hallan estilizados hombres y animales (ñandú, avestruz y algunos felinos: el jaguar casi siempre sigue a la "auchenia", eje de la economía animal del diaguita). En los petroglifos se ha desechado la idea de ver una escritura en los signos y dibujos que presentan. La música tenía cierto carácter militar. Tocaban pingollos y cornetas como preludios de ataque al advertir la presencia de un enemigo. Utilizaron las flautas, silbatos y ocarinas, bocinas o trompetas hechas con mates o canutos de huesos, tambores, cajas. Al son de estas músicas debieron verificarse las danzas, cuyos cuadros de embriaguez y sacrilegio nos señala Techo.

§ 4. *Grupos ribereños del Paraná*

Se tiene conocimiento, por los yacimientos arqueológicos encontrados en las márgenes del río Paraná, de la existencia de núcleos indígenas de población que se mantuvieron viviendo de la caza y de la pesca y dejaron manifestaciones inferiores de una cultura sin mayores rasgos sobresalientes. No sucedió así con el grupo denominado guaraní que habitaba las islas de nuestro río máximo, pues a

pesar de tener el mismo recurso económico de los ribereños, se dedicaron a la agricultura con mayor intensidad.

En el resumen que Francisco Aparicio nos ofrece (11), dice: "El rapidísimo análisis de la arqueología del Paraná que hemos efectuado, pone de manifiesto la presencia de tres conjuntos industriales bien diferenciados: dos en el delta y uno extendido a lo largo de ambas márgenes del gran río. La simple lectura de uno de los documentos dejados por los descubridores, demuestra que ellos tuvieron el convencimiento de que los indígenas que encontraron a su paso pertenecían a diversos pueblos o "naciones". Mas, si ahondamos el análisis de las fuentes escritas y la interclusión de que todas las referencias etnográficas contenida en aquella documentación corresponden a tres grupos:

Primero, los Querandíes que vivían en la "comarca" de Sancti Spíritu: "jente del campo", al decir de Ramírez; estaban "en la tierra metida", según elocuente expresión de Oviedo, y Caboto, por su parte, afirma que llegaban hasta el pie de la sierra. Eran, por lo tanto, indios mediterráneos. Alcanzarían ocasionalmente la costa y así se explica que llevara su nombre el estero, en cuyo boca habría de colocar Lopes de Souza "Dous padroes das armas d'el rei nosso senhor". Más tarde, Mendoza habría de encontrar Querandíes —según testimonio de Schmidel—, en el país en que asentara el Puerto de Santa María del Buen Aire. Estos indios, a pesar de su presencia en la costa, no pueden considerarse pobladores del Paraná y escapan, por lo tanto, a nuestra jurisdicción. Es indudable que no han formado un pueblo, propiamente dicho, sino una parcialidad o grupo que, poco después de la segunda fundación de Buenos Aires, deja de mencionarse, confundidos acaso con otros indios de la llanura, bajo el común denominador de "pampas".

Segundo, los Guaraníes, que poblaban las islas y navegaban en corso el Paraná, "a cabsa de ser enemigos de todas estotras naciones", como dice Ramírez. Estos Guaraníes son los que nos han dejado los cementerios con inhumaciones en urnas y otros restos tan característicos que es innecesario insistir sobre ellos. Finalmente, las crónicas mencionan toda una serie de pueblos ribereños —"carcarais, Chanaes, Beguas, Chanaes-Timbús, Timbús, Mecoretais, Camaraos, Mepenes"—, todos los cuales son, evidentemente, parcialidades pertenecientes a un solo conjunto. Esta evidencia surge con meridiana claridad a la luz de los hallazgos arqueológicos que ponen de manifiesto la existencia de una sola cultura a lo largo de ambas márgenes del Paraná. Y la prueba arqueológica no desmiente, en realidad, el testimonio de los conquistadores, pues si ellos multiplicaron los gentilicios no es menos cierto que los caracteres culturales que atribuyen a las distintas naciones son —en lo fundamental—, concordantes. A todos estos pueblos pueden atribuirse, de acuerdo con los elementos de prueba aportados en otra oportunidad, las re-

presentaciones plásticas y los demás restos que ordinariamente las acompañan. Por lo que respecta a los yacimientos que se han descubierto en los "cerritos" del delta —no pertenecientes a la cultura Guaraní—, creemos que no existen, por ahora, elementos de juicio para atribuirlos a ninguno de los pueblos mencionados en las fuentes escritas. Por lo tanto, todo lo que sabemos acerca de ellos redúcese a las pobres muestras de su cultura exhumadas de aquellos repositorios. Estos restos difieren —a la par—, de los que acompañan a las representaciones plásticas y de los que caracterizan la industria Guaraní. Es muy posible que cuando nos sean mejor conocidos los materiales de algunos repositorios de la margen derecha del Río de la Plata, se compruebe una estrecha analogía entre éstos y los de los "cerritos" isleños."

Los Tupí - Guaraníes: De acuerdo al estudio realizado por el profesor Antonio Serrano, los tupí-guaraníes, o simplemente guaraníes, se extendieron desde el Río de la Plata hasta el Amazonas, ocupando todo el litoral atlántico. "No formaban una masa única, sino grupos aislados separados en ocasiones por tribus de nación distinta. La mayoría de los autores están de acuerdo en considerar la región comprendida al oriente del Paraná en el Guayrá, como el centro de irradiación de la gran familia tupí-guaraní.

De aquí irradiaron por todo el continente: por el sur llegaron hasta el Delta, por el este hasta las costas del Atlántico, por el norte hasta el Amazonas y por el oeste hasta Bolivia. Pero estas migraciones no son todas precolombianas y, aun muchas de las precolombianas parecen ser recientes. La diversidad de tribus que integraban la nación tupí-guaraní han sido agrupadas sigueindo un criterio lingüístico que corresponde al geográfico. Pretender hacerlo con otro criterio lingüístico, es algo más que imposible ya que las distintas tribus se influenciaban culturalmente a través de sus largas migraciones."

§ 5. *Pueblos pobladores de la Pampa*

No se puede precisar con exactitud la clase de indígenas que predominaron en la Pampa, puesto que a mediados del siglo XVIII, como muy bien lo apunta el historiador Milcíades Alejo Vignati (12), invade la llanura un elemento que venía del otro lado de la cordillera "y que se conoce con el nombre de Aucas o Araucanos, cuyo origen no es precisamente autóctono de la tierra cisandina, sino que es una nación elaborada con elementos autóctonos de nuestra tierra, que viviendo en los primeros años de la conquista en los boquetes cordilleranos, bajaron al poniente atraídos por la riqueza de los centros colonizadores de los españoles, a los que continuamente tuvieron en jaque. Asentados en los valles de allá, constituyeron su propia cultura hasta que el comercio y los poblados de las provincias de Cuyo avivaron su espíritu de pillaje, determinándoles

a volver sobre las tierras argentinas para proseguir su vida de depredación y de conquista."

* * *

Estos pueblos que hemos descripto sumariamente en las páginas anteriores, dejaron bien señalados los rasgos de sus respectivas culturas. Sus huellas se encuentran en la actualidad en los mitos, leyendas, costumbres y tradiciones, que venían del fondo mismo de la raza o que se generaron en el hecho de la Conquista y de la Colonia.

Del mayor número de esas tradiciones daremos cuenta en este libro y, también, de las que, perdidas en la noche de los tiempos, sirven para el estudio de la psicología de nuestro pueblo.

(1) Eduardo Casanova. *Las culturas indígenas del Noroeste.* Historia de la Nación Argentina. Ed. 1939. Academia Nacional de la Historia.

(2) *Historia de la Nación Argentina.* Vol. 1, 1939.

(3) El citado autor hace notar la diferencia de opinión respecto a algunas pequeñas zonas de interferencias.

(4) *Curiosos aspectos de la terapéutica calchaquí.* Edición General de Impresiones. Tucumán.

(5) Una de las más importantes polémicas deriva del área de dispersión que le adjudica el profesor Serrano, y que pone frente a la llamada «Civilización Chaco-santiagueña», la seguridad de que tal civilización no es otra que una rama diaguita desarrollada en las selvas santiagueñas.

(6) P. Pablo Cabrera. *Córdoba de la Nueva Andalucía.* Pág. 18. Edición Universidad de Córdoba. 1917.

(7) Adán Quiroga. *Calchaquí.* Pág. 50. Edic. 1897. Tucumán.

(8) Doctor E. Catalán. *La brujería penada con la hoguera en el Tucumán Colonial.* Pág. 8. Edic. 1926. Buenos Aires.

(9) El profesor Julio S. Storni, en un estudio filológico dice que Aconquija significa: «Agua que se forma en las alturas junto a la luna».

(10) *Descripción Colonial.* Reginaldo de Lizárraga.

(11) *Historia de la Nación Argentina.* Tomo 1. 1939.

(12) *Historia de la Nación Argentina.* Tomo 1. 1939.

CAPÍTULO II

DESARROLLO O EVOLUCION DEL MITO EN LA MENTALIDAD POPULAR

§ 1. El deseo del hombre primitivo de superar a la naturaleza. El salvaje y el animista. La concepción del maná. El animismo. Salvaje mítico. -- § 2. El hombre civilizado en los bosques de la mitología. El héroe ante el acto tabú. Mitos populares argentinos: Juan Porfiao. Valentín Quinteros, malandrín tucumano. El caso de Bazán Frías. El caso de Carballito. El caso de Tolosa en Santa Fe. La Telesita. -- § 3. Canonizaciones populares. Santificaciones en pleno goce de vida. Campo propicio para el fetichismo. El roce de tres culturas. La "santa" Justina. El "santo" Valdivieso. El "santo" Matías. La "médica" Petrona Campos. -- § 4. El mito del "Familiar". El árabe poseedor de un "Familiar". El mito del "Familiar" sobre el mito de América. Raíces líricas de un mito popular. América, mito permanente. El caso de Iñico Ledesma. Los plantadores de ñame en la isla Dobu. La magia de los tubérculos. El mito en el Fausto. -- § 5. El industrialismo en la concepción fáustica del "Familiar". La leyenda, ley de la montaña, de la selva, de la pampa y del río. La serpiente del Ingenio abandonado. La leyenda del "Familiar" en Tucumán. Conclusiones sobre el mito.

§ 1. *El deseo del hombre primitivo de superar a la naturaleza*

El hombre —primitivo, o el de los pueblos actuales que viven su cultura primitiva—, tuvo siempre la fuerza moral reveladora de su genio. Frente a la naturaleza, los motores de su voluntad creadora estuvieron en marcha para explicarse de cualquier forma los misterios del mundo que habitaba. Débil ante la naturaleza, los animales y las cosas que a su alrededor moraban, sus sentidos estuvieron abiertos en un instinto de conservación permanente para adaptar su debilidad a la dura lucha por la existencia. Desde el fondo de su ser anímico crea el hecho divino que poco a poco se desarrolla y desemboca en el rito para aparecer en el tiempo, su tortura primitiva, como el origen de su religiosidad presente. En el primer momento de la vida, todo está vinculado a poderes sobrenaturales que el hombre es incapaz de explicarse. "El vuelo del ave, el relám-

pago, el trueno, el poder devastador del fuego, la rapidez de la fiera por el monte, las nubes, las formas caprichosas de la montaña, el hombre de otra raza, la dureza de la piedra, del árbol; el sol, la luna, las estrellas; todo, en fin, está envuelto en una atmósfera superior, divina, inexplicable." El mismo niño civilizado se sorprende un día de que existe la sombra, que lo sigue; que las nubes del cielo marchan sin descanso; que existe la tierra y la luna, y que el sol se levanta de mañana y se oculta en horas de la tarde. Primero se asusta y calla; forja imágenes raras y se lo explica a su manera apelando al recuerdo de cuentos que ha escuchado de boca de sus parientes. Cuando estos cuentos no le resuelven su curiosidad, pregunta y se sorprende de que todo eso no sea como la "realidad" que su imaginación ha forjado.

A este respecto dice Salomón Reinach: "Podemos afirmar que el niño y el salvaje son animistas, es decir, que proyectan al exterior la voluntad que actúa en ellos, que pueblan el mundo, en particular los seres y las cosas que les rodean, de vida y sentimientos semejantes a los suyos. Los ejemplos de esta tendencia animista son innúmeros; nos basta, para hallarlos definitivos, recordar nuestros más remotos recuerdos infantiles." Según agrega el mismo autor, ya Hume había reconocido en su "Historia General de las Religiones": "Hay en el hombre una tendencia general a admitir que todos los seres se le parecen. Llenando incesantemente su pensamiento las causas incógnitas, no tarda en atribuirlas, para asimilarlas más a él, pensamientos, razón, pasión, y a veces hasta miembros y características iguales a los suyos" (1).

El primitivo que ha llegado a su madurez y que trae de otra generación la concepción desarrollada de la cualidad divina de las cosas, continúa magnificándola; quiere que su humilde cuerpo reúna las cualidades de las cosas que lo rodean, para su mayor fortaleza. Por eso se aferra al mito; primero, porque desea que en su cuerpo se refunda el Mana que da virtud y fuerza a las cosas que están a su vista.

¿Qué es el Mana?

Pijoan lo define de esta manera: "Cada tribu tiene sus danzas y ceremonias; cada cofradía un totem y sus objetos litúrgicos, con decoraciones exclusivas para ellos. En el hombre primitivo los ritos son como el blasón, la bandera, la característica de un pueblo. El deseo que tiene el hombre de asociarse, se manifiesta en estos símbolos, que van caracterizados por formas y colores. Objetos que acaso fueron producidos por puro juego en un momento de expansión imaginativa, se han convertido en místico y propiciatorio. A ellos se concede una fuerza, una superior energía vital que los polinesios llaman Mana. Es otro término del lenguaje internacional de la etnografía que quiere decir algo así como el espíritu vital, la vida que está en la materia, la fuerza organizadora. La palabra Mana perte-

nece a los pueblos oceánicos aunque en realidad es intraducible, y como las de totem, tabú y shaman (que quiere decir sacerdote o brujo), es sumamente útil para entendernos en esta clase de cuestiones. Las cosas tienen más o menos esta mana y la cantidad depende de sus formas y de su pasado." (2).

Kreslinger (3), lo define así: "El fuego que parece nacer bruscamente de nada, que desaparece misteriosamente como se ha producido, que posee poderes aterradores y escapa de ordinario a toda acción humana, también debe al Mana su fuerza y su virtud. El viento al que se oye ulular, que arranca del suelo árboles seculares, que, imponente en la tempestad, maltrata sobre las olas a las naves más sólidas, y al que, sin embargo no le puede ver, contra el cual todo esfuerzo humano resulta estéril, cuyo origen y fin no se descubre, debe ser asimismo una manifestación de esas fuerzas divinas. Sucede lo mismo con las montañas, de formas a menudo sorprendentes y que, por efecto de las nubes que se acumulan alrededor de las cimas, parecen producir el rayo y dar a los hombres la lluvia que fecunda sus campos; con la sangre, que aun entre los primitivos engendra sentimientos de horror, de repugnancia; que escapándose de la herida abierta, hierve, humea, parece vivir todavía con una vida misteriosa que se aleja lentamente. Igual todavía ocurre con ciertos animales: con aquellos que, como el toro, tienen una fecundidad particular; o con aquellos que, como la existencia y el surgir de nuevo, parecen aportar a los hombres el testimonio de otro mundo; o también con los pájaros, que corren la atmósfera, dominan espacios inmensos, adquieren una vasta sabiduría que el análisis de sus entrañas o la observación de su vuelo y de su canto, permiten al augur descubrir. En fin, lo mismo sucede con algunos hombres, con aquellos que inspiran el respeto, la veneración, dando así al primitivo sentimientos cuyo origen no comprende claramente: los sacerdotes, los ancianos, los grandes jefes, cuya sola mirada basta a veces para imponer el silencio, los cuales, asimismo, no pueden deber sino al Mana el prestigio que los rodea" (4).

Es el animismo que en todas las mitologías aparece claramente definido "prestando alma y voluntad a las cosas. Un árbol, un poste, un pilar, el hueco de una roca, son el asiento o el trono de espíritus invisibles. Estos espíritus son más tarde concebidos y representados con formas animales, luego con formas humanas. Así en la mitología griega, vemos que la fuente es un caballo: Pegaso, el caballo de Apolo, que hace brotar en el Parnaso la fuente de Hipócrene. El río es un toro con cabeza de hombre, aun cuando los griegos han logrado gran cosa de estas imágenes híbridas. El laurel es la ninfa a la que persigue Apolo; la encina es Zeus, y Dionisos mismo es el árbol, cuando ha dejado de ser árbol. La tierra es considerada a medias del suelo bajo la forma de una mujer que hay que regar. El cielo es Uranos, hijo del Tiempo

y padre de los dioses. Secundado por el arte, el animismo griego da "cuerpo, espíritu, rostro" a todas las concepciones, aun las más abstractas, y esta tendencia no se ha desmentido hasta el fin del paganismo; Grecia ha creado las imágenes de la Paz, la Concordia, la Clemencia, etcétera. Después de haber atribuído pensamiento a todos los cuerpos, atribuyó cuerpo a todos los pensamientos" (5).

§ 2 *El hombre civilizado en los bosques de la Mitología. El héroe ante el acto tabú. -- Mitos populares argentinos: Los mitos de Juan Porfiao, Valentín Quinteros, Bazán Frías, "Carballito". Tolosa en Santa Fe. La Telesita.*

Si el salvaje es un hombre mítico, no lo es menos el hombre civilizado, o por lo menos el hombre que vive nuestra civilización. Roger Caillois dice que las situaciones míticas serían como la proyección de conflictos psicológicos. De esta manera los grandes jefes poseedores del Mana a la vista de los primitivos, según apunta Kreslinger, serían en los momentos actuales los héroes que aparecen ante las multitudes como "imagen ideal de compensación que colorea de grandeza el alma humillada" de esas multitudes.

"El individuo, en efecto —dice Roger Caillois—, aparece presa de conflictos psicológicos que varían naturalmente (más o menos según su naturaleza respectiva con la civilización y el tipo de sociedad al que pertenece). De estos conflictos, el individuo rara vez tiene conciencia, ya que aquellos son también casi siempre el resultado de la estructura social misma y la consecuencia de la obligación que hace pesar sobre sus deseos elementales. Por la misma razón, y más gravemente, el individuo se encuentra en la imposibilidad de salir de estos conflictos, ya que no podría hacerlo sino mediante un acto condenado por la sociedad y, por consiguiente, por él mismo, cuya conciencia se halla fuertemente influída y, hasta en cierto modo, es garante de los vetos sociales. El resultado es que se siente paralizado ante el acto tabú y confía su ejecución al héroe." (6).

El sabio italiano Gubernatis (7), expresa que las fuerzas de la naturaleza son siempre el punto de partida de las mitologías. Dice que los primeros hombres han atribuído un alma y una voluntad a los astros, a los fenómenos meteorológicos, luz, tiniebla, aurora, crepúsculo; nubes, lluvias, vientos. Esta fuerza se encarna y personifica en los rasgos de un héroe, el cual se idealiza y resuelve en una divinidad. Es decir, después de la fase humana, la fase metafísica (8).

El héroe que crea ese conflicto entre el acto tabú —que sería el hecho de las convenciones sociales— y el deseo de evadirse de esas normas que ahogan la naturaleza del individuo, es el único capaz de originar las cosas maravillosas que crea el espíritu humano.

El caso que relataré y que he titulado el "Mito de Juan Porfiao", es el proceso de la generación de un mito en la mentalidad

popular. Entraría en la clasificación denominada "canonización popular", que es una especie de urgencia que demuestra el pueblo en la búsqueda de héroes máximos, de dioses familiares que solucionen con premura los conflictos morales y materiales que encuentran en el curso de su vida.

EN TORNO AL MITO DE JUAN PORFIAO

Entre los casos de "canonización popular" elevados a su máxima categoría mítica con rigorismo pagano, ninguno obró en mi espíritu con mayor fuerza expresiva que el mito de Juan Porfiao, del que tuve conocimiento por primera vez gracias a la frecuente invocación que de él hacía Valentín Quintero, un tucumano vivaz y pendenciero, que estaba a las órdenes de mi padre como agregado comercial en la Quebrada de Humahuaca.

Mis andanzas por los rancheríos santiagueños me habían dado la oportunidad de conocer el extraño rito de "Carballito" y la "Tesita", espíritu éste de aquella buena y servicial bailarina, excelente tomadora de "trago largo", que murió bailando y resucitó para presidir pintorescas orgías dondequiera que había que hacer efectivo el pago de una "promesa"; pero nunca, hasta una mañana y en circunstancias en que empezaré a relatar, me había puesto en contacto con ese personaje de la mitología popular que tantas ideas trajo a mi mente.

Habíamos resuelto hacer una arriesgada excursión al cerro que, en la Quebrada de Humahuaca, domina al pueblecillo de Maimará. Se nos aseguraba que en sus estribaciones existían lugares paradisíacos de espesa y variada arboleda, así como innúmeros surgentes que desbordaban cristalinas aguas sobre piedras de raras formas y vistosos colores.

Mientras algunos vecinos del pueblo afirmaban que existían vestigios de viejos paraderos indígenas, otros, que no disimulaban el tono supersticioso de su espíritu, manifestaban que sólo se trataba de lugares donde la "Salamanca" se reunía de noche en sordas consejas, cuando aullaba el huayrapuca.

La mañana fijada para partir amaneció nublada, circunstancia que dió pábulo a los supersticiosos para sentenciar que los espíritus de la montaña, al tener la noticia de nuestro viaje, estaban dispuestos a "movilizar" los elementos naturales a fin de impedir que hollásemos el suelo de esos lugares reservados para nocturnales zambras.

Mientras unos tomaban mate, a la espera de que el cielo despejara o abriera definitivamente el cauce de su lluvia, y otros gustaban los primeros amargos del "acullico", mirábamos el cielo y las nubes bajas que parecían rodar por la falda del cerro e iban a parar, cuajadas en enormes copos, al estrecho cañadón del río. Cada

uno ofrecía su impresión y su pronóstico, y todos remataban las frases con exclamaciones a guisa de intencionado exorcismo.

—¡Ha de levantar y hará buen día!...

—¡No ha'i llover!...

—¡Dios quiera el buen día!

Pero la voz de Valentín Quintero, aún rayada por un largo sueño, se dejó oír en el patio dejándonos estupefactos. Había dicho secamente:

—¡Por el alma del finao Juan Porfiao, que llueva ahorita con toda fuerza!...

Como notara nuestra sorpresa, por lo que significaban de insolentes sus palabras, añadió rápidamente:

—Ahora, Dios, para demostrar que no hay mayor voluntad que la suya, castigará al finao Porfiao y hará que sople el viento, se lleve las nubes y haga buen día...

Se alejó seriamente, secándose las manos con la toalla.

No sabemos aún si fué la intervención de Juan Porfiao la que realizó el milagro o si los espíritus de la montaña no tenían muchas ganas de luchar contra nuestra obstinación; sólo podemos decir que, al rato, ya marchábamos bajo un sol hermoso en busca de uno de los más pintorescos lugares de la Quebrada de Humahuaca.

* * *

Este personaje que por primera vez se me aparecía como perteneciente a la mitología popular, a la par que me resultó en extremo simpático y lo utilicé casi inconscientemente más de una vez para conjurar supuestos peligros, me dió motivos para pensar en ese viejo recurso que acude a la mente del hombre para ofrecerle una medida de esperanza cuando sus actitudes naturales fracasan ante fuerzas superiores en la materialización de un propósito. Veía en ello el drama eterno de la humanidad impotente de arreglar sus conflictos con remedios terrenales: Polícrates arrojando su anillo al mar "para conjurar los peligros del exceso de felicidad"; el romano que en época de sequía paseaba a través de la ciudad el "lápiz manalis", la piedra hueca, colocada cerca de la puerta Cánepa; la comida totémica en que la virtud de cuerpos animales transmigraba a la frenética colectividad salvaje.

El caso ofrecía materia suficiente para un estudio psicológico en cuyo campo afloraba el espíritu religioso dando lugar a magníficos panoramas. ¡He ahí al hombre civilizado pegado aún a la ronda de sus dioses paganos!... Así pudimos pensar porque veíamos el resabio de una época en que miles de fetiches tutelares regían la vida de los que aún no habían logrado unificar su fe en una deidad suprema que tuviera en sus manos el poder de las fuerzas dispersas del universo.

Acercando el lente al alma popular pudimos observar el fondo claro de un respeto místico traducido en las palabras sencillas, y hasta llenas de un ingenuo fervor de Valentín Quintero, y no pudimos menos que estudiar la capacidad del ánfora que guardaba el tesoro de una fe que, por invertida, iba a parar a las plantas de un Dios supremo. Así fué cómo se constituyó aquel tucumano en la vasija receptora donde mi pensamiento marchaba a la búsqueda de un misterio o a la consecuencia de un estado especial cuya trayectoria había descompaginado el alma de un hombre.

Valentín Quintero era un fervoroso creyente. Criado en los arrabales tucumanos, había conocido todos los oficios nobles e indignos de que es propicia una vida sin sujeción moral ni guía, ya que había sido obligado a buscarse, de buenas o de malas maneras, el pan diario desde los seis años de edad. Así perdió por completo el respeto a todas las leyes, puesto que ninguna ley amparó su cuerpo del hambre y el frío. No obstante, guardó siempre un singular respeto por la idea de Dios, y a éste tuvo como único poder capaz de disponer de nuestro destino. Quizás fuera por la única herencia de una madre amantísima que desapareció cuando sus ojos comenzaban a fijarse en el óvalo de una cara arrugada de sufrimiento, o tal vez idea hecha escudo que defendió su orfandad, sus aposturas de adolescente, y que luego atrincheró sus arrestos de guapo entre gente de mal vivir. Pero esta idea siguió una trayectoria, evolucionó hasta transformarse en conciencia a la par que sus años le traían la realidad de su tortuoso vivir. Quizá en esta época el bien y el mal se le aparecieron nítidamente y pensó que Dios, como bueno y justo, jamás podía proteger la empresa de hombres de su calaña. ¿Dónde encontrar entonces el "ángel tutelar" de los malandrines? ¿Dónde encontrar el depositario de su fe, que suplantara al Dios justo para desligar a éste de un voto espúreo? . . . Pronto lo encontró. Era un mito que andaba de boca en boca, de barriada en barriada, en la liturgia de los boliches tras el ritual del licor barato y cuchillos dispuestos a "salir de sus vainas matando"; era el mito de Juan Porfiao que se le aparecía a Valentín Quintero protegido por una nebulosa de alcohol y tabaco fuerte; como un espíritu blindado a prueba de balas y rayos destructores; como un insolente y porfiado matón que esquivaba las balas y la furia divina. Dios lo mantenía como un alma en pena para demostrar a las criaturas descarriadas la magnitud de su omnipotencia, porque estaba probado (y a este principio se aferraba la idolatría de Valentín cuando se embarcaba en alguna fechoría), que todo lo que se le pidiera al finao Porfiao salía en forma contraria.

—¡Por el alma del finao Porfiao, que me salga mal este negocio!

Seguro estaba el resultado. Dios decidiría lo contrario para demostrar que Porfiao era tan sólo una farsa en la lista de los dioses.

apócrifos que deambulaban en bocas ateas. Con tan sencillo rito, Valentín Quintero pudo oficiar una mística que descargaba su conciencia de creyente en ese conflicto espiritual que lo mantenía en perpetuo remordimiento; esto es: sus pillerías le salían bien sin complicar directamente a su Dios verdadero, a quien respetaba, temía y reservaba para pedirle algún día, por lo menos, un lugar cómodo en el paraíso u otra cosa digna a la que no pudiera negarse.

* * *

Pero este Juan Porfiao, por lo visto, es un viejo personaje que ya andaba rondando por los textos cristianos como discípulo de Jesucristo, y que se obstinaba en contrariar la buena doctrina del Maestro a pura terquedad; especie recalcitrante de aquella negación del apóstol Pablo y de la ceguera de Santo Tomás, la leyenda lo da discutiendo con Jesús, para demostrarle que el cordero no tenía riñones porque horas antes se los había comido; y hasta creo que murió en las profundas aguas de un río en momentos que discutía la no existencia de peligro para su vida.

La reencarnación de este personaje la conocen las buenas madres, cuando sus pequeños comienzan a dar los primeros pasos y la sufren cuando ya niños grandes sus hijos se obstinan en treparse a un carro, a un tranvía, a un árbol, sin tener en cuenta la advertencia que les hacen sus mayores. Las madres lloran al redivivo Porfiao cuando sus hijos, ya adolescentes, entran en la senda equivocada con desplantes atropellados sin advertir las mil acechanzas que se aprestan para anular sus pasos.

Convertido así en la negación del bien, es un mal errante que la mitología popular califica de "alma errante" y lo condiciona al tamaño de anhelos individuales.

Recuerdo que un día resolví preguntarle a Valentín Quintero sobre la historia verdadera de Juan Porfiao, y empezó de esta manera:

—"Era un guapo imponderable peleador y buen tomador de morápio. Todas las mujeres se lo disputaban porque sabía hacer el amor como ninguno. Alguna vez robó para los pobres. Tenía unas oraciones atadas al cuello que cuando las recitaba, todas las puertas se abrían por más atrancadas que estuviesen. Murió porque no hizo caso cuando le dijeron que se ensartaría en tres cuchillos que lo aguardaban en la oscuridad de una calle..."

EL CASO DE BAZÁN FRÍAS EN TUCUMÁN

Otro caso de "canonización popular" donde aparece el héroe como concepción mítica, es el del delincuente Bazán Frías, de Tucumán. Una tarde pude ver en el viejo cementerio de esa ciudad, el que bordea la hermosa Avenida Mate de Luna, cruz de la Con-

quista de Diego de Rojas, a una multitud que se agolpaba frente a una tumba. Cientos de velas prendidas en el suelo y cientos y cientos de amuletos de todas clases, colgaban de la humilde tumba. Mujeres y hombres se disputaban pulgadas del suelo para colocar la ofrenda de una vela o de un objeto que perpetuara la promesa. Muchas mujeres ofrecían el tributo de sus lágrimas, y muchos hombres permanecían tiesos ante la tumba musitando rezos por el alma del difunto. Ante mi asombro supe que allí se encontraba sepultado el cadáver de Bazán Frías, un delincuente tucumano, tenazmente perseguido por la policía y a quien ésta dió muerte después de una serie de persecuciones audaces. Bazán Frías cometió un crimen por robo en cierta época. La policía tucumana lo persiguió durante ocho años sin poderlo atrapar, luego de grandes y espectaculares tiroteos. Un día, Bazán Frías fué sorprendido y casi acorralado por una fuerza extraordinaria de agentes; se defendió como un león; peleó con una valentía sorprendente, y en el momento mismo que trataba de escalar las murallas del cementerio, cayó acribillado a balazos por sus perseguidores.

Días después, la policía tuvo que tomar medidas severas contra la multitud que se agolpaba en el lugar donde cayó muerto el delincuente. Era una incesante fila de hombres y mujeres que en las tapias del cementerio colocaban sus ofrendas a aquel héroe popular. Años más tarde, se pudo ver que las ofrendas llevaban inscripciones como éstas: "Al milagroso Bazán Frías, porque me la sanó a mi hijita"... "A Bazán Frías, una esposa agradecida"... "A Bazán Frías, este brazo que me sanó después de veinte años de sufrimiento."

El delincuente había sido canonizado. Hoy, Bazán Frías, tiene una bien conquistada aureola de santo entre el elemento popular. ¿Fué, acaso, Bazán Frías, un protector de la gente humilde de Tucumán, o fué simplemente el héroe que, a pura guapeza, se ganó la simpatía del pueblo?

Hay quien dice que Bazán Frías era generoso con la gente humilde, al extremo que ésta lo ocultaba en sus casas y trataba de despistar a la policía, única explicación que tiene el hecho de haberse librado de una persecución tenaz llevada contra él durante ocho años. Otros afirman que el pueblo admiró la guapeza del perseguido porque luchaba con valentía, dando la cara a una cantidad de policías nunca igualada.

EL CASO DE CARBALLITO

A veces el mito no se genera por la guapeza del héroe que trasciende el bastión de las leyes y los prejuicios sociales: responde a un proceso de concepción cristiana. El Mal y el Bien ya están plenamente definidos, y el individuo distingue claramente el valor de

sus propios sentimientos y el de los ajenos. Si bien, en muchos casos la concepción pagana y el trabajo de catequización de la Iglesia crea extraños símbolos, producto de la hibridación, puede identificarse fácilmente los valores generadores de las dos ideas vitales. En el caso del "Carballito", personaje humilde canonizado por la mentalidad popular, ya viene involucrado el principio cristiano, el heroísmo humano, la humildad, el renunciamiento a la vanidad temporal; el mérito por el sacrificio en la justa línea humana que inspiró a la cristiandad. Lo que San Agustín decía de la memoria de los mártires para que el pueblo cristiano despertase a su imitación, participase de sus merecimientos y gozase del beneficio de sus oraciones. Es el santo al cual poderes divinos le dan la virtud y la oportunidad del milagro para que el pueblo esté más seguro del poder de Dios y de los santos varones.

La leyenda de "Carballito", dice así: "Fué un pobre ciego limosnero; quiso el destino jugar con él; y fué una tarde en que todo se mantenía quieto y la atmósfera más bien pesada, el cielo plomizo. Tres personas llegaron al rancho del ciego y lo invitaron con engaños hacia un lugar apartado de la ciudad de Tucumán. Cuando al llegar a un montecito lo ataron al tronco de un árbol, después de haberlo abofeteado y estropeado de la manera más cruel; después, lo dejaron y, al cabo de una semana, dos personas lo encontraron muerto. A pesar de tantos días, su cuerpo y su rostro estaban como si recién hubiese acabado de morir, pero a su lado, una rica vertiente (según dicen, que antes no existía), había brotado como una señal para que se lo hallara, y así ocurrió que esos dos hombres, que iban sedientos, al arrimarse a beber, con la consiguiente sorpresa, se dieron con un cuerpo y al acercarse vieron que era Carballito. La boca del muerto parecía como si exclamaran sus labios palabras consejeras de alivio, sus expresiones terminadas por el castigo de los días; el alambre con que lo ataron ya había penetrado en sus carnes, pero lo que asombró fué el rostro, porque parecía como si estuviera vivo, hacía compás con la creación de la vertiente, y se advertía el milagro."

Canal Feijóo glosa el hecho de esta manera (9): "Fué un ciego muy querido y conocido en todos los barrios de Tucumán; muy pronto se enteraron éstos de que fué encontrado muerto y en qué forma terminaron los criminales con su existencia. El pueblo, la fe popular, lo hizo santo y empezaron las promesas, y al ver cumplirse éstas se convirtió en fe de todos. Las promesas fueron en distintas formas: primero se pusieron luto, por un mes, dos meses, tres. Otros, con algún regalito a su tumba o ya una moneda en su alcancía de tarro, ya paquetes de velas, pero siempre de color. Tomaba cuerpo su historia y en diversos puntos de las campañas, así como de Santiago del Estero, empezaron a plantar cruces de itín o de algarrobo, con su correspondiente tarrito colgado del brazo abierto

de la cruz. Los promesantes llegan con su rezo en los labios, con ganas de cantar alabanzas y dormirle al dolor. Se notan junto a sus cruces bultos de mujeres enlutadas, haciendo una rueda y a manera de puerta una entrada permitida por los concurrentes para dar paso a los que quieran besar la cruz o entregar algunas monedas. Hoy, como toda cosa tiene su principio y fin y sólo se notan las cruces de Carballito envueltas en el polvo del camino, sus tarritos sin tapas ya no tienen moneditas pobres, sólo se encuentra en su interior alguna flor caída por casualidad de la sina-sina. Ya no va todos los días el pedido a su tumba, sino lejos-lejos, algunas Ave Marías o Salves, como si se le hubiera acabado el milagro, o es que se le escapó la fe popular para convertirse sólo en recuerdo. Hoy ya dicen: "le pedí a Carballito que sane a mi tata y me'i olvidao de llevarle las velitas y parece que se ha enojao, porque mi tata ha muerto..." — "¿Y a mí?, me pasa peor; me puse luto rogándole para que mi pobre Baudilio, mi marido, sane de la vista, y peor, quedó ciego. Será porque me'i sacao el luto para bailar, y una solita chacarera... Qué voy a creer que se enoje por esito nomá"...

EL CASO DE TOLOSA, EN SANTA FE

Se ve en esto la influencia de la Iglesia y el hurto que el pueblo hace a la religión oficial para crear en concepciones análogas santos extraoficiales, como en una especie de urgente canonización que llevaría implícito el deseo de descubrir el agente milagroso de mayor eficacia para la solución de sus intereses y de sus angustias. De esta clase de santos populares existen muchos en casi todas las provincias. Su perfil se evidencia de acuerdo al estado de cultura de los núcleos que proponen por vías colectivas su "canonización." Así vemos, por ejemplo a un personaje, en Santa Fe, que, si bien no alcanzó la gloria de ser canonizado en la forma práctica que lo fué Carballito, permanece en los límites de un recuerdo de santidad envidiable. Nos referimos a Tolosa. Este personaje fué muy popular en el Santa Fe del siglo pasado. Era pobre y de absoluta humildad. Vivía de la limosna o como "agregado" en la cocina de ciertas familias pobres. Con humildad franciscana se lo veía asistir noche tras noche, días tras días, a los enfermos pobres. Tolosa estaba dispuesto a cualquier hora para velar un enfermo; a rezar por el "finao", a envolver a un muerto y confeccionar el cajón con tablas juntadas en la vecindad, y a llevarlo en sus hombros o con una carretilla al cementerio, abrir la sepultura y enterrarlo. Todo lo hacía en silencio, sin una queja, sin una sola palabra amagada desde sus labios. Nunca pedía nada, y parecía como poseído de una extraña e indefinible dolencia moral. De él se cuenta que sus hombros cargaban al difunto pobre y marchaba durante horas y horas para cubrir la distancia que existe del perímetro urbano del

Santa Fe antiguo hasta la actual basílica de Guadalupe, cuya plaza era el cementerio de entonces. Cierta vez tuvó que hacer el viaje de ida y vuelta, con el patético fardo sobre sus espaldas porque no se había enterado a tiempo de la clausura definitiva de esa necrópolis. La vida de Tolosa fué la de un santo; la de tantos varones de la Iglesia que nos informa el "Flos Sanctorum", cuyo reconocimiento comenzó por las vías oficiales, lo que evitó que el pueblo se anticipara a exteriorizar ese reconocimiento en una canonización prematura, ya que en esa época de su actuación, fué un servidor de la doctrina de Cristo y era, en los momentos necesarios, sacristán, monaguillo y auxiliar en la misa o, en los casos de extrema-unción. Por otra parte, y como dijimos al comienzo de este relato, la cultura religiosa de este pueblo podía mantener el recuerdo de Tolosa en los límites precisos sin caer en la tortuosidad del sendero pagano.

LA TELESITA

La "Telesita", canonizada en el rancherío santiagueño, —se dispersa en los de Tucumán y Catamarca—, es de la misma naturaleza que Carballito. La "santa" popular era de carácter alegre; una especie de bacante indígena que alegraba las fiestas del lugar. La coincidencia de su muerte, si se quiere heroica de acuerdo a las versiones que tengo, le creó la aureola de mártir y "diosa", al extremo que se realizan velatorios originales de la manera que paso a relatar (10):

De un viaje que hiciera a Salavina traje una versión de la leyenda de la "Telesita", versión a la que di forma literaria. Informa esta versión sobre quién fué la Telesita, pero no da idea de la ceremonia que en la velada se realiza, ni tampoco el motivo que la inspira.

Decía que existió en los montes santiagueños una mujer cuya vida era un enigma. Nadie sabía su procedencia, ni dónde moraba, ni de qué familia descendía; no obstante, era una figura popular en bailes, velorios, o rancho donde hubiera que conjurar un mal o dirigir una fiesta. Sabía el misterio de las lágrimas y el remedio que las secaba devolviendo al rostro la alegría. En todas partes era esperada y en todas partes sabían que antes que el alba diera sus primeras pinceladas en el negro de la noche, la Telesita desaparecía rumbo a su ignorada morada. Siempre reía, y en los "obligos" nadie aguantaba más caña y "medios" de vino que esta mujer siempre dispuesta a ganarle al tomador más mentado de la reunión.

Una de esas noches en que se velaba al "angelito", se había bailado y tomado más de la cuenta. Los circunstantes estaban rendidos de cansancio y alcohol, y los dueños de la casa dormían la borrachera cerca de la batea, junto a la represa. Una de las velas que alumbraban el pequeño ataúd, al llegar a su derretida base pren-

dió fuego a la sábana propagándose éste por todo el rancho. La Telesita, que permanecía de pie aguantando su más grande borrachera, se acordó que dentro del rancho había quedado durmiendo una criatura; entonces, corrió a salvarla, llegando en el preciso instante que el pesado techo se desplomaba y una gruesa viga, al caer sobre su cabeza, la tiró por tierra. Su cuerpo debió quedar hecho cenizas, pues al día siguiente sólo un dije de plata boliviana que siempre llevaba en el pelo, se encontró entre las ruinas del rancho.

Quizá la desaparición del cuerpo de la Telesita haya sido la confirmación de su origen divino y de ahí la creación de un mito popular que, a través del tiempo, ha dado el convencimiento del poder milagroso de la referida mujer, porque el criollo de estas regiones, cuando solicita una gracia divina y hace sus promesas, la cree de mayor eficacia dirigiéndose a la "santa" Telesita. Así el día en que el promesante cumple la palabra empeñada con la "santa" se realiza una ceremonia original y complicada en cuyo desarrollo el alcohol tiene su papel preponderante.

* * *

Cuando llegamos al rancho, aún no había comenzado el acto de promesa a la Santa Telesita. Desensillamos los caballos y después de acomodar los aperos bajo un techado, nos dirigimos al lugar de la reunión, donde el dueño de casa nos dió la bienvenida.

Debajo del alero del rancho había una amplia mesa cubierta de flores artificiales, de juguetes y chillonas chafalonías. En el centro de la misma posaba un ataúd de pequeñas dimensiones, de cuyo interior sobresalía una figura construída con un armazón de alambre cuidadosamente relleno de migas de pan, con lo que se conseguía forma humana. De una de sus mal formadas manos pendía una botella de vino y de la otra una copa a medio llenar, lo que daba la tosca impresión de una mujer dispuesta al convite. En torno a tal escena había una serie de velas de pequeñas dimensiones que eran renovadas tan pronto se consumían. De las paredes cercanas pendían colgaduras blancas, rojas y amarillas, alternadas con adornos, flores de papel y algunas ramas de arbustos florecidas.

Afuera, en el amplio patio, dominando el lugar donde la báquica santa ostentaba tan abigarrado boato, los invitados, sentados en gruesas sillas de cuero o bancos improvisados con durmientes de quebracho colorado, esperaban la iniciación del ceremonial. Poco faltaría para éste, pues los músicos, que eran los esperados, ya venían por el camino largo haciendo sonar la caja. Cuando llegaron, pusieron su marcha a una prudente distancia, y a guisa de saludo tocaron una vidala.

Vuelvo cantando a estos pagos
Donde otros tiempos viví...
Ay, vidalita de mis paisanos
Santas memorias me traen así.

Ya oigo sonar en los montes
Caja, guitarra y violín ..
Ay vidalita de los amores
Santas memorias me traen así.

Aplaudieron los circunstantes y se lanzaron algunos gritos, al incorporarse la orquesta a la reunión.

Pregunté cuál era la promesa, y me dijeron que el dueño de casa prometió un baile con mucho vino a la Telesita, si de su viaje al Sur volvía con algunos pesitos para pasar el invierno... "Lo ha'i tráido, po... Esto es lindo y ha'i regarse bien... Hay cañita y morapio pa toa la noche, po..."

En ese momento hubo un silencio. Los músicos se prepararon. El dueño de casa se acercó a la mesa de la Telesita, apagó una de las velas y puso en su lugar una nueva de unos diez centímetros de largo. Anunció que la promesa hecha a la Telesita era el obligarse a tomar cinco litros de caña (alcohol de 90 grados) antes que se consumiera la vela recientemente encendida. Se entendía que esa cantidad era lo mínimo, pues para lo máximo no había límite. Agregó que hacía extensiva la promesa a los invitados para que lo acompañaran en el trance...

Los músicos gritaron:

—¡A prepararse!...

El promesante, que era un hombre de cuarenta años "bien vividos", tenía entre sus manos una botella de caña y dos vasos. Se dirigió a una de las mozas y la invitó a bailar. Se pusieron frente a frente en medio del patio; llenó ambas copas e invitó a la compañera. En el momento que los músicos arremetieron con una chacarera, ambas copas fueron vaciadas de un sorbo en la garganta de los bailarines... El rito se había iniciado.

Una gritería sucedió a la acción, y las primeras vueltas de la pareja que hacía galas al compás de la música, fueron festejadas con palmadas y chistes. Corrieron los vasos de mano en mano, mientras el bailarín avanzaba y retrocedía en torno a su compañera, rozándole el amplio vestido con su rudo cuerpo... Palilleaban los dedos al compás de los instrumentos, y las piernas describían círculos caprichosos.

—¡Segunda!...

Ahora, bailarines y músicos estimulados por la gritería arremetían con todo entusiasmo. El varón daba vueltas reposadas en torno a la compañera como iniciando un idilio entre tímido e inge-

nuo, para ir progresivamente acercándose, abiertos los brazos, a palilliear los dedos cerca de los oídos de la moza, tal si fuera el lenguaje, por un rato contenido, de la pasión que ahora le expresaba.

Terminada la chacarera tomaron nuevamente de un sorbo copas de caña, permaneciendo en el mismo lugar a la espera de la segunda pieza que sería una zamba. Nuevamente gritaron los músicos:

—¡A prepararse!

El promesante llenó por tercera vez los vasos y repitieron la escena inicial. Revolotearon los pañuelos en elegantes círculos y los cuerpos repitieron más o menos galantes movimientos en los que el varón arremetía confiado en magnífica conquista y la moza esquivaba enamorada, pero llena de astucia, el significativo galanteo masculino.

Había terminado la pieza y por cuarta vez se llenaron y se vaciaron las copas. La moza enardecida por el esfuerzo y el alcohol se acomodó en su silla. Alguien gritó: "¡Aura y sólo el guapo!..."

El promesante que permanecía en el centro del patio, levantó la botella que aun contenía más de la mitad de la bebida y comenzó a vaciarla de un solo trago en su garganta. La actitud fué festejada ruidosamente, y cuando el bailarín la hubo terminado, se afirmó dificultosamente en sus piernas y lanzó un grito. La orquesta rompió con estrépito la infernal gritería y quince o veinte parejas salieron al ruedo barriendo el suelo con sus amplias polleras.

Caña, baile y vino hubo toda la noche.

Ya hacía tiempo que la vela se había apagado después que otras se encendieron, cuando el alba dió en las caras descompuestas de los invitados que habían podido mantenerse de pie. Los que habían sido "volteados" por la caña y el "morapio", dormían la borrachera tirados bajo los árboles humedecidos por el rocío. El promesante mayor, con una botella de ginebra apretada entre sus brazos, permanecía, desde mucho antes de rayarse el cielo, tendido en el suelo, con el rostro abotagado y los labios morados que parecían querer reventársele en un borbotón de sangre.

§ 3. *Canonizaciones y santificaciones en pleno goce de vida*

Pese a los muchos casos de "santas" y de canonizaciones *in-partibus*, que encontramos en el folklore argentino, es bueno señalar que nuestra población aborigen, o mestiza, o criolla, no ha llegado a los límites de locuras que puede observarse en la historia religiosa del Brasil (11), donde verdaderas turbas de fanáticos desarrollaron actos monstruosos movidos por el más violento delirio místico.

En los casos que vamos a registrar —y en los que hemos registrado—, ya sea porque las misiones evangelizadoras y el celo de la Iglesia Católica pusieron oportuno valladar a la idolatría, se obser-

va que no pasaron de simples episodios policiales aislados o de aventuras un tanto grotescas o cómicas que fueron toleradas mientras no constituían un daño social de mayores magnitudes. Por otra parte, nuestro pueblo, influenciado de manera más rápida y directa por las costumbres del colonizador, dejó a un lado la sencilla idea religiosa del indígena y entró en el templo comprendiendo o no la razón religiosa, pero sin rebelarse mayormente ante la nueva idea de los nuevos dioses.

Donde la influencia del negro africano ha sido manifiesta, es donde se ven casos de esa locura religiosa que desborda aún en fiestas ajenas al culto divino. Las "macumbas" brasileñas y los ritos cubanos que revelan la procedencia africana, nada tienen que ver con las prácticas de nuestro pueblo, que tanto en las fiestas de carácter religioso como en las de índole pagana, se nota la presencia de una serenidad armoniosa de alto vuelo místico y artístico que deleitan. Es que el español encontró campo propicio para el injerto de su teogonía en la mente simplificada del aborigen americano, y el conflicto espiritual no generó ningún choque trascendente. Distintos fueron los choques en la mentalidad del aborigen brasileño y cubano, ya que lo complicó el fetichismo del africano. Los aborígenes de esas regiones de América se vieron ante dos fuerzas de indiscutible poder: la que surgía del brutal sentido religioso del negro africano, y la voluntad férrea y decidida del conquistador que partía de la organización teologal de la Iglesia Católica (12).

Vamos a referir algunos casos de "santificaciones en pleno goce de vida" recogidos en zonas más o menos pobladas de las provincias norteñas.

LA "SANTA JUSTINA"

En Atamisqui, departamento de Santiago del Estero, surgió un día la "Santa Justina", diciendo que "tata Dios" la mandaba para salvar a los pobres. De rancho en rancho corrió la noticia, de tal forma que, al poco tiempo, la "santa" se había constituído en el eje social, político y religioso de los pueblos del departamento. A su casa iban en busca de consuelo para los conflictos materiales y morales. Comenzó practicando una especie de demagogia que le dió muy buen resultado y se ganó con ello la simpatía del pobrerío en general. Cuando se enteraba de que cierta persona del lugar había obtenido buena cosecha o su hacienda se multiplicaba de manera próspera, se presentaba con una turba de vecinos y le manifestaba que, en nombre de Dios, debía repartirla entre todos, porque de lo contrario le traería mala suerte. Obsesionaba de tal forma a las personas que, en muchos casos, le creían, y en otros, tenían que ceder a las pretensiones de la "santa", porque de lo contrario, en horas propicias de la noche asaltaban la casa, robaban colectivamente o mataban las aves, dejándolas en el patio.

Manifestaba que la religión que ella postulaba era más alegre que la del cura de Atamisqui. Hacía guerra al luto; todo lo negro, que era signo de tristeza, había que abolirlo. En cierta ocasión obligó a que se destruyera un plantel de gallinas negras, que un vecino del lugar criaba por considerarla de raza. Para la "santa" era un permanente plantel de tristezas que había que eliminar de Atamisqui a toda costa.

Cuando alguien moría, ordenaba a sus deudos, hacer grandes fiestas y alegrarse, prohibiéndoles terminantemente que se pusieran luto, e imponía sacrificios duros, como caminar de rodillas sobre espinosas pencas, golpearse las espaldas con ramas de "tuscas" y otros no menos dolorosos.

Cuando ya la "santa" Justina empezó a ser un peligro para Atamisqui, las autoridades tomaron cartas en el asunto. Una mañana desapareció del lugar y la encerraron en el calabozo de una comisaría de la estación Herrera. Un jefe político del departamento, árabe, llamado Gubaira, se propuso curarla. La tuvo en la comisaría un tiempo, la hizo casar con un vigilante y terminó la aventura de la "santa", a la que le quedó el mote de "La santa de Gubaira", por el citado jefe político que destruyó los poderes que "tata Dios" había conferido a la referida Justina.

EL "SANTO VALDIVIESO"

Pero... ¡He aquí que la semilla no se pierde!... Un día el viento la retiene en cualquier parte, y otro día la arroja en el surco y brota con toda fuerza.

Me encontraba en Santiago del Estero cuando una mañana leo en un diario de esa ciudad la noticia de que habían detenido a un "curandero" que, haciéndose pasar por "santo" hacía de las suyas en la estación Laprida. El tal "santo" gritaba a los cuatro vientos que la "santa" Justina había anunciado su aparición ocho años antes y que él era un "predestinado".

Al día siguiente los diarios daban esta noticia referente a la vida del aventurero:

"José Valdivieso es un muchacho joven de 21 años de edad; oriundo de Tarija, Bolivia. Dice estar iluminado por la gracia divina y cree que su misión es hacer el bien en la tierra. Jamás estuvo en la escuela; hijo de un "maestro" zapatero, comprendió que a los ocho años la Virgen le predestinaba para correr el mundo. Cuando habla parece un hombre instruído, que siente en verdad un verdadero fervor espiritual, pero su fe es tan obscura, como su inteligencia cuando se le advierten ciertas contradicciones, vacila. A nuestro juicio no es un vulgar charlatán sino un caso de predisposición mística desviado por su propia ignorancia hacia la explotación de la milagrería o acaso producto de un fenómeno psíquico que sólo podría determinar un análisis autorizado sobre la materia.

Valdivieso sostiene, como un fanático, que alguien había anunciado su venida al mundo; ese "alguien" no era otro que la "santa" Justina que, hasta hace poco estaba dando que hacer a la policía del departamento Atamisqui y cuyas teatrales ceremonias terminaban por lo común en una orgía de vino morado y otras yerbas.

—Hace ocho años que la "Santa Justina" anunció que yo aparecería por aquí — dice con un tono de convicción que a veces desconcierta.

—Pero... ¿sabe usted en lo que ha ido a parar esa "santa"? — le observamos con sorna.

—¡Ah!... —responde al punto—. Ella me anunció, segura de que yo la reemplazaría.

Los antecedentes de su "predestinación" son ciertamente curiosos. El también tuvo su misteriosa aparición, que le reveló el secreto de su destino. A los 12 años, mientras jugaba en los riachos de Tarija, oyó que una voz divina le aconsejaba dedicarse a "hacer el bien" y huir siempre de lo malo. Para Valdivieso lo malo está encarnado en las mujeres; las mujeres son la tentación, el demonio con polleras...

En su vida sólo tuvo amores con una boliviana que le hizo conocer la amargura de un terrible pecado. Entonces sintió que el arrepentimiento torturaba su conciencia. (Al oírlo hablar así nos preguntamos: ¿será posible que este pobre idiota tenga, en su prístina ignorancia, noción alguna de la fuerza moral del arrepentimiento y determine con tanta exactitud la gravitación de su yo íntimo? El no lo sabe, sin duda, pero lo siente). Decíamos que Valdivieso es convencido de que las mujeres son la perdición de los hombres; pero así, misógino por estulticia, admite la debilidad incurable del hombre y la posibilidad de que él mismo, a pesar de su "iluminación" de las potencias sobrenaturales, se sienta, según las circunstancias, vencido por el hechizo de una mujer. Si Valdivieso hubiera pertenecido a alguna comunidad religiosa, esta confesión le hubiera acarreado una seria contrariedad.

Sin embargo, está satisfecho de haber huído a tiempo del pecado y de la tentación.

—Ahora puede estar tranquilo —le dijimos—; está encerrado en las paredes de la cárcel.

El hombre comprendió la ironía y nos miró secamente.

Podría decirse en su defensa, que se trata de un autosugestionado que obedece a una intuición ciega y que dada su edad, poco podría hacer la policía para corregirlo. Tal vez Valdivieso, si hubiera sido educado, habría sabido descubrir su vocación y a estas horas habría estado entregado a sus oraciones en algún convento. Lo que salta a la vista es que posee un temperamento místico por naturaleza. La justicia, si el pobre se viera envuelto en un proceso, debiera proceder en este caso, para juzgarlo, con un criterio científico,

antes que legalista, pues lo contrario sería caer en el error del sectario o profano. No es un loco, porque no desvaría; hay en él expresiones y actitudes propias de los que responden a una condición esencial de sí mismos."

Hemos transcripto íntegramente la opinión del cronista respecto al misticismo del "santo," sucesor de la "santa" Justina, porque a través de la misma notamos la esencia de un problema humano que ha sido tratado con suma atención por distinguidos especialistas de la materia. Insertarlo en este libro significa mantener vivo un documento de trascendencia científica.

EL "SANTO" MATÍAS

Otro de los "santos" que hicieron de las suyas fué el "santo Matías", en Santiago del Estero. Llegó a tener mucha popularidad en uno de los departamentos del interior de la provincia. Estaba poseído de un extraordinario espíritu de contradicción. Al igual que la Justina, se proponía cambiar la modalidad de la gente del lugar. Aconsejaba dar la mano izquierda en vez de la derecha. Que las mujeres en cierta ocasión usaran pantalones, y los hombres polleras. Que no les hicieran caso al cura y enterraran a sus deudos junto al rancho, etcétera. Cuando una mujer le consultó sobre un mal, le dijo que tenía que dejarle una hija de 16 años durante un mes, al cabo del cual sanaría...

Este "santo" terminó de mala manera; como la "santa" de Gubaira.

LA "MÉDICA" PETRONA CAMPO

El jefe político de Atamisqui, Juan Azar, me refería que en el pueblo había una "médica" llamada Petrona Campo. Era considerada como "mano santa", y curaba a diestra y siniestra. Un día la madre de Azar estaba enferma y, en tono de chanza, le preguntaron si quería ir a curarla, o por lo menos ver qué enfermedad tenía. Petrona se negó repetidas veces.

Poco tiempo después, al encontrarla en la calle, le preguntó:

—¿Por qué no fuistes a casa, Petrona?

—¿Y para qué, niño Juan?

—Para que me la cures a mi madre...

Y muy presta respondió:

—Nai yo no sé po niño Juan si el remedio de los argentinos sirve también para los turcos...

La evasiva es tan original, que la dejo anotada sin ningún reparo.

§ 4. *El mito del "Familiar"*

Parece ser entonces que existen muchas naturalezas para la generación del mito y que considerar al "mundo de los mitos como homogéneo, y como tal susceptible de una clave única" es aven-

turado. No obstante existe, por los caminos que hemos andado, una marcada situación mítica que descansa en lo social. Escuchando la leyenda que sobre el mito del "Familiar" me contaban en las montañas de Catamarca (13), no pude menos que pensar en la historia de las provincias del Norte y repasar la vida de esos lugares durante la época de la Conquista y de la Colonia, porque veía en esa leyenda el proceso de un hecho social perfectamente definido en el cual habían sido protagonistas esos pueblos de la vieja provincia del Tucumán.

La leyenda del "Familiar" me la contaba un viejo amigo salteño, criado en las estancias limítrofes con Tucumán. Estábamos en un pueblecito del Ambato, junto al río del Valle y cerca de Huaycama, lugar donde Quiroga encontró aquel magnífico ejemplar de piedra que fuera estudiado con tanto cariño por Ambrosetti. El viejo cementerio indígena abandonado sobre las estribaciones del "Manchado", estaba a nuestra vista amurallado de piedras en un monte de cardones gigantescos que parecían montar guardia en aquellos vestigios de siglos. El salteño rememoraba días de su niñez en los predios paternos. Me decía: "¡Cómo me sugestionaban en aquellas épocas los relatos de los gauchos de mi provincia!"... "Recuerdo, que lindando con nuestros campos estaba la estancia de don Norberto Valle, hombre odiado por toda la peonada del lugar. Era inmensamente rico, y año tras año, acrecía su fortuna merced a la buena hacienda que engordaba y a las magníficas cosechas que rendían sus campos. La peonada decía que en los sótanos de su casa poseía un "Familiar" que le daba suerte..."

Sorprendido le pregunté: ¿Un Familiar?... Explíqueme usted...

El salteño prosiguió: "Un Familiar es una fiera que puede encarnarse en la figura de un hombre, de una mujer, de un tigre, de un caballo, etcétera; pero que se alimenta de carne humana. El que posee un "Familiar" tendrá suerte permanente siempre que le suministre a la fiera, todos los años, un peón de la estancia para ser devorado por aquélla."

Luego averigüé que el "Familiar" (14) era un mito muy difundido en las viejas provincias norteñas. Mi afán por encontrar la explicación de ese mito, comenzó desde ese momento. Confieso que este afán no pretende sentar escuela sino que está en la conciencia de una curiosidad íntima, de un deseo de que todo lo que genere la fantasía popular sea estudiado por vías de un método científico o por el camino de una deducción que puede enfrentarnos con una realidad social, o una realidad psicológica, dependiente o no del hecho social o histórico. Porque de cualquier manera todo lo que signifique estudio paciente de un hecho folklórico será aporte para la ciencia o documentación descartada que ahorrará caminos.

Una mañana salimos a recorrer las quintas de Ambato. El área disponible para la siembra está subdividida en pequeñas parcelas

de dos a tres hectáreas, y son trabajadas por sus propietarios que las heredaron de sus padres y abuelos. Son quintas pobladas de higueras, de durazneros, de nogales y, en los claros disponibles, hay quienes se dedican al cultivo de alfalfa, papas, arvejas, chauchas, etcétera. A pesar de la profusión de cosecha, que veíamos como prueba evidente de la bondad de la tierra, no se nos ocultaba un ambiente de miseria. En muchas quintas veíamos cómo el viento había dado por tierra con enormes cantidades de frutas que se embichaban sin ser levantadas del suelo, cuando con poco esfuerzo podían ser colocadas en los zarzos secadores para ser vendidas luego a buen precio. Este razonamiento fué insinuado más de una vez a aquellos hombres morenos, en cuyos rostros permanecía el sello de la raza española; pero tan sólo el movimiento de hombros de la indiferencia contestaba nuestras palabras. En más de una ocasión pregunté por qué no cultivaban la tierra disponible en los claros del boscaje de frutales, y me contestaron tantas veces: "¡Para qué... a lo mejor gastamos en semilla y luego se pierde o se vende barato!"...

Insistí: "Pero la tierra es magnífica y no hay riesgo visible..."

No tuve contestación alguna.

Esa misma mañana pasamos por el boliche de don José, un árabe parlanchín y bien aclimatado que nos gritó desde la puerta de su negocio: "¡Vengan amigos, vean qué maravillas de papas!"... En efecto, en una habitación había unos cuantos quintales de tubérculos de tamaño jamás visto. Lo habían producido sus tierras, más o menos dos hectáreas disponibles. Nos llevó al rastrojo y vimos que ya había comenzado a trabajar de nuevo el terreno en procura de otra cosecha. Cerca del rastrojo había surcos repletos de plantas exuberantes de papas tardías, y en medio de los surcos crecían los matorrales de chauchas balinas. Eran dos hectáreas de tierra bien aprovechadas, a los que su propietario le hacía rendir el máximo. Luego el árabe nos dijo que el criollo tenía tan buenas tierras como las suyas, pero que se limitaba a realizar el menor esfuerzo y que prefería trabajar de peón en las minas de mica o de wolfrang y esperar que los frutales maduraran, año tras año, mientras las tasas e impuestos territoriales y comunales iban aminorando el área del predio heredado (15).

Esa misma noche referíamos la impresión de nuestro paseo por el pueblo. Hacíamos notar, ante una concurrencia de peones que trabajaban las minas, turistas y gente afincada del lugar, el contraste del agricultor criollo y la iniciativa que veíamos en el extranjero. Resaltábamos que nada justificaba esa desigualdad económica en terrenos de la misma fecundidad y llegábamos a la conclusión de que el criollo se conformaba con una vida fácil aunque en ella fuera implícito el sello de una miseria progresiva.

Nuestra sorpresa fué grande cuando vimos que la mayoría de los peones daban muestras evidentes de descontento por nuestras pa-

labras. Interrogamos con la mirada. Uno de los peones, minero de Belén, nos dijo:

—Es que el "turco" tiene mucha suerte.

Todos aprobaron la salida.

—¿Mucha suerte? — pregunté con una sonrisa en los labios, y luego, en son de burla:

—¿Quizás posee un "Familiar"?...

—¡A lo mejor!... — contestaron a coro, casi con una convicción de que el árabe don José, tuviera escondido en los sótanos del boliche la "fiera de la suerte" que le hacía cultivar papas de enormes tamaños en pago de un tributo de carne humana.

EL MITO DEL "FAMILIAR" SOBRE EL MITO DE AMÉRICA

¿Por qué no pensar que el "Familiar" tiene la misma forma mítica que Juan Porfiao?... El "Familiar" es el héroe qus justifica, según el árabe, la desidia del criollo ante la actividad racional del extranjero. El árabe, por virtud de esa fuerza —Mana—, que le viene del monstruo, viola un fatalismo secular que hay en el ambiente en razón de un hecho histórico que relataremos más adelante, y que hace aparecer al "Familiar" como a un mito de la suerte creado sobre otro mito desvanecido ante la realidad americana.

Queremos ubicar al hecho en su justo lugar, en su ambiente, porque no deseamos dejar el caso al estudio completo del hombre de ciencia que en su laboratorio tiene un padrón universal para medir el fenómeno de los mitos.

América fué siempre un mito; no en vano fué cincelado en el corazón de los hombres el mote de "Continente de la Esperanza". Quizá sea Cristóbal Colón, frente al descubrimiento y ante el periplo espiritual de Jacobo Wassermann, su biógrafo lírico, el que ofrezca la prueba de una afirmación que concluye en estos términos: "Sea lo que fuere, es seguro que el mito, que cumple colocar en el último extremo de la superestructura social y la actividad del espíritu, responde por naturaleza a las más diversas solicitaciones." Por que aunque parezca paradójico, Cristóbal Colón es en sí un mito esclavo o poseso de otro mito, puesto que en primer término es el héroe que la historia, pese a todos sus esfuerzos, no logra fijar con toda precisión. Los mismos historiadores andan siempre a tientas en la intención de relacionar al Gran Almirante con algo tangible: lugar exacto de su nacimiento, la ruta probable de su aventura, la coincidencia de su descubrimiento, etcétera. En segundo término, permanece como un axioma la potencia virtual del poseso, del alucinado por la fantasía de tierras fabulosas en frutos y tesoros; potencia que generó las fuerzas de un mito capaz de ofrecer el descubrimiento de América a los ojos atónitos del Renacimiento.

¿No se evidencia la doble faz de ese mito cuando el biógrafo

de Tamerlán —Harold Lamb— nos muestra con paso seguro la trayectoria del hombre que hace mil quinientos años creara el más poderoso imperio de la Tartaria?... ¿No es acaso otra prueba evidente, cuando el exégeta de Erasmo, auscultando la potencia humanística del autor del "Elogio de la locura", nos da un estudio acabado como si se tratara de un personaje contemporáneo? Si bien los escritos de Erasmo permanecen con su nitidez originaria, la ubicación del pensamiento puede traer complicaciones que enturbien el precepto fijado por el "fraternizador de los espíritus". En cambio, ¿dónde está el biógrafo que haya encontrado al Colón de rasgos precisos sin que antes salve mil veces su responsabilidad en el intento?

Ante ese fracaso, ¿no habrá sido más hermoso tejer las mil leyendas generadas por las gestas del descubrimiento? ¿No habrá sido más cautivante entrar en el maravilloso mundo que el Renacimiento vió surgir del inmenso Océano, por las rutas líricas que por la historia viva y descarnada de retórica? Por otra parte, así lo vieron los asombrados ojos de sus contemporáneos: Como una leyenda antigua acrisolada por un magnífico juego de magia; como el premio de una victoria por haber hecho renacer una cultura auténtica y olvidada por las desviaciones apóstatas.

¿Sería, de otra forma, tan hermosa, tan sugestiva, tan llena de matices mitológicos la historia del descubrimiento de América? ¿Hay acaso otro hecho que se le iguale en tesón, en magnificencia, en colorido, en virtudes y en consecuencias?

Aunque América sea una realidad concreta, para Cristóbal Colón, desde el fondo de su desgracia, en la hora postrera de la muerte, habrá sido tan sólo una mancha verde disolviéndose en las aguas azules de un mar surcado por su empeño; un sueño grato para mantener el vigor de un carácter, y gotas de acíbar para el pecado de haber soñado tanto en un mundo en que los ilusos y los poetas eran tan herejes como el alquimista que en misteriosas retortas buscaba el elixir de la vida eterna.

* * *

No fué la empresa del descubrimiento tal empresa. El sentido religioso que Isabel la Católica puso en el apoyo de la aventura y el aporte ideal de Colón dieron lugar a la interferencia que anuló por completo los rayos de la codicia. La potencia vital de la aventura estaba sustentada por fuerzas míticas capaces de triunfar aunque fuera en los bordes, o más allá de la muerte.

Y más allá de la muerte iba el gran almirante cuando su tripulación lo sorprendía borracho de estrellas en las interminables noches atlánticas. El mítico se afirma en su origen con la fuerza instintiva de un salvaje, y a medida que sus aspiraciones se concretan, una virtud concéntrica va formando nuevas zonas de fan-

tasías donde vuela la imaginación buscando panoramas solamente identificados por su propio espíritu. Es que hay en la composición de la especie materia religiosa suficiente para formar monumentos de fe, o sea otra realidad que, al decir de Marcel Proust, sólo se forma en el pensamiento o en la memoria, y que es tanta realidad como la que en forma intrínseca ven nuestros ojos y palpan nuestras manos.

Admitiendo que hubo una empresa en el descubrimiento de América, pudo serlo quizás en la leva de cientos de perdularios que respondieron a la creencia de los relatos de Marco Polo y pensaron en innumerables filones de oro; pero también éstos caían bajo la órbita de un mito: primero, porque partían de una leyenda forjada por un aventurero que nunca precisó la ubicación ni la ruta de sus maravillosas tierras; y segundo, porque esa leva confiaba la realización de sus anhelos a un héroe.

Y cuando el gran almirante se emborrachaba de estrellas, en medio del Océano, cien perdularios vivían horas trágicas pendientes del rito de tan magnífica borrachera.

Los mismos proveedores que cargaron las vituallas en las tres carabelas tuvieron conciencia de ese mito. En las bodegas de las naos embarcaron comestibles de corta duración; los vinos, en toneles que apenas resistieron los primeros contragolpes de la mar embravecida, se derramaron mucho antes de poder ser consumidos; las otras vituallas tuvieron que ser comidas en estado de total descomposición.

¿Para qué preocuparse de estos ilusos que conquistaron a una reina en empresa digna de consejas o engañabobos?... ¡Pues que se estrellen contra las olas y Lucifer los reciba en buena hora! ..

* * *

"La misma historia geográfica americana —nos dice Edmundo Wernicke— cuenta con un crecido acervo de nombres de lugares o de ríos que implican hasta cierto punto una documentación fehaciente ora de los triunfos, ora de las derrotas o desengaños padecidos por los arrojados gestores de la conquista y población de las tierras de este continente. Ello se comprueba en los mapas y crónicas donde los accidentes geográficos aparecen denominados tan presto por los adversos conceptos denunciadores de la mala ventura, del hombre de la matanza y de la desolación y luego por las halagüeñas acepciones promisorias de la plata, del oro, de las ingentes riquezas aún sin develar y del bienestar. Si con el andar de los tiempos las primeras vieron mitigados y hasta borrados de la mente de las generaciones sus nefandos recuerdos, no acontece lo mismo con las segundas, por ser más gratas, más amenas y hasta redentoras para la imaginación, los sueños y las aspiraciones que de

continuo mueven a los hombres. Una ilusión, por más fugaz que parezca, vive su superexistencia al soplo de la fiel esperanza que para el hermoso consuelo de la humanidad constituye —conforme al axioma popular— la última salvación que se pierde."

¿Quién no ve en esta referencia histórica el trance mítico del hombre? ¿Qué fué sino la designación del Río de la Plata?... Río argentífero que permanece como un mito en la mente del hombre, y también aquellas noticias que, a pesar de la distancia y los incipientes medios de comunicación, se propalaban por el mundo de la época, sobre las riquezas incásicas que jamás llegaron a concretarse. ¿Y qué sino de la plata de estas tierras de Indias en que "hasta los caballos llevan herraduras de tan noble metal"? ¿Y qué de las referencias del padre Sepp, que hace mención de la isla de Flores, en la que hay un agua que es mejor que los vinos de Creta o de Malvasia?... Vinos de Creta o Malvasia debió ser en su oportunidad, en las ansias de la sed, el agua turbia del estuario americano. Las circunstancias hicieron una realidad que tiene su fuerza en un estado anímico forjado por una imposición fisiológica, lo que creó un hecho mítico innegable.

* * *

El mito no se diluye con el descubrimiento que hace Colón, sino que se afirma sin concretarse aún en los umbrales de la muerte. Al escribir a su reina lo hace con la comunidad que pueden hacerlo los creyentes: He llegado a estas tierras, pero mi aspiración no ha sido tan sólo transformar la geografía del mundo que conocemos... Voy más allá, en busca de esa isla llamada Cipango. Así parece decir este poseso que más tarde, abriendo los grifos de su fantasía, estampara, para la mística que aguardaba allende los mares, las más imaginativas relaciones del paisaje en el mundo descubierto: "Fué cosa maravillosa ver la arboleda y frescura y el agua clarísima y las aves... Que para hacer relación a los reyes de las cosas que veían no bastarán mil lenguas a referirlo, que le parecía que estaba encantado... Todas aquellas tierras estaban labradas y por medio de aquel valle pasaba un río muy ancho y muy grande que podía regar todas las tierras. Estaban todos los árboles verdes y llenos de frutas y las hierbas todas florecidas y muy altas; los aires eran como en abril en Castilla; cantaba el ruiseñor, que dicen que era la mayor dulzura del mundo. Los grillos y las ranas se oían muchas". He ahí al iluso que trata de justificarse buscando imágenes que concreten su fantasía, he ahí al loco que se afana por demostrar la seguridad de su cerebro y la lógica de sus disparatadas concepciones.

Poseso, en alas de un mito, Colón descubre América, y América sigue siendo un mito. Lo fué durante varios siglos en el anhelo del conquistador, del inmigrante, del criollo independizado y de la misma esperanza que hoy pone en su futuro el hombre cansado

de la marcha guerrera del viejo continente que se debate en una lucha absurda de posesión y de conquista. Y mientras sea un mito, el hombre del mundo tendrá una esperanza, una fe en algo que ha de realizarse y concretarse en magnífica floración de paz y felicidad permanente. "Porque hasta ahora ni uno llegó a la Tierra Prometida. Ni siquiera Moisés. Entraron en el desierto y murieron. De Mara al desierto de Sinaí, de Horeb al desierto de Moaz, ¡vagaron, y se pudrieron y se murieron para siempre! Ni Aarón, el sacerdote, ni Miriam, la madre, ni Moisés, el profeta, llegaron a la Tierra Prometida. Porque está escrito que la Semilla ha de morir antes de que la Vida renazca" (16).

* * *

Hasta el momento nadie llegó a la Tierra Prometida. Eso estaba escrito en los libros de la eternidad. El que encontró el Dorado buscó otro mundo en el fondo de la Esperanza.

América siguió siendo un mito en perpetua renovación. Cuando el conquistador se dió cuenta de que el mito del oro se diluía en una realidad manifiesta, se afianzó a valores más reales para poder pervivir en tierra extraña. El indio encomendado fué entonces un valor contante y sonante, pues trabajaba la tierra para que el encomendero pudiera vivir en la holgura y en la holganza. Más tarde, cuando el indio escasea por las rebeliones producidas por efecto de la inicua explotación, el español debe inclinar el cuerpo y trabajar él mismo la tierra; entonces descubre un nuevo valor contante y sonante: el de la tierra que produce para su sustento; de conquistador ha pasado a colono encomendero, y de colono encomendero a simple agricultor. Así se forman las poblaciones rurales de Catamarca y La Rioja.

Lizondo Borda (17) nos dice que el ruralismo que empieza a preponderar en la gente de Catamarca y La Rioja era muy explicable. Estas ciudades apartadas no podían aspirar a vivir del comercio como las demás. Su porvenir estaba en las producciones propias de su suelo, —en los viñedos sobre todo—, que no había en las otras. Y ellas les daban entonces por lo menos para subsistir. Pero como los indios de sus encomiendas eran ya contados, los vecinos tienen que irse al campo a dirigirlos en las faenas, trabajando junto a ellos. Este hecho produce lo que muchos historiadores y estilistas han calificado de entibiamiento del ímpetu español por mestización de la sangre. La España de la conquista, cansada de la búsqueda del vellocino de oro, descansa ahora en el molde criollo. Su misticismo es ahora una confusión de ideas en las que el indígena ha aportado su influencia mítica. Sigue en estas tierras forjando historias, tejiendo leyendas; justificando el ataque a los molinos de viento. El "Familiar" es el mito que justifica su desidia,

su pereza; es la exteriorización de la pasión de una sangre que encontró adecuación en el crisol americano.

Y en América, tierra de promisión, hay ríos y mesetas y bosques y montañas donde los vientos corren diciendo cosas extrañas y el campesino vive atendiendo las voces de su atavismo; manteniendo su condición mítica, porque tanto él como el que llega a sus playas son posesos de un mito y se aferran a la primera esperanza por ingenua que parezca.

EL CASO DE IÑICO LEDESMA

Aunque en las zonas pobladas y cercanas a Santiago del Estero no he tenido noticias directas de la existencia del mito del "Familiar", como creencia difundida, puedo referir un caso de extraordinario dramatismo que originó una tragedia, y que tuvo lugar en el caserío denominado "La Higuera", situado a más o menos setenta y cinco kilómetros de la ciudad y a treinta y cinco kilómetros de la estación Fernández del ferrocarril Central Argentino.

En el lugar vivía Iñico Ledesma, hacendado que gozaba de envidiable posición. Poseía hacienda de varias clases, que se multiplicaban sin tropiezos; jamás una peste disminuyó su producción, ni nunca una desgracia amenazó el progresivo aumento de sus bienes. Las mismas cosechas se sucedían unas a otras en abundantes frutos, y sus precios superaban a los del vecino. Iñico Ledesma vivía con su esposa y cuatro hijos; tres eran varones. Era un criollo alegre y dicharachero, como todos los de la zona agrícolo-ganadera afincados desde tiempo atrás. Amigo de parrandas y boliches domingueros, donde siempre hay zambas, chacareras, vidalas y vino fuerte, era inclinado a piropear a cuanta moza se le presentara luciendo percales y trenzas renegridas. En las carreras cuadreras que se organizaban a cincuenta leguas a la redonda, era el señor ponderado por sus aciertos; conocedor de caballos y ganador seguro en cualquier apuesta. Retornaba a su casa tambaleando en el parejero que siempre cabalgaba y con los bolsillos repletos de billetes.

La suerte de Iñico comenzó a alarmar al vecindario del ranchería. Cuando los predios de Iñico aparecían exuberantes, prometiendo una abundante cosecha, y la hacienda mantenía su gordura, siendo bien cotizada por los compradores, a la vera, el vecindario lamentaba el embichamiento de los animales, la garrapata, la aftosa y la miseria de sus campos en evidente comprobación.

Una mal disimulada aprensión contra Iñico fué al comienzo, y luego una formal muestra de antipatía general cundió por el vecindario hasta hacerse manifiesta hostilidad. La creencia de que Iñico Ledesma estaba embrujado y que la suerte le venía de espíritus malignos, tomó cuerpo en forma alarmante; pero, lo más extraño del caso era que los que sustentaban esa creencia con más

decisión eran los parientes de Iñico: su esposa y los cuatro hijos, a la sazón mozos, los cuales huían de él como de un apestado. Tan grave e insostenible se hizo la situación, que éstos resolvieron consultar el caso con una curandera de Forres, estación sobre la línea principal del ferrocarril Central Argentino.

Presentado el caso a la curandera, ésta comenzó por realizar ritos extraños, en los que utilizaba hierbas y amuletos de ridículas formas. Ante el asombro de los parientes, la curandera hizo una revelación que dejó estupefactos y llenos de terror a los circunstantes: Según le manifestaban los espíritus consultados durante el rito grotesco, Iñico Ledesma no sólo había hecho un pacto con el diablo —y por eso su suerte—, sino que ese pacto tenía un precio, y ese precio era la entrega de uno de sus hijos al diablo. La curandera amplió su información y dijo que el "desgraciado" concurría todas las noches al concilio que celebraba la Salamanca en medio del bosque. Entre indignados y temerosos comenzaron a rezar y a dar gritos, y no pararon hasta llegar a "La Higuera". Una vez allí recorrieron los caminos del poblado, dando la noticia y alarmando a los pobladores amigos. La noticia cayó como un ciclón impresionó sobre el espíritu supersticioso de aquella gente. Se magnificó en forma sorprendente: Iñico, después de dar al diablo todos sus hijos, su mujer y su peonada, entregaría a los vecinos, con lo cual pagaría harto tributo en el pacto endemoniado que había verificado para bien de su suerte.

Se juntaron los fanáticos y concibieron un plan tremendo como previa medida defensiva: había que dar muerte cuanto antes a Iñico. Parientes y vecinos, en turba frenética, avanzaron hacia la finca en busca del socio de Mandinga. En cada rostro había una expresión de terror, y en cada gesto el propósito de librar al pueblo de tamaña desgracia. Acorralaron a la víctima y la ultimaron a palos, a horquillazos, a rebencazos, y luego se dirigieron al campo donde pastaba la hacienda y no dejaron a un solo animal con vida... ¡Todo estaba endiablado, maldecido!

Tiempo después, los hijos de Iñico Ledesma declaraban en la cárcel que no habían hecho otra cosa que librar al padre de un pacto infernal para que su alma ganara el cielo.

* * *

Podemos notar en este caso que el "Familiar" ya se define en la mente de los protagonistas entre la idea del Bien y el Mal. La concepción religiosa se percibe en su línea general pese a su barbarismo evidente, y tiende a ordenar la confusión mítica del hombre. El hecho de que los hijos de Iñico se sintieran satisfechos de su obra porque libraron al padre de un pacto infernal, perfila el sentido de la herejía como ejemplo del destino humano. La supers-

tición está clarificada porque se encauza por las sendas anímicas del hombre civilizado, y aunque el crimen no tenga justificativo en nuestros días, bien puede encontrarse una semejanza en las hogueras del Santo Oficio, que también fueron levantadas en tierras de América. El Tribunal y el ejecutante, en este caso, fueron el pueblo.

Pero en el sentido fáustico que inspiró la acción se descubre la ascendencia tribal del núcleo humano: la comunidad primitiva organizada sobre principios de nivelación colectiva; la igualdad en función económica; es el paso del salvajismo a la civilización, ateniéndonos al cuadro de clasificación de Morgan (18), cuando el trabajo humano es el valor común y el núcleo goza de manera más racional los productos naturales: caza, pesca, etcétera. El concepto de la propiedad no es aún conocido y en la tribu se reparte, luego de excursiones colectivas, todo lo que se ha debido al esfuerzo general. El exceso en unos, menoscaba el derecho de los otros, ya que la comunidad exige de cada cual el tributo de sus habilidades para un mismo y determinado fin: la subsistencia del núcleo tribal. El que almacena, y en un momento determinado es descubierto, o muere o es repudiado. La muerte será únicamente en el estadio inferior de la barbarie, y en el estadio medio y superior, cuando se perfilan principios morales a través de las leyendas que constituyen por su parte códigos primitivos de moral, el repudio será el castigo vigoroso de hechos que no podrán justificarse de ninguna manera.

Ruth Benedict (19), al referirse a los habitantes de la isla Dobu, del grupo Entrecasteaux, en la costa meridional de la Nueva Guinea Oriental, nos revela la pervivencia de esta concepción que llamamos fáustica: "Ningún dobuano admite que otro cultivador de una huerta pueda plantar más ñame que él o hacer crecer más ñames de sus tubérculos sembrados. Lo que la cosecha de su vecino tiene de excedente sobre la suya propia, es considerado como que ha sido mágicamente hurtado de su propia huerta o de la de algún otro. Por eso hace guardia personal el hombre en su propia huerta desde ese momento hasta la cosecha; emplea todos los encantamientos que conoce para atraer los ñames de su vecino, y resiste a los encantamientos de aquél mediante contraencantamientos. Una buena cosecha es una confesión de hurto. Se supone que ha sido sustraída hasta de las huertas por hechicería peligrosa. La magnitud de la cosecha es cuidadosamente escondida y la referencia a ella es un insulto. En todas las islas circundantes de Oceanía la cosecha es ocasión de gran despliegue ritual de ñames, para una ostentosa parada que constituye un punto culminante en el ceremonial del año. Entre los dobuanos es tan secreta como un robo. El hombre y su mujer la trasladan poco a poco al depósito. Si su cosecha es buena, tiene razón para temer un espionaje de otro, pues en caso de enfermedad o muerte el adivino atribuye la calamidad a una

buena cosecha. Se piensa que alguien se siente agraviado por esa cosecha exitosa, a punto de haber impuesto hechicería al hortelano".

Se comprueba que a través de los tiempos y de las distintas etapas de la cultura humana, el beneficio desmedido de los menos en perjuicio de los más, es castigado severamente. No ha entrado jamás en la mentalidad primitiva la concepción burguesa de que el trabajo, el tesón y el desvelo traen como consecuencia bienestar y riqueza. Para todas las culturas, la riqueza desmedida, la llamada suerte o fortuna son teorías de circunstancias formalistas, pero nunca lógicos principios de naturaleza humana. El esfuerzo humano no se mide de esa manera, porque no todos los seres tienen la oportunidad de presentar esas cualidades, ya sea por temperamento o por circunstancias psicológicas imposibles de definir. Pero todas las mentalidades, por primitivas que fueren, han reclamado para el hombre el derecho a subsistir y la misma colectividad le ha dado los medios para ello. De ahí que la suerte, la fortuna, etcétera, dentro de esa conformación moral, aparezca en el hombre primitivo como el hecho tabú de un hechizado, y en el hombre de nuestros días, en el civilizado, como el pacto de un ser humano con el diablo, o el producto de un robo legalizado o no legalizado.

El Fausto de la obra de Goethe es el símbolo de esta concepción moral que se refiere a la distribución de los bienes de la tierra para la subsistencia del núcleo social. Fausto, vendiendo su alma al diablo, es un mito germano que llena el folklore de ese pueblo. Paul de Saint Victor (20) lo confirma cuando al glosar las bodas de Elena y Fausto, dice que la sacó de las crónicas y los viejos dramas populares, como extrae el escultor un grupo de divinidades del bloque de piedra en bruto. Existe la obra primitiva de Fausto en la versión popular que se representaba en los barracones de feria, en el que se da cuenta del mito de Paris y Leda. Las versiones cultas de los hermanos Grimm la refieren en el hombre que vendió su sombra para obtener monedas de oro, o para calzarse las botas de siete leguas. El dragón de la vieja leyenda germana de los Nibelungos estará al lado de su tesoro sin saber cómo gozarlo, entregado a la amargura de tanta riqueza. La moraleja surgirá en la civilización en forma purificada para darnos la pauta de cómo la acumulación del dinero no es el ideal de felicidad en el hombre.

§ 5. *El industrialismo en la concepción fáustica del familiar*

Cierta mañana paseábamos con mi hermano por el viejo camino que une La Banda con Fernández (21). Entonces el bosque estaba en plena eclosión de quebrachales que formaban inmensas bóvedas de ramajes espesos en una verdura multiforme. Una variedad extraordinaria de pájaros huían a nuestros pasos, y una algarabía de cotorras retumbaba en la maraña. Mi hermano conocía

todos los secretos del bosque santiagueño. Para él no existía misterio ni leyenda que no la contara enriquecida por la fantasía de su fecunda imaginación. En las tardes de nuestra finca situada en el camino de San Ramón, juntaba a la peonada y le refería el último misterio, la última leyenda, en los cuales colocaba de protagonista un pájaro, una víbora, un caballo sobrenatural o una iguana pachorrienta de las que sestean a la vera del camino desaprensivamente. El había visto y conversado con todos los espíritus del bosque; conocía lugares de consejas y aquelarres, y señalaba sitios donde había tenido contacto con personajes extraordinarios que sólo su fantasía ordenaba con detalles sorprendentes. Me gustaba dejar hablar a este ser imbuído de todas las creencias y supersticiones del hombre santiagueño. De su lengua ágil y de su interpretación clara en el sentido de lo mítico, conocí muchas leyendas y exteriorizaciones de ese sentimiento popular y de esa mentalidad cerrada en horizontes de selvas. Por eso a su lado me dejaba llevar por sus palabras, por sus fantásticos caminos, como si él fuera un guía seguro en el intrincado laberinto de la selva y el pensamiento del hombre supersticioso.

Aquella mañana estábamos a muchos kilómetros de lugar poblado, y se había propuesto llevarme a la ruina de un viejo ingenio que existía en medio del monte. Más de una vez le insistí sobre lo descabellado de su propósito, manifestándole que jamás había existido tal industria en la zona. Me informó, con un conocimiento tal que me dejó pasmado, que la industria azucarera había tenido en Santiago del Estero una era de prosperidad extraordinaria, y que los primeros plantíos del norte se hicieron en esos mismos lugares que hoy aparecían poblados de centenarios quebrachos.

Se sentó en el tronco de un árbol, y prendiendo un cigarrillo. me dijo tranquilamente:

—Claro está que no podrás acercarte mucho al lugar que deseo llevarte. Yo lo hice una vez y tuve que poner en juego todos los recursos que he aprendido en mi lucha con las fieras y los seres del monte.

Sonreí ante la heroica conducta de mi hermano. Al notar mi actitud, me dijo muy serio:

—Ustedes, los que se creen seres superiores porque han estudiado en las ciudades y viven en ellas, creen que todo lo que hablamos nosotros es propio de mentalidades inferiores, primitivas; pero no es así. Las ciudades les imponen ciertas normas de vida a las que deben ajustarse o perecer. Si un día llegas con el paso cansino del desaprensivo lugareño a la Avenida de Mayo e intentas cruzarla, un vehículo te arrollará si no apuras el paso. Si no tienes en tus bolsillos dinero te morirás de hambre, porque en la calle no encontrarás un árbol de chañar, mistol o algarrobo que calme tus apremiantes necesidades fisiológicas... ¡Es el hombre en su medio;

el que se defiende y pone en acción todos sus sentidos para no morir!... La selva, la montaña, la pampa, son cosas duras, llenas de sorpresas, de fenómenos inexplicables a la luz de la lógica que enseñan tus libros; pero que el hombre de estos lugares debe aceptarlos o destruirse... La leyenda es el código de la selva, de la montaña, de la pampa, del río. Un código moral de magnitudes fantásticas como la misma naturaleza. Se necesita escribirlo así a fuerza de brazadas de tradición, de años, de inconcebibles símbolos que son monstruos que hacen las veces de fiscales acusadores de la moral de los hombres para que éstos no se destruyan a sí mismos, se defiendan de los peligros de la naturaleza y lleguen a respetarse mutuamente. El hombre de la selva, de la pampa, de la montaña y del río concede espíritu extraordinario a los animales, a los vegetales, a las piedras; no por puro capricho o por espantosos morbos mentales, sino como una manera de humanizarlos a fin de no temerles. Cada gesto del animal es una interpretación humana, porque de esa forma el hombre puede prevenirse al concederle un lenguaje equivalente a la condición humana... Todo lo que el hombre hace o teje con su fantasía en la selva, en la montaña y en la pampa, son medios para existir y perpetuarse...

Nunca había puesto en duda estas afirmaciones; pero nunca me parecieron más exactas que en este momento. La historia humana aparecía viva en mis pensamientos; el hombre aferrado a su cultura y a su época, miraba a sus dioses inconmovibles para pedirle el eterno poder que siempre anheló. Desfilaba por mi mente la cabalgata del progreso, y en plena civilización veía a hombres clavados en la selva, a su medio con angustiosa persistencia. De "La Vorágine" de Eustasio Rivera, o del "Infierno Verde" de Randel surgía repetido el intenso y eterno drama. De las cuencas amazónicas y las llanuras venezolanas surgían los hombres desintegrándose en instintos para poder vivir su lenta muerte (22).

* * *

Mi hermano prosiguió:

—He aquí cómo la leyenda de este viejo ingenio azucarero ha de tener mayor sabor para ti luego de estas palabras.

Ahora divisábamos a lo lejos una alta chimenea que sobresalía del monte bajo. Nos paramos bajo un algarrobo centenario, en cuyas ramas se posaba una enorme bandada de tordos. Mi hermano comenzó su historia.

En aquel lugar vivían viejas familias criollas, mezcla de españoles e indígenas. Cultivaban el maíz, del que sacaban subproductos substanciosos para la comida diaria. Manadas de hacienda menor pastaban en el bosque, reproduciéndose para convertirse en suculentos tasajos y charquis curados para el locro tradicional. Vi-

vían pacientemente, sin otra ambición que la de esperar un año de buena lluvia en el que se vieran el choclo granado y el zapallo maduro con sabor a mieles. Un día llegó al lugar un señor con grandes rollos de papeles bajo el brazo. Junto a él, graves señores apuntaban en sendas libretas cifras fantásticas, mientras otros clavaban mojones de un lado y de otro de la picada que abría la peonada. Al cabo de un tiempo se levantaba un edificio grande con maquinarias. Una chimenea larga alcanzó la altura del quebracho más viejo, y cientos de hombres conchavados desmontaron grandes extensiones de terreno, lo araron y un día surgió la caña de azúcar, que habría de convertirse en el ingenio en blancos panes.

El propietario del ingenio era un ogro. Al tiempo de estar la industria en funciones, los pequeños sembradíos del criollo se fueron raleando, ya que las faenas del ingenio ocupaban de sol a sol al hombre de la casa. Así, éste, descuidó el sustento seguro que poseía, por el mísero jornal que ganaba en la zafra, el que quedaba casi totalmente convertido en vino en las parrandas de los sábados o en la explotación inicua de la proveeduría. A medida que el ingenio crecía y su propietario prosperaba en forma ostensible, el criollo del lugar se sumía en la más honda miseria. Ya no era solamente la dura jornada diaria, sino las enfermedades que el excesivo trabajo y el mal alimento habían provocado. Día a día, un trabajador agotado caía entre la muela trituradora y su sangre se diluía en la melaza y el bagazo.

Entonces se dió en decir que en el sótano del ingenio había un "Familiar", una enorme víbora de dos cabezas que le daba suerte al propietario del ingenio y que se alimentaba de la sangre de los peones que caían en las calderas agotados por el trabajo. Corrió la leyenda por todo el lugar, y poco a poco se fué despoblando la zona, hasta que el dueño, desesperado, vió su ruina y tuvo que paralizar la fábrica. Pero no terminó ahí el cuento. Una mañana vieron salir al viborón del sótano y dirigirse a la casa donde habitaba el dueño con su familia. La exterminó totalmente y luego se refugió en la enorme chimenea, donde habita desde hace muchos años. Cuando uno se acerca a este lugar totalmente desolado, la chimenea se mueve, porque la víbora se despierta y trata de devorar a todo el que se acerca.

* * *

Esta misma leyenda corre de boca en boca en los ingenios de Tucumán, Salta y Jujuy, con lo cual comprobamos que el industrialismo ha dado margen a una concepción fáustica del "Familiar". Tobías Rosenberg, en su libro "Palo'i Chalchal" refirma aquella conversación mantenida con mi hermano sobre el mito en la zona azucarera, hace aproximadamente quince años. Su versión del "Fa-

miliar" en la zona azucarera de Tucumán es la siguiente, y la doy literalmente por considérar que llega a conclusiones acertadas al respecto: "La industria azucarera en el mundo fué cimentada a fuerza de sangre. ¡Amarga historia la de la más dulce de las industrias!.. ¡Una trágica paradoja!... En Cuba la leyenda de los "Hombres sin alma" nos habla de seres humanos que dejaron de ser tales para —convertidos en autómatas— circunscribir su existencia a la misión exclusiva de saciar la voracidad de los trapiches, hasta que un día, confundidos con las cañas, un trapiche los tritura, para dar con su sangre —sangre cansada de bestias de carga—, mejor gusto al azúcar. En nuestra provincia —Tucumán— la leyenda en torno a la industria azucarera, si bien en su simbolismo en nada difiere a la que dejamos anotada, en su forma, en su estructura por decirlo más claro, ella presenta caracteres bien distintos y en consonancia con la modalidad de nuestro pueblo, propenso siempre a creer en la intervención de poderes sobrenaturales. Es así cómo la leyenda sobre el azúcar en Tucumán nos habla de un pacto con Zupay, presentándonos como consecuencia de ellos a "El Familiar", engendro satánico, figurado por unos como una enorme sierpe, y por otros como una vulgar oveja, propensa a las metamorfosis, ya que en ese cuerpo, según se cuenta, dominaba el espíritu de una bestia feroz, ya fuera ésta un león, un tigre o una hiena.

"Concretando la leyenda, se cuenta que aquel Ingenio situado en San José de Lules, uno de los más importantes de la provincia, era propiedad de unos señores muy ricos, de fortuna incontable. Cierto día un peón debió trasladarse hasta la sala de herramientas en busca de un martillo. Al abrir la puerta, una enorme víbora, una monstruosa ampalagua, cogiólo del brazo. El paisano era fuerte y el reptil, de primera intención, no logró su intento. Entablóse entre ambos una lucha a muerte y, pasados unos instantes, varios peones sintieron el chirrío propio de huesos hechos añicos, para contemplar más tarde —locos de terror e incapaces de una reacción—, a través de la puerta semiabierta, al enorme reptil que trataba de engullir a su víctima."

Claro está que Tobías Rosenberg ha querido situar la leyenda como originaria de Tucumán y nacida de un hecho concreto que luego dió pábulo a la versión. De haber ahondado el estudio, se hubiera encontrado con un mito trascendente de proyecciones ecuménicas y no una simple leyenda surgida de un hecho desgraciado. Ahora sí, lo importante es la atinada interpretación fáustica que le da a la misma y que apunta en la siguiente forma: "Nació el "Familiar" como el producto de un pacto firmado con sangre entre el dueño del Ingenio y el Diablo. Zupay daría dinero al poderoso; acrecentaría diariamente su fortuna hasta hacerla fabulosa; las crecientes, que tanto daño causaban por ese entonces, nada harían en los dominios del Ingenio. A cambio de todo esto, "El Familiar",

especie de genio tutelar, iría a vivir a una de las dependencias del ingenio, al sótano, para velar desde allí por la prosperidad de su señor. Establecía, asimismo, el pacto, que el poderoso, en su última instancia, a igual que Fausto, debía entregar su alma a Satán".

Al final, Rosenberg, que ha dejado atrás la hojarasca literaria de la leyenda, se encauza perfectamente en el espíritu del mito y dice: "Había llegado la fecha en que era necesario saciar el hambre de la fiera. Como todos los años, el "hombre que había vendido su alma al diablo" designó al peón que debía ir al sótano en busca de una "herramienta". El elegido era, según decían, "hombre de pelo en pecho" y no ignoraba su trágico destino. Imperaba con toda crudeza la "ley del conchavo" y negarse a cumplir la voluntad del amo era hacerse acreedor a una azotada mucho más dolorosa que la muerte misma. Por eso decidió entrar, pero dispuesto a la lucha. Sabía desde tiempo atrás que los "hechizos" se anulan muchas veces con el filo de un puñal, y blandiendo uno, sin vacilar se aprestó a cobrar cara su vida. Según muchos, no hubo lucha. El puñal rompió el maleficio y el hombre pudo acabar fácilmente con la bestia. Cuando, pasado el momento —mezcla de miedo y asombro—, se acercaron hasta el sótano para contemplar al monstruo muerto, una exclamación brotó al unísono de todas las gargantas. ¡La bestia había desaparecido! Apenas si quedaba allá un perro negro que a todos lamía los pies. El ingenio, tan próspero hasta entonces, cesó su actividad. Su dueño, poco a poco, se fué arruinando".

* * *

El señor Benjamín Gutiérrez Colombres, en la revista "Folklore" (23), ofrece la leyenda del "Familiar" tal como la ha recogido en los ingenios tucumanos:

"La más famosa y difundida de todas estas narraciones es la que se refiere al "Familiar" del ingenio "Santa Ana", en que nuestro personaje adopta la forma de un burro de regular tamaño y hermoso pelaje, "reluciente como una noche de luna y elegante como una planta de junco", según el decir de los paisanos.

"Su trama es la siguiente: el dueño de la fábrica azucarera pacta con el diablo con el fin de obtener cosechas abundantes y de mejorar sensiblemente su fábrica. Satanás le impone sus condiciones, que, como las de todos los pactos del diablo, tienden a ganar el alma de su oponente. El dueño del ingenio, tras el acuciador deseo de nuevas ganancias, no vacila en enajenar su alma al demonio, quien, para poder poner en práctica sus planes, decide adoptar una forma animal, la del burro predicho, por el cual medio obtendrá una mayor fiscalización en las faenas diarias del establecimiento y podrá apurar, en pro de un mejor rendimiento, a los peones ocupados en las distintas tareas inherentes a esta industria. El "Fa-

miliar", como todo ser orgánico, debe sustentarse, y en tal carácter el diablo impone en una cláusula la clase de alimento que le debe suministrar el industrial. Tal alimento no es otro que carne humana (24). El "Familiar" lo elige entre cierta clase de la peonada, pero lo hace por intermedio de uno de los empleados de confianza del dueño del ingenio, un mayordomo, a veces un capataz (25). El patrón acepta el pacto, y desde ese momento se ve por los atardeceres, al anochecer o al despuntar el alba, rondar por los alrededores de la casa donde habitan los dueños del ingenio, o por la fábrica, también por los cañaverales, a un animal obscuro y brillante, del tamaño de un borrico joven, que asusta a los ingenuos paisanos de nuestros campos con un continuo deambular, el que se justifica por las funciones de vigilancia que le confieren las cláusulas del pacto satánico.

"El alimento del "Familiar" del ingenio "Santa Ana" está escogido entre el grupo de la población "golondrina" (población que se emplea solamente en la época de la cosecha) que acude a la zafra azucarera (26). Esta vez la carne más apetecida parece ser la de los santiagueños que caen a la cosecha; el patrón manda al capataz o mayordomo más adicto a elegir, entre los santiagueños llegados de poblaciones fronteras, aquellos que deben servir para saciar el hambre infernal. Según los narradores, los elegidos eran aherrojados en lóbregas estancias, hasta la hora de ser comidos. Este "Familiar" dícese que consumía un peón por semana. Los demás suelen devorar un peón por mes.

"El "Familiar" del ingenio "La Providencia", viejo establecimiento de una compañía cordobesa, era un sapo de los llamados rococo, de enormes dimensiones. Este personaje era visto con frecuencia mayor en verano, durante el período de reparaciones de la fábrica, época de reajuste y contralor de máquinas y demás instalaciones de todo el establecimiento azucarero..."

§ 6. *Conclusiones a que llegamos con el mito del "Familiar"*

Desde que Morgan reveló al mundo la perfección del mundo social del hombre salvaje, quedó destruída la creencia de que ese mundo era un caos de sombras animalizadas. Demostró plenamente que la vida de esos núcleos se movía dentro de un orden y una norma superior en la que se evidenciaba una acción y reacción permanente entre la materia y el espíritu, y que la "idea de justicia es la idea directriz de la sociedad". Esa línea viene del fondo mismo de la prehistoria y de ella nace la línea que determina el derecho humano postulado en la sociedad presente en que se ha olvidado el principio sustentado por el hombre primitivo. La moraleja que el mito del "Familiar" deja sentada al final de cada caso es la misma que surge del actual estado de cosas en que la riqueza acrecentada

extraordinariamente adquiere formas misteriosas en las manos inteligentes de sus propietarios y ha llegado a constituir para el pueblo una potencia maligna. Así el espíritu de esta civilización se encuentra aturdido —como diría el prologuista de la edición argentina de "La Sociedad Primitiva"—, en presencia de su propia creación. "Pero llegará el día en que el hombre se eleve hasta dominar la riqueza, definiendo las relaciones del Estado con la riqueza que protege, así como las obligaciones y límites de los derechos del propietario". Porque "el destino final de la humanidad no ha de consistir en una loca carrera en busca de la riqueza, mientras el progreso sea la ley del porvenir, como ha sido la del pasado" (27).

Esos pueblos primitivos dieron comienzo a la construcción de la comunidad social con principios que la sociedad presente no sólo ha olvidado superar, sino que los ha dejado a un lado para establecer una loca carrera contraria al espíritu. Esos principios fueron: los de cooperación general como una ley inmutable, "lo que conduce al desarrollo de facultades intelectuales y morales que aseguren mejores condiciones para supervivir, resultando así que los más aptos no son ni los más fuertes ni los más astutos, sino los que se unen. De manera que, al lado del egoísmo, aparece desde los comienzos un sentimiento solidario que se intensifica a través de los siglos y que hará posible el lejano ideal de la fraternidad humana".

De aquí surge que para Morgan, el salvaje vive sujeto a normas, y esas normas encierran el germen de todas las instituciones futuras. Así el "Familiar", observado en las zonas argentinas, y que a simple vista aparecía como el producto de una creencia bárbara, se constituye en un hecho de sólidas bases humanas; como la resistencia del hombre intuitivamente aferrado a su mundo natural, que condena a los que han torcido la línea de un derecho humano postulado desde la prehistoria.

* * *

De estas expresiones populares podemos calcular la lucha que a través de los tiempos se ha desarrollado entre el bien y el mal. Las leyendas que mantiene el pueblo en perpetua vivencia como acervo de tradiciones, enriquecidas unas veces por la evolución de sus respectivas culturas o estacionadas por las interferencias invasoras, sustentan principios de codificación perfectamente definidos. Los pueblos, por primitivos que parezcan, van generando un espíritu para poder persistir como seres humanos. En ese espíritu codificarán sus leyes, y esas leyes serán interpretadas por sus jueces como un principio natural emanado del derecho social y colectivo.

El Hijo de David, Rey de Jerusalén, lo predicó y está en el Libro Eterno: "El que ama el dinero y el que ama el mucho tener.

no sacará frutos. Dulce es el sueño del que trabaja, ora coma mucho o poco; mas al rico no le deja dormir la hartura. Hay una trabajosa enfermedad que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas de su dueño para su mal... Las cuales se pierden en malas ocupaciones, y a los hijos que engendraron nada les queda en la mano... Como salió del vientre de su madre, desnudo, así se vuelve, tornando como vino; y nada tuvo de su trabajo para llevar en su mano..."

Y en los proverbios salomónicos, el Libro Eterno repite: "Mejor es lo poco en justicia que la muchedumbre de frutos sin desvelos ni derechos. Peso y balanzas jústas son de Dios..."

Este principio moral bíblico se repite en el "Familiar", se revela en la esencia que lo nutre y la intención que genera la leyenda.

(1) Orfeo. *Historia de las Religiones.* Salomón Reinach.

(2) Pijoan. *Historia General del Arte.*

(3) Ricardo Kreglinger. *La Evolución Religiosa de la Humanidad.*

(4) Puede surgir el mito de un peligro. Nos sugiere esta reflexión una leyenda araucana que dice que hace muchos siglos, las cataratas del «Calfú» (cielo) se abrieron de un modo arrollador. Las aguas empezaron a inundar la tierra de Arauco con furia incontenible, amenazando la vida de la gran familia indígena del sur que, presintiendo una catástrofe sin precedentes, se refugió en un cerro alto llamado Tentén. Todos los animalitos a su vez se refugiaron en la cima de otro cerro: el Caicaí. Dice la tradición que el empuje de las aguas era tal, que en rugiente crecida se acercaba a la cúspide de los cerros. Pero, Guinechén, genio mayor del bien, pese a todas las confabulaciones de Guecufú, genio del mal, hizo el milagro. A medida que las aguas se acercaban a la cima de los cerros, éstos en la misma proporción iban ascendiendo, conservando siempre la misma distancia del gran mar universal. Después de largas lunas de angustioso asedio, las aguas comenzaron a bajar lentamente y la gran nación araucana quedó a salvo gracias a la voluntad poderosa de Guinechén y de los dos cerros milagrosos. Los viejos araucanos que han heredado la tradición de sus tatarabuelos la cuentan a sus hijos para sostener latente la veneración de dos cerros sagrados: Tentén y Caicaí, que se elevan imponentes en el macizo andino, como si aún protegieran a la raza que vieron nacer en el valle patagónico.

(5) S. Reinach.

(6) *El mito y el hombre.* Roger Caillois.

(7) *Lezioni sopra mitología vedica.* Edición italiana.

(8) Dice Moreau de Jonnès, en *Los tiempos mitológicos,* Madrid, 1910: «La mitología es en cierto modo la Biblia del Paganismo. Esos relatos, frecuentemente extravagantes, pero casi siempre brillantes de imaginación y de gracia, han ido alimentando durante tres mil años la literatura de los pueblos más inteligentes, así antiguos como modernos; a pesar de eso, el reinado de la mitología ha pasado y desaparecido de las letras contemporáneas, después

de inspirar a nuestros genios más eximios. La generación que acaba de extinguirse ha asistido —y en gran parte ha contribuído— a la ruina de las tradiciones míticas de Grecia y de Roma que tanto encantaban a nuestros abuelos.» La opinión de Moreau de Jonnès tiene su valor en el sentido de que documenta una predisposición propia de la idea del positivismo que no prosperó de acuerdo al plan que sus propulsores se impusieron. El período mítico que trataron de clausurar fué el de Grecia y Roma, pero no contaron con que se iban generando otros mitos que sustentaba a la nueva literatura y que lo hemos visto actuar en los últimos tiempos, después de la guerra del 14 con proyecciones extraordinarias. El mito es una esperanza humana que se proyecta más allá de la vida. Que él se genere de una u otra forma, es cuestión de circunstancias, de época.

(9) «Ensayo sobre la Expresión Artística y Social de Santiago del Estero.»

(10) *Tierra Madura.* Félix Molina-Téllez. Edic. Ruiz. Rosario.

(11) Caso de Piedra Bonita, estudiado por el doctor Osorio César en su libro *Misticismo y Locura,* edición portuguesa de la Oficina Gráfica de Servicio de Asistencia Psicópata. 1939.

(12) Euclides da Cunha, en *Los Sertones.* Edic. «Claridad», hace notar ese conflicto: «El círculo estrecho de sus actividades ha retardado su perfeccionamiento psíquico. Está en la fase religiosa de un monoteísmo incomprendido, repleto de misticismo extravagante en que se debate el fetichismo del indio y del africano. En el hombre primitivo, audaz y fuerte; pero al mismo tiempo crédulo, que se deja arrebatar por las supersticiones más absurdas. Un análisis de éstas, revelaría la fusión de estados emocionales diferentes.»

(13) Puerta de Ambato, camino de Catamarca a Andalgalá.

(14) «Familiar» viene de dioses familiares de la antigua gentilidad. Especie de genio tutelar; así se interpreta en la mentalidad del criollo en los lugares que lo hemos recogido.

(15) Traté de sacarlo de un error fastidioso al árabe que así nos hablaba, y le dije: —Creo que está usted equivocado en esa apreciación. Esa indolencia que usted señala no es tal, porque el criollo propietario de tierras en estas zonas obedece a un imperativo de carácter histórico y social. Es el descendiente del encomendero español al que la vida se le ha hecho regalada y que después de varias generaciones —luego de fracasada la búsqueda de los fabulosos tesoros del Inca—, pretende todavía encontrar valores de trabajo que lo mantengan como señor; pero, no tiene nada que ver con el trabajador criollo; con ese hombre que en las minas, en la zafra y en el agro pampeano ha hecho posible la grandeza argentina. Hay una razón histórica que no es posible desconocer en estas viejas provincias del Tucumán que han recibido una influencia que aún persiste, de la Conquista y de la Colonia... (Más adelante hacemos mención a ese hecho histórico y a sus resultados.)

(16) *España Virgen,* Waldo Frank.

(17) *Historia de Tucumán.* Edic. de la Universidad Nacional de Tucumán.

(18) *La Sociedad Primitiva.* Luis E. Morgan.

(19) *El Hombre y la Cultura.*

(20) *Las dos carátulas.*

(21) Santiago del Estero.

(22) Refiere José María Capo que un haitiano, graduado en París en la Facultad de Medicina, le decía: «Los blancos no entenderán jamás, porque

jamás pasarán por los estrados del dolor humano ni por los sinsabores, las fatigas, las miserias de la raza negra, las razones de esa magia que brota de nuestras sobrerreligiones esparcidas por nuestras montañas. A veces yo también siento el deseo de ir a inclinarme sobre el barro ardiente y sagrado de los templos improvisados para implorar a los dioses que antaño invocaron mis antepasados.»

(23) Boletín del Departamento de Folklore del Instituto de Cooperación Universitaria de los Cursos de Cultura Católica. Buenos Aires. Nº 8.

(24) En las versiones que he recogido no se menciona en sí el tributo de carne humana para alimento del monstruo. El tributo significa el pago diabólico y brutal por el daño en sí.

(25) Nótese cómo aparece el capataz como instrumento del dueño e intermediario de un hecho brutal. El capataz del ingenio tucumano es un ser sin sentimientos que somete al trabajador, indígena y criollo a la más vil explotación. Es el atento vigilante que hace cumplir con creces el máximo rendimiento de la peonada. El criollo lo mira como un ser inhumano capaz de cualquier cosa, y en su mente crea las formas caprichosas de un concepto derivado del hecho social que no alcanza a comprender totalmente.

(26) Las circunstancias vienen a favorecer a la leyenda. Es fatal que entre los miles de hombres que durante la zafra se contratan, de Santiago del Estero, del Chaco, de Catamarca, de La Rioja, etcétera, no regresen a su procedencia gran cantidad. Ello se debe a que muchos perecen víctimas de los vicios que apresuran el desarrollo del organismo gastado; otros mueren insolados en los surcos, otros destrozados en la muela del trapiche, y otros en peleas bolicheras los días de holgorio. Muchas de estas muertes quedan en el anonimato, y de ahí se genera la creencia de que han servido de pasto a los «familiares» de los ingenios donde trabajaron.

(27) Prólogo de Alfredo Palacios a la edición argentina de *La Sociedad Primitiva,* de Luis E. Morgan.

CAPÍTULO III

LOS VEGETALES EN EL FOLKLORE

§ 1. Los beneficios de los vegetales como principio de adoración de los primitivos. Los beneficios racionalizados en la mente del hombre civilizado. La propia naturaleza del hombre en la vida vegetal. Identificación con el drama vegetal. El hombre y el vegetal. El culto al árbol. Los vegetales y los cronistas de la Colonia. El Amancay. -- § 2. Mitos, realidades y zona mágica de la flora. Las plantas tóxicas y narcóticas. El vino de la muerte. La ceremonia de los hechiceros de la tribu en la elaboración del yagé. Las cualidades de la "datura ferox". El árbol de la coca. Las cualidades de la coca para el hombre del altiplano. La higuera bíblica. -- § 3. La botánica oculta de Paracelso. La influencia de los astros en la vida vegetal. -- § 4. Las plantas del Paraguay y de las provincias del Tucumán, según los cronistas de la Colonia. El índice alfabético-histórico del padre Guevara. -- § 5. Flora prócer de la Argentina. El Ceibo y su leyenda. La yerba mate, su leyenda y sus cualidades terapéuticas. El ombú, su utilidad, su historia, su leyenda. El paraíso. El algarrobo, su utilidad, su leyenda. El quebracho colorado. La enfermedad del quebracho. El mistol. El palo borracho, su leyenda. El maíz, su utilidad, su leyenda. El chañar. El guayacán. El huiñaj. La palma. El vinal. -- § 6. El Hombre en el Bosque Santiagueño. El Carbón. -- § 7. Arboles históricos de la República Argentina. -- § 8. Plantas de uso frecuente en la terapéutica popular. Los vegetales en la superstición popular. -- § 9. Los vegetales en la canción popular.

§ 1. *Los beneficios de los vegetales como principio de adoración de los primitivos. -- La propia naturaleza del hombre en la vida vegetal. -- Identificación con el drama vegetal. -- El hombre y el vegetal*

Si los modernos sienten tanta inclinación hacia las plantas, ya sea por la belleza en sí de su estructura como por las flores y los frutos que nos ofrecen, ¿qué no la sentiría el hombre primitivo que habitaba en la selva, la cual le daba lo necesario para su vida diaria?

El hombre moderno recibe, como lo recibió el primitivo, los beneficios de las plantas y de los árboles. Desde la insignificante

mata que olvidada en su humildad se levantó al amparo de la humedad del muro, o de un potrero, o de una pared derruída, hasta el poderoso señor de la selva que levanta airosamente su estructura sazonada por los vientos y los soles de largas centurias, han sido de suma utilidad en la vida de los seres humanos. El hombre de ayer, metido en el corazón de la selva, encontró en ella lo suficiente para alimentarse, vestirse, guarecerse y curarse, y el hombre moderno, aprovechándose de esos conocimientos empíricos, utilizó los mismos elementos para goce de una vida civilizada en plena carrera del progreso. Las plazas y los jardines, las flores que en los bazares de las casas especializadas, y los parques de las ciudades, son deseos naturales que aglutina y acomoda el tiempo en la emoción estética del individuo, porque ese sentido de la belleza, que copió con tanta fidelidad hasta lo recóndito del espíritu, es el vivir siempre, aunque sea simbólicamente, en contacto con la naturaleza, que con tanta sabiduría ha puesto en el mundo la verdura divina de las plantas como colchón de plumas para el espíritu agobiado.

Si hasta para que sea permanente la adoración del hombre, ha logrado que el verdor de las plantas sea cordial descanso de la vista, al extremo de que la ciencia aconseja se utilice el verde para la vista agotada por el excesivo trabajo.

Un escritor, amigo del árbol y de las plantas, ha dicho: "Escojamos una mañana estival para penetrar en un jardín, o mejor aun, en un prado donde los árboles viven más libres y soberanos. De improviso nos sentimos invadidos por una sensación de jovial bienestar, respiramos más profundamente, y experimentamos en todos nuestros miembros una agilidad desconocida, breve; somos felices. ¿No constituyen, en verdad, los árboles lo más bello y agradable de la tierra? ¡Cómo ellos nos inspiran! ¡Cómo en su presencia sentimos palpitar mejor a toda la creación en nosotros y ello se asemeja en un nuevo afecto! El niño, muy particularmente, se tonifica y alegra, su organismo más delicado traduce mayormente la influencia de los rayos solares, las caricias del viento y las oleadas de oxígeno que provienen de los árboles bellos. Parecido a lo que ocurre a orillas del mar, el gas vital llega a nosotros por olas incesantes, hallando en los pulmones una playa donde descansar y convertirse en fuerza y calor".

Aparte de esa sensación espiritual que el hombre de nuestros días experimenta frente a los vegetales, y ese bienestar físico que viene de las cualidades propias que sirven de tónico para las fuerzas gastadas en el tráfago ciudadano, está la maravillosa vida que se desarrolla en ese mundo de los vegetales; la cantidad de símbolos que nos han dejado nuestros antepasados; las leyendas y fábulas en que el protagonista surge por arte de encantamiento de las entrañas de un árbol, o el genio tutelar que respondiendo a principios vitales de humana condición, cuida de las cosas de la tierra y del espíritu

para hacer más perfecta la vida y las normas que en ella hay necesariamente que cumplir.

Como aquellos que creyeron en las fuerzas de los espíritus desconocidos del bosque y en la cualidad mágica de las plantas, ya fuera en la armonía de la selva lujuriosa que se trepa al cielo por la fuerza generadora de su clima propicio, o la insignificante, o solitaria, o tosca estructura del vegetal que se atreve a vivir en la oquedad de un paisaje inhóspito, nosotros permanecemos con la misma religiosidad ante la naturaleza admirando sus prodigios y buscando en la maraña de los bosques la vitamina propicia para nuestro organismo, o cultivando en los predios urbanizados las verduras que repongan nuestro organismo o las frutas jugosas que empujen hacia afuera los malos humores de nuestro cuerpo.

No obstante nuestra condición de vencedores de esa naturaleza, a la que creemos haberle arrancado todos sus secretos para beneficio propio, como regalo para nuestra materia o para nuestro espíritu, la vida vegetal continúa siendo un respetuoso misterio que día a día nos sorprende con revelaciones extraordinarias.

La emoción que se experimenta por primera vez ante la majestuosidad de un bosque virgen que se encarama en serranías o se pierde hacia el horizonte de una llanura, es la misma que sintió el hombre primitivo ante la magnitud de una grandeza que lo hacía pequeño, pese a su razonamiento o a la conjugación que le permitía hacer su mentalidad frente a los fenómenos naturales. Confieso que, criado en plena selva de Santiago del Estero, siempre que me internaba en ella, ya fuera por un sendero conocido o desconocido, experimentaba una sensación de temor extraordinario, que se convertía en angustia. No era miedo común reducido a temores circunstanciales; era una especie de respetuosidad hacia el árbol milenario que encontraba a mis pasos, hacia la mata espinosa que destruía mis ropas y desgarraba mis carnes, hacia la belleza de una planta que había florecido aquella mañana y mostraba las galas de sus flores entrelazadas en las enredaderas que subían sin miedo hasta la punta lejana de los quebrachos; era al vientecillo que murmuraba a través del tupido ramaje o a la protesta del pájaro que encontraba el nido vacío porque un ave de rapiña se lo había saqueado. Cuando salía del bosque, añoraba su silencio poblado de uniformes murmullos, y su soledad poblada de leyendas y virtudes. Veía a lo lejos su leyenda, la de sus pájaros, la de sus animales más sanguinarios, y los gritos que en la noche lanzaban los del vagabundeo nocturno o los tañidos de guitarras y bombos de la Salamanca, o las desgarradoras voces del runauturunco y el aullido del lobisóme...

La misma sensación he experimentado en las maravillas vegetales del Aconquija, sobre la magnífica cuesta del Clavillo, cuya vegetación es incuestionablemente la más rica de América por su

variedad y fineza de plantas, árboles, flores y verdes de la más infinita variedad. Cuando he dejado atrás la cuesta de Las Chilcas y he entrado al valle de Andalgalá, he experimentado la emoción más profunda que pueda describirse al ver levantarse entre pedregales la figura del cardón desafiando su propia soledad y la del paisaje, con las flores blancas entreveradas en sus espinas. Y cuando he llegado a las márgenes de las salinas he visto el esfuerzo de la planta que quiere vivir como una avanzada en medio del salitral para amenizar la monotonía de leguas y leguas de terreno desolado como un mar muerto cuyo aliento fuera de fuego.

Tanto de las sensaciones propias experimentadas frente a la naturaleza y a los vegetales, como de la observación directa que he hecho en las provincias de nuestra patria, observo la identificación del hombre con los mundos que lo circundan. El hombre vive su mundo, pero sabe que alrededor de él hay otros, tan orgánicos e importantes como el suyo, donde diariamente, en cada partícula de tierra que pisa, se genera un drama que alcanza ecuaciones de índole varia, entre los cuales puede contarse los que se conjugan en tragedia o los que nos alcanzan en carne propia por virtud del ligamiento terrenal o espiritual que nos une.

* * *

Se nos antoja pensar que el hombre donde encuentra palpitaciones de vida cree encontrarse frente a su propia naturaleza. Los animales se aproximan a su naturaleza en la carne y en el instinto, y los vegetales en su sensibilidad y en el drama de su desarrollo. Si en los animales encuentra a veces solidaridad y la devuelve en monedas de la misma actitud, en los vegetales encuentra identidad de sentimientos, analogía de vida. Cuando los poetas dicen que el perfume es un sentimiento, y el color la pureza de ese mismo sentimiento surgiendo a la vista, no se equivocan ni hablan en sentido figurado: se acercan a la condición vegetal por las cualidades que descubre en ella en función de humana perspectiva. Esto deben haberlo sabido los pueblos primitivos, primero en el naturismo, luego en el animismo y más tarde en la idolatría, y si nosotros expresamos otra cosa es para designar la nueva propuesta de interpretación de esa solidaridad del hombre con los mundos vegetales y animales, ya que su relación está vinculada de tal modo que la misma ciencia oficial lo demuestra inobjetables. Pero, nosotros queremos mantenernos en los límites del espíritu porque creemos que el animismo era una especie de estado poético del primitivo, y el mito el argumento que sustentaba ese estado que permanece a través de los tiempos como un caudal de símbolos propuestos para seguir buceando en el espíritu, sin desmayos, hasta encontrar la substancia que nos revele la verdad suprema.

Dije en una oportunidad: Somos naturaleza. Lo mismo que surgimos a la vida en el plano terrestre, accionando y convertido nuestro barro estructural en materia con vida racional, con luz y calor, pudimos quedar adheridos a la tierra madre convertidos en piedra o en espécimen de la flora. Lo mismo que aprendimos a balbucear primero, a emitir gritos después y a regir la palabra por leyes técnicas de dicción y armonía, pudimos tener tan sólo el lenguaje de la fronda; ese lenguaje que presta el viento a los montes, pasando juguetón por entre las ramas, o quizás el chillido del animal inquieto en la umbría del bosque. De ahí que la tierra, vientre fecundo en eterna manifestación de vida, sea la ubre milenaria que amamanta a sus hijos, tanto los inanimados que se ocultan en sus entrañas, como los que surgieron y quedaron adheridos a ella agraciando al paisaje, o los que pulularon irracionalmente por sus bosques, o los que dotados de sentidos superiores pudieron marchar de un lado a otro y organizaron el pensamiento para dominar los mundos y ultramundos.

Por eso quizá ninguna concepción más grande y entonada, más elevada y de profunda raigambre humana que la Pachamama de los habitantes del Altiplano; madre poderosa que todo lo hace y lo une en una relación de vida y de espíritu que no deja intersticio por el que pueda entrar el vacío de la muerte, merced a su mecanismo ajustado y eterno. Diosa de todo lo que existe, madre generosa que a todo dió vida y espíritu y supo consignar el puesto de cada cosa en la tierra...

"...En la montaña del alto Perú, cuyas prolongaciones del Sur son ahora Bolivia, hay una piedra muy común, de color pardo con un matiz verde aceituna. Con esta piedra está construída la catedral de La Paz. A la puerta de esta catedral se sientan hombres y mujeres harapientos, con la cara color de la piedra misma de la Iglesia .. Son indios de los Andes. Hay algo eterno en ellos como la roca, con cuyo color rivalizan. Esta piedra, en tiempos arcaicos, se cortaba en pedazos pequeños, la huaca que el indio adoraba. Con ella y con bloques tan pesados como una casa, se construyeron más tarde templos megalíticos. Canteros incas la labraron después habilidosamente y sacerdotes españoles la remodelaron luego en la casa de Dios. Es la misma piedra de siempre. Y el indio, que tiene su mismo color y que bajo la superficie de su credo cristiano aún obscuramente la adora, es el mismo indio también, a pesar de tantos años y de tantos cambios. Este indio de los Andes, señor de todas las culturas del Perú, vive en la abrupta puna, a doce mil pies sobre el Pacífico, como vivió antes el inca y antes el tiahuanaco. Adoraba entonces la eminencia pétrea de la montaña. El hombre, dice su mito, nació de aquella piedra. Como el cóndor que era pedernal encendido por el sol, y como el jaguar de la montaña, que era roca rebosante de volcánica pasión, el hombre también era piedra; y el

silencio inmóvil de la montaña fué su padre y fué su destino. El mundo mismo no era más que una vasta escalera de piedras... Peldaño a peldaño subía desde el mar hasta la helada ringlera de los Andes; peldaño a peldaño descendía hasta la manigua oriental..., la matriz verde de donde nace el sol todas las mañanas... Su concepto fué la piedra... Vientre y destino del hombre." (1).

* * *

Hace algunos años tuve oportunidad de conocer en Salta a un hombre dotado de cualidad extraordinaria en su relación con los vegetales. En esa época ejercía las funciones de Director de la Escuela de Manualidades de esa ciudad. Sobre la terraza del edificio que ocupaba el establecimiento que dirigía, había un hermoso jardín en el cual existían plantas de gran valor y ejemplares rarísimos. El las cuidaba y aclimataba, por medio de ingeniosas combinaciones, al clima frío de la región, y a todas les daba vida promisoria. Ejemplares magníficos de orquídeas veía en los invernaderos, conseguidos por medios naturales, pues desechó siempre los recursos químicos, por considerar que era una especie de muerte en vida, así como son los artificios de la morfina, etcétera.

Según me manifestó, nadie más que él cuidaba su jardín. Regaba sus plantas con sumo cariño y mantenía con ellas largas conversaciones; unas veces jubiloso de ver su progreso, y otras, quejoso de ver el atraso de algunas. Un día cualquiera nuestro jardinero se enferma y debe suplantarlo en el cuidado la portera del establecimiento. Dos semanas lleva sin asomar la cabeza en la terraza-jardín, y en el transcurso de las mismas las plantas adquieren tonalidades tristes y algunas amenazan con secarse. El jardín flotante de nuestro amigo es de una ruina desoladora al poco tiempo. Sin embargo, nada le ha faltado en esas dos semanas: agua, abono, el cerrar y abrir a sus horas oportunas las rampas del invernadero..., etcétera.

A tiempo viene la convalecencia de nuestro amigo y retorna a sus tareas habituales: el largo diálogo con las plantas, el paseo diario y las caricias a las plantas predilectas. Eso ha bastado para que el jardín adquiriera su antigua lozanía. Aseguraba aquel hombre que durante su ausencia las tareas se habían cumplido con sumo cuidado y de acuerdo a las indicaciones que él daba.

Un día, subiendo el cerro de San Bernardo, conversábamos al respecto y me contaba:

—Cierta vez, en mis viajes por una provincia argentina, llegué a un jardín con el propósito de comprar plantas. Ya había cumplido la compra cuando se me ocurrió lanzar una ojeada a uno de los invernaderos en el que había una cantidad enorme de macetas conteniendo hermosos ejemplares. Mis ojos se posaron en una

planta tristona que, arrinconada en uno de los ángulos, desentonaba con la lozanía de sus compañeras. La levanté del suelo y le manifesté al jardinero el deseo de llevármela. El propietario me contestó que dispusiera de ella sin ningún cargo, pues era una planta de raíz enferma o castigada por hormigas... En pocos meses, sin más cuidado que el que le podía dar su antiguo propietario, la planta se convirtió en uno de los más hermosos ejemplares de mi jardín..

En ese momento me acordé de mi poca suerte. En los plantíos que hacíamos en la finca de mi padre, tanto en Santiago del Estero como en la Quebrada de Humahuaca, nunca logré que progresaran las plantas que arrancaba del almácigo y trasplantaba con sumo cuidado. Me desesperaba pensar que cualquier peón tuviera más suerte que yo y no se le secara ni la más insignificante. Más tarde comprendí la realidad de lo que Paracelso registraba como un hecho de magia entre la correspondencia del hombre con el vegetal y la simpatía mutua que debe existir entre ambos.

EL CULTO AL ÁRBOL

"Los filósofos consideran que el culto a los árboles combinado con el de la serpiente, como lo hace entrever el relato de la creación del mundo, según Moisés, fué el primero a que se dedicara el hombre, en lo que podremos llamar la infancia de la humanidad. El hombre primitivo atisbaba en el árbol la imagen sensible de un poder que le gobernaba desde las obscuras entrañas de la tierra o, aún más, quizás, creyera en su infantil ingenuidad que la Mente Infinita y amante se manifestaba bajo forma arbórea. Este culto al vegetal leñoso existió en Asiria, en la Hélade, en Polonia y en la Galia. Actualmente todavía persiste en el Africa Central, en el sur de Egipto y en el Desierto del Sahara. Los negros del Congo adoraban a un árbol denominado Mirrone. Le plantaban en la vecindad de sus viviendas como un ángel tutelar de su vida." (2).

En "Historia de Egipto" (3) se afirma que en todos los puntos del país se encontraban árboles sagrados como los sicomoros, las palmeras, las acacias, etcétera, asociados al culto que se les hizo a los animales domésticos y a algunos salvajes. Los helenos dedicaron a Zeus un templo magnífico en medio de un espeso bosque rodeado de encinas que hacían de oráculo; cerca del templo de Júpiter los romanos tenían un árbol en el cual depositaban ofrendas. En cada árbol moraban o placían morar de vez en cuando como retiro de descanso, los dioses de la teogonía helena: Jove, en la encina; Apolo en el laurel; Minerva en el olivo; Afrodita, en el mirto; Cibeles en el pino; Heracles en el álamo. Cerca del Partenón, en el Acrópolis de Atenas, existía el olivo sagrado del cual cortaban ramas para tejer las coronas de los vencedores. Servía para propiciar a los

recién nacidos propuestos para realizar empresas gloriosas en el mundo.

El laurel, símbolo que nos ha legado el pueblo pretérito, surge del mito por su cualidad de "siempre verde" en verano e invierno. Su eterna primavera y sus ramas siempre cubiertas de hojas revela la leyenda de Apolo y Dafne, cuando ésta huye y se encomienda a los dioses del Olimpo y la convierten en laurel para no caer en la tentación de Apolo.

Tácito describe a los sacerdotes de la Germania del siglo segundo dirigiéndose a orar junto a los pinos sagrados. Réclus (4) nos recuerda que en Bretaña, cuando un hombre estaba en peligro de muerte, y no se hallaba cerca ningún sacerdote, podía confesarse al pie de un árbol; las ramas le oían, y su rumor llevaba al cielo la última oración del moribundo.

"En la India, tan llena de misterios, y en la paradisíaca isla de Ceylán, se venera a un árbol llamado El Bo. Nárrase que una rama del precioso árbol plantado por el mismísimo Buda, fué llevada a la isla antes mencionada y colocada en el sitio más céntrico de la misma. Allí se le rinde el homenaje que se tributa a un Dios desde hace más de mil años."

* * *

Los conquistadores españoles, y con ellos, sus cronistas, fueron los primeros en quedar maravillados de las selvas americanas. Pudieron así realizar leyendas fabulosas agrandadas de las que le fueron contadas por los indígenas, y se posesionaron de los tantos mitos que andaban por boca de infieles en el continente descubierto. Prueba de la exageración es lo que cuenta Pigafetta, ya de regreso, en el golfo de China: "Nos contaron otras historias. . . , hay, según decían, un árbol tan enorme, llamado campanganghi, donde posan ciertas aves, a las que denominan guruda, tan grandes y tan fuertes que pueden elevar un búfalo y hasta un elefante, y le llevan volando al lado del árbol llamado puzathaer; el fruto del árbol, al que designan con el nombre de buapanganghi, es mayor que una sandía. Los moros de Borneo nos dijeron que habían visto dos de estas aves, que su rey recibió del reino de Siam; no puede nadie aproximarse al árbol por los torbellinos que en torno de él forma el mar hasta la distancia de tres o cuatro leguas. Añadieron que todo lo que nos contaban lo supieron del modo siguiente: Un junco fué arrebatado por estos torbellinos cerca del árbol, donde naufragó; perecieron todos los hombres, excepto un niño, que se salvó milagrosamente sobre una tabla; gateó por el árbol y se ocultó bajo el ala de una de estas colosales aves, sin que lo notase; a la mañana siguiente, el ave descendió a tierra para arrebatar un búfalo, y entonces el niño, de un salto, se salvó. Así supieron la historia de

las aves y de dónde venían los grandes frutos que frecuentemente se encontraban en el mar."

Entre los guaraníes, se reverenciaba a una planta que se decía que por ella se trepaba al cielo (5). Existe una leyenda que referiremos en el capítulo correspondiente.

Hace notar Tobías Rosenberg (6), que el padre Techo es el único que habla de la adoración del árbol entre los Calchaquíes, cosa que había observado también Ricardo Jaimes Freire en su "Historia del Tucumán". Al respecto, el citado escritor tucumano nos dice: "Seríamos ingenuos si creyéramos que esta adoración fué igual para todas las plantas. En primer lugar, esta veneración —a nuestro juicio—, es producto de la manifestación médica que acabamos de citar... (7). Entendemos que el aborigen calchaquí rindió adoración e hizo verdadero culto a las plantas que podían ocasionarle daño. Las otras le fueron indiferentes, salvo aquellas que diariamente le prestaban utilidad o que su mentalidad las presentaba como morada de los genios tutelares.

"Cabe preguntar ahora cuáles fueron estas plantas y qué forma fué la de ese culto. La segunda de estas preguntas ya ha sido contestada en parte por los cronistas e historiadores. Adornaban los árboles con plumas multicolores y no es nada difícil que junto a ellos se realizara más de una práctica de magia. En cuanto a la primera, poco sabemos hasta el presente y esa ignorancia es, más que todo, fruto del desinterés cuando no de la desidia... En primer lugar, el aborigen calchaquí veneró al laurel (8); en segundo, a la higuera, al amancay, e indiscutiblemente al algarrobo. El temor, en gran parte, inspiró el culto que también debió hacerse extensivo a la mayoría de las hierbas tóxicas y en especial a la que se supone produce la tembladera de los animales, término éste que no sólo define un mal sino también el lugar donde crece la hierba, ubicado leguas antes del Infiernillo, en las proximidades de Aimacha (Departamento de Tafí, Tucumán). Creemos finalmente que el chamico, tampoco debió escapar, juntamente con el cebil a alguna forma de culto, cosa que hizo extensiva a la coca. Todo cuanto decimos tiene por base supersticiones y creencias que aún perduran y algunas de las cuales hemos reuñido en el afán de documentar nuestras afirmaciones. Así el laurel, es morada del rayo. El cerrero sostiene que nada más peligroso que cobijarse bajo su copa en día de tormenta."

La rosa montañera, de Venezuela, flor de magnífica belleza, de color escarlata, con anilletes dorados y polvoso en el centro, pétalos delgados y agudos como los de la margarita, fué adorada por los indígenas de esa zona, que le daban el nombre de yaguaraparo.

Los antisuyos, que describe el inca Garcilaso, en los "Comentarios Reales", adoraban a los árboles y en especial al árbol de la coca (9).

En el Perú se adoró la flor de Amancay, como se veneró por lógica consecuencia en los valles Calchaquíes. Aún subsiste el culto en las fiestas que se realizan en el cerro de Amancaes con el nombre de San Juan de los Amancaes. "Antaño, refieren algunos viejos criollos, sacando de sus alforjas puñados de recuerdos, en las faldas de estos cerros, color de burro, crecían los Amancaes y brindaban el oro límpido de sus flores; ahora, cuestas grietosas, descarnadas peñas. Hace años se venía al cerro a recoger lindas flores de Amancaes; hogaño, los amancaes alegran las faldas del monte rezagado en la segunda fila de cerros que miran al mar, con adusta y vieja mirada" (10).

§ 2. *Mitos, realidades y zona mágica de la Flora*

Los vegetales han sido propicios para que el hombre vea en ellos cualidades mágicas que no ha visto en los animales. La forma de obrar el espíritu vegetal en el cuerpo humano, pudo hacer pensar al primitivo en el hecho de cualidades sobrenaturales en una sensación de solapada sorpresa permanente. Las substancias tóxicas y los brebajes que el hechicero hacía para trastornar su cabeza o producir visiones atormentadas en sus augurios, o las pócimas curativas que también tenían la virtud de vomitivos para arrojar los malos espíritus del cuerpo, debieron ser, en los siglos de oscura percepción, un caos de demonios y de genios adversos y tutelares. No nos sorprende que los curanderos de pasadas centurias fueran especie de hechiceros, brujos y enviados del diablo, como no nos sorprende que Paracelso y otros botánicos que les precedieron, hablaran de las cualidades mágicas de las plantas con absoluta naturalidad, y rodearan su ministerio con un halo de reservas semidiabólicas, ya que la ciencia moderna ha develado algunos misterios en la vida vegetal que sorprende extraordinariamente y demuestran la existencia de un verdadero drama tan intenso como el de los humanos.

La flor, obra suprema de la naturaleza, que a la vista de los mortales significa el fin de la vida del árbol, no es sin embargo, otra cosa que una etapa de su desarrollo, y la semilla, otra etapa de su desenvolvimiento, porque la misma composición de la flor encierra bellezas más sorprendentes que las que a simple vista comprobamos. El microscopio es el medio para lograr entrar en un mundo vedado a la vista común, y con su ayuda podrá verse que el polen de las flores son granos de variedad y forma ilimitada entre los que vemos polen de pino con tres glóbulos, dos de los cuales a guisa de pequeñas vejiguitas, se llenan de aire para permitir que el viento los lleve a otras plantas para la polenización. Estudiando en consecuencia un grano de polen, puede verse que se trata de una célula viva, una partícula de protoplasma recubierto en muchos casos para ciertas contingencias, y dispuesto para viajar enormes distancias sin

perjuicio alguno hasta cumplir el cometido que le confía la naturaleza.

Si dejamos el mundo de lo minúsculo y vital y nos trasladamos al otro que se ve en ciertas plantas de constitución humana unida a cualidades mágicas, nos acercamos a la Mandrágora, que desde tiempo inmemorial goza de fama extraordinaria, y veremos que ha sido temida y respetada a través de los tiempos, y el hombre ha tratado por todos los medios de entrar en su secreto y arrancar del fondo de su estructura toda la gama diabólica que acusa tan viejo predicamento. Los hechiceros la utilizaron con preferencia en sus maleficios, y Paracelso afirma que en las artes mágicas, la planta ocupa un lugar preponderante, con la cual los brujos fabrican una especie de ungüento para asistir a consejas de aquelarre. Bajo influencias astrológicas conocidas por los iniciados en el manipuleo de la planta, los brujos chinos provocan la locura y la muerte, luego de un proceso maléfico.

En el "Glosario Teosófico" de H. P. Blavatsky, se dice que esta planta es utilizada por los "magos negros" para fines malvados y que algunos ocultistas de los llamados "de la mano izquierda", hacen humúnculos con ella. En el folklore de todos los países aparece dando gritos cuando se la arranca de la tierra, y el hombre que se atreva a ello, vivirá condenado por el resto de sus días o morirá en el acto. Pero como sus cualidades mágicas son de efectos benéficos para el que posea un fetiche confeccionado con la raíz de tan importante planta herbácea, los germanos y los chinos la arrancaban atando una cuerda a un perro negro, al cual le propinaban latigazos para que al huir arrancara la planta sin que ésta profiriera gritos de angustias. "El pobre animal moría en esta operación, mientras el dichoso mortal que poseía esta raíz era dueño de un poderoso talismán, un tesoro inestimable, puesto que con ella lo conseguía todo", al decir de Collin de Plency en su *Dictionnaire Infernal*.

Los primeros en proclamar las propiedades narcóticas de la mandrágora fueron Theofrasto y Dioscórides; y, Plinio, Celso, Apuleyo, Encina y Avicena, la citan como excelente para efectos narcotizantes. Dioscórides, que era tenido como egregio médico de la antigüedad, y proyectó sus escritos hasta el siglo XVII, hablaba del vino de la mandrágora, el que a los siglos habría de utilizar sir Benjamín Ward Richardson para la anestesia quirúrgica, asegurando que se trataba de una eficaz droga contra el insomnio y el dolor.

Los aborígenes americanos conocían el efecto de algunas plantas para provocar sueños fantásticos, y los hombres que se iniciaban para servir de magos y curanderos en las tribus, pasaban meses enteros sumidos en profundas borracheras causadas por tales plantas, a efectos de iniciarse en el mundo espiritual y de los demonios que podían conocer en tal estado. Ya iniciados, y en plena función,

frente a un enfermo, volvían a entrar en el trance de curación sumiéndose en breves borracheras para consultar a los espíritus sobre el origen de la enfermedad que trataban de curar.

En las selvas casi impenetrables de Venezuela, Colombia y Méjico Austral, crece una especie de enredadera que los indígenas usan para provocar sueños y visiones. Se llama Banisteria. En los bosques donde existen plantas de esta naturaleza, los indígenas realizan guardias permanentes, a fin de que nadie penetre en ellos y cosechen por su cuenta, pues tiene cualidades mortales si se utilizan sin la experiencia necesaria. Por ejemplo, quemada despide un humo fatal que ocasiona la muerte en pocos instantes. Los naturales la señalan con el nombre quichua de Ayahuasca, que quiere decir: productora del vino de la muerte, o del hombre muerto, o planta de los sueños, según otros lingüistas que han estudiado la etimología de la palabra. La leyenda de la misma es curiosa y se asegura que tomando la bebida compuesta con hojas y tallos, pueden comunicarse con los muertos. Según los indígenas, al blanco le está vedada esta virtud y el que la toma sufre visiones tan espantosas que jamás vuelve a probarla.

El licor se hace de fragmentos de la enredadera citada que toma el nombre de yagé, y su preparación exige un ritual de extraordinario misterio, siendo la noche y la oscuridad propicia para que el brujo pueda prepararla a fin de que mantenga el efecto más trascendental. Un botánico belga que estuvo en las selvas de Colombia, describe la ceremonia de esta manera: "La víspera del día señalado, todas las mujeres que van a ser madre, deben abandonar el caserío; los perros, igualmente, deben ser amarrados o encerrados, so pretexto de que su presencia dañaría al yagé... Eran poco más o menos las seis de la tarde, cuando uno de los jefes de la tribu vino a advertirme que debía trasladar mi hamaca al rancho del brujo, para pasar allí la noche; acepté sin vacilar la invitación y me trasladé al rancho donde una docena de indios recostados en sus hamacas esperaban en solemne silencio el comienzo de la ceremonia. Sin mover los labios, mudo como un pez, el jefe que había ido a invitarme me indicó el puesto que debía tomar. En un banco ocupado en el centro de la choza, estaba sentado el brujo; a su derecha, en el suelo, hay una olla de yagé que tiene encima un paquete de hojas y al otro lado hay una más pequeña que contiene una preparación de caña de azúcar, cocida, me parece, en jugo de casabe; sobre el banco a su izquierda, tiene una especie de cetro formado de plumas y un ramo de hojas que le sirven de hisopo.

"Hacia las seis y media la oscuridad es completa. De repente oigo una voz temblorosa y semiahogada, un ¡huff huff! repetido por tres o cuatro veces. Me levanto de la hamaca para contemplar mejor lo que va a suceder. En la penumbra está el brujo; ha dado media vuelta sobre el banco y tiene agarrada con los pies la olla de

yagé. Es él quien ha lanzado el ¡huff!, señal sin duda de que la ceremonia empieza. Después de algunos instantes, le veo el cuerpo medio inclinado sobre el vaso, dar golpes nerviosos con el hisopo sobre la olla, como tratando de alejar de ella los malos espíritus. Las hojas de su hisopo improvisado producen un ruido singular; en seguida profiere en voz alta, frases que, naturalmente, me es imposible comprender, pero que, según creo, son invocaciones dirigidas a su Dios. Los circunstantes guardan impresionante silencio; nadie habla, nadie se mueve, creeríase estar asistiendo a una misa. Al cabo de algún tiempo, el brujo vuelve a su puesto primitivo. Con el cetro en la mano entona como canto, al golpe de hisopo, secos o prolongados que el brujo da de derecha e izquierda, como si quisiera alejar a los espíritus malignos de la choza o de los asistentes. Esta escena se prolonga por diez o quince minutos después de los cuales, un indio se acerca al brujo y le ayuda a revestirse con sus insignias de gran ceremonia. Colócase en la cabeza una corona plana formada de pequeñas plumas de pájaros con grandes plumas de guacamayo adelante; se coloca lenta y ceremoniosamente delante del cuello, adornos de cuentas de vidrios, tan numerosos que le cubren desde los hombros a los oídos..." (11).

Terminada esta ceremonia los hechiceros comienzan las libaciones y se aprovecha la oportunidad para iniciar a los que han de reemplazarlos más tarde en el oficio. Los que han de aprender, deben tomar en pequeñas dosis la referida infusión, pues de lo contrario, las consecuencias serían funestas. Luego de la ceremonia se apartarán de la población y se internarán en lugares propicios del bosque, donde deben permanecer por espacio de cinco años, hasta que un día en una de esas borracheras torturadas, le aparece una visión y les dice que ya son aptos para cuidar de la gente. En adelante serán brujos oficiales de la tribu y capacitados para preparar el yagé.

Las sensaciones que se experimenta al tomarlo, han sido registradas por M. Villavicencio: "Sienten vahídos de cabeza, luego la sensación de elevarse en el aire y comenzar un viaje aéreo; empiezan a ver en los primeros momentos las imágenes más deliciosas..., bosques cubiertos de frutas, aves lindísimas, que les comunican lo que ellos desean saber. Pasado este momento empiezan a ver fieras terribles dispuestas a desgarrarlos, les falta el vuelo y bajan a combatir en la tierra con las fieras...; en ese momento se levanta el salvaje lleno de terror y procura tomar armas; insulta a sus mejores amigos que le contienen a la fuerza dentro de la hamaca, hasta que se duerme... Pasado el último sueño, recoge los recuerdos cuando veía las visiones y, según sus supersticiones, arregla la medida que debe tomar."

Aunque el doctor Barriga Villalba de la Universidad de Bogotá logró hacer de la banisteria un alcaloide que denominó yageína, es de hacer notar que se empleaba desde hace tiempo en la me-

dicina y en la fabricación de productos químicos con otro nombre. Con todo, hombres de ciencia de Europa afirman que no se ha podido producir en el viejo mundo la misma bebida preparada por los indios americanos, a pesar de haber intentado hacerlo usando la misma cantidad de hojas verdes. Ello quizás se deba a que los indios arrojan durante la cocción de las hojas y los tallos, otras hojas en el mismo recipiente cuya procedencia no han querido revelar (12).

* * *

Entre la familia de las Solanáceas hay una serie de especies de las cuales se ha obtenido la nicotina, la solanina, la atropina, la daturina y otros derivados no menos importantes en la farmacopea moderna. En nuestra República tenemos la llamada *datura ferox*, que encontramos en Santiago del Estero y Chaco con el nombre de Chamico, de la cual puede obtenerse la escopolamina, que se utiliza junto con la morfina para la preparación del sedol. Con el fruto puede hacerse una infusión de efectos narcotizantes e hipnóticos, y en manos inexpertas, puede causar la muerte. En la medicina calchaquí fué usada por los hechiceros a fin de hacer más intensos los efectos del alcohol; posiblemente como apunta el autor de "El alma de la Montaña", en el afán de ponerse en trance para cualquier ceremonia mágica o función médica. Su abuso originaba la locura.

Las utilidades que le asigna el profesor santiagueño Vicente Paz (13), son las siguientes: El fruto puede ser producto de comercio para usos medicinales; es planta tóxica, las hojas y las semillas contienen un alcaloide llamado daturina o tramotina; posee propiedades antiasmáticas, antiespasmódicas, cura el reumatismo, asma, epilepsia, neuralgias, etcétera. En la medicina común sólo se emplean las hojas exteriormente como fomentos, cataplasmas y ungüentos; las mismas, secas, se administran contra el asma y la tos convulsa, por medio de vapores y fumigaciones; en el campo emplean la semilla molida en reemplazo del sinapismo. Con las hojas tiernas exprimidas, se matan los gusanos de las heridas putrefactas de los animales. En dosis mayores de 15 gramos, al ser ingeridas pueden producir accidentes fatales.

Se ha comprobado que la datura produce efectos hipnóticos, y que el que cae en ese estado actúa a voluntad del primero que lo dirija.

Vegetales de las mismas propiedades que la datura los encontramos en la medicación popular de los pueblos primitivos de América y puede señalarse entre ellos: el Ficus, árbol propio de las regiones del Chaco y de Urabá, en Colombia, cuyo latex extraído por incisiones en el tallo es recogido y utilizado para envenenar las flechas con las que los indígenas realizan sus cazas periódicas. Un

diario de Jamaica (14), publicaba hace algunos años un artículo en el que se llamaba la atención sobre el abuso que se estaba cometiendo con la ganja, especie de narcótico producido por la hoja del cáñamo, que tiene propiedades parecidas a las de la cocaína. Refería la citada publicación que, como la ganja se obtiene de las hojas y copas florecientes del llamado cáñamo indio, que crece con toda facilidad en Jamaica, la policía se esfuerza en impedir su empleo, persiguiendo a todos aquellos que lo cultiven. Resulta casi imposible encontrar pruebas de que se fuma ganja, porque aquellos que lo hacen se reúnen secretamente y realizan sesiones como las de los fumadores de opio. Clasificada legalmente como droga peligrosa, puede ser castigado todo aquel que cultive el cáñamo, que tenga ganja almacenada. El uso de la ganja está muy difundido en la India, en Arabia, en Persia y en otros países. En la India está comprobado que es causa decisiva de la locura; se estima que de los enfermos de locura intermitente en Bengala, el 38,4 por ciento proviene del uso de la ganja. También ocasiona ese estado que se llama "amok" (15) en que, trastornado el sistema nervioso, el que lo padece golpea y mata inconscientemente.

Se agrega que el cáñamo cultivado en zonas boreales, no produce narcótico; en cambio, si crece en clima cálido, produce ese tóxico que afecta el sistema nervioso.

* * *

Sabido es lo que la coca significaba para los indígenas del Perú, antes que Manco Capac llegara a organizarlos en pueblo por mandato del Padre Sol. Uno de los primeros cronistas describe a la coca de la siguiente manera (16): "Muchas cosas hacen a esta ciudad muy rica; (se refiere a Potosí), los muchos indios de repartimiento; los que tienen en contorno del pueblo; la contratación de los mercaderes; pero, lo que más le enriquece es la contratación de la coca que comen los indios; esta coca es un arbolillo pequeño que se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, la hoja casi como de zumaque, aunque es más ancha; otra hay más pequeña, pero desta no tratamos. Esta coca no se da sino en tierra muy cálida y lluviosa; siémbrase a mano; tres o cuatro jornadas del Cuzco hay una tierra llamada Los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido porque se saca de esos Andes, para Potosí, particularmente, cada año más de sesenta mil cestos de coca, que cada uno debe pesar de veinte a veinticinco libras, sacándolos en carneros de la tierra y lleva un carnero cuatro o cinco. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata a comprar esta coca. Vale el cesto cuando menos tres pesos, es imaginación, o tiene esta hoja en sí alguna virtud de sustentar, lo cual parece falso, pero los indios, si han de trabajar y

no traen un poco de ellas en la boca, o han de caminar, luego se desmayan, y como la llevan caminan y trabajan todo el día, sino es cuando se sientan a comer que en brevemente concluye."

Ambrosetti, al hablar de la costumbre de coquear que tiene el habitante del Altiplano, manifiesta que la coca produce anestesia estomacal al punto de que puede pasar tiempo sin sentir deseos de comer. Agrega que los sentimientos afectivos se atrofian y hacen de aquellas gentes personas sin ninguna expresión de alegría humana, por el contrario, los envejece antes de tiempo, y pone en sus caras un mutismo absoluto. "Un indiferentismo fatalista se apodera poco a poco de ellos, estribando toda su felicidad en poder continuar mascando las terribles hojas, y así se someten incondicionalmente a los más duros trabajos y privaciones, sin tratar de mejorar su suerte, sin hábitos de economía, sin ninguna aspiración, mientras no les falte el acullico. En el coquetero se produce el mismo vértigo que en el alcoholista, el morfinómano, el que abusa de haschichs, etcétera. El sabor amargo de la coca tiene para él un encanto especial, y yapando su acullico pasa la vida en medio de sus montañas como un sonámbulo entregado a sus quehaceres y prácticas supersticiosas, y si cuando baja a algún pueblo, un chispazo de luz cruza su cerebro adormecido haciéndole dar cuenta de su pobre situación, se apresura a desecharlo, ahogando sus pesares con abundante alcohol. Los coqueros justifican a su modo este repugnante vicio, y hasta relaciones en versos tienen para ellos."

Es posible que Ambrosetti invierta los términos para justificar un repudio personal, que está por supuesto lejos de una realidad social, porque hemos conocido personas respetables en el altiplano, que coquean sin descanso, y son normales y tienen apetito si es que tienen qué comer. Lo real es que la pobreza del hombre del altiplano ha encontrado en la coca algo que engaña su estómago, así como el hombre pobre del Norte tiene su maíz con el que puede hacer el humilde "Guaschalocro", o el zapallo que le permite hacer su olla de zanco, lo suficiente para no morirse de hambre.

Uno de los escritores argentinos, nacido en el norte, y buen conocedor de su provincia, nos ha dicho en su último libro: "El alcohol y la coca es una necesidad fisiológica, nacida en la inclemencia del clima; con el alcohol se abriga por dentro; con la coca puede sortear la terrible sequedad que, en las mucosas produce la altura. Al partir, el arriero, el cazador de vicuña y guanacos, son trabajadores que deben afrontar grandes elevaciones y someterse también a una alimentación muy moderada, y la coca les adormece el apetito, les disminuye la fuerza del torrente circulatorio y les evita así la peligrosa enfermedad de la puna" (17), teoría que comparto totalmente, porque el mismo síntoma de estatismo y de sufrimiento que se nota en el hombre del altiplano, se nota en el de La Rioja, de Catamarca y de Santiago del Estero, que no coquean, pero que

en cambio sufren los estragos de una alimentación deficiente que mina su organismo y empobrece la crianza.

López Abújar, en tono poético y lleno de símbolos dice: "La coca revela verdades insospechadas, venidas de mundos desconocidos. Es la casandra de una raza vencida y doliente; es una Biblia verde de millares de hojas, en cada una de las cuales duerme un palmo de paz. La coca es la ofrenda más apreciada del Jirca, ese dios fatídico y caprichoso que en las noches sale a platicar en las cumbres andinas y a distribuir el bien y el mal entre los hombres. La coca es para el indio el sello de todos sus pactos, el auto sacramental de todas sus fiestas, el manjar de todas sus bodas, el consuelo de todos sus duelos y tristezas, el salve de todas sus alegrías, el incienso de todas sus supersticiones, el tributo de todos sus fetichismos, el remedio de todas sus enfermedades, la hostia de todos sus cultos. . . "

* * *

La higuera ha tenido papel preponderante en el folklore de todos los pueblos, no ya por sus virtudes narcotizantes o hipnóticas sino por la magia que ha inspirado a la mentalidad popular. Se ha dicho que "fué el árbol de la sabiduría de cuya fruta comió Adán en el paraíso terrenal, y que bajo la higuera se ocultó el primer hombre después de su caída. En el folklore judío la higuera no es un árbol de mal agüero, sino, por el contrario, emblema de paz, prosperidad y seguridad colectiva. En la leyenda cristiana se dice que Judas se colgó de una higuera, árbol que también ocupa lugar importante en la mitología y el folklore de Egipto, Persia y Grecia. Las imágenes de Osiris y de Príapo, el hijo de Dionisio y Afrodita, que representaba a la fertilidad de la naturaleza, estaban labradas en la madera de una higuera, árbol consagrado también a Venus" (18).

Los guaraníes siempre vieron que en la higuera habitaba una especie de alma o fantasma que periódicamente producía quejidos. Dicen que florece en Viernes Santo y que da una sola flor muy codiciada como gran payé, especie de amuleto para la suerte.

El criollo hace caso a la leyenda que sobre la higuera cargan los años, los siglos y la fuerza de la tradición. La planta que no pudo calmar el hambre del Nazareno, es objeto de muchas leyendas. A su "mala sombra" nada crece; que todo aquel que se cobija bajo sus ramas se ve muy pronto atacado de lo que nuestra gente da en llamar el "aire" de la planta y que produce hinchazones en todo el cuerpo, así también como "mal de ojo" o conjuntivitis (19).

En algunas provincias se asegura que en las entrañas de la higuera tienen su morada legiones de espíritus infernales, y que es propicio refugio para los duendes. Claro está que para evitar todo eso, es necesario "curarla". Para hacerlo, que es la única forma de

expulsar de su interior los malos espíritus que la poseen, basta un pequeño cuchillo filoso con el cual se grabará en el tronco de la misma el signo de la cruz, por el que escapará todo mal humor. "Curada la planta, de maligna que era, vuélvese igual que cualquiera otra. Su sombra tórnase acogedora, su savia se emplea en múltiples manifestaciones de medicina popular, y su corteza sirve para definir uno de los procedimientos más curiosos de este género, conocido por todos con el nombre de la "cura por el rastro de la higuera". Se emplea este método para combatir ciertas anormalidades umbilicales propias del recién nacido, a quien por este motivo se le llama "pupulo"; es decir, de pupo u ombligo grande.

La criatura enferma se lleva hasta una higuera curada que produzca brevas negras, por un tío o pariente de nombre Juan (20). Ya junto a la planta, el tío toma el piececillo del enfermito y colocándolo en el tronco de la higuera, "del lao del sol", con un cuchillo o instrumento filoso, se lo va diseñando en la corteza. Luego se ahueca un tanto el interior del diseño, terminando con ello la operación. Se afirma que, a medida que la herida hecha a la planta se va curando, o más bien secando, el ombligo de la criatura tiende a adquirir su forma normal" (21).

§ 3. *Paracelso y su botánica oculta. -- La influencia de los astros en la vida vegetal*

Paracelso, en su original botánica oculta, consideraba al vegetal como producto de la totalidad de las fuerzas de Cosmo, y los dividía en plantas de tierra, de agua, de fuego y de aire. Cada una era distinguida en su cualidad de perfumes, sabor, frutos, color, forma y volumen. Las cuatro divisiones primeras se encuadraban en los signos zodiacales, desde Aries a Piscis..

Las cualidades de las plantas bajo el signo de Aries, eran de perfume penetrante, sabor picante y de flores encarnadas y plantas de tallo mediano; las de Tauro, son frías, secas, gusto agrio, olor suave, tallo alto, abundante de frutos; las de Géminis, calientes, húmedas; flores blancas o muy pálidas; hojas verdes, sabor dulce, lechoso; las de Cáncer, frías, insípidas, viven en terreno pantanoso; sus hojas tienen forma de pulmones, de hígado, de bazo; las de Leo, son cálidas y secas, ya que están dominadas por el elemento fuego; sus frutos tienen semejanza con el estómago o el corazón humano; las de Virgo son frías, secas y están dominadas por la Tierra; sus tejidos son duros; sus hojas y sus raíces se parecen al abdomen o a los intestinos. Las de Libra, son calientes, húmedas y aéreas; sus flores son raras, y sus tallos altos y flexibles. La similitud con el elemento humano está en que sus hojas recuerdan la forma de los riñones, del ombligo, de la vejiga. Las que están bajo el signo de Escorpión, son calientes y húmedas; de gusto insípido, acuosas, le-

chosas, de olor fétido. Su forma es la de los órganos sexuales del hombre. Las de Sagitario, son calientes y secas, dominadas por elemento Fuego; amargas y su forma parecida a determinada parte de la región anal. Las de Capricornio son frías y secas; el elemento que las domina es Tierra, y sus flores son verdosas, su jugo tóxico. Las de Acuario son ligeramente cálidas y húmedas, destinadas a la subordinación del aire, son aromáticas y tienen forma de piernas. Las de Piscis son frías y húmedas; domina en ellas el elemento Agua; su sabor es casi nulo, su forma, la de los dedos y crecen en los sitios frescos y umbríos, cerca de lós lagos y pantanos.

De acuerdo a su teoría, Paracelso clasificaba a los planetas con los siguientes caracteres: Saturno: astringente, concentrador; Júpiter: resplandeciente, majestuoso; Marte: cólera y espinas; Sol: belleza, nobleza, armonía; Venus: suavidad, belleza; Mercurio: indeterminada; Luna: extrañeza, melancolía. De ahí que las plantas que recibían la influencia de Saturno eran pesadas, glutinosas, astringentes, de amargo sabor, acre, etcétera, y su empleo era a propósito para la magia negra. Las que recibían la influencia de Júpiter, eran de sabor dulce, suave, sutil, débilmente acidulado; sus frutos eran abundantes y de aspecto esplendoroso. Las influenciadas por Marte, eran ácidas, amargas, acres y picantes; venenosas, espinosas, producían comezón al tocarlas y hacían daño a los ojos. Las influenciadas por el Sol eran aromáticas, de un sabor bastante acidulado; admirables contravenenos. Sus virtudes mágicas se contaban porque se utilizaban para la adivinación y contra los malos espíritus. Las influenciadas por Venus eran de sabor dulce, agradables y untuosas; de flores vistosas; de abundancia de granos afrodisíacos, propicias para la magia sexual. Las influenciadas por Mercurio eran de sabor mixto y producían flores y hojas, pero no frutos, y flores pequeñas y de colores variados. Las influenciadas por la Luna eran insípidas, habitaban cerca del agua; frías, lechosas, narcóticas, antiafrodisíacas; hojas de gran tamaño, y propicias para trabajos de brujerías.

Además, como Paracelso atribuía una simpatía o antipatía entre unos y otros astros, las plantas que nacieran en el momento de la influencia combinada de ciertos planetas, recibían los beneficios o perjuicios consiguientes. De ahí que Saturno, con su dominio, por ejemplo, forma una planta de color negro o gris obscuro, de tallo duro y de sabor fuerte; una planta grande de flores sombrías; para dicha formación llama comúnmente a Marte, y entonces la planta se vuelve rugosa, llena de nudos, de ramas hinchadas, de aspecto salvaje y atormentada. Saturno y Venus producen grandes árboles de máxima fortaleza, porque la dulzura venusiana proporciona la materia con que ha de desarrollarse el azufre de Saturno.

Si Júpiter se halla cerca de Venus, la planta nace fuerte y llena de virtudes. Si Mercurio influye sobre una planta entre Venus y Júpi-

ter, entonces es aún más perfecta; resulta un bellísimo vegetal de cuerpo mediano; con flores blancas o azules. Si el sol se aproxima a los antedichos, la flor se vuelve amarilla. Si Marte no se muestra contrario a ellos, la planta es capaz de resistir todas las malas influencias, y resulta apropiada para excelentes remedios. Si Marte y Saturno se contradicen, con Mercurio, Venus y Júpiter, resulta un árbol venenoso de flores rojizas y a menudo, de áspero tacto y de un gusto execrable. Si a pesar de que Marte y Saturno se contradicen, Júpiter y Venus manifiestan en ella su gran poder, y Mercurio muestra cierta debilidad, la planta será cálida y de virtudes curativas; su tallo será fino, a trechos áspera y espinosa; sus flores nacerán blancas. Si Venus está próxima a Saturno, y si la Luna no se ve contrariada por Marte y Júpiter, resultará una planta bonita, tierna y delicada, con flores blancas, inofensivas, pero de escasa utilidad.

Este sino que, con angustioso dramatismo, pone Paracelso en la vida de las plantas, es el comienzo de una presencia que los antiguos alcanzaban a explicar dentro de los límites que el conocimiento había logrado. No obstante lo fabuloso de su concepción, partía de un principio panteísta de admirables magnitudes: Todo es naturaleza: Tierra, Agua, Fuego, Aire. De ahí brotamos como todos los animales y las plantas. La naturaleza, como madre buena e inteligente, pone en el mundo las plantas para alimentar al hombre y curar sus dolencias. Las plantas pueden nutrir al hombre, es decir, reparar sus decaídas fuerzas orgánicas. En su cuerpo físico, o sea la alimentación; en su cuerpo electromagnético, o sea la curación de sus enfermedades, y en su cuerpo astral: sonambulismo, éxtasis, ceremonias mágicas, adivinación. El hombre, a su vez, puede hacer tres cosas en favor de la planta: cultivarla, redimirla, resucitarla...

Los discípulos de Paracelso son numerosos en los actuales momentos, y continúan en una especie de estado religioso propagando por el mundo la fe en los vegetales como único medio directo de conseguir la pureza del cuerpo y del espíritu. Los que no están en esa especie de religiosidad, admiten sin ninguna reserva los valores de los vegetales proclamados en el laboratorio de la farmacia moderna y reconocen sus cualidades curativas con la mesura que aconseja la ciencia oficial. Lo mágico ha quedado relegado al dominio de la alquimia, a una época ya superada y que sólo cuenta en la historia como jalón de la trayectoria del progreso y de la cultura de la humanidad.

§ 4. *Las plantas del Paraguay y de las provincias del Tucumán, según los cronistas de la Colonia*

Las más interesantes referencias que nos dieron en la Colonia de las cualidades y calidades de las plantas de nuestro territorio, se

las debemos al padre José Guevara, de la Compañía de Jesús (22).

"Sin embargo, de esta oculta compensación en que Dios, con altísima providencia, procuró utilizar a todos, Paraguay y lo demás meridional del Tucumán, gozan del meollo más pingüe y fuerte, ya sea por la cualidad del terreno, ya por las copiosas lluvias que lo fertilizan:

Los cedros. Se crían altísimos, y, algunos tan gruesos, que dos hombres tomados por las puntas de los dedos no pueden abarcarlos. Rara la Iglesia del Colegio de la Compañía de Salta, se derribó, años pasados, uno tan desmedido y corpulento, que echado en el suelo, y puestos dos sobre el caballo, uno de un lado y otro de otro, no alcanzaban a verse.

Los pinos. Críanse los pinos altos, gruesos y derechos. Las ramas arrancan de seis en seis, y de siete en siete, al rededor de su tronco, ciñendo la circunferencia de mayor a menor, hasta rematar en figura piramidal, con extraña proporción, igualdad y correspondencia. Sus piñones, mayores que los de Europa, sirven a los naturales, a los monos y puercos silvestres. Mayor utilidad tiene la medicina en el bálsamo que destilan, que los vivientes en los frutos que llevan. Por septiembre, cuando el humor fermenta con los primeros ardores de la primavera, y toma vigor y fortaleza con la efervescencia, herido en el tronco destila un jugo, al principio blanco y después colorado, bueno para sanar heridas y preservar de pasmos y convulsiones. Su madera es de las mejores que puede desear la escultura para el lucimiento y delicadeza. Es dócil a los instrumentos, se deja labrar fácilmente y sin resistencia admite cualquier figura al gusto del diestro maestro y delicado estatuario. Como el corazón está penetrado de humor colorado, con sólo aplicar la estatua al fuego, o al calor del fuego, transpira el jugo a la exterior superficie, y la barniza de purpúreo encendido, con un esmalte natural que jamás pierde, y conserva siempre la pieza con lustre agradable y vistoso.

Curibai. Otros pinos hay, hacia el Paraguay, cuyo fruto llaman los naturales Curibai, que quiere decir piñones de purga. Son semejantes en la exterior contextura a los de Europa, pero muy diversos en los efectos. Porque el que los come, en poco tiempo experimentará una tormenta interior, y tal conmoción de humores, que le harán prorrumpir en violentos vómitos, y copiosas evacuaciones que limpian de la flema, y cólera y otras superfluidades de la humana mortalidad. Pero a toda esta borrasca, y alteración de inquietos humores serena casi instantáneamente un sorbo de vino o un trago de agua caliente. Dicen algunos que estos piñones son el único remedio contra la gota: pero siendo tan fácil la medicina y tantos los tocados de este penoso mal, no saldré fiador de su medicinal virtud, si no la confirman nuevos experimentos.

Guayacán. El guayacán, que llaman comúnmente palo santo,

tan celebrado en la medicina por sus cualidades sanativas, y apreciadò para las fábricas y manufacturas, abunda en muchas partes de las tres especies conocidas en el mundo. Pero en tierra de Guaycurús, al poniente del Paraguay, entre el Pilcomayo y Yavebiji y también en algunos lugares del Chaco, se cría otra cuarta especie, que merece particular relación. Es árbol grueso, alto, resinoso, aromático y de madera fortísima. Las flores anaranjadas declinan en amarillas, y dentro encierran una mariposa, que a su tiempo rompe la cárcel de flores, y sale de la cuna de su nacimiento a gozar aires más frescos. Su duración es brevísima, y cuando presienten la vecindad de la muerte, se meten debajo de tierra y mueren soterradas, y de lo interior de su cuerpecillo nace la planta del guayacán, pequeña al principio, y después de grandeza desmedida. Esto lo escribo sobre lo que han dicho los indios poco curiosos en indagar los arcanos de la naturaleza. Si es verdadera se hace creíble que las mariposas saquen consigo la natural simiente, y que ésta necesite algún fomento de vivientes sensitivos, para que después soterrada, se pongan en movimiento los órganos de vida con la agitación, y empiece a crecer la planta con la atracción de los jugos.

La Quinaquina. La quinaquina es sin duda uno de los árboles más útiles a la vida humana, de cuyas propiedades tratan los botánicos. Críase en los valles de Salta y de Catamarca, de la provincia de Tucumán, y en las vecindades del Río Negro, tributario del Uruguay por su margen oriental. Los frutos de la quinaquina son unas almendras especiales, y apreciables por su olor subido y confortativo; pero lo que más se estima en este árbol, y lo que es más útil a la salud del hombre, es su cáscara, la cual, molida en polvos y tomados en vino, aprovechan para expeler las fiebres intermitentes. Varios nombres dan a estos polvos. Al principio se llamaron polvos de la Condesa, porque adolecía en Lima la señora condesa de Chinchón, virreyna del Perú, y los tomó con tan buenos efectos, que luego experimentó su virtud. La excelentísima enferma, en agradecimiento por la salud restablecida, repartió muchos de estos polvos con profusión de poderosa y liberal y los que los recibían por lisonjear la mano bienhechora, empezaron a llamarlo polvos de la Condesa.

Copaiba. Es árbol grueso, alto, frondoso, que se cría en los montes cercanos del río Monday; destila el célebre bálsamo copaiba, apreciado en la medicina para heridas penetrantes y peligrosas. Al tiempo que este árbol empieza a desabrocharse en flores, y cuajar en frutos, se le barrena y por el orificio mana pródigamente este precioso licor. Sólo en quince días, sin afán, sin gastos, sin cuidados, destila una buena azumbre, y los boticarios que lo recibieron gratis, lo guardan cuidadosamente en sus potes, para venderlo después a subido precio.

Tipa. Lo mismo sucede con la sangre de Drago, que denomi-

nan con nombres espantables para resaltar o realzar el precio de un puro jugo de árbol. Los guaraníes le llaman Caberá, y se cría muy alto y muy grueso a orillas de los ríos y arroyuelos; sus flores al principio blanquecinas se tornan azules, y cuando están para marchitarse se vuelven purpúreas; su fruto es un cartucho que encierra la semilla envuelta en una pelucita semejante y delicada como el algodón. En la provincia del Tucumán se llama Tipa. Su tronco es más grueso y derecho, en lo demás se semeja al Caberá de los guaraníes. Pero uno y otro, en los meses de julio y agosto, zajado el tronco destila por la incisión una especie de humor llamado sangre de Drago.

El Copal. Es árbol alto, de madera blanca, sólida y buena para edificios, y se halla en nuestras misiones de Guaraní; sus hojas, lisas y delgadas, repartidas de seis por rama, cerradas y abiertas, gozan el privilegio de jirar al sol. Los naturales le nombran Angui, y por la admirable eficacia de su bálsamo le llaman Ibirápayé, que quiere decir árbol de hechiceros. Las buenas calidades del bálsamo le hacen acreedor a nombres más honoríficos, y le podemos denominar más propiamente Arbol Milagroso, por los prodigios que obra en las curaciones y efectos de su natural virtud. La opinión común los denomina bálsamo del Brasil, y, sin duda, en la substancia es el mismo, pero mejorado en el color por ser más rubio y en la fragancia por ser más trascendente. De esta suerte, hay masculino y femenino, y se conoce en que el uno lleva frutos y el otro se queda infecundo; pero ambos a competencia destilan el bálsamo, rico depósito de calidades salutíferas para varias enfermedades. Hay otro Copal negro, menos grueso y menos alto, que destila el perfecto benjuí y un bálsamo fragante y útil para varios usos en la medicina.

Aroma. Este árbol pequeño y de menuda hoja se cría en la provincia de Tucumán sin cultivo ni riego, y el que fuera ornamento de los jardines europeos, fué voluntad de la naturaleza que creciera abundantemente en las campañas y faldas de las sierras de Tucumán (23). Extiende sus ramas con agradable proporción, de mayor a menor, formando una copa vistosa. A trechos, por las ramas, tiene repartidas fuertes y agudas espinas con que repara los insultos de los que se atreven a tocar sus flores. Estas son a manera de estrellas formadas de hilos delgados como cabellos, que arrancan orbicularmente de un botón interior que ocupa el centro. El color es anaranjado, algo oscuro al principio y después más claro. El matiz y suavidad que exhalan las aromas y con que perfuman los caminos y habitaciones (cuando el viento es favorable conductor de sus delicadas exhalaciones) no tiene igual ni comparación. Un solo aroma en los más célebres jardines de Versalles podrá distinguirse entre las flores más delicadas.

Si hubiera de proseguir la narración particularizada de todos

los árboles, con dificultad podría concluir la historia. En nuestra tierra pueden hallarse los principales ejemplares de Castilla, que, aunque extraños y peregrinos, el terreno los ha prohijado como propios. En diversos lugares se encuentran montes enteros de duraznos, naranjos, limoneros, que la tierra sustenta sin necesidad de cultivo, y que ofrecen sus frutos liberalmente a la mano que quiera alargarse para cogerlos.

La Isica. El árbol de la Isica y del incienso, el salsafra, el arrayán, de varias especies, y el sándalo colorado, que los indios llaman yuquiripey, el molle de Castilla y el natural abundan en muchas partes.

El Molle. De este árbol hay una especie que llaman molle bravo, digno de la curiosidad filosófica; críase árbol pequeño y a veces crece a modo de matorral con algunos varejones gruesos que arrancan de la raíz principal. En la primavera se cubre de hojas largas y angostas, de color verde claro, y hacia su extremidad sobresale una hinchazón o ampolla, al principio de encendida grana y después de carmesí amortiguado. Un pequeño gusano ocupa el centro de esta ampolla y se nutre del humor resinoso de la misma hoja hasta que tomando alas, rompe la puerta de su palacio y sale a tomar aires más benignos. Es creíble que sus próvidas madres, conociendo que su tierna grey hallará nutrimiento competente en el jugo viscoso de la hoja, rompen con el aguijón la parte superior y depositan en el mismo hoyo de la abertura sus huevos. Estos no los abandonan a las contingencias del tiempo, lo que sucedería si la puerta quedara abierta al impulso de los vientos que los sacuda, a las aguas que los desprendan y roben y a los animalejos de rapiña que los arrebaten. Cierran, pues, la abertura con un botón de color pardo oscuro, menor que la cabeza de un alfiler, formado probablemente de algún licor que derramó la madre cuando rompió la puerta, en la parte superior de la hoja. Cerrado el albergue maternal y asegurado el pequeñísimo huevo contra los insultos de agua y viento, que otras madres no tan próvidas roban las semillas que destinó la naturaleza para la propagación con los ardores del sol, es fomentado el huevo y se anima dentro de aquel palacio tapizado de carmesí o cárcel honrada que le aprisiona.

Hállase también el alto y grueso Paraparay, árbol crucífero, porque sus ramas arrancan de dos en dos, con tal oposición, que forman una serie de cruces. El frondoso Yapacary, de apreciable sombra, pero de poca consistencia y de duración muy limitada, por estar expuesto a la polilla roedora. El Mamón, codiciado por su fruta, que es del tamaño y figura de un pequeño melón, buena para conserva y fresca contra los ardores del verano. El Yataybá, que los brasileños llaman Animé, célebre por su goma cristalina, de olor más grato, que siempre alguno despide. El Tutumá, cuyo fruto vario en la figura, es a manera de calabazos, pero tan grande

que admite dos azumbres. El sudorizante Yzapi, que en los meses de mayor calor destila de las hojas un rocío suave y copioso hasta despedirlo gota a gota y humedecer el suelo. El grueso y corpulento Timboy, de que hacen los indios sus çanoas y piraguas. El Ybiriticay, durísimo suplemento del hierro, con el que los naturales labran sus azadones y arados. El Ybirapetay, con que labran sus flechas y aumentan el dolor de la herida con el escozor. El Palo Blanco, de un peso tal que dicen algunos que supera al del plomo; con otros muchos que ofrecen la utilidad de las frutas silvestres y colores para los tintes, sirven de ornamento para la campaña y entretienen la vista con peregrina novedad.

Las Cañas. Hay cañas muy gruesas que partidas por medio sirven para la techumbre. La más notable es una especie de ellas muy alta y gruesa, más que el muslo de un hombre, en cuyos canutos se crían gusanos mantecosos, gustoso alimento para los naturales. Barco Centenera asegura que este gusano se transforma primero en mariposa y después en ratón talador de las campañas. Yo procuré informarme de esta metamorfosis, y ninguno me ha dado noticias de ella.

El Guembé. Este merèce un lugar después de la piña. Tiene su nacimiento en la tierra o sobre los árboles, si el acaso levantó la semilla sobre ellos. Cuando nace sobre los árboles, aunque sean altísimos, dejando caer las guías para abajo, busca la tierra y hundiéndose en ella se levanta con nuevo vigor, trepando por los árboles y enlazándose en sus ramas. Las hojas son tersas, abiertas en tres puntas largas a veces de casi una vara. La corteza de las raíces que prolongan de arriba para abajo tienen la utilidad de servir para varios usos. El más apreciable es para hacer cables con que asegurar las balsas y barcos, y maromas para sacar agua de las norias. El fruto del Guembé son unas vainas largas que encierran una espiga claveteada de granitos a manera de mazorcas de maíz. A los quince días de su producción se abre la vaina y expone al sol y sereno el rico tesoro que ocultaba, hermoso y blanco como la plata. Los naturales tienen observado que, mientras que las vainas están abiertas, acuden ciertas mariposas coloradas más ardientes que las cantáridas, a chupar un jugo delicado que de la espina transpira. Pero a los pocos días vuelven a cerrarse, y con el beneficio que reciben de las mosquitas toman perfecta sazón y acaban de madurar.

Caraguatá. Al caraguatá le destinó la naturaleza para cerco de los huertos. Se tupe mucho con sus pencas fuertes, altas, sólidas y armadas de penetrantes espinas, con que se remueve ensangrentando a los incautos pero atrevidos agresores. Estas pencas tienen utilidad estimable: sobre los techos sirven de tejas que recogen el agua para que no inunde las chozuelas de los pobres, y de su corazón se sacan hilos a manera de cáñamo, que sirven para torcer cordel fuerte, y con él labran los infieles algunos tejidos de bajo artificio, no in-

ferior a la pobreza de la materia. El aspecto de la fruta se asemeja a la piña; pero el corazón es pulpa dulcísima que se trueca en agridulce fresco, y suple los efectos de cualquier limonada.

Pacobá. Pacobá llaman los guaraníes lo que en castellano impropiamente denominan plátano los españoles. Al parecer, nuestros conquistadores, en la imposición de los nombres a las cosas de Indias y en la traducción de voces del ajeno idioma al nuestro, no se aligaron escrupulosamente a la propiedad, ni ésta era posible hallarla para denominar en nuestra lengua los árboles, las plantas, los frutos, las aves y animales tan peregrinos en España como ajenos de su nativo idioma. Ellos, pues, se contentaron con alguna semejanza a las voces genéricas para denominar objetos peregrinos, y por medio de esa denominación impropia nos obligan a aprender las cosas diferentes de lo que en sí son, con ideas ajenas de su naturaleza. La pacobá da el fruto en racimos tan grandes que algunos pesan arroba y media; su sustancia y meollo es correoso o pesado al estómago, y de calidad muy fría. La segunda especie es llamada de Santa Catalina, cuyo fruto es más digestible y apetecido por los naturales, y el sabor de su pulpa en algo se asemeja al de la pera.

Mburucuyá. De más importancia es la planta que los guaraníes nombran Mburucuyá, y los españoles, por su fruto, granadillas, y por lo admirable de su flor nombran flor de pasión, o pasionaria. Crece a manera de hiedra, trepando por los árboles y traveseando por las ramas se enzarza hermosamente sobre las copas. Sus hojas, rasgadas en cinco puntas, son por la parte superior de un verde claro y por la inferior de un blanco ceniciento. No arrancan inmediatamente del tronco, sino por medio de un pezón que las sostiene. El fundamento de esta flor son cinco hojas, de verde claro por la faz inferior, cubiertas por la parte superior de una membrana plateada, la cual hermosean dos listas moradas que la ciñen de arriba abajo, hacia las extremidades. Todo el campo de la membrana está punteado de natural miniatura, con variedad casi imperceptible de colores. De la misma calidad son cinco hojas superiores que llenan los espacios y vacíos que dejan las cinco inferiores. Del centro de estos dos órdenes de hojas se levanta una columna jaspeada o, por mejor decir, salpicada de sangre descolorida. El remate de la columna termina en figura oval, y ésta con el tiempo crece en fruto de pulpa cordial y gustosa. Del pie de la misma columna se desprenden orbicularmente unos rayos, los cuales hacia el nacimiento son rojos; interpolado un breve espacio de color blanco, continúa el rojo y, hacia la extremidad, el azul celeste. Dos son los órdenes de rayos que la rodean, los más inmediatos a las hojas sobresalen un poco a los superiores y describen mayor circunferencia. Algunos llaman a estos rayos corona, y, sin duda, por la figura que tejen y por la punta en que rematan, son muy

a propósito para representar la de espinas que penetró la cabeza del Redentor, que, teñida en su sangre, se vistió de rojo.

Caaycobé. El término Caaycobé significa hierba que vive, y con expresión más clara y significativa se puede llamar la vergonzosa. Es de agradable vista, se cubre de hojas menudas que la visten de gala, pero con honesta decencia. Si alguno la toca con osada curiosidad, luego se enluta, se sonroja, se encoje y se marchita. No hay esperanza de que nuestro Caaycobé restaure el hermoso matiz de sus colores mientras humanas manos la toquen, pero retirándose éstas, se extienden sus hojas, se visten de belleza y matizan de sus nativos colores.

Caapebá. Son unas varillas delgadas, vestidas de hojas más claras y sutiles que las de orozús. Como estas varillas son tiernas y se cargan de unas manzanillas, al principio verdes y amarillas cuando sazonan, necesitan arrimo para sustentarse; y lo hallan, se enredan con él, abrazándose con sus ramas, y si no lo encuentra, vencida su delicadeza del peso que la oprime, se tienden por el suelo culebreando por varias partes. Nacen estas varillas de unas raíces profundas, ceñidas a trechos de naturales sortijas que la agracian, muy parecidas a las de la serpiente. Los polvos de estas raíces y las hojas de las varillas molidas y puestas sobre la parte que picó la culebra y víbora, o tomando su cocimiento por la boca, son antídoto contra su mortífero veneno.

Yerba de víbora. Así llaman a cierta planta que nace en las márgenes del Paraná. Su virtud y calidades antidotales la hacen acreedora del nombre en que es conocida siempre. Sólo se levanta del suelo una tercia, las hojas que la visten y las flores que la hermosean son parecidas al mercurial masculino. Nace por lo común entre piedras y cascajales, pero busca siempre lugares frescos; su virtud prodigiosa se ejerce contra las picaduras de víboras. Media onza de sus ramas mojadas con la semilla y cocida en vino, puesta sobre la picadura, en menos de una hora aliviará al paciente, librándolo de todo peligro, tanta es su eficacia y tan operativa su virtud. De igual actitud contra las mordeduras de animales ponzoñosos es la yerba que llaman en Tucumán Colmillo de Víbora, a la cual otros nombran Solimán de la Tierra. Del hurón se ha aprendido a ser específico magistral contra los animales ponzoñosos. Cuando este animalito cría sus tiernos huroncillos, a los cuales con porfía persiguen las víboras, se ve precisado a defenderlos de enemigo tan temible, entra a la pelea y por más diligencia que pone en hurtar el cuerpo a la víbora, no siempre consigue lo que pretende, y en lugar de vencer a su antagonista queda herido y se siente tocado de su pestífero veneno. Va en busca de dicha yerba, dejando el lugar de la palestra; la masca y se revuelca en ella, y torna con presteza al lugar del combate, al parecer, seguro de la victoria contra su mortal enemigo."

El padre Guevara inserta un índice alfabético-histórico-médico, como él le llama, en el que se refiere a las plantas medicinales que encuentra en las provincias del Paraguay y del Tucumán. De tan curioso índice, que es necesario rescatar de los fríos estantes de los libros inalcanzables por su poca difusión, damos cuenta, a fin de comprobar las virtudes que en la actualidad les confieren a esos mismos vegetales los habitantes de nuestros pueblos ribereños del Paraná y los que moran en las actuales provincias de Santiago del Estero, Salta, Tucumán, Catamarca, etcétera.

Al terminar su magnífico capítulo sobre las plantas encontradas en las provincias citadas, el padre Guevara hace esta observación: "Estas y otras muchas plantas, raíces y árboles, son propias de estos países y no halla el entendimiento humano dificultad en concebir semejantes producciones, en un terreno dilatado sujeto a diversos climas de temperamentos encontrados, fecundo con tanta copia y abundancia de agua como riegan estas provincias. Tucumán, desde la Cruz Alta hasta Santiago, es más escasa de agua y sus ríos apenas exceden la esfera y clase de arroyuelo; pero lo más meridional de esta provincia, Paraguay y Río de la Plata, son más fecundas en aguas, y están bañadas por continuos y caudalosos ríos".

§ 5. *Flora prócer de la Argentina. -- El Ceibo. -- La Yerba Mate. -- El Ombú. -- El Paraíso. -- El Algarrobo. -- El Quebracho Colorado. -- El Mistol. -- El Palo Borracho. -- El Maíz. -- El Chañar. -- El Vinal, etcétera*

El Ceibo. La flor nacional argentina. Nuestro Poder Ejecutivo nacional, con muy buen criterio, declaró hace algún tiempo a la Flor de Ceibo como emblema nacional representativo de su flora autóctona. El maravilloso árbol que se cría en las orillas de nuestros ríos, y que sale de la órbita ribereña para lucir sus racimos de rojas flores en los caminos salitrosos de Santiago del Estero y los montañosos del noroeste de nuestro territorio, merece la denominación y, además, mantenerse en el escudo de la historia de nuestra flora autóctona, porque con su belleza ha puesto el mejor telón de fondo a la historia de nuestro desarrollo nacional. Su madera accesible y generosa fué para el indígena morador de nuestro gran río materia suficiente y pronta para construir embarcaciones y bateas para el trajín doméstico. Sirvió al gaucho para hacer cómodos estribos y adornarlos con arabescos en la paciencia labradora de líneas barrocas, y asomó su cabellera verde y roja al paso de los conquistadores y colonos que subieron al Paraguay o llegaron a sus márgenes desde el Alto Perú. La historia lo cuenta como testigo presencial de mil hazañas, y muchos dramas fueron generados a su sombra en los días duros en que la selva se hacía im-

penetrable o caía domeñada por el bravo empuje del español tesonero. Bien dijo el poeta ante la magnífica opulencia de sus verdes y rojos:

Yo tengo mis recuerdos unidos a tus hojas,
yo te amo como se ama la sombra del hogar,
risueño compañero del aura de mi vida,
oh, ceibo esplendoroso del regio Paraná.

Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas,
teniendo por doseles tus flores de carmín,
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,
columpio predilecto del céfiro feliz.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas
que en torno repetían las glorias de tu sien,
y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
lanzaba cual un manto de espumas a tus pies.

Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
oh, ceibo de mis islas, señor del Paraná,
que pueda con mis versos dejar contigo el alma,
viviendo de tu vida, gozando de tu paz.

Siempre lo vieron verde, como si fuera una bandera desplegada al viento para anunciar la entrada a un país generoso donde nada falta para que sus hijos sean nobles y se dediquen al trabajo con la fe en el mañana por una mayor grandeza futura.

Estructura de la flor y de la planta. Los técnicos describen de esta manera a la flor y a la planta: "Las flores del ceibo forman grandes racimos de 40 a 60 centímetros de largo, que cuelgan con sus hojas de la extremidades de las ramas. Son de gran tamaño, con su estandarte de dimensiones considerables de color escarlata, púrpura como el cáliz, aterciopelado y de consistencia cerosa, lo que le da un aspecto original y vistoso. Carecen casi de perfume. Una particularidad propia de estas flores es que el estandarte, pétalo mayor, no es erecto, sino que cuelga, se dirige hacia abajo, lo que parece facilitar la fecundación por medio de los picaflores, que se encargan de esta función cuando liban el néctar en el fondo de las flores y tocan con su cabeza los estambres, llevando así el polen de una flor al estigma de otra. Los ceibos, con el tiempo se propagan y forman extensos ceibales en los bordes de una nueva isla, constituyendo con sus raíces y sus troncos, envueltos y adornados con numerosas plantas acuáticas, una densa y enmarañada vegetación, la que continúa su obra de construcción sedimentaria y va formando el plano hermoso y fecundo de las islas del delta paranaense, cuyo panorama agreste, solitario, encantador, emociona y estremece el

alma sensible de todo el que siente y ama las bellezas naturales y artísticas del patrio paisaje".

El ceibo común o suiñandi (24), es un árbol de 10 a 12 metros de altura en su máximo desarrollo y de 65 a 70 centímetros en la base de su tronco, aunque en la zona templada del litoral generalmente tiene formas y proporciones arbustivas. Sus raíces no se extienden a mucha profundidad; su tronco tiene corteza de color castaño y superficie arrugada; sus ramas cruzadas y espinosas forman copa irregular y bastante rala. Sus hojas están compuestas por tres folíolos de forma elevada, puntiaguda, con pecíolos espinosos de color verde intenso, lustroso. Tiene la particularidad de erigirse verticalmente bajo la acción del sol fuerte, extendiéndose en posición horizontal en días nublados o lluviosos. La naturaleza ha asignado al ceibo un papel muy importante como agente para estabilizar y consolidar el suelo en la formación de las islas. En toda la zona de la mesopotamia argentina, las aguas del Paraná o sus brazos, al aminorar su correntada, depositan sus arenas y limos que llevan en suspensión en el fondo de su lecho, determinando la formación de bancos que, elevando el nivel cada vez más, llegan hasta flor de agua, cubriéndose entonces de juncos. Estos juncales, a medida que crecen y se vuelven tupidos, detienen más las aguas, que, continuando el depósito de sus sedimentos, aumentado por las ramas secas, camalotes y otros materiales que llevan, lo elevan y emergen así su plano más arriba de las crecidas comunes, hasta formarse, lenta y paulatinamente, los bordes de una nueva isla. Es en estos juncales y pajonales donde germinan y crecen los primeros árboles (25).

Aplicación medicinal e industrial. La flor tiñe vivo color encarnado aplicado tanto a la lana como al algodón, y para dar más firmeza puede emplearse como mordiente el alumbre. La corteza hervida es astringente y hácese uso de ella en forma de gárgara; la misma, machacada, tiene aplicación para curar heridas. El cocimiento de las hojas en la proporción de 50 gramos en tres litros de agua se aconseja en baños templados para combatir las hemorroides. La corteza empléase para el curtido de cueros; además de ser considerada como planta industrial es también de adorno. El ceibo, como hemos dicho, es un árbol de las riberas por excelencia, y su presentación encanta, especialmente cuando se lo divisa en las grandes márgenes del río Paraná (26).

El padre Lozano S. J. (27), dice que los indios guaraníes llamaban a la planta de ceibo zuanina y que utilizaban las flores para teñir. Agrega: "Debe tener cualidades terapéuticas, pues el tigre se curaba de sus heridas, pues la misma fiera, con instinto natural, acude muchas veces por remedio a este árbol, porque sintiendo en sus uñas el excesivo ardor que le causan sus cualidades venenosas, trepa o salta al ceibo, y arañando profundamente su corteza, hasta

topar con el palo, siente gran refrigerio y queda más ágil para la caza y para la pesca". A esta observación, Martiniano Leguizamón (28) dice que se equivoca el padre Lozano, pues el tigre recurre a ese árbol para afilarse las uñas, ya que se trata de una madera blanda propicia para ello. Esta afirmación la ofrece el autor citado, por haberla escuchado de boca de hombres entrerrianos versados en la materia. Los mismos criollos dicen que de la corteza del ceibo se hace un remedio propicio para el amor. El hermano Pedro Montenegro (29) dice que "su zumo mixto con claras de huevo bien batidas, cura las inflamaciones de los testis, las reprime y mitiga con admiración".

La leyenda. Refiere la leyenda "que la flor de ceibo es el alma de la india Anahí, la india más fea de una tribu de guerreros indómitos cuyas chozas se levantaban cerca de las márgenes salvajes del Paraná. Pero si Anahí era fea, su voz era la más dulce de cuantas habían escuchado sus súbditos. Hosca y rebelde, había albergado en su espíritu toda la bravura de una raza muerta por la furia invasora. Hecha prisionera, y habiendo dado muerte a sus centinelas, fué condenada una noche a morir entre las llamas; colocado su cuerpo sobre la gruesa rama de un árbol bajo y de anchas hojas, quedó a poco envuelta en los resplandores de la hoguera. Quienes asistieron al suplicio vieron que el cuerpo de Anahí se iba tornando rojo y adquiriendo una forma extraña. El árbol también sufría un proceso singular: algo así como una vuelta a la fragilidad. Las primeras luces del alba iluminaron la flor del ceibo; la flor del ceibo encarna así el alma pura y altiva de una raza que ya no existe. Su soledad dignifica el recuerdo de los que supieron morir y no han nacido para lucir en ningún pecho humano. Es la flor triste y solitaria de la veneración y en su forma viva palpita una oculta ternura. El alma de Anahí, la reina fea de la dulce voz, se anida en la flor del ceibo".

La bibliografía. Se refieren a la flor del ceibo y al árbol, los siguientes escritores: Esteban Echeverría: *La Cautiva;* Hilario Ascasubí: *Santos Vega;* José Hernández: *Martín Fierro;* Marcos Sastre: *El Temple Argentino;* Rafael Obligado: *El Ceibo;* Martiniano Leguizamón: *Ceiba y Seibo;* Padre J. Guevara: *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán;* Alberto Nin Frías: *El Culto al Arbol;* Blanca N. Tschudy: *La Leyenda del Ceibo,* escenificación en verso; Mariano Paz: *Flora Santiagueña;* Fr. B. de Niño: *Etnografía chiriguana;* Padre Lozano: *Historia del Gran Chaco Gualamba;* Padre Pedro Montenegro: *Herbolario de plantas medicinales de Corrientes;* Félix Molina-Téllez: *Algunos apuntes sobre la flor del ceibo;* Esteban L. Maradona: *A través de la selva.*

La Yerba Mate. O el Caá de los guaraníes. Las viejas crónicas dicen que don Hernando Arias de Saavedra, una de las glorias de España en tierras de India —al decir del padre Guevara—, capita-

neando el ejército español, visitó la provincia del Paraguay e hizo amistades con los infieles, protegiendo a los conversos, para los cuales solicitó de todos los españoles conmiseración en el buen trato. Refiere el citado padre de la Compañía de Jesús, que "navegando el citado Hernando de Arias, de la Asunción al puerto de Buenos Aires, descubrió casualmente entre los indios una talega de yerba que se llama del Paraguay, y los naturales llaman Caá. Disimuló por entonces, mas luego que bajó en tierra hizo quemar en pública plaza la talega, diciendo a los indios: "No extrañéis esta demostración, porque me mueve a ella el gran amor que os profeso: pues oigo que me dice presagioso el corazón que esta yerba será fatal ruina de vuestra nación; y ojalá ninguno de vosotros hubiera descubierto a los españoles el pernicioso uso de ella, que tan caro os costará en los tiempos futuros". Habló cómo padre de los indios, y la verdad de sus palabras la certificó el tiempo con la muerte de millares de ellos.

"Empezó en su gobierno o poco antes (punto que no he podido liquidar) a beneficiar entre los españoles la yerba del Paraguay y del abuso con que se introdujo, infirió el mal efecto que produciría en los siglos venideros. Discúrrese variamente sobre el origen y cualidades del Caá, como sucede en otras materias: yo diré, registrados con diligente examen los materiales, lo que alcanzare en comprobación de la verdad. El venerable padre Antonio Ruiz Montoya le da origen diabólico, deduciendo su principio entre los indios del abuso de uno de ellos, para su infame ejercicio; mas, ¿qué cosa hay por sagrada que sea, que no diligencie el demonio, para los ministerios más escandalosos, llorando en casos recientes de nuestro siglo convertida la Eucaristía en infames confecciones y misturas infernales? Pero no admito sea ése su principio entre aquellas gentes, guardando el debido respeto a tan venerable siervo de Dios, y siguiendo en esta parte la común tradición de los naturales.

"Entre éstos está el recibido que el apóstol Santo Tomé les enseñó el uso y beneficio del Caá, porque llegando al Mbaracayre, provincia sita a más de cien leguas de la ciudad de la Asunción al Oriente del Río Paraguay, casi desde el nacimiento del Xejui hasta el Río Corrientes, halló pobladas las campañas de árboles del Caá, cuyas hojas eran veneno a los que, incautos, las gustaban. Tomólas el glorioso apóstol en sus manos, obradoras de prodigios, y, tostándolas al fuego, las purificó de las cualidades nocivas, diciendo a los indios que beneficiadas podían usarlas. Este parece ser el verdadero origen, y nos persuadimos que la torrefacción la despoja de las malas cualidades, según enseña el príncipe de la medicina, Galeno, o que en fuego más puro de su caridad y conmiseración para con los indios, quedó acendrado el Caá y recibió las benéficas propiedades de que goza.

"Desde ese tiempo la usaron los indios en su gentilidad y no

falta quién diga que, tomándola en sus enfermedades, experimentaban milagrosos efectos. De los indios se comunicó a los españoles, y fué tan grande el abuso de éstos, que entre quinientos vecinos que contó algún tiempo la Asunción, se consumió al año catorce para quince mil arrobas; exceso y abuso tan nocivo para la salud, que convirtió en ponzoña la medicina, dementando algunos con el exceso y murieron otros repentinamente; cuya fatalidad atribuyeron los inteligentes a ciertos pelotones de yerbas que se hallaron en los intestinos. No merece aprobación el exceso, pero el moderado uso lo comprueba la autoridad de los médicos y experimentados, con efectos saludables. Yo conocí uno que padecía diariamente vehementes dolores de estómago, con violentas eructaciones, y luego que usó la yerba del Caá sanó, y no le repitió su ordinario accidente. Otro conocí sumamente estético, y halló con el uso del Caá el remedio que inútilmente buscó en otras medicinas.

"El licenciado Diego Ceballos discurrió con difusión sobre las cualidades de la yerba del Paraguay, en un tratado que imprimió en Lima el año de 1667, sobre este punto. No es mi asunto discurrir latamente sobre sus virtudes; pero defraudar al lector de unas cláusulas que trae el capítulo 2, fuera esquivez, e ingratitud a quien tanto trabajó para apoyar su uso. Dice, pues, que disipa los flatos, y los resuelve: y aun los digiere y cuece, y abriendo las vías diuréticas, expele lo grueso, resolviendo lo sutil y flatuoso: abriga y junta el manjar, para que mejor se altere y prepare para la cocción; prohibe la putrefacción y los vapores nocivos al cerebro y al corazón, que de ella se levantan. Es admirable para todas las pasiones nefríticas (o a los riñones) en las pasiones del pecho crónicas, como el asma, ronquera y la tos vieja. Es excelente la sorbición (de la yerba), pues prepara para la expulsión los fragmentos de los humores, atenuando unas veces, endureciendo otras; unas ablandando y otras cociendo, y generalmente es buena para todos los dolores de vientre, intestinos, hijadas, hipocóndricos, y otras muchas comodidades que cada día confirma la experiencia".

"Entre otros efectos que le atribuye —prosigue el Padre Guevara— me ha parecido no omitir uno, por lo que en él puede interesar la facultad médica para sus curaciones. La dolencia asquerosa del mal gálico, efecto por lo común de la intemperie sensual, a las veces pasa por herencia a los hijos sin culpa de ellos, tiene una poderosa medicina en el Caá, tomado por la mañana en agua de zarza fuerte con un poco de sen, y por la tarde sin el sen para sudar, repitiendo cada tres días un vomitorio en agua de la misma. Medicamento tan magistral para el efecto pretendido, que excusa los azogues o unciones, de los que dice pudiera alegar muchas curaciones admirables en confirmación de la verdad.

"La voz de algunos efectos admirables, que se experimentaban en el Caá, y mucho más, los que le atribuyeron los asuncionis-

tas para hacerla estimable, hizo correr la fama por las provincias y reinos vecinos, y empezó a ser apetecida en Chile y Perú, donde se consumen millares de arrobas, conducidas desde los puertos a Chile y Lima por agua y por tierra a Potosí. La más excelente yerba del Paraguay y más apetecida es la que benefician los indios de las Misiones que tiene a su cargo la Compañía de Jesús, especialmente los Lauretanos, ya sea por ser más prolijos en el beneficio, ya por particulares cualidades más ventajosas del terreno, y lo más cierto es, por uno y otro, concurriendo las dos circunstancias a su mayor aprecio y estimación.

"Benefíciase de dos maneras, cortándose las ramas del Caá, árbol frondoso, alto y corpulento, cuyas hojas son muy verdes y rematan en figura de lengua, y sobre zarzos los tuestan a fuego manso, y muelen a fuerza de brazos en hoyos que tienen prevenidos en la tierra, y aferran con cueros o pellejos de novillos y toros. Molida ya la yerba, unas veces se cierne, apartando los palos, y entonces se llama Caamini, de mayor estimación y fortaleza; cuando no se cierne, y se dejan los tallos, se llama yerba de palos, y ésta es la que comúnmente se gasta en el Paraguay, Chile y Tucumán hasta el Cuzco; desde Cuzco hasta Lima sólo tiene salida la Caamini. Tómase en agua caliente, sirviendo de vaso unos cascos de calabazo que por acá llaman mate, de donde se originó llamar mate a la bebida del Caá. Algunos, de gusto más delicado, calientan leche por agua, y poniendo en infusión el Caá, le toman con azúcar.

"Es tan usual la bebida del Caá en estas provincias, que ni el chocolate, té, ni café ha merecido en parte alguna tanta extensión. Desde el bozal más negro hasta el caballero más noble, la usan. Si llega un huésped, aunque sea a una vil choza o rancho campestre, luego se le da mate. Si hay visitas, lo primero que cuida la criada es el agua caliente. Entra a la sala del recibimiento con vernegales de plata, sobre cuyo asiento descansan los mates guarnecidos de oro (a las veces con mucha pedrería embutida) y sus paradores de la misma materia, que sirve para la comunicación de agua, y apartamiento de la yerba. Si está cansado, luego mate para descansar; si sudando, luego mate para desudar; si sediento, luego mate para apagar la sed; si soñoliento, luego mate para despabilar el sueño; si con la cabeza cargada, luego mate para descargarla; si con el estómago descompuesto, luego mate para componerlo; siempre hay motivo para su uso, siendo tan excesivo por esta causa el consumo del Caá, que ha llegado a consumir los indios, que entendieron en los principios en el beneficio de dicha yerba."

Retomando lo que Hernando Arias de Saavedra había dicho respecto al abuso de la yerba mate, el padre Guevara confirma: "Esto que lo previó el capitán que sucedió a Juan Torres Aragón, y le movió a las expresiones ya referidas, cuya verdad testifican gran-

des osamentas de indios, que se hallaban en las campañas, y yerbales del Mbaracayú, como de su tiempo asegura el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, testigo ocular de espectáculos tan funestos. Pudiera ser que la innata piedad de nuestro gobernador cortara en sus principios el torrente de calamidades y trabajos, que por el beneficio de la yerba amenazaba a los indios; pero la brevedad de su gobierno interino dió lugar a que tomara tanto cuerpo, pero no consiguieron en los años venideros, los Católicos Monarcas, atajarlos con el respeto de muchas Cédulas, pedidas sin efectos para el intento. Tan irreparable se hace el mal que, tolerado en los principios, prescribe con los años, haciendo cuerpo de comunidad el número de secuaces".

Qué es la yerba mate. La yerba mate, "Ilex paraguariensis" (Saint Hilaire) (30), es una planta que pertenece a la familia de las aquifoleáceas, que tiene su origen en la América del Sur, donde abunda en estado silvestre o en plantaciones cultivadas en la gran zona limitada al este por el Atlántico, al oeste por el río Paraguay, y los grados 20 y 30 de latitud norte y sur, respectivamente.

Se trata de una planta pequeña en su primera edad, pero que en su total desarrollo alcanza alturas de hasta 6 a 8 metros, aun cuando para facilitar el cultivo se le reduce, mediante la poda, a una altura aproximada de 3 ó 4 metros.

Las hojas del "Ilex paraguariensis" son alternadas y de tamaño variable, según las especies, pudiendo medir hasta quince centímetros de largo por siete de ancho. Su forma es ovoidea o lanceolada, con bordes dentados. Estas hojas una vez desecadas, ligeramente tostadas, rotas o groseramente pulverizadas, a veces con fragmentos de ramas jóvenes secas, peciolos y pedúnculos florales, constituyen lo que la bromatología define como *yerba mate,* corrientemente designada con el nombre de *yerba* y utilizada en la preparación de las infusiones de uso ya conocido.

Numerosos sabios están acordes en declarar que el consumo de la yerba mate produce una sensación de bienestar, facilita la digestión y las funciones intestinales, activa las facultades intelectuales, sin acarrear alteraciones ni producir insomnio, temblor o nerviosidad, como algunas otras infusiones.

Breves antecedentes históricos. Aunque no precisado, se supone que el uso de la yerba mate se remonta a la época precolombiana, a estar por los hallazgos del producto en las tumbas de aquel tiempo cerca de Lima, que revelarían el consumo por parte de los indios quechuas, durante la dinastía incásica.

No obstante, las primeras noticias documentales son las que da Ruiz Díaz de Guzmán en su historia escrita en 1612, quien atribuye a Hernando Arias de Saavedra, gobernador del Paraguay en 1592, el haber descubierto las aplicaciones que dieron a las hojas del *caa* (nombre dado por los indios guaraníes a la yerba mate).

Los conquistadores españoles heredaron de los indios el hábito de su consumo; en virtud de lo cual fué organizándose el comercio regular de su producto.

Más tarde, los jesuítas radicados en el Paraguay a comienzos del siglo XVII, a fin de evitar las grandes distancias que los separaban de los lugares de producción, introdujeron el cultivo en las "reducciones" distribuídas en la región que actualmente constituye el territorio de Misiones, parte de Corrientes, parte del Paraguay, el sur de Matto Grosso y la parte occidental de los Estados brasileños de Paraná y Santa Catharina.

Con la expulsión de los jesuítas, ocurrida en 1769, sobrevino la decadencia de las Misiones, la reducción de su población y el abandono de los yerbales cultivados. Ciento treinta años después comenzaron a realizarse experiencias para arraigar nuevamente los cultivos de yerba en la gobernación de Misiones, y en el año 1903 se realiza la primera plantación con fines de explotación. Paulatinamente fué aumentando el área plantada, hasta llegar al estado actual, en que la potencialidad de producción supera las necesidades del consumo interno.

Zona de cultivo: En la parte sudoeste del territorio de Misiones y faja litoral hasta una profundidad de más o menós 30 kilómetros del río Paraná, así también como en la zona de Corrientes fronteriza con dicho territorio, es donde se ha localizado el cultivo de la yerba mate en nuestro país.

El área plantada en toda esta zona, según las últimas estadísticas, alcanza a 65.170 hectáreas, con 55.952.400 unidades. El número de plantadores inscriptos en el Registro respectivo de la Comisión Reguladora de la Producción y Comercio de la Yerba Mate, es de 8.018, los cuales poseen 8.676 explotaciones.

De la planta al consumidor: cosecha o poda. Esta operación consiste en despojar a las plantas de las ramas y hojas que han de destinarse a la elaboración.

La cosecha es anual en los yerbales de cultivo, y se realiza una vez que el follaje completa su frondosidad, conteniendo una proporción mayor de hojas maduras, lo que regularmente ocurre de abril a octubre.

Los trabajos de la recolección se efectúan por obreros denominados "tariferos". El instrumental usado en la poda, sea machete, tijera o serrucho, depende del grosor de la rama a cortarse. Para las delgadas sólo es apropiada la tijera; para las gruesas, el serrucho. Sin embargo, los "tariferos" usan casi exclusivamente el machete en el corte de las ramas gruesas, instrumento que manejan con suma habilidad.

Efectuada la poda, se separan las ramas más gruesas, a fin de someter a la elaboración solamente las hojas y ramas menores que

permiten la obtención de los tipos usuales. Esta operación se denomina *quiebra* o *quebrado*.

Sapecado. La yerba verde, en las condiciones precedentemente indicadas y dentro de las veinticuatro horas de haber sido recolectada, se somete al "sapecado", que consiste en exponer las hojas y pedúnculos a un proceso primario y rápido de deshidratación, mediante la acción directa del fuego. Con ello se evita la descomposición por oxidación de los jugos.

En la operación se utiliza un aparato llamado "sapecador", compuesto de un cilindro de hierro o de alambre tejido, según el tipo que se use, de 2 ½ a 5 metros de largo y 70 a 80 centímetros de diámetro, que gira sobre un eje con una inclinación de 20 a 25 grados, para permitir el deslizamiento de la yerba.

Secado. Dentro de las 24 horas de efectuado el "sapecado" debe procederse al secado, es decir, la tostación o torrefacción lenta de la yerba, hasta que tanto las hojas como los palitos puedan quebrarse por la acción de una simple presión.

El término de duración del secado varía de acuerdo con el sistema empleado, entre 10 a 24 horas.

Cualquiera sea la instalación utilizada en el secado (barbacuá o secadero mecánico), la operación consiste en someter a la yerba ya sapecada a una temperatura que oscila entre los 80° y 100° centígrados.

Canchado y embolsado. El *canchado* consiste en la rotura o trituración grosera de la yerba para convertirla en pequeños fragmentos de ramitas, nervaduras y láminas de hojas, con el objeto de reducir su volumen y facilitar de este modo el transporte y almacenamiento.

Una vez canchado, el producto se embolsa en sacos apropiados, de una capacidad de más o menos 60 kilogramos, con lo que el productor termina su intervención.

Molienda. Con el embolsado de la yerba canchada se concluye el proceso de elaboración en los yerbales. La segunda etapa se realiza en los molinos, que efectúan la molienda y mezcla de los distintos tipos a que está habituado el consumidor, entregando el producto en envases apropiados para su venta.

Modos de uso: mate de bombilla. Es la forma tradicional de uso en Sudamérica (Argentina, Uruguay, Chile, Brasil y Paraguay). Se emplea como recipiente una pequeña calabaza, denominada "mate", sorbiéndose mediante un pequeño tubo, generalmente metálico, llamado "bombilla".

Se echa yerba en el "mate" hasta la mitad de su capacidad y se vierte un poco de agua fría para humedecerla. Luego se introduce la "bombilla" y se llena el "mate" con agua caliente próxima a hervir, quedando ya en condiciones de sorberse y repetirse

hasta que la consistencia de la yerba lo permita, pudiendo ésta renovarse total o parcialmente cuando pierda su sabor.

La infusión puede ser tomada "dulce" (con azúcar) o "amarga" (sin azúcar), a gusto del consumidor.

Tereré. El "tereré", palabra guaraní, es la maceración de la yerba en agua fría. Se prepara en cualquier clase de recipiente, de preferencia una tetera, echando yerba en la proporción de 40 gramos por litro de agua. Se deja macerar durante quince minutos y luego se cuela, sirviéndose con o sin azúcar, aunque generalmente se toma al natural.

Esta bebida es particularmente apreciada en las zonas tropicales, donde mitiga los efectos del calor excesivo.

Mate cocido. Se ponen en una tetera 50 gramos por cada litro de agua. Se calienta, dejando hervir unos instantes, y al retirarla del fuego se le agrega un poco de agua fría para provocar el asiento de la yerba. Al cabo de algunos minutos se sirve con cuidado para no revolver los sedimentos, agregándole azúcar al gusto.

Puede también prepararse colocando la yerba en la misma proporción dentro de una bolsita o de un cono de género y luego de someterlo al procedimiento anterior de infusión, se sirve de la misma manera.

Asimismo, puede prepararse en una cafetera o en un percolador, consiguiéndose con éste una infusión más límpida.

Té de yerba. Se prepara en la misma forma que el té de China. Se echa yerba en una tetera común, a razón de una cuchara de sopa por cada taza a servirse, y luego se vierte a través de un colador de los de té. Se toma al natural o agregándole azúcar a voluntad.

Mate helado. Se hace "mate cocido", se deja enfriar y se sirve en vasos con un pedacito de hielo y azúcar al gusto. El "mate helado" o "mate glacé" constituye la bebida ideal para el verano. Si se bate antes de servirse, adquiere una agradable apariencia espumosa y mejora el sabor.

Mate de leche. Se obtiene el mate de leche substituyéndose el agua por leche al tomarlo con "bombilla" o bien al preparar el "mate cocido".

Mate con leche. El "mate cocido" y el "té de yerba" pueden ser tomados adicionados con leche.

El mate con leche, tomado con pan o bizcochos, constituye una agradable merienda o desayuno y resulta más económico que el café con leche o el té con leche.

Helados de yerba. Se preparan como todos los helados, utilizando, para hacer la crema, "mate de leche", cuidadosamente filtrado, a fin de que no pasen partículas de yerba. El "helado de yerba" es un postre delicado.

Postres de yerba. La yerba es utilizada también para la preparación de exquisitos postres, existiendo diversas recetas en repostería.

LA LEYENDA DE LA YERBA MATE *(Caá)*

Cuenta la leyenda que una de las tribus que habíase detenido en las laderas de las sierras donde tiene sus fuentes el Tabay, dejó el lugar, después de breve estada, y siguió su marcha a través de las frondas.

Un viejo indio, agobiado por el peso de los años, no pudo seguir a los que partieron obedeciendo al espíritu errante de la raza, quedando en el refugio de la selva en compañía de su hija, la hermosa Yarii.

Una tarde, cuando el sol desde el otro lado de las sierras se despedía con sus últimos fulgores, llegó hasta la humilde vivienda un extraño personaje, que por el color de su piel y por su rara indumentaria no parecía ser oriundo de esos lares.

Arrimó el viejito del rancho un "agutí" (roedor regional) al fuego y ofreció su sabrosa carne al desconocido visitante. El más preciado plato de los guaraníes, el "tambú" (gusano de carne blanca y abundante), brindó también el dueño de casa a su huésped.

Al recibir tan cálidas demostraciones de hospitalidad quiso el visitante, que no era otro que un enviado de "Tupá" (Dios del bien), recompensar a los generosos moradores de la vivienda, proporcionándoles el medio para que pudieran siempre ofrecer generoso agasajo a sus huéspedes, y para aliviar también sus largas horas de soledad en el escondido refugio situado en la cabecera del hermoso arroyo.

E hizo brotar una nueva planta en la selva, nombrando a Yarii diosa protectora y a su padre custodia de la misma, enseñándoles a "sapecar" sus ramas al fuego y a preparar la amarga y exquisita infusión, que constituiría la delicia de todos los visitantes de los hogares misioneros.

Y bajo la tierna protección de la joven, que fué desde entonces la Caá-Yarii (diosa protectora del yerbal), y bajo la severa vigilancia del viejo indio, que fué el Caá-Yará (Dios protector del yerbal), crece lozana y hermosa la nueva planta, con cuyas hojas y tallos se prepara el mate, que es hoy la más genuina expresión de la hospitalidad criolla.

Acción fisiológica de la yerba mate. Se prepara con el mate una infusión estimulante que es superior a la del café y a la coca (31). Según Capus y Bois, es de una acción que tonifica el organismo y le hace olvidar el deseo de comer, ayudando a las fatigas propias de los trabajos del campo. Los chinos la usan para reparar las fuerzas, aumentar la respiración y retardar la muerte

entre los que se encuentran en agonía, y los holandeses la recomiendan para las convulsiones, síncopes, vértigos y para fortalecer la memoria. Mantegazza afirma que el mate es un gran excitante nervioso, y el doctor Doublet manifiesta que ejerce sus beneficios sobre convalecientes de escorbutos, que aumentaron de peso con una infusión de veinte gramos diarios, recobrando la energía a paso agigantado. El doctor Moreau, de Tours, en un hospital de enfermos nerviosos y mentales adoptó la yerba para la depresión, la anemia, el *surmenage*, la neurastenia y en todos los casos en que había necesidad de levantar "las fuerzas agotadas o desfallecientes de aquellos enfermos". En las farmacias del mundo pueden solicitarse: el mate granulado de Doglás: la mateína granulada de Macquaire y las ampollas de mate de Bucaille para inyecciones subcutáneas; además de vinos, elixires, etcétera. El doctor Bernard (32) dice: "Hace algunos años, el profesor Vulpian manifestó su pesar porque el mate, consumido en América por millones de kilos, fuera aún desconocido en Europa. Como agente terapéutico yo he comprobado que el mate hace descansar y nutre al mismo tiempo. Yo lo he aconsejado siempre en los casos de anemia, de *surmenage*, de neurasténicos y despépticos, en casos de dilataciones, en los hiperclorhídricos y en los casos de constipación habitual. Conclusión: Es muy raro encontrar un agente terapéutico que reúna lo útil a lo agradable. ¿Por qué, pues, luego de experimentarlo perfectamente, no lo prescribimos cuando tan frecuentemente nos encontramos desarmados frente a esos agotamientos prematuros? Administrando el mate a los enfermos, a los convalecientes, a los "surmenageados" de todas clases, les devolveremos la energía confortadora pero durable que ellos no encontrarán seguramente en otros productos".

El Ombú. Puede decirse que el ombú es el árbol gaucho de nuestra pampa. Como lo fué el gaucho en las duras épocas de la organización nacional, solitario y habitante de toda la pampa, así lo es el ombú, compañero suyo en la sombra que le dió cuando con la guitarra se sentó el hombre en sus raíces propicias y dijo sus tristes en las mañanas primorosas, en los ocasos rojizos presagiosos de tormenta o en las noches estrelladas y llenas de espíritus familiares. Cuando en las arreadas había necesidad de reponer fuerzas, bajo la sombra del ombú se levantó el tufillo suculento del asado criollo, y el mate cordial hizo su ronda reparadora. Famoso por su hospitalidad, taciturno eremita "de los llanos, su amplia y fresca frondosidad presta seguro asilo al paria trashumante en la soledad de las pampas, brindándole techo, sombra y reposo contra los rigores de la lluvia y del sol. Quemado en la entraña misma por las fogatas en que, al amparo de los vientos, hace el resero su vivac, el tronco carcomido del ombú se hiergue, no obstante, sobre la corteza ennegrecida por el humo, desafiando al pampero que agita sus verdes melenas y aviva las llamas destructoras, como el matrero

herido en la pelea, que resiste aún, a pie firme, los embates de la daga rival. Recio y curtido como el indio, celoso centinela de los campos, es el baqueano que guía al carretero extraviado o inseguro en las inciertas rutas, marcándole fielmente los rumbos y las distancias, cuando los carrizales, los pantanos o la escarcha han borrado las huellas orientadoras del largo camino a recorrer... Y, finalmente, hallamos también el propio paralelismo entre el ombú y el gaucho, en la triste suerte común que jalona a uno y a otro su lenta declinación hacia el olvido y la ingratitud..." (33).

Su estructura y su utilidad. Pertenece el árbol a la familia de las fitolacáceas, especie de dioica, que en lengua helena quiere decir que posee los órganos sexuales separados en árboles distintos. Es longevo y dotado de gran fortaleza, pues a pesar de ser una hierba gigantesca alcanza una altura de 10 a 12 metros en tupidas hojas que producen una sombra magnífica.

Con sus hojas y frutas se consigue un purgante muy drástico, y son conocidas las bromas que se dan con la hoja del ombú agregada en el mate del que se quiere dañar por "pegajoso y calienta sillas". El jugo de la planta se ha empleado contra la embriaguez, y el zumo de su fruto se emplea para quitar manchas.

El naturalista Carlos Berg dice que este frondoso y bizarro árbol no fué traído de España, como aseguran algunos, sino que procede de las islas de la laguna Iberá, de Corrientes.

El ombú en la historia. Aparte de la epopeya gaucha, el ombú puede contar episodios de nuestra historia. "Siendo el general Mitre romántico y valiente mozo de 21 años de edad, ya capitán de artillería durante la campaña de Entre Ríos en 1842, cantó sentidamente a un ombú en medio de la pampa, detallando con certera pincelada lo que significa para el argentino este atalaya de la llanura inconmensurable".

En el referido año, Luis L. Domínguez, soldado del ejército en el sitio grande de Montevideo, escribió estos versos, que se encuentran incorporados al cancionero popular argentino sin que nadie responda de su autor:

Cada comarca en la tierra
tiene su rasgo prominente;
el Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su Pampa grandiosa,
la Pampa tiene el ombú.

"El partido de San Martín, en la provincia de Buenos Aires, contiene varios ombúes ligados a la historia patria por tradiciones

memorables. El ombú de Perdriel, sito a tres kilómetros de Villa Ballester, fué testigo de varias acciones de guerra entre los patriotas y los ingleses invasores, en 1806. Los ombúes de Santos Lugares, que se alzan en el antiguo campamento de Rosas, fueron testigos de horribles escenas. Próximo a estos árboles, que forman una avenida pequeña, fueron ultimados numerosos prisioneros de guerra. Asimismo, a la sombra de estos bellos ombúes, otras víctimas de la despiadada tiranía rosista sufrieron aquí el castigo de la estaca y del cepo" (34).

En la leyenda. Dice una de sus tantas leyendas (35): "Dios repartía sus dones a los árboles y éstos se adelantaban a elegir atributos y bellezas.

"Yo quiero ser fuerte, dijo el ñandubay, y fué más duro que la piedra, más resistente que el hierro.

"Mi ideal es ser saludable, exclamó la anacahuita, y lo consiguió.

"Al jacarandá le concedieron la agilidad de verso temblante, lírico en la primavera cuando luce su penacho lila maravilloso.

"El laurel reclamó hojas oscuras y lustrosas. El espinillo se adornó con sus áureos pompones perfumados. La pitanga y el guarigú pidieron azucarados frutos. El ceibo se decoró de bellas flores rojas. El tala quiso rudeza india de nudos y espinas.

"El vivaró, elegancia; el sauce llorón, poesía; la cina-cina, transparencia; el ñapindá avaro, reclamó uñas. La aruera, un poder misterioso para castigar a los inciviles que no le rindieran homenaje. el paraíso, aroma; las tacuaras esbeltas y musicales solicitaron ser útiles para la picana del trabajo y para arrancar una sonrisa de júbilo a los niños como armazón de la luminosa cometa.

"Después vino el Ombú. Dios le preguntó:

"—¿Qué quieres ser?

"Y él le dijo:

"—Sombra para el descanso de los hombres...

"—Todos la poseen.

"—Corpulencia para ser índice en la vastedad de la llanura, para que el gaucho, desde la lejanía sienta la emoción del hogar tibio que lo espera. Deseo que mi leña sea débil, esponjosa y frágil; que no resista a una ensambladura o a un clavo. Que se quiebre a la menor presión. Que se vuelva polvo al contacto del sol y de la lluvia.

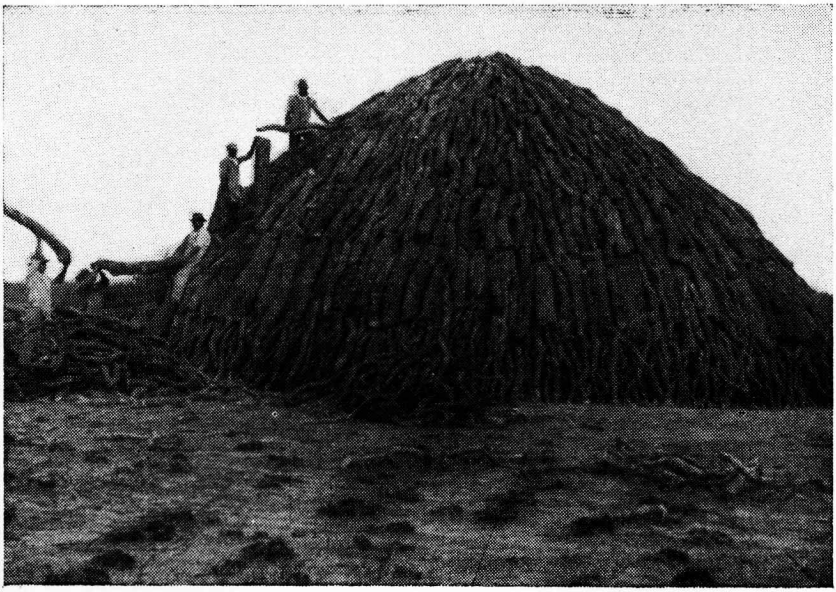
"Dios, extrañado le preguntó:

"—¿Y por qué, Ombú, no pides coloridas flores y sabrosos frutos? ¿Por qué no quieres tener una bella madera para fabricar la cuna del niño, la mesa de la familia, el barco para el viaje, el ataúd para el descanso último?

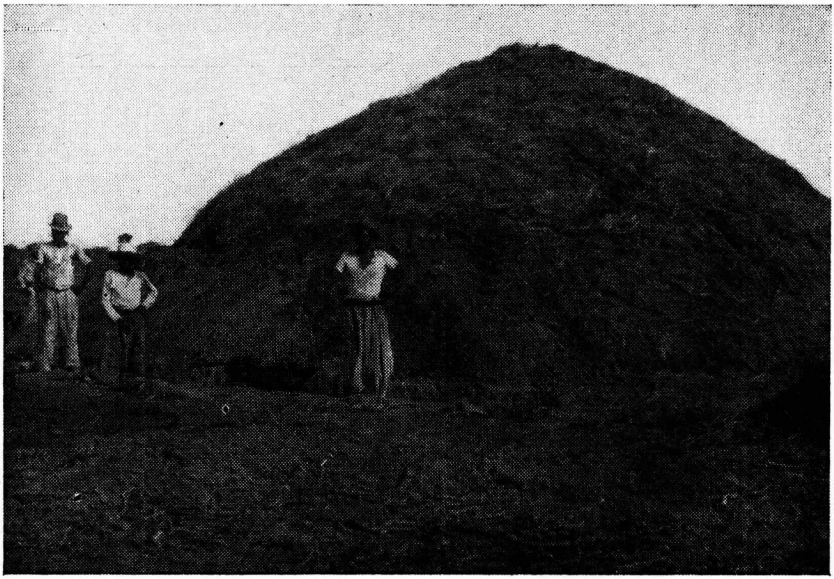
"—Padre mío, —contestó el Ombú humildemente—, sé que una vez vino al mundo un hombre bueno que predicaba el amor,

El Arbol. — Ejemplares de quebracho blanco, de excelente resultado para fabricar carbón

El llamado «rodeo» de los trozos cortados en el bosque



Armando el horno con trozos de quebracho blanco



El horno, cubierto de paja

la justicia y el bien. Los demás hombres lo persiguieron, lo condenaron y lo sacrificaron en una cruz, hecha con el dolor de algún hermano árbol. Aún existen soñadores en la tierra. Déjame contento, concediéndome lo que pido. Tendré oportunidad para tener la conciencia tranquila pensando que nunca contribuiré al crimen de asesinar a un justo."

El Paraíso. Este es otro árbol que está pegado a la historia de nuestro desenvolvimiento nacional como símbolo de un jalón de nuestro progreso. Si el ceibo constituye la tradición indígena truncada por el avance del conquistador, y el Ombú la presencia del gaucho como señor de la pampa, el Paraíso marca la trayectoria de la era colonizadora y es símbolo de nuestra Constitución que ampara a los hombres dignos que llegan a sus tierras para trabajar y hacer grande el concepto de la patria. Es puntal del alambrado colonizador que señaló la parcela de la pampa gringa y rubricó en el horizonte la propiedad en la escritura del recién llegado que supo mestizar su sangre. Para este gaucho nuevo fué mesa su madera y leña los residuos de sus ramajes inútiles. Para el ganado fué sombra cordial, y sus flores se extendieron en la primavera para ofrecer su perfume en la vastedad del caserío.

Fué un gringo más en nuestra pampa. Llegó del Asia, de la India, de Persia, de la China, y acomodó su estructura a los climas templados y cálidos de nuestro territorio.

En días en que la langosta dejó sobre los campos un hálito de desolación y de muerte, el Paraíso se mantuvo intocado, como si la maldecida plaga no se atreviera a desmenuzar el caudal de sus hojas, o quedara en medio del campo como una alegoría verde en los silencios letales.

Altivo en la sequedad del clima o en los días de tormentas, el Paraíso es árbol compañero, árbol símbolo de la lucha del hombre que llegó para vivir y se adaptó sin miedo al ambiente, aferrándose a la tierra, porque la sabía madre y buena.

El Algarrobo. Este es el árbol que le da el pan y el vino al criollo. El algarrobo blanco, es uno de los árboles próceres de la flora argentina. Conocido en Santiago del Estero, Salta, San Luis, La Rioja, Catamarca y la Patagonia, puede decirse que constituye el alimento de miles de familias humildes que esperan ansiosamente la madurez de su fruto, que es una vaina alargada de diez a veinte centímetros que se llama algarroba; de color amarillento y sabor dulce. Con este fruto se hace una bebida fermentada que llaman aloja, semejante a la cerveza, de un color amarillo claro. La misma, molida en un mortero, agregándole agua, produce la "añapa", muy agradable y gustada por la gente de campo.

Más o menos en enero, comienza a madurar la algarroba, y puede verse cómo el criollo se interna en los lugares del bosque donde más abunda y hace su cosecha ayudado por sus familiares. Esta

es guardada en grandes trojes construídas a propósito y luego fabrican la "aloja" para divertirse en los días de Carnaval, y la "añapa" que es una especie de mosto aprovechado.

La algarroba se cosecha bien en los depósitos llamados "pirúas" en Santiago del Estero, y sirve de alimento precioso a grandes y chicos.

A la fruta madura se le atribuyen propiedades disolventes en las enfermedades de la vejiga. "En estado verde, la machacan separando la semilla y la corteza; todo machacado con sebo de cabra, curan los campesinos la fractura de los huesos, siempre que no existan heridas."

De la corteza del algarrobo se extrae una materia colorante que tiñe en tono parduzco, y la madera es de la mejor para fabricar carbón y utilizarla como leña, lo que constituye una gran fuente de riqueza para la zona de influencia.

Existe el algarrobo negro que ofrece un fruto gris oscuro, en vainas de forma cilíndrica. Este fruto se deja secar en las "pirúas" y cuando está a punto de bastante sequedad, se muele en grandes morteros, y separadas las semillas, produce una harina fina y amarillenta de la cual se hace el "patay", panes alimenticios dulces, de gusto agradable. La Rioja y Catamarca fabrican muchos de estos panes que son enviados a todos los mercados de la República. También se exporta a Europa y de allí viene embalado convenientemente en forma de pastillas antidispépticas que se vende el kilo a precios fabulosos. Tiene propiedades curativas para las enfermedades venéreas.

En las regiones del Chaco el algarrobo negro es para el indígena, macho, o sea "hú", y el blanco es hembra, o sea "morotí", voces guaraníticas.

Según se sabe, el albarrobo ocupó el cuarto lugar entre los árboles adorados por los calchaquíes. Se explica el caso desde el momento que hombres y mujeres acuden a él en busca de alimento y de la bebida que su fruto genera.

"En torno al algarrobo celebraban los indígenas la fiesta del "Chiqui", presentándole las cabezas de guanacos, liebres, pumas y otros animales, excepto de avestruces y suríes, que respetaban. Esta ceremonia era acompañada de borrachera y canto, como toda fiesta semejante entre los indios, y se ha conservado hasta mediados del siglo actual. La celebraban en este tiempo los campesinos, con el objeto de conjurar la sequía y otras calamidades. Terminada la fiesta, corrían a pie una carrera, cuyo premio consistía en unos muñecos "guaguas" de masa pendientes del árbol, que era la meta."

El señor Fermín Anzaláz, de Aimogasta, La Rioja, me ofrece una hermosa relación del algarrobo, que es un magnífico poema de égloga. Dice así: "A mediados de septiembre, el algarrobo como los demás vegetales comienza a hincharse. Corren los días y la savia

acelera la marcha del brote. Aparecen los primeros renuevos que crecen paulatinamente. Pocos días después se exornan de verde todos los algarrobos del norte argentino. En noviembre, el algarrobo "pichuquea". Los coyuyos pronto asomarán, quién sabe de dónde. Todas las flores inútiles se desprenden. Las que producirán quedan... En diciembre, las vainas de algarroba ya están bien creciditas; falta que sazonen únicamente; mas esto no sucederá si no aparece el Rey del Algarrobo: el coyuyo. Justamente en este mes da su primer canto. Solitario, pegadito en la dura corteza del algarrobo, llama a sus compañeros con su chirriante murmullo, para activar la madurez del fruto. El coyuyo es un bichito pequeño, de consistencia frágil, retina independiente, alas semividriosas y patitas ásperas aserruchadas. Según una vieja leyenda que se respeta en el norte argentino, sería él quien "hace" madurar la algarroba.

Toda la fruta está bien sazonada. Se recolecta y se lleva a cabo la revisión de la algarroba "gorda" y "flaca"; de la blanca y negra, luego de secarla en los tendales de unquillos se transporta al mortero, cuya base es de madera semilabrada. De pisón se utiliza una piedra de mucho peso, que está amarrada con tirillas de cuero en la extremidad inferior del "cimbrador". En la otra punta se encarama un hombre, que balancea continuamente el pisón.

Las primeras vainas que sacan del "costal", tiernas y sabrosas, son manducadas por los encargados de la molienda. Trituran un poco casi nada, pero éstas serán para elaborar "añapa". Una vieja, diestra en estos quehaceres, lava una fuente de greda cocinada donde deposita la primera algarroba desmenuzada, para luego removerla en agua hasta que la mezcla se torna espesa. Otras preparan la loja, bebida que se diferencia de la añapa porque permanece más días en fermentación, teniendo al último un sabor ácido. Nadie queda sin ingerir este agradable líquido regional, que a veces achispa a los campesinos.

Después de darse estos gustos, continúan la molienda. Se obtiene de la algarroba pisada harina bien seca; seguidamente la ciernen en un aparato que ellos mismos construyen con la rutina de hace años. A este instrumento lo denominan "cernidor". Generalmente son las mujeres las encargadas de esta tarea. Las matronas se envuelven una vincha en la frente, para evitar que el cabello les moleste la visual. También se arremangan bien para recién comenzar a cerner la algarroba molida.

Mientras la faena de elaboración e industrialización de la fruta del legendario algarrobo adelanta, el coyuyo comienza a alejarse. Preparada la harina, se vacía en bateas de madera; se mezcla con agua y se trabaja la pasta con la que elaboran patay, amasaos, mashacos, chuningos, etcétera.

Las viejas "caen" en catervas a los pueblos ofreciendo la cosecha industrializada del año, como tandas de "ulspishitas" que bajan

a tomar agua en el estanque cercano... También se prepara el patay áspero, que es vendido al comercio por mayor, sea que les paguen con dinero "contante y sonante" o a cambio de mercaderías...

La cosecha del año está pasando. El coyuyo desaparece sin saberse dónde se guarece. El animalito que despierta tanta curiosidad y codicia entre los circunstantes, muere. Las hormigas son las encargadas de devorarlos cuando los hallan asidos en la corteza de los árboles. Empero, la simiente de larvas queda en las hendiduras de la madera reseca o en el suelo agrietado... Para la próxima cosecha estarán de nuevo, firmes para cumplir una consigna impuesta por la Pachamama: adelantar la madurez de la algarroba."

La leyenda. Cuenta la leyenda que en cierta ocasión la tribu diaguita olvidó sus deberes para con Dios y en vez de utilizar el maíz para el alimento diario lo utilizó para fabricar chicha, efectuando con ella libaciones desmedidas. Dios, queriendo que el pueblo diaguita escarmentara de una vez, resolvió que una tremenda sequía asolara los campos, secara toda mata y todo pasto. Pasaron los días angustiosos para la tribu y los muertos llenaban los caminos, y los llantos y gritos de las mujeres que clamaban por sus hijos se elevaron hasta el creador. Dios, comprendiendo que el pueblo estaba suficientemente castigado, hizo dormir a las mujeres desesperadas, las que al despertarse se encontraron bajo un bosque de algarrobos cubiertos de frutos. El Supremo se presentó y dijo a las mujeres: "Aquí tenéis un árbol para vuestra hambre y para vuestra sed. Decid a vuestros hombres que el maíz es fruto para la alimentación diaria y que aquel que abusara de la chicha será maldecido por siempre."

Desde entonces, el algarrobo es pan del pobre y bebida para su sed en los veranos de intensos calores.

El quebracho colorado. He aquí al rey de la floresta, erguido como si quisiera tocar el cielo y lo lograra con la prestancia de sus años que se amontonan en el penacho para hacerlo más joven y más risueño. Está magnífico, mirando a la selva desde su trono de veinte metros, y pisa fuerte sobre la tierra hundiendo sus pies en ella como si la superficie que alcanzara fuera poca para el afán que tiene de ser grande y severo, fuerte y derecho, y, ser el guía tutor de chicos y grandes, uniformes y torcidos, como un ejemplo eterno de vibrante vitalidad.

Bajo los cielos de Corrientes, de Córdoba, de La Rioja, de Catamarca, de Salta, del Chaco; bajo el contorno de estrellas que velaron el afán de razas milenarias y vieron el drama de la Conquista y de la Colonia, levantó la copa como brindando al cielo por la salud de su tronco, en el cual se quebró el hacha del primer intruso, y que sólo pudo tajar el baqueano criollo con la gracia de su habilidad de hombre curtido en el ambiente.

El quebracho ha sido, y es en la actualidad, el puntal econó-

mico de varias provincias argentinas. Su aplicación industrial lo ha hecho cotizar a buen precio para la extracción de tanino, para durmientes de ferrocarril, etcétera.

En la fitoterapia indígena se lo conocía por sus propiedades antiasmáticas.

La enfermedad del quebracho. Merece párrafo aparte la enfermedad que produce el quebracho, llamada el "paaj", voz quichua con la cual la denomina el criollo. El doctor Oreste Di Lullo, en un trabajo realizado y presentado a la tercera reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte, en Tucumán, llega a las siguientes conclusiones: 1ª Que el "paaj" es una enfermedad regional; 2ª que se adquiere por contacto directo de la planta, hojas, ramas, flores y tronco del quebracho colorado, en determinadas épocas del año: febrero, marzo y abril; 3ª que también puede ser adquirido sin contacto directo con la planta por simple exposición del sujeto a la influencia de la atmósfera; 4ª que no todos los sujetos pueden adquirir el "paaj"; 5ª que esta enfermedad no tiene relación alguna con el sexo y la edad de las personas, ni con la procedencia de las mismas; 6ª que parece no conferir inmunidad alguna; 7ª que puede ser producida experimentalmente; 8ª que no tiene en su forma simple, consecuencias graves sobre la salud del sujeto.

El doctor Esteban L. Maradona (36), se ocupa preferentemente en su libro de la enfermedad de referencia que en el Chaco llaman/"la sarna del quebracho". Dice así: "Algo de leyenda y de verdad hay en lo que se ha dado en llamar "sarna del quebracho", pero que en realidad no es tan sólo del quebracho, ya que otras plantas también la trasmiten a determinadas personas a quienes "aborrecen", según los sugestivos prejuicios de los hacheros, mas sin saber por qué. El "urundel" sería de los malignos, en este sentido."

Refiere el doctor Maradona, que un día de los tantos que viajaba a través del territorio, desde Charaday hasta la capital del Chaco, le tocó ir acompañado de un criollo correntino cuyas manos, antebrazos y piernas, cubría con sendos trapos sucios, impregnados por fétidas secreciones, empolvadas, que era de admirar, cómo atraían a las moscas. Aquel criollo tenía también en el rostro, el cuello y parte del pecho, descamada la piel y tostada por el sol. El hombre le contó lo que ya era sabido al respecto: que sufría de la sarna del quebracho; que el quebracho lo "había aborrecido" desde que lo vió; que no le había caído en gracia su persona.

—Me ha aborrecido, doctor, tal vez porque los he voltiado por docenas...

Creía el criollo que así se vengaba el vegetal de la acción mortífera del hombre.

El citado médico llega a las siguientes conclusiones: "Cuando un hachero trabaja, que es de suponer, siempre a la sombra, bajo

el follaje del árbol que tala, lo hace arremangado hasta los brazos y rodillas, generalmente descalzo, y no es extraño que hasta semidesnudo. A los árboles víctimas de su mortífera hacha, generalmente se los elige en los obrajes: o para leña fuerte, o para extraer tanino, que sabemos de tan rica producción es el quebracho, entre otros.

Aquellos hombres acometedores y estos ejemplares indefensos, se ponen frente a frente; y ante la fuerza fatal y el sudor que se destila, se opone el estremecimiento de la fibra y el dolor que grita. Y, en medio de ambos, el filo del hacha. Las heridas abiertas, tienen entonces su modo de sangrar y las esencias y principios volátiles del tanino, en cáusticos afluvios, su manera de actuar. Y bien pronto se ve manifestado en sus consecuencias, que entre otras que escapan a nuestra observación, son evidentes en la epidermis desnuda, a veces menos resistente del desprevenido hachero. Por eso es que unos más que otros, sufren estas lesiones, y, a ellos, se les atribuye maliciosamente lo que es inocente: el gozar del triste patrimonio de recibir las iras del quebracho. Esta sería, para mí, la verdadera explicación de la dermatosis, el verdadero origen de la "sarna del quebracho". Y así se lo expresé a aquél.

Pero ya que hablamos de una semileyenda, permítanos el lector que continuemos narrando, cómo se curan estas pobres gentes de los obrajes la malhadada lesión; cómo en su ingenuidad, proceden.

Me decía una curandera, cierta vez, contestando a mi pregunta: "De la manera más sencilla. Hay que untarse las lesiones con las cenizas del mismo palo y con grasa de animales silvestres, como la de suri, por ejemplo; atar luego, al tronco del ejemplar ofendido, en su raíz, una tira roja. Hecho lo cual, había que retirarse con cautela, sin mirar para atrás." Y terminaba satisfecha, después de su larga como interesante conversación, convencida de haberme enseñado."

El mistol. También pertenece el mistol a nuestra flora prócer, desde el momento que su madera es excelente, su sombra magnífica y sus frutos de un exquisito sabor muy gustado en las provincias norteñas y el Chaco, donde se cría y alcanza alturas de doce metros con un follaje tupidísimo. Llamó mucho la atención este árbol a los conquistadores, pues su fruto recordaba a la azofaifa española, aunque no tan negra y de un sabor más dulce aún.

El fruto del mistol madura de febrero a marzo. Se muele ligeramente y se convierte en una pasta espesa, gelatinosa a la que dan forma esférica, luego de envolverla con una capa de harina de maíz tostado o harina de algarroba. Este producto se llama "bolanchao". También se hace una especie de aloja muy agradable, y arrope de gran calidad.

Sus propiedades curativas se notan en las infusiones del mismo fruto que curan el cólico bilioso, siendo además, un gran antídoto contra el efecto de la mordedura de la serpiente. Sus hojas tie-

nen excelentes condiciones terapéuticas, y la corteza sirve para hacer el "jabón de palo" o quitamanchas muy eficaces.

El palo borracho. El palo borracho, fué apreciado por los indios de las márgenes del río Pilcomayo, porque con su tronco enorme en forma de botellón, hacían canoas, bateas y "Cachiveo", especie de embarcación liviana y resistente; recipientes para la aloja y para amasar la harina. Sirve para yesca, moldes, etcétera. El salteño le llama "yucan", el guaraní "samohú", y los tobas le dan el nombre de "copadañick". Su nombre clásico es "schorissia", sus flores son rosas, amarillas, blancas o lilas. No se le conocen cualidades curativas, pero su sombra es codiciada por el perímetro que abarcan sus ramajes.

Se da en clima cálido y seco, y se tiene entendido que mientras más lejos se encuentra el agua, más desarrolla su tronco. Su pulpa fofa, va almacenando la humedad de la tierra, el rocío que cae en sus ramas y tronco se conserva en la enorme "botella". Su fruto es una vaina más grande que una nuez y al madurar, se abre y brota de él una cantidad de semilla y copos de algodón suave.

La leyenda. Esta leyenda la recogí en la forma que paso a relatar: Concurría diariamente a una reunión de indios que en la zona chaqueña, a orillas del Pilcomayo, se efectuaba periódicamente a fin de contratarlos para la zafra tucumana y salteña. Una mañana me dirigía en procura de buena caza donde ejercitar mi puntería, cuando ante un árbol de los llamado Palo Borracho, un grupo de indígenas realizaba extrañas ceremonias. Tomados de la mano, en círculo, daban vueltas alrededor del árbol en un ritmo acompasado y sereno. Una especie de murmullo acompañaba a la danza, mientras sus rostros se levantaban al enfrentar al sol y desafiaban su luz con los ojos bien abiertos. Minutos después abandonaban la extraña ceremonia dirigiéndose al río y lavándose el rostro.

Sorprendido indagué sobre el extraño rito; pero ninguno de los que habían participado en él supieron darme noticias. A la tarde, el patrón de una barcaza, criollo que hacía viajes en los puertos de la ribera, me dijo:

—Es una costumbre india... Adoran al Palo Borracho... Tiene una leyenda. Los indios le llaman: Mujer, o madre nuestra pegada a la tierra.

En efecto; la leyenda del palo borracho es una de las más hermosas concepciones de la mente indígena. Contrariamente a lo que cabe suponer por la forma del árbol, el hombre criado en la selva cree que éste representa el cuerpo de una mujer; cuerpo que se va formando en tres períodos de vida: la juventud, en la que el árbol muestra su tronco con la esbeltez de una doncella; el de la plenitud, en el que el mismo muestra las formas plenas de la mujer en su vigor espiritual y físico, y la vejez, en la que el árbol muestra las formas maduras de la matrona, reposada, que se convierte en "ma-

dre nuestra pegada a la tierra"... Pegada a la tierra por la fuerza de un designio.

En los tiempos en que la luna bañaba su precioso disco en las aguas de los grandes ríos aprisionados en la floresta, existía una tribu de indios cuyos hombres eran de un valor extraordinario, y sus mujeres de mágica hermosura.

Una de ellas sobresalía de todas por su exquisita bondad que se unía a sus nobles condiciones para completar un digno marco de atracción y de alabanzas. Muchos guerreros ambicionaban llevarla a su tienda por compañera, y muchas estrellas fueron testigos de las rondas y canciones que le prodigaban al son de instrumentales de sonoros acordes. La joven india, que había rendido las pruebas que se exigían a las mujeres de su tribu llegadas a la pubertad, tenía su elegido en uno de los indios de su pueblo. Era un esbelto guerrero que en más de una ocasión había puesto a prueba su coraje. El amor los fué uniendo hasta que quiso la fatalidad que la tribu se trabara en lucha con otras enemigas.

Partió el amante con sus compañeros, no sin antes solicitar de los labios de la amada la fidelidad que guardaría durante su ausencia. Ella le prometió un amor eterno y juró sobre los huesos de sus abuelos que no uniría su cuerpo a otro que no fuera el que había elegido y amado con extraño frenesí. Su espera sería eterna, hasta que las sombras la arrojaran en medio de la noche y la muerte le diera el sosiego a su espíritu dolorido.

Transcurrieron muchas lunas sin que los guerreros ofrecieran noticias. Cuando la convicción de la muerte se extendió por la tribu, la india, desposeída de su bien amado por el triste designio, escuchó indiferente palabras de amor de bizarros hombres del pueblo. A ninguno hizo caso, porque en su corazón se había abierto una herida profunda causada por el dolor y que no se restañaría por largo tiempo.

Desesperada se hundió en la selva para dejarse morir en ella. Poco tiempo resistió el peso de la vida su físico debilitado. Una mañana, a la llegada de la primavera, los indios que se dirigían a cazar, la encontraron muerta entre los matorrales. Decidieron llevarla hasta el pueblo; pero, en momentos de cargarla sobre una parihuela, notaron que sus brazos se alargaban en forma de ramas y que su cuerpo se redondeaba tomando la forma de un árbol de extraña configuración. Su cabeza se doblegó hacia el naciente, sobre el tronco, y de los dedos empezaron a brotar flores blancas de gran hermosura. Los indios retornaron impresionados a su tribu y allí contaron lo que habían visto.

Sólo algunos días después se animaron a volver al lugar donde se hallaba la india muerta, convertida en árbol. Al llegar comprobaron que las flores se habían teñido de un ligero color rosado y que ya no había quedado ningún vestigio de humanidad. El árbol

se levantaba seguro sobre su robusto tronco y su ramaje florecido se desparramaba en su graciosa copa.

Termina la leyenda diciendo que las flores blancas son los suspiros de amor y las lágrimas de la india que se tiñen de rosa por la sangre derramada en el campo de batalla, y que las raíces del árbol absorben de la tierra para llevarla a las corolas.

El maíz. De ilustre linaje americano, el maíz ocupa otro lugar ponderado en la flora prócer americana. El inca Garcilaso, en páginas inmortales dice de sus primeros pasos por América, de esta manera: "Los frutos que el Perú tenía, de que se mantenían antes de los españoles, eran de diversas maneras: unos que se crían sobre la tierra y otros debajo della. De los frutos que se crían encima de la tierra tiene el primer lugar el grano, que los mexicanos y los barloventanos llaman maíz, y los del Perú zara: el uno es duro, que llaman muruchu, y el otro tierno y de mucho regalo, que llaman capia. Cómenlo en lugar de pan, tostado o cocido en agua simple; la semilla del maíz duro es la que se ha traído a España; hay más tierno y delicado en otras, particularmente en la que llaman Rucana. Para sus sacrificios solemnes, como ya se ha dicho, hacían pan de maíz, que llaman Cancú, y para su comer, no de ordinario, sino de cuando en cuando, por vía de regalo, hacían el mismo pan, que llaman huminta: diferenciábase en los mismos nombres, no porque el pan fuese diferente, sino porque el uno era para sacrificios y el otro para su comer simple; la harina la molían las mujeres en unas losas anchas, donde echaban el grano, y encima dél traían otra losa hecha a manera de medialuna, no redonda, sino algo prolongada, de tres dedos de canto. En los cornejales de piedra hecha de media luna ponían las manos, y así la traían de canto de una parte a otra sobre el maíz; con esta dificultad molían su grano y cualquiera otra cosa que hubiesen de moler, por lo cual dejaban de comer pan de ordinario... También hacían gachas, que llaman "api", y las comían con grandísimo regocijo, diciéndoles mil donaires, porque era muy raras veces. La harina, porque se diga todo, la apartaban del afrecho, echándola sobre una manta de algodón limpia, en la cual la traían con la mano, asentándola por toda ella. La flor de la harina, como cosa tan delicada, se pega a la manta... Todo lo cual vi por mis ojos, y me sustenté hasta los nueve años con la zara, que es el maíz cuyo pan tiene tres nombres: Cancú era el de los sacrificios; Huminta, el de sus fiestas y regalo; Tauta (pronunciada la primera sílaba en el paladar), es el pan común; la zara tostada llaman cancha, quiere decir maíz tostado; incluye en sí el nombre adjetivo, y el sustantivo háse de pronunciar con M, porque la N significa barrio de vecindad o un gran cercado. A la zara cocida llaman musti (y los españoles mote), quiere decir maíz cocido, incluyendo en sí ambos nombres. De la harina del maíz hacen las españolas los bizcochillos y frutas de sartén, y cualquier otro re-

galo, así para sanos como para enfermos; para cuyo medicamento, en cualquier género de cura que sea, los médicos experimentados han desterrado la harina del trigo y usan las del maíz. De la misma harina y agua simple hacen el brebaje que beben, y del brebaje, acedándolo, como los indios saben hacer, se hace muy lindo vinagre; de las cañas, antes que madure el grano, se hace muy linda miel. Porque las cañas son dulces; las cañas secas y sus hojas son de mucho mantenimiento y muy agradable para las bestias. De las hojas de la mazorca y del mantelillo se sirven los que hacen estatuas para que salgan muy livianas. Algunos indios más apasionados de la embriaguez que los demás de la comunidad, echan la zara en remojo, y la tienen así hasta que echa sus raíces; entonces la muelen toda como está, y la cuecen en la misma agua con otras cosas, y colada la guardan hasta que sazona. Hácese un brebaje fortísimo, que embriaga repentinamente: llámase vinapu, y en otro lenguaje sora. Los Incas la prohibieron por ser tan violento para la embriaguez. Después acá me dijeron que se ha vuelto a usar por algunos viciosos. De manera que de la zara y de sus partes se sacan los provechos que hemos dicho, sin otros muchos que han hallado para la salud, por vía de medicina, así en bebida como en emplastos, según que en otra parte dijimos."

En los antiguos pueblos, y aún actualmente en muchos lugares del altiplano, la chicha, bebida fermentada del maíz, se hacía mascando el grano y arrojándolo a un recipiente. Los actuales araucanos, proceden de la misma manera.

La leyenda. Una leyenda mexicana (37), dice que por la Ley de los Soles, que tradujo Del Paso y Troncoso, se sabe que una vez que en Tomoachán fueron creados los primeros hombres, los dioses se preguntaban qué les darían de comer. Van y vienen la hormiga negra, es decir, Quetzalcoatl, y también la hormiga roja. Los dioses de la lluvia amontonan tierra, y Manáhuatl, que se convierte en sol, ayuda a que se desmorone el Cerro del Mantenimiento. Surgen entonces el frijol, la chía y el maíz de varios colores. Tan pronto como los indios vieron a las hormigas acarreando el maíz, probaron éste y les gustó y las lluvias de los cuatro puntos cardinales se encargaron de fecundar las semillas.

Otra leyenda guaraní. Avatí era un joven y poderoso cacique que vivía entregado a los placeres mientras sus compañeros y súbditos se ocupaban de la guerra defendiendo el territorio de la tribu. A cada poblado que llegaba triunfante, juntaba a las mejores muchachas y luego de apreciar sus calidades de mujeres les hacía preguntas hasta llegar a la que su instinto buscaba. Y su instinto buscaba a las jovencitas sin experiencias amorosas porque gustaba desflorarlas. En cierta ocasión, y en uno de esos desfiles se encontró con Ara (cielo), que era hija de un influyente hombre de la tribu. Ante el acostumbrado interrogatorio de Avatí, la joven le contestó

despreciativamente al punto que indignó al pretencioso cacique. La actitud de Ara produjo tal efecto que el que había triunfado en todas las lides amorosas, en esta oportunidad se consideraba un fracasado. Del amor propio pasó al cariño extraordinario y un día, sin poder frenar su impulso amoroso quiso abusar de Ara, pero ésta lo rechazó violentamente arrojándolo al suelo. En otra oportunidad, llegó hasta ella humildemente pidiéndole que tuviera compasión de él y lo amara; pero, Ara lo humilló más aun todavía, porque le dió una bofetada en pleno rostro.

Avatí, desesperado, resolvió quitarse la vida, y, frente a la mujer amada, ante la cual pasaba por un cobarde, quiso demostrar su hombría y la calidad de su amor, incrustándose en el pecho una piedra con ayuda de su lanza. Cayó al suelo Avatí, y de su sangre nació la planta de maíz.

El chañar. Aunque no lo hemos conocido de mucha altura, el chañar adquiere una preciosidad extraordinaria cuando en primavera se llena de flores amarillas. Es el primer árbol que florece en el bosque santiagueño, o por lo menos el que más se hace ostensible a la vista del viajero. Cuando el fruto está en sazón no sólo recurren a él grandes y chicos, sino también los pájaros que regustan de la mejor manera.

El criollo hace aloja de chañar, arrope y bolanchao.

Sus propiedades curativas son antiasmáticas. Un farmacéutico santiagueño ha preparado un jarabe contra la tos en los niños. La corteza hervida se usa contra la tos convulsa. "Las hojas son consideradas como preciosos emolientes y se suministra la infusión de las mismas contra el asma. La corteza, que es lisa, verdoso-cenicienta, la emplean en los casos de flujo de sangre."

Huiñaj. El huiñaj es un árbol muy bonito cuyo nombre en quíchua significa "avisador", porque es "avisador de la lluvia". El criollo dice que apenas florece, en la época del verano, significa que cambiará el tiempo y habrá lluvias. Al respecto dice el profesor Vicente Paz: "La planta sirve de barómetro al campesino, cuyo anhelo es verse favorecido por la caída de continuas lluvias en la estación del verano, en el deseo de que las haciendas pasen el invierno con abundante pasto; de ahí resulta que sus observadores hayan producido este conocimiento para augurar sin temor a equivocarse, que el florecimiento de esta hermosa planta, por períodos de dos a tres días antes de las lluvias o cambios atmosféricos, es el precursor de este fenómeno."

La palma. En casi toda la provincia de Santiago del Estero y parte del Chaco, se cría la palmera que los salvajes utilizaban para diversos usos. El padre Lozano la registra como propia del Chaco y dice que los naturales la tenían en buen aprecio. Sus hojas amplias y bastante duras ofrecen pantallas con pecíolos largos.

Da un fruto de sabor dulzón que fermentado produce alcohol.

De la misma se obtiene un aceite incoloro que es medicamentoso, sobre todo para suavizar la piel.

El criollo, en tiempos de sequía, alimenta a la hacienda con sus frutos, pues es caldoso, fresco y reconstituyente.

Existe otra variedad más alta que produce cera, utilizada para fabricar velas, y la raíz para substituir la zarzaparrila.

Se confeccionan con sus hojas que son fibrosas y fuertes, esteras, sogas, canastos, etcétera.

Guayacán. Se llama guayacán o Palo Santo en sus variedades conocidas en el Chaco y Santiago del Estero, y pertenece a la familia de las leguminosas y a la subfamilia de las cesalpinoidas. Alcanza de doce a quince metros de altura. Su madera de fibra pareja es muy codiciada para la fabricación de rayos de carros, cabo de hacha, durmientes, etcétera, y muebles en general.

Las cualidades terapéuticas de este árbol fueron conocidas por los naturales de la región, y en la actualidad se lo tiene en cuenta para medicación en las zonas de San Luis, Córdoba, San Juan, Tucumán, Mendoza y Salta. El padre Lozano, que lo conoció en sus andanzas por el Chaco, dice: "De las virtudes del Guayacán escriben maravillas los médicos, especialmente Aschericio, insigne catedrático de Medicina en la Universidad de Montpellier; pero todos concurren con más eficacia y seguridad en el que acá llamamos palo santo, como depone el H. Pedro de Montenegro, eminente cirujano y herbolario en esta nuestra provincia del Paraguay, y que tuvo increíble acierto en la medicina enseñando de su grande aplicación y mucha experiencia. En un tratado que escribió de las plantas y árboles de estas provincias, dice que con el cocimiento de palo santo, tomado largo tiempo como bebida ordinaria sanó a muchísimos, que arrojaban materia por saliva, habiendo empezado a experimentarlo en sí mismo, que de este achaque estaba ya desahuciado por incurable; y mucho mejor dice lo hace la resina de dicho palo, que es sobremanera aromática. Cura también sus cocimientos las heridas cavernosas exteriores, la tiña seca, las pestillas de la cabeza, lavándose con él a menudo, bien que se han de untar antes y después con aceite común de olivas. La goma o resina del guayacán, como del palo santo, es único remedio para la disentería, hecha polvos y tomados en agua caliente. Estas y otras virtudes escribe dicho hermano, por propia experiencia. El palo santo no se distingue del otro árbol (de que hay muchos en el Chaco), llamado lapacho o taxativo en hojas y corteza; sólo en las flores son diversos; porque las de lapacho son encarnadas, y dan su fruto en unos como racimos del tamaño de uvas, en la punta de las ramas, y algunas al final, pero muy raras, una a una, y cuando más dos o tres juntas. Crecen, lapacho y palo santo, en igual altura y grosor, pero se diferencian, fuera de lo dicho, en que el primero florece en julio y agos-

to, y el segundo por octubre y noviembre. Los troncos de ambos son maderas fortísimas."

Las tribus salvajes buscaban el palo santo para ahuyentar los mosquitos y todas clases de parásitos.

Ha sido prohibida su tala por el gobierno, pues en la industria de la pólvora ha dado muy buenos resultados.

Vinal. El vinal, cuyo nombre clásico es *Prosopis ruscifolia,* es propio de los climas secos del país. De muy niño lo hemos conocido, con su color amarillo verdoso, cubierto totalmente de espinas largas y bien punzantes. Cuando nos enfermábamos de la vista, nuestra madre apelaba a la hoja machacada y hervida en agua para curarnos. Esta cualidad la conocían los indígenas.

§ 6. *El hombre en el bosque santiagueño. -- El carbón*

Marchamos por el camino atentos a todo cuanto late en esta campiña santiagueña, donde el paisaje se presenta desolado por el acento triste de la sequía, que pone al boscaje circundante una nota gris sucia, adornada de espinosos cactus y centenarios algarrobales.

La Cañada, Suncho Corral, Matará, Añatuya, pueblos librados a la confianza de sus propios pobladores, que desafiaron toda inclemencia y se acostumbraron a luchar para no morir. ¡Experimento heroico el de aquellos inmigrantes que abrieron la picada bajo el rigor del clima tropical! Domaron a la tierra feraz, taladraron sus entrañas en busca del agua generosa que derramarían en el sembrado, del solar y saciaría la abrasadora sed de los hombres y las bestias.

Bandera... Aquí dejamos la línea que quiere llevarnos a lugares más cordiales. Preferimos buscar de nuevo las entrañas de ese Chaco santiagueño que nos atrae.

Tomás Young... 410... 435...; Kilómetro 450...

Con el número 450 lo conocimos hace veinte años. Entonces era un "kilómetro" en punta de rieles, en cuya periferia ejidal sonaba la bronca canción de las sierras de los obrajes. Los hombres se movían silenciosos en el follaje del monte, en los canchones donde la trozada de leña se desparramaba, o detrás de la sierra interminable del galpón abierto a los cuatro puntos cardinales, como si lo que allí hiciera más falta fuera aire para disipar la solana de un sol de fuego. Hoy es un pueblo más, pegado a la línea del Central Norte, formado en el vértice de un triángulo de vías entre Añatuya y Bandera. Alguien lo ha bautizado con el nombre vernáculo de "Los Juríes". Tal vez anduvieron por allí en otras épocas aquellos "personajes" que aparecen en las crónicas de Oviedo y Valdez, como ágiles corredores tan sólo comparables a los avestruces —de ahí juríes— y que también aparecen en las descrip-

ciones de Lizárraga, armados de "Flechas que llevan ponzoña que mata rabiando en ocho o diez días; desde que comienza a obrar, los heridos se dan de golpes y de cabezadas".

Hoy Los Juríes es un pueblo con pretensiones de seriedad oficial, en el que un comisario, un juez de paz y una especie de intendente municipal forman el triángulo de la futura aristocracia pueblerina.

Si en pleno corazón del Chaco, en plena selva santiagueña, nos explicaran la categoría y clase de la familia de las apocináceas, seguiríamos ignorando que el quebracho que dió sombra en el patio a varias generaciones de nuestra familia, pertenece a la división de ese nombre extraño. Asimismo, ignoraríamos que lo que la zoología distingue con la designación exótica de *triatoma infestans* es la familiar y terrible vinchuca criolla, que se nos prende a modo de vampiro cuando el sueño nos sorprende en los ranchos de la campiña santiagueña.

Los datos que nos facilita un abnegado maestro santiagueño, el señor Angel M. Alderete, director de la escuela nacional de Los Juríes, son de los que consideramos más completos e ilustrativos, pues no solamente muestran el aspecto exterior de una actividad local sino que también el complejo drama social que soporta el habitante de la zona unido a las inconveniencias de la infección que provocan el clima, los bichos y las condiciones de trabajo.

Comienza con el típico campamento del peón hachero que, obligado por la miseria, se resuelve a abandonar su hogar, juntamente con su familia, para internarse en la inhospitalaria selva, en donde sabe que como un mal sin remedio ha de ser víctima del medio y del hombre que lo explota. Alrededor de la "vivienda" ha formado un canchón, replegando así a la maleza a unos cincuenta metros, a efectos de preservar a la familia de las yararás, que abundan en esas latitudes. No obstante, hay visitas imposibles de prevenir, como la de las vinchucas, que pululan en enormes cantidades, particularmente de noche, dejándose caer del techo de paja, muy propicio para su escondite, sobre sus víctimas entregadas a un profundo sueño, por las duras faenas diarias.

Nos refiere el señor Alderete que entre las especies de vinchucas que más abundan se cita la *Triatoma infestans*. En parajes cercanos a Los Juríes fueron examinados 82 individuos entre adultos, ninfas y larvas, comprobándose el 48.78 % de ellos con flagelados en las deyecciones. Se han observado cinco ejemplares de *Triatoma infestans* en Añatuya, resultando uno intensamente parasitado con flagelados de tipo, sobre todo, de tripanosomas metacíclico. Estos estudios fueron realizados en esa provincia por el doctor Salvador Mazza, jefe de la misión de estudios de la patología regional argentina, en compañía del doctor Canal Feijóo y citado por el doctor Alfredo Palacios en el Congreso de la Nación.

Así como al hombre de la región se le abandona víctima de la enfermedad de Chagas, en estas zonas hasta ahora inexploradas científicamente (pues lo que se ha hecho hasta la fecha es sólo a guisa de rápidas excursiones y no como estudios permanentes y bien organizados, como se necesitan), con igual incuria se le deja explotar por las proveedurías, que al igual que la vinchuca, le chupan también la sangre obligándole a un nivel de vida que difícil sería de imaginar, para quienes jamás han visitado un obraje.

Hemos visto cómo se desenvuelve el hombre, principal motor de esta industria chaqueña que tiene su centro en las zonas boscosas de la Argentina. El mismo arbitrará, a fuerza de ingenio y a costa de su suerte, los medios para que este engranaje continúe moviéndose para formar la riqueza natural de nuestra patria. Buscará el agua, unas veces salobre y amarga, que distribuirá en los campamentos sedientos, y otras esperará pacientemente la nube promisoria que aparece y se diluye en el horizonte en amagos de esperanzas. Se internará en la selva, donde abatirá a corpulentos árboles de 75 a 80 centímetros de diámetro y de 15 a 20 metros de alto. Magníficos ejemplares de quebracho blanco caen derribados por las hachas de estos sufridos peones que implacablemente talan grandes extensiones de bosques a objeto de utilizarlos en la fabricación del carbón.

Verdaderos especialistas hay en esta faena. El árbol es cortado en trozos sistemáticos de 75 centímetros de largo por 40 centímetros de diámetro, para obtener un carbón de buena calidad, ya que los trozos inferiores producen una carbonilla de difícil colocación en los mercados. Su madera tendrá que ser igualmente fresca, con lo que se asegura la excelencia de la mercadería.

Más tarde viene la "rodeada", o sea la reunión de la trozada para facilitar la construcción de la parva; luego se hace la parva, de una altura de cinco a diez metros, en forma de cono, y una vez acondicionada la madera se procede a cubrir el cono con paja. Ya la parva es una especie de horno macizo de tierra, leña y paja cuando se procede a darle fuego. Claro está que al construir las parvas debe tenerse cuidado de dejar bocas en las bases del cono para iniciar por ellas la combustión, dejando otra más arriba, a fin de que sirva de respiradero y una tercera en el centro, destinada a cargar o alimentarlo.

El horno en plena combustión dura de 15 a 20 días. Mientras ella aumenta, comienza a bajar la parva, hasta que notada una paralización en este sentido, es signo evidente que la combustión se ha extendido por toda la madera. Luego viene el período de enfriamiento (hasta cinco días); más tarde se saca el carbón, se clasifica, se transporta en carros y llega hasta los canchones de la línea férrea, donde los vagones esperan ser cargados y rotulados con rumbo a los centros poblados en busca de buenos mercados.

Frente a la naturaleza el hombre se mantiene fuerte por haber sabido traducir los beneficios que ella reporta a la humanidad, pero aún no ha logrado ese hombre, como ente social, alcanzar la interpretación total de su vida colectiva. En esta vida donde se desenvuelven todas sus angustias aún no ha encontrado la fórmula que lo libre de las mil acechanzas que hay en su camino.

§ 7. *Arboles y arbustos históricos de la República Argentina*

Los árboles y arbustos considerados cómo históricos en la República Argentina, ya sea por estar relacionados directa o indirectamente con hechos o páginas de nuestra independencia o por marcar una etapa de la organización social y política de nuestro país, están representados por especies pertenecientes a distintas familias botánicas y suman un total de treinta y dos (38).

Para su mejor ordenación y conocimiento los agruparemos por provincia o territorio. Así consideraremos primeramente los correspondientes a la Capital Federal:

CAPITAL FEDERAL

1. — *La parra de San Miguel.* Plantada en el año 1738 por el presbítero don Juan Alonso González y Aragón, fundador de la Hermandad de Caridad, del Hospital de Mujeres y del Templo de San Miguel, se halla en el patio de este último (Bartolomé Mitre y Suipacha).

En la actualidad, en el muro y junto a la parra hay una placa con una inscripción recordatoria que fué colocada al ser reconocida aquélla como histórica por la Sociedad Forestal Argentina.

2. — *El pacará de Segurola.* Conocido comúnmente bajo el nombre de "pacará", "timbó", "oreja de negro", "timbó cedro", "timbó colorado", su denominación científica es *Enterolobium contortisiliqum*, Morong.

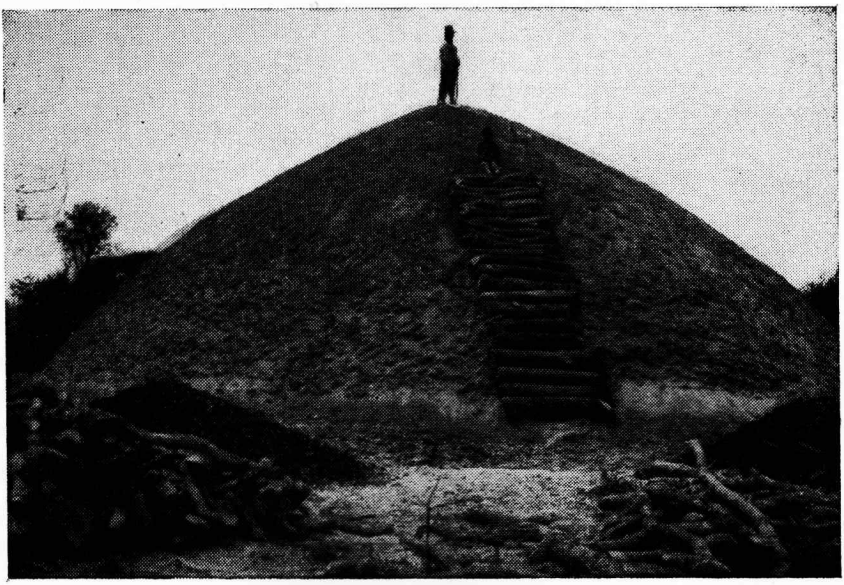
Pertenece a la familia de las leguminosas.

Según los datos históricos recogidos, a la sombra de este árbol el célebre deán doctor Saturnino Segurola vacunaba a todo el vecindario.

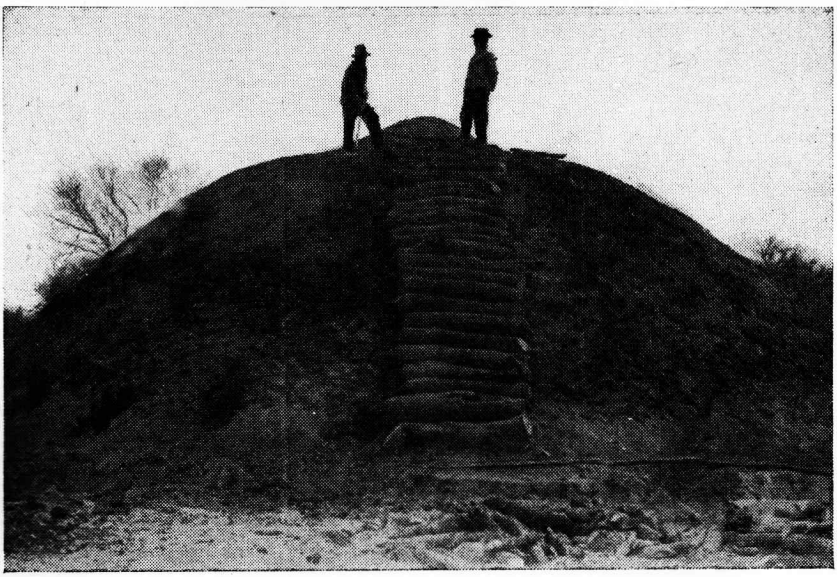
En la actualidad se encuentra en la quinta de Letamendi, situada en la manzana comprendida entre las calles Directorio, Miró, Puán y Lobos, y cuya propiedad correspondió con anterioridad a don Romualdo Segurola.

3. — *El aromo del perdón.* Según reza la placa colocada a su lado, este árbol fué plantado por Manuelita en 1838, y bajo su copa, a pedido de la hija de Rosas, se les concedió el indulto a numerosos presos políticos.

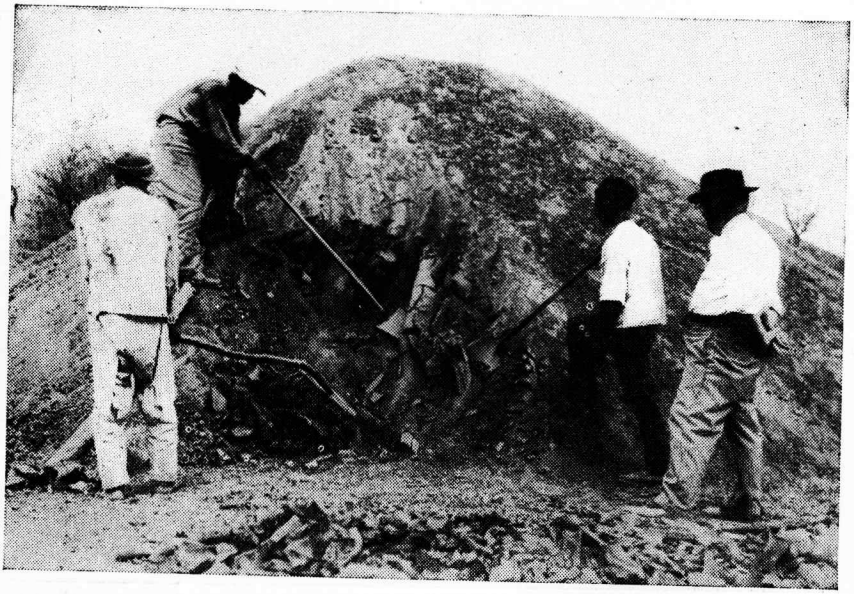
El añoso espinillo conocido con el nombre de "aromo del



Después de la paja, se lo cubre con tierra y ya está listo para la combustión



El horno en plena combustión



Ya frío el horno, escarban la tierra y aparecen los primeros trozos de carbón

Carro típico de la selva, llevando el carbón a la línea ferroviaria

perdón" o "de Manuelita", se conserva en la residencia de don Juan Manuel de Rosas, en Palermo, a un costado de la casa de estilo colonial que construyera un tal Cabrera en el año 1838 y cerca del sitio en que se levanta la estatua de Sarmiento.

4. — *La palmera del doctor Avellaneda.* Esta palmera fué obsequiada a la Municipalidad de Buenos Aires por el doctor Nicolás Avellaneda para adornar el paseo de la Recoleta. En cumplimiento de su propio deseo, el ex presidente la plantó por sí mismo y ello figura en la placa recordatoria, que dice: "Phoenix Dactylifera. Palmera donada y plantada por el doctor Nicolás Avellaneda, presidente de la República, en junio de 1881".

Indudablemente debe haber una alteración de fecha en la inscripción, pues Avellaneda terminó su mandato el 12 de octubre de 1880, día en que asumió la presidencia el general Roca.

El hecho relatado ocurrió durante la intendencia de don Torcuato de Alvear.

5. — *El ciprés del padre Bolaños.* En el año 1605, Fray Luis de Bolaños, el apóstol del Paraguay y del Río de la Plata, plantó dicho ciprés en el huerto conventual. Hasta hace 25 años era considerado como el más antiguo de toda la ciudad. En 1913 fué plantado otro en su lugar, para perpetuar la memoria del viejo ciprés del padre Bolaños.

6. — *El pino de Santa Lucía la Vieja.* A un costado del oratorio de Santa Lucía (Sarmiento y Montevideo) existió hasta el año 1878 un pino cuya edad se calculaba en 230 años. Sus dimensiones resultaban sorprendentes: 5 varas de circunferencia en el tronco, 90 en la copa y 22 de altura. Producía numerosas piñas, llegando hasta 800 y aun a 1.000 en los últimos años.

7. — *La magnolia del doctor Avellaneda.* Entre los actos que se celebraron con motivo de la inauguración del Parque 3 de Febrero (con que se rememora la fecha de la victoria de Caseros), la comisión encargada de los mismos y cuyo presidente era el general Domingo Faustino Sarmiento, tuvo el acierto de hacer figurar la plantación de un árbol por el entonces presidente doctor Avellaneda, quien eligió y plantó una magnolia. El citado árbol existe actualmente en la primera sección del parque, sobre la avenida Vieytes. Tiene una altura de nueve metros y un diámetro de treinta y cinco metros.

8. — *El naranjo de Sor María.* En el patio de la antigua Casa de Ejercicios (calles Independencia y Salta) existió hasta el año 1917 un naranjo dulce. Doña María de la Paz y Figueroa, misionera natural de Santiago del Estero, lo plantó en el año 1795. Era doña María descendiente de una familia de ilustre abolengo y de marcada distinción dentro de la sociedad argentina.

El naranjo alcanzó una duración de unos 120 años, pero de-

bido al mal estado de su tronco, que aparecía carcomido en su parte inferior, así como a su mala conservación en cuanto a su aspecto general, la producción en los últimos tiempos era raquítica y pobre.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

9. — *El ombú del virrey Vértiz.* El virrey Vértiz lo incluyó en el plano de su quinta en el partido de Vicente López. Aún se mantiene en todo su esplendor y conserva su gran hermosura a pesar de los 500 ó 600 años que le asignan los entendidos.

10. — *El ombú de Perdriel.* Se halla situado este ombú en una propiedad del coronel don Rodolfo Mom. Es tres veces centenario y le tocó presenciar el combate de Perdriel, librado en el año 1806 contra las fuerzas inglesas.

11. — *El Ombú de la Esperanza.* Fué bautizado con este nombre por los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, porque sentados a la sombra de su follaje proyectaron la grandiosa empresa de nuestra independencia.

Cerca de San Isidro se levanta solitario, en un terreno propiedad de los descendientes del general Juan Martín de Pueyrredón.

12. — *El olmo del Rincón de López.* Está relacionado con los primeros años de la vida del general Mitre y en ello cifra su importancia histórica. Se encuentra en la estancia del Rincón de López, de don Benjamín Sáenz Valiente, y constituye toda una maravilla por sus proporciones en cierto modo gigantescas, dado que su diámetro alcanza, a un metro y sesenta centímetros del suelo, una medida de cinco metros cincuenta centímetros, y su copa una altura de veinte metros y una circunferencia de cien.

13. — *El pino histórico del doctor Costa.* Este ejemplar de *Pinus marítima* fué plantado durante el coloniaje y su edad se calcula en ciento treinta años aproximadamente.

Se halla en la residencia del doctor Eduardo Costa, sobre las barrancas del río Paraná, a la altura de Martínez. Cabe notar que la propiedad del doctor Costa formó parte antiguamente de la chacra de su tío don Juan Martín de Pueyrredón.

14. — *Los árboles de la isla "Rinconada".* Entre todos los árboles plantados por Domingo Faustino Sarmiento en esta isla que fuera de su propiedad, se destaca un sauce llorón bajo cuyos ramajes se sentaba el gran educador a leer y a departir con sus amigos. En esta isla del Delta se reunían los refugiados políticos de la época de la dictadura para huir a Montevideo a incorporarse a las filas del ejército unitario.

PROVINCIA DE SANTA FE

15. — *El pino de San Lorenzo.* Plantado por los jesuítas a mediados del siglo XVII, es uno de los árboles más conocidos por

el pueblo argentino. El general San Martín esperó a su sombra el desembarco de las tropas españolas, para librar el combate de San Lorenzo.

Aún se encuentra en el huerto del convento de San Lorenzo y a pesar de sus muchos años, ya que en los días de la revolución de Mayo era muy viejo y su tronco y corona elíptica empezaban a inclinarse ligeramente, conserva su apariencia erguida y su noble aspecto.

16. — *La tipa de la Independencia.* Al pie de este árbol, el ejército auxiliar del Perú al mando del general Belgrano realizó el acto solemne de la jura de la bandera.

Junto a este antecedente histórico, importa destacar el no menos valioso de haber sido el árbol a cuyo reparo concibiera el doctor López y Planes, secretario en ese entonces de las fuerzas expedicionarias, las sublimes estrofas del Himno Nacional Argentino.

En la actualidad la tipa de la Independencia no existe.

PROVINCIA DE ENTRE RÍOS

17. — *La arboleda de la estancia "San José".* En la estancia "San José", rodeada de pintorescos jardines, se extiende una hermosa arboleda plantada por el general Justo José de Urquiza en el año 1849. La Sociedad Forestal Argentina ha colocado en ese monte una placa recordatoria.

PROVINCIA DE CORRIENTES

18. — *El ñandubay de Pago Largo.* Este añoso ñandubay fué testigo de la batalla librada en Pago Largo por las fuerzas del general Pascual Echagüe contra las fuerzas del gobernador coronel Genaro Berón de Astrada, y en la cual resultaron triunfadoras las primeras.

A su pie se encuentra una cruz que fué colocada por el único sobreviviente, señor Gauna, en honor de los caídos.

19. — *El palo borracho de la Batería.* Al iniciarse la guerra de la triple alianza se libró un combate entre argentinos y paraguayos en el antiguo paseo de la Batería, hoy Parque Mitre, de la capital de la provincia. El hecho ocurrió el 25 de mayo de 1865 y el único testigo que queda de la encarnizada escena es un palo borracho o samuhú, perteneciente a la especie *Chorisia speciosa.*

PROVINCIA DE CÓRDOBA

20. — *El nogal de Saldán.* En Saldán, a cuatro leguas de la ciudad de Córdoba, se encuentra este espléndido ejemplar de

nogal, que cuenta con tres siglos de existencia y que data desde la época del coloniaje, cuando la citada población fué fundada por Tejeda en el año 1575.

21. — *El algarrobo del general Paz.* Tiene alrededor de dos siglos y es de gran corpulencia. Bajo su espesa copa descansó el general don José María Paz en vísperas de librar la batalla de Oncativo contra las montoneras del caudillo don Juan Facundo Quiroga. Se halla en Anizacate, provincia de Córdoba.

PROVINCIA DE SAN LUIS

22. — El *nogal de la Estanzuela.* Es el único árbol del huerto que cultivaron los jesuítas, desde 1753 hasta su expulsión en 1767, que perdura hasta nuestros días. Constituye, por lo tanto, el árbol histórico más antiguo de esa provincia.

23. — *El ombú de la Aguada de Pueyrredón.* El general Juan Martín de Pueyrredón vivió durante el período de su destierro, comprendido entre los años 1812 y 1815, en un paraje cercano a la capital puntana conocido bajo el nombre de "Aguada de Pueyrredón". En este pintoresco lugar existe un ombú que fué traído por el general desde su chacra de San Isidro y plantado por él mismo en su nueva residencia, cuyas ruinas de piedra se conservan hasta el presente.

24. — *El árbol verde.* Próximo a la antigua estación del ferrocarril en la ciudad de San Luis existe un algarrobo blanco llamado por el pueblo "árbol verde" y cuyo valor histórico estriba en haber resguardado a su sombra al ex gobenador don Justo Daract y al general Peñaloza (a) El Chacho, durante la entrevista realizada en el año 1862, y por la cual pusieron término a las hostilidades con que el caudillaje amenazaba de continuo al gobierno de Cuyo. Según la tradición, El Chacho y Daract permanecieron de pie y solos, mientras el gauchaje "churrasqueaba" en los fogones y un escuadrón de lanceros hacía la guardia.

PROVINCIA DE MENDOZA

25. — *La alameda de San Martín.* El general José de San Martín, durante su período de gobernador intendente de la provincia de Cuyo, mandó plantar, en el año 1814, en la ciudad de Mendoza, un conjunto de álamos traídos de Cádiz en 1808 por don Juan Cobo, quien recibiera estacas del álamo de Italia y del de la misma familia "negro", los cuales constituyeron, por sus excelentes maderas aptas para la construcción, una amplia fuente de recursos para las provincias andinas. La mayor parte de estos árboles han sido renovados y sólo quedan unos pocos de la célebre alameda.

26. — *El sauce de San Martín y O'Higgins.* En la provincia

de Mendoza, en el lugar conocido por el nombre de "El Plumerillo" (Departamento de Las Heras), se encuentra un sauce llorón, bajo el cual se sentaban a tomar mate y departir amistosamente los generales San Martín y O'Higgins por los años 1814 a 1817.

27. — *El pino de las ruinas de San Francisco.* No obstante el violento terremoto que destruyó el convento de San Francisco el 20 de mayo de 1861, se conserva aún hoy día el pino que había en el patio de la citada institución. No se puede precisar su edad con exactitud, aunque se calcula en dos siglos, pero se sabe con certeza que ya existía cuando en 1779 los padres franciscanos adquirieron el convento, que fué propiedad de los jesuítas con anterioridad.

28. — *El naranjo de Laprida.* En la antigua ciudad de San Juan de la Frontera, en la casa donde nació don Francisco Narciso de Laprida en el año 1786, se conserva un naranjo en memoria del ilustre presidente del Congreso de Tucumán.

29. — *La higuera de Sarmiento.* En el patio de la casa de Sarmiento, en la provincia de San Juan, se halla una higuera que se conserva como recuerdo del ex presidente, que tanto entusiasmo demostró por la arboricultura.

PROVINCIA DE LA RIOJA

30. — *El gran olivo de Arauco.* En el departamento de Arauco, al norte de la provincia de La Rioja, se encuentra un viejo olivo que cuenta con tres siglos de existencia. Dicho olivo, plantado durante la época de la colonia, se salvó de la destrucción ordenada por la Metrópoli, sin que se conozca motivo alguno para esta excepción. Su origen se remonta a las semillas traídas desde España para el Perú.

Su tronco es de gran corpulencia, mide nueve metros de diámetro; da un rendimiento de 330 kilogramos de aceitunas por año. Esto aparte de los frutos poco desarrollados, que sirven como alimento de las aves de corral.

31. — *El naranjo de San Francisco Solano.* Fué plantado por el misionero San Francisco Solano, en el patio del antiguo convento franciscano de La Rioja, a fines del siglo XVI. Tenía más de tres siglos, pero no ha alcanzado a perdurar hasta nuestros días, encontrándose actualmente seco.

PROVINCIA DE SALTA

32. — El *cebil de Güemes.* Según se lee en la "Historia de Belgrano" de Mitre, el caudillo Güemes fué a morir al "pie de un hermoso cebil colorado", en el paraje llamado La Higuera, cercano a la ciudad de Salta.

No obstante las búsquedas realizadas durante el año 1880 por el doctor Angel J. Carranza en el monte de referencia, no se ha logrado localizar el cebil de Güemes, lo que hace suponer que ya no existe.

§ 8. *Plantas de uso frecuente en la terapéutica popular*

Sin querer dar un catálogo de las plantas medicinales de nuestra flora, doy a continuación las que con más frecuencia utiliza el criollo para la medicina de circunstancias:

Tusca. La hoja hervida de tusca se aplica para el lavaje de heridas, y la misma, molida, como secante.

Uritu Chaqui. La hoja de este arbusto, que se cría en Santiago del Estero y tiene un nombre eminentemente regional, es recomendada para las enfermedades venéreas.

El calden. Se conoce en Santiago del Estero, Córdoba, Pampa Central y Chaco. En el norte se emplea como medicamento para las ovejas infestadas de lombrices y parásitos intestinales.

El cebil. El cebil, que se cría en el Chaco y del cual ya han dicho lo correspondiente los cronistas, servía a los indígenas para tratar las llagas de la lepra. Bonpland lo utilizaba y afirmaba esa cualidad curativa.

Recuerdo que durante mi niñez recorríamos el campo santiagueño en procura de la hierba que aliviara el mal propio y el de nuestros familiares. De esa manera aprendí a conocerlas y creer en sus cualidades curativas. Doy cuenta de algunas, que recuerdo y abono con la autoridad del profesor Vicente Paz, profesor de Historia Natural de la Escuela Normal de Profesores Manuel Belgrano, de Santiago del Estero.

Altamisa. Una especie de arbusto con el que curábamos la mordedura de la víbora, ingiriendo al mismo tiempo una infusión teiforme.

Cepa-caballo. Con la hoja de este arbusto curábamos afecciones del riñón y los cálculos renales. Para el estómago la tomábamos en ayuna, y durante el día el agua fresca después de hervida la hoja, nos hacía mucho bien. Se recomendaba en esta forma para las enfermedades de los riñones. Es de una abundancia enorme en la zona de Santiago del Estero.

El ancoche. Lo utilizábamos para purgante y contra la fiebre.

El ají del campo. Lo utilizábamos para curar el dolor de oídos.

El palán-palán. Es una de las más nobles de las plantas de la medicina popular. Es conocida en casi toda la República. En la medicina casera se la utiliza contra dolores reumáticos en forma de cataplasmas y para precipitar la supuración de ciertos abcesos o inflamaciones. Machacadas y haciéndolas impregnar en grasa da un

excelente resultado en aplicaciones contra las afecciones hemorroidales. La hoja masticada se usa para la picadura de insectos.

Recuerdo que con hojas de palán machacadas y rociadas con aceite, me curé una quemadura de segundo grado.

La cola de caballo. Esta planta es muy requerida en la medicina casera, por lo siguiente: "Es diurética. El doctor Cembrano dice de ella: Se han elogiado sus virtudes en las afecciones de las vías urinarias y cálculos del riñón. Es, además, un buen hemostático reconocido contra la hemoptisis y los vómitos de sangre. Por ser astringente se ha usado con éxito en las diarreas. Como remineralizador en los tuberculosos, se da dosis en polvo de un gramo en cada comida. Al exterior se aplica cocimientos con resultados favorables para lavar las úlceras antiguas y las heridas que presentan mal aspecto".

La jarilla. La usábamos para las inflamaciones, contra el reumatismo, sabañones, canchas, etcétera.

Salvia. Esta hierba la teníamos a la orden del día, después de cada comida. Cuando nos sentíamos doloridos del estómago recurríamos a ella, o cuando alguno se alteraba los nervios, o se enfermaba de la boca, la garganta, etcétera.

Atamisqui. Las hojas machacadas de este arbusto las utilizábamos para sinapismos, y con gajos preparábamos baños que se recomendaban en los ataques de aplopejía y contra los dolores de huesos y reumatismos.

El paico. Lo usábamos para la indigestión, el cólico, el catarro, la disentería, la lombriz. Con él ahuyentábamos los parásitos de las habitaciones.

El cardo santo. Lo usábamos para la indigestión, contra las heridas ulcerosas, la conjuntivitis, etcétera.

El tártago. Ya se conoce la utilidad de esta planta para la fabricación del purgante denominado aceite de ricino, terror de los chiquilines.

Poleo. La nobleza del poleo es muy apreciada en las provincias del norte: contra resfríos, indigestión, etcétera.

Malva. Es otra de las plantas muy conocidas en la medicina casera. La usábamos para baños de asiento, cataplasmas para disolver la inflamación y los tumores y para combatir morbosidades gástricas, o en forma de enemas.

Doca o tasi. Es una enredadera típica del norte. La infusión de la raíz de la planta es bebida por las madres para regularizar la función glandular.

La lengua de buey. La usábamos para madurativos, y su raíz para purgante.

Zarzaparrilla. Como sus variedades son tan conocidas en la farmacopea oficial, huelga todo comentario. Es un magnífico de-

purativo de la sangre. Se usa en el norte para curar las eczemas y el reumatismo crónico.

Santa Lucía. Como su nombre lo indica, sirve para el mal de ojos y males de la piel.

LOS VEGETALES EN LA SUPERSTICIÓN POPULAR

Muchos vegetales tienen cualidades mágicas que el pueblo utiliza con sus respectivas leyendas, creyendo a pie juntillas lo que de los mismos se dice. Una de las plantas muy utilizadas por magos y curanderos es la ruda, de la cual, no sólo en América, sino también en muchos pueblos de Europa, se dice que es propicia para la hechicería. En el norte, la ruda se utiliza como amuleto, pues llevando un gajo en el bolsillo ahuyenta a las brujas y a los malos espíritus.

Existe la ruda hembra y la ruda macho, las que he conocido en el norte argentino. La primera es de hojas pequeñas y tupidas, y la segunda de hojas grandes y planta más recia. Recuerdo que teníamos en nuestra casa una planta de ruda macho, y los vecinos nos tenían cansados de tanto pedirnos "gajitos"; unos decían que para remedio, y otros para espantar malos espíritus.

Esta planta tenía virtudes magníficas: nos avisaba cuando entraba una persona desconocida en la casa. Apenas el forastero cruzaba el lugar donde se hallaba la planta, ésta despedía un olor extraordinario que apestaba la casa. No sucedía con nuestros familiares el caso citado.

El Padre Hernando Castrillo (39) escribía de la ruda lo siguiente: "La ruda tiene muy conocidos provechos. Dicen los naturales que su zumo preserva al que se previniere con él de picaduras de abejas, avispas, escorpiones y arañas. Aristóteles, que impide el mal de ojo. Plinio, que es más provechosa plantada al pie de una higuera. Gaudencio, que un palo de esta raíz puesto en la oreja quita el dolor de cabeza, y que la mujer que está con su regla, pisándola, la sana. Laguna refiere de algunos que dicen tiene gran fuerza contra los demonios y contra todo hechizo. Los naturales dicen que extingue el ardor libidinoso en los varones y lo aviva en las mujeres. Plinio advierte que la del campo causa hinchazón en las manos que la tratan; y el zumo de la cañaheja la sana: ésta es caliente y seca en cuarto grado; la doméstica en el tercero. Y ésta es muy válida para las mujeres apasionadas del mal de madre, como nota Galeno; y califica su zumo para los colirios, porque quita la oscuridad de la vista".

* * *

Dicen que la higuera florece únicamente a medianoche de Navidad, con una sola flor blanca.

* Para ahuyentar los duendes, hay que mostrarles una rama de ruda con excremento humano.

* Para saber en qué dirección se encuentra la persona querida, se hace una caladura en la sandía. Se hace girar a ésta y según la dirección hacia que mire la caladura, allí está.

* Cuando se crían hortensias en las casas, las solteras no encuentran novio.

* La flor de magnolia trae mala suerte para los de la casa.

* El banano y la higuera son plantas propicias para que los demonios se oculten. Por eso hay que hacer una cruz en el tronco de ambas plantas para que sus espíritus se vayan.

* La flor de amambay, como la de la higuera, también aparece en Viernes Santo y en Nochebuena. La primera flor que se obtiene ese día de la planta servirá de amuleto para la buena suerte.

* Preserva de todo peligro si se coloca debajo del colchón, un ajo macho atravesado por un alfiler.

* Se cura el resfrío fuerte colocándose en el cuello un collar de tártago.

* Un collar de marlos cura la angina.

* Si el arroz se desparrama de casualidad, es indicio de buena suerte.

* Ver pasto verde dará suerte.

* Si los choclos, la zanahoria y otros vegetales se dan mellizos, morirá el jefe de la familia.

* Planta que mucho florece o fructifica, traerá desgracias para sus propietarios.

* No hay que cortar higos a la hora de mucho sol; la higuera se enoja y le hará salir ampollas al intruso.

* Dios castigará al que arranque plantitas recién trasplantadas.

§ 9. *Los vegetales en la canción popular*

Sauce.

Abajo del sauce verde
donde cuerre el agua fría,
ahí te tengo retratada
pedazo del alma mía.

Amapola.

Amapola, amapola,
amapolita,
el gusto de quererte,
no se me quita...

Arbol.

¡Arbolito, arbolito
del campo verde,
adonde hace más sombra,
mi amor se duerme!

¡Arbolito, arbolito,
de verde rama,
palito de alhucema,
flor de retama!

¡Arbolito, arbolito
de los potreros,
quiéreme, morenita,
que soy soltero!

Azucena.

Azucena, puesta en agua
me duró cuarenta días;
que mi amor no puede estar
sin verte un solo día.

Clavel.

¡Clavelito puesto en agua
pasado, por el rocío!
¿Cuándo podemos juntar
tu corazón con el mío?

Rosa.

Dicen que las rositas
tienen espinas,
yo tengo una en el alma
y no me lastima.

Mirasol.

Dios te conserve tan linda
guampita de caracol,
espuma de apoyo gordo,
florcita de mirasol.

Paraíso.

En la puerta de mi casa
tengo un paráiso florido,
no quieras contar a nadie
que los dos somos queridos.

Ceibo.

Florcita de ceibo en flor;
de ceibo en flor,
carnero mocho,
pecha mejor.

No me olvides. Hojitas de "no me olvides"
te traigo, prenda adorada,
pa que te acuerdes de mí
cuando estés acongojada.

Nardo. Infeliz amor mío,
tomá este nardo,
esos ojos, señora,
yo me los guardo.

Violeta. Qué dichosa es la violeta
cuando está por florecer,
más dichoso sería yo
si estuviera en tu poder.

Jazmín. Tome, niña, este jazmín
que del jardín lo arranqué,
la planta llora por él
y yo lloro por usted.

Pensamiento. Un pensamiento me distes
yo lo coloqué en el pecho,
y desde entonces va unido,
al tuyo, mi pensamiento.

Verbena. Yo soy como la verbena
que en el campo verde nace,
y tú como el caramelo
que en la boca se deshace.

Alhelí. Yo soy una blanca flor,
vos sos un verde alhelí;
nianque halles otro mejor
nunca te olvidarás de mí.

Siemprevivas. Eres flor de siemprevivas,
siemprevivas has de vivir,
quien te dicé estas palabras
te ha de amar hasta morir.

Lirio. Para mí no hay tiempo alegre,
soy un deshojado lirio,
secaron mis hojas verdes
por el golpe del martirio.

Hiedra.

Ese tu amor se parece
a la hiedra cuando crece,
en todas ramas se pega
y en ninguna permanece.

Naranja.

La naranja es naranjada,
el limón es color caña.
¿Cómo quieres que te quiera
cuando tus ojos me engañan?

Azahar.

Tomá esta florcita blanca
por ser florcita de azahar,
aquí me vas a avisar
con quién te vas a casar.

Camalote.

En el agua hay un yuyito
que se llama camalote.
¿Quién te va a querer a vos
si no tienes ni bigote?

San Vicente.

En el campo hay una flor
que se llama San Vicente.
¿Quién te va a querer
estando el dueño presente?

Higuera.

En la puerta de mi casa
tengo una planta de higuera,
mi madre me está criando,
pero no para cualquiera.

Ruda.

¿Dónde está ese pajarito
que canta sobre la ruda?
Ruda, dile que no cante,
que el amor no tiene cura.

Albahaca.

El amor en las mujeres
es lo mismo que la albahaca,
que más ligero retoña
cuanto más hojas le sacan.

Pajuela.

El amor de las mujeres
lo comparo a la pajuela,
arde mucho, dura poco,
no alumbra, pero quema.

Viña.

No plante esa viña
junto al camino,
pasajeros que pasan
roban racimos.

Maíz.

También es maíz tostao
el que manda la parada,
viene también lashpapuca,
anco, máiz, tuna morada.

Algarroba.

Alojita de algarroba,
molidita en el mortero,
se me sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

Cadillo.

En el monte hay un yuyito
que le llaman el cadillo.
¿Quién te va a querer a vos,
muchacho sin calzoncillo?

Achicoria.

Enfermo estoy no sé de qué
y dicen que he de sanar
con achicoria del campo
y agua de cuchi... corral.

Afata.

En la puerta de mi casa
tengo una planta de afata,
las chinitas no me quieren
porque no tengo alpargatas.

Jarilla.

En la puerta de mi casa
tengo una planta i'jarilla,
si quiere bailar conmigo
lávese bien las canillas.

Romero.

En la puerta de mi casa
tengo una planta i'romero,
donde cantan los jilgueros
la vida de los solteros.

Tuna.

Este tiempo los muchachos
son como flor de tuna.
¿De dónde sale este mozo
amoroso y sin fortuna?

Choclo. Chacarera de mi vida,
ya no tienes qué vender,
se han acabado los choclos
y los zapallos también.

La espiga. La espiga rica con fruto
se inclina a tierra,
la que no tiene grano
se empina tiesa...

(1) Waldo Frank. *América Hispana.*
(2) *El culto al Arbol,* Alberto Nin Frías. Edit. «Claridad».
(3) G. Oncken - E. Meyer: *Historia de Egipto.*
(4) *Historia Universal.* Eliseo Reclús.
(5) El «árbol para treparse al cielo», de la leyenda guaraní, fué maldecido por una vieja que solicitó limosna a los que trepaban por él y se la negaron. De noche, bandadas de carpinchos royeron el árbol hasta desplomarlo al suelo. Desde entonces los indios guaraníes quedaron sin escala para llegar hasta el cielo. Esta leyenda debió ser concebida por los padres de las misiones, y tiene el fin moral de hacer ver que los favores de la caridad son bien recompensados.
(6) «Curiosos aspectos de la terapéutica calchaquí».
(7) Se refiere al caso en que el hechicero de la tribu recurre a una planta de probada vitalidad a fin de curar el raquitismo en un niño. Si el enfermo sana desde ese instante un mismo destino rige la vida del individuo y de la planta. «Así un hachazo dado en el tronco del árbol repercutirá dolorosamente en su cuerpo...»
(8) Se recuerda al lector la leyenda de Apolo y Dafne, cuando ésta huye y se encomienda a los dioses del Olimpo. La adoración del laurel es universal.
(9) Afirmaban los indios del Perú, que cuando el inca Manco Capac se ponía en guerra, hasta los árboles lo seguían para participar de la lucha.
(10) *La fiesta de los Amancaes.* Fausto Burgos. *La Prensa,* 20 de setiembre de 1936.
(11) «Lo que nos dice la ciencia y práctica popular acerca de algunas plantas colombianas», H. Daniel. Revista de la Universidad de Antioquía. Medellín. Colombia.
(12) Profesor V. A. Reco, de un artículo aparecido en el *Reichpost,* de Viena, 1935.
(13) *Flora santiagueña.* Segunda edición.
(14) *Jamaica Public Health.* Kingston. Jamaica.
(15) Estado descripto por el malogrado Stefan Zweig en el cuento titulado *Amok.*
(16) *Descripción Colonial.* Fr. Reginaldo de Lizárraga. Tomo 1º. Edición 1928 realizada por el doctor Ricardo Rojas.
(17) Alberto Córdoba. *Rumbo al Norte.*

(18) Angelo S. Rappoport. *El Folklore de los judíos.*

(19) Esta afirmación carece absolutamente de fundamento. En las provincias del Norte, la higuera es preferida en el patio familiar por la sombra tupida que ofrece en verano. Poseíamos un hermoso ejemplar en nuestra finca de La Banda, a cuyo abrigo se cobijaron durante largos años mis hermanos y demás familiares. En las noches de verano dormíamos bajo sus ramajes, y nunca notamos los síntomas a que se refiere la superstición que dejamos apuntada... ¡Y eso que jamás nos precupamos en curarla!

(20) Este rito tiene relación con el culto que de tiempo atrás se hace a la higuera en la noche de San Juan, en España. Una de las costumbres muy populares en Málaga es la de que las parejas de novios serán felices si cumplen el requisito, durante el noviazgo, de ir a las 10 de la noche a comer brevas a un lugar llamado Las Barrancas, el día de San Juan.

(21) Esta práctica se hace en las provincias del norte con un resultado extraordinario. Lo he visto hacer a una mujer de la provincia de Santa Fe, y he quedado sorprendido.

(22) *La Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.* Edición de 1882, prologada por Andrés Lama.

(23) En la actualidad el árbol se denomina Aromo o Espinillo.

(24) Nombre que le daban a la planta los indígenas.

(25) Referencias obtenidas del Boletín de Agricultura de la provincia

(26) Profesor Mariano Paz, libro citado.

(27) Historia del Gran Chaco Gualamba.

(28) *Seibo* o *Ceibo.* Martiniano Leguizamón. Folleto publicado en Paraná.

(29) *Herbolario de plantas medicinales de Misiones.*

(30) Referencias obtenidas del Boletín de Agricultura de la Provincia de Corrientes.

(31) Doctor Emilio Arrastay. *Le maté.*

(32) En un trabajo presentado en el Congreso Internacional de Medicina del año 1910.

(33) Ricardo del Campo. Boletín de la Sociedad Folklórica Argentina.

(34) Alberto Nin Frías. Obra citada.

(35) Versión del escritor uruguayo Montiel Ballesteros.

(36) *A través de la selva.* Edición del autor.

(37) *Leyendas Mexicanas.* Ramón Heliodoro Valle.

(38) Enumerados por la Sociedad Forestal Argentina; vale decir, con viso oficial; no obstante son muchos más los que existen y debían estar en la nómina. Se nota la ausencia del algarrobo donde descansó Facundo antes de su muerte.

(39) Historia o Magia Natural, o Ciencia Oculta. Con nuevas noticias de los más profundos misterios y secretos del Universo visible, en el que se trata de animales, peces, aves, plantas, flores, yerbas, metales, piedras, aguas, semillas, paraísos, montes y valles, por el padre Hernando Castrillo de la Compañía de Jesús, natural de Cádiz, donde trata de los secretos pertenecientes a las partes de la tierra. Año 1723.

CAPÍTULO IV

LOS ANIMALES EN EL FOLKLORE

§ 1. Los animales en el mito del fuego. El animismo. Animales adorados por los hombres. El culto del pájaro. El caballo de los araucanos. El mito del cuervo creador de la luz. El "casamiento" de los animales en el norte argentino. El oso adorado en tribus primitivas. El mito de la mantis religiosa. La leyenda del mamboretá. -- § 2. Pervivencia totémica o sensación análoga de vida. Totem y tabú. El animismo. Las heráldicas como pervivencia totémica. El totem como medio preventivo. Los sentimientos del habitante de la selva. El mundo de los animales como un permanente drama humano. El infortunio y la felicidad de algunos animales. El Eumorfo Amadei, símbolo de la felicidad animal. La amistad entre los animales. La independencia del gato. La facultad del sapo. Los salvajes aprendieron de los animales a prevenirse. El instinto médico animal. Los animales conocían el valor de los vegetales vitaminosos. Terapéutica animal. -- § 3. Período de la domesticación. La leyenda de Nontap, o de cómo los bueyes que pertenecieron a los animales cayeron en poder del hombre. -- § 4. Personajes de la Fábula. La astucia de los animales puesta en la Fábula. El hombre concede vida y sentimientos análogos a los animales. Los animales en los mitos, leyendas y fábulas de nuestro territorio. La iguana, el isondú, el toro de las astas de oro. La vaca colorada de la Laguna el Bebedero. La madre de la vertiente en Catamarca. El puma de la Ciénaga de Purmamarca. La cueva que fué del Lagarto. La cueva de la Lechuza. El Serpentón de Tacurú-Pucu. El zorro elige profesión. Otro decálogo del zorro. -- § 5. Dioses tutelares de la fauna regional. -- § 6. La leyenda de la transformación del hombre en animal. El runauturunco. El lobizome, el almamula, el cacuy. -- § 7. Los animales y sus cualidades terapéuticas. -- § 8. Algunas supersticiones y creencias en las que intervienen los animales. -- § 9 Los animales en la canción popular.

§ 1. *Los animales en el mito del fuego. -- El animismo. -- Animales adorados por el hombre*

Es interesante conocer cómo en los mitos forjados por pueblos primitivos está siempre el animal presente como héroe protagonista. Cuando las tribus salvajes de América refieren sus leyendas sobre el origen del fuego —uno de los mitos más antiguos de la huma-

nidad, al decir de Frazer—, dan noticias frecuentes del pájaro que reveló al hombre la existencia de ese elemento para cocer los alimentos. Miles de leyendas se tejen alrededor de ese mito. Unas aluden al ave que ponía caracoles sobre un lugar donde salía una columna de humo, otras, al buitre negro que luego de la destrucción del mundo, se refugió en su nido con un tizón para que el hombre y la mujer que se habían salvado pudieran perpetuar la especie. Los indios Tapetie, tribu del Gran Chaco, dan cuenta que el buitre negro "obtuvo el fuego por medio del rayo del cielo" y lo conservó en la tierra para que los indios de la tribu asaran la carne de los animales que mataban. Los Matacos del Gran Chaco dicen que "el jaguar estaba en posesión del fuego y lo guardaba antes de que el hombre lo hubiera conseguido". Los Chiriguanos hablan del gran sapo que vino en auxilio de los niños para que éstos pudieran comer el pescado asado, durante una gran inundación que anegó sus campos. Los Bakari del Brasil, así como los Apaches Jicarillas de Nueva México, relatan las correrías de un zorro llamado "Señor del Fuego". Los indios Coras, de México, "cuentan cómo en tiempos antiguos la iguana estaba en posesión del fuego, y cómo habiéndose peleado con su esposa y su suegra se retiró al cielo llevándose consigo el fuego". Los indios Sía, de Nueva México, "dicen que la araña, a la que llaman Sussistinnanko, fué la creadora de los hombres, animales, aves y todos los seres vivientes. Vivían en una casa bajo tierra, y allí hacían fuego frotando una piedra de punta dura contra otra chata y redonda. Los Navajos —la tribu cuya cultura estudiara tan profundamente la escritora Ruth Benedic— refieren en sus leyendas que los primeros hombres de su mundo cuando llegaron brotados de las entrañas de la tierra se encontraron con el mundo poblado de animales que poseían fuego para calentarse y cocer sus alimentos. El conejo es el héroe del fuego entre los indios Hitchiti; el oso es, para las tribus de Alabama, el creador del fuego, y para los Sioux, de los valles del Mississipí, el "erbette", pájaro que se sacó dos barritas negras de los ojos para que los hombres hicieran el fuego, constituyéndose así en animal sagrado hasta nuestros días.

Se desprende de estas creencias que el fuego fué visto por primera vez por el hombre a través del relámpago, cruzando el cielo. Hasta él no podían llegar más que las aves impulsadas por sus alas, o el animal astuto que se valía de recursos casi divinos. La leyenda de los Cherokee confirma este aserto cuando dice: "en el principio no había fuego y el mundo era frío, hasta que los truenos enviaron sus relámpagos y pusieron fuego en el fondo de un viejo sicomoro hueco que crecía en una isla. Los animales sabían que allí estaba, porque podían ver el fuego saliendo por la copa pero no podían obtenerlo. Así, pues, se reunieron en consejo para decidir

qué harían. Todo animal capaz de volar o nadar estaba deseoso de ir en busca del fuego..." (1).

Juegan un papel importante en la vida del hombre los animales. En un comienzo, por ese anhelo que apunta en el deseo de poseer la astucia del animal, que estuvo bien señalada en los pieles rojas que, según ellos, habían copiado de los animales la táctica de la guerra, la técnica de las emboscadas, y se jactaban de espiar a un enemigo como un zorro, de atacarlo como un tigre y de esquivarlo como una liebre.

De esa manera —sin entrar todavía a estudiar el punto desde el ángulo del totemismo—, las viejas civilizaciones adoraban a los animales, no por los animales en sí, sino por el espíritu que para ellas representaron concedido por las relaciones animistas que con ellos mantenían. Sabemos que los egipcios adoraban al gato, y se recuerda que una turba enfurecida hizo pedazos a un extranjero que había matado a uno de ellos. Se recuerda, asimismo, la indignación del pueblo egipcio cuando el rey persa Cambises, después de haber conquistado Egipto, apuñaló al buey Apis. Y tenemos conocimiento, también, de que la serpiente Apop, de la mitología egipcia, es la representación del demonio, cuando en otros pueblos es objeto de veneración por su simbolismo sagrado, como la referencia que hace el inca Garcilaso de la Vega al hablar de los "antis" del antiguo Perú, al decir que adoraron por dios a los tigres y a las culebras grandes, que llaman "amaru, son mucho más gruesas que el muslo de un hombre y largas de veinticinco y treinta pies; otras hay menores. Todas las adoraban aquellos indios por su grandeza y monstruosidad. Son bobas, y no hacen mal; dicen que una maga las encantó para que no hiciesen mal; y que antes eran ferocísimas. Adoraban al tigre por su ferocidad y braveza. Decían que las culebras y los tigres eran naturales de aquellas tierras, y como señores dellas merecían ser adorados y que ellos eran advenedizos y extranjeros".

Los incas descendientes de Manco Capac, decoraban sus casas con efigies de oro y plata, de animales y plantas. El magnífico templo del Sol estaba lleno de planchas de oro y figuras de animales bravos: tigres, osos, leones, zorros, perros y gatos. En las ceremonias en honor al Sol se sacrificaban corderos para eliminar los malos agüeros y obtener la gracia de brillantes fiestas. "Para unas cosas tomaban sus agüeros en un cordero, para otras en un carnero, para otras en una oveja estéril, que cuando se dijere oveja, siempre se ha de entender estéril, porque las paridoras nunca las mataban, ni aun para su comer, sino cuando eran ya inútiles para criar." Tomaban el cordero o carnero, y poníanle la cabeza hacia Oriente; no le ataban las manos ni los pies, sino que lo tenían asido tres o cuatro indios; abríanle vivo por el costado izquierdo, por do metían la mano y sacaban el corazón con los pulmones y todo el gaz-

gorro, arrancándolo con la mano y no cortándolo, y había de salir entero desde el paladar" (2).

En las actuales tribus del alto Amazonas, llamadas de los jíbaros (3), la serpiente es un animal sagrado. Se cita la boa del agua o anaconda de veinte metros, que los jíbaros se niegan a matar. La rodean de respeto y de temor.

EL CULTO DEL PÁJARO

En las tribus pascuenses (4), existe el culto del pájaro. La vida social de estos antiguos indígenas descansaba en el culto de Manatura (pájaro de la suerte). La ceremonia principal tenía como objetivo nombrar cada año el jefe militar de la tribu que era llamado Tangata-Manu (Tangata: hombre; Manu: pájaro). Para ser Tangata-Manu, "era preciso hacerse poseedor del primer huevo puesto por un pájaro marino migratorio de largo pico: la golondrina de mar. Las pruebas de este modo de elección hacían intervenir, por una parte, cierta proporción de suerte (de allí el nombre de Manutara: pájaro de la suerte) y, por otra parte, en los primeros tiempos, cuando la prueba no se hacía todavía por procuración, la demostración de cualidades físicas y morales, que eran indispensables para un jefe militar. Para ir a la búsqueda de los huevos, era preciso atravesar el mar, difícil por los vientos y escollos, y llegar a un islote, también peligrosamente batido por las olas; luego, en posesión del primer huevo, era preciso volver, y rápidamente, porque era indispensable hacer ver el huevo, lo más pronto posible, a los pascuenses que habían permanecido en la orilla. Ahora bien, es evidente que para triunfar era preciso ser a la vez un nadador ágil y poderoso y también un hombre decidido, provisto de una valentía fuertemente templada." Los ídolos encontrados con cabezas de pájaro no son otra cosa que este culto que se tenía en alta estima y del cual surgía un hombre perfecto para jefe de la tribu.

EL CABALLO DE LOS ARAUCANOS

Entre los araucanos que pueblan nuestras pampas perviye aún la costumbre de bautizar de manera original a sus hijos: "Un caballo dado por el padre a su hijo, cualquiera sea su sexo, es derribado al suelo con los pies fuertemente atados; luego el jefe de la familia o de la tribu coloca sobre el caballo al niño adornado de pinturas, y rodeado de sus parientes y amigos, y le agujerea las orejas con un hueso de avestruz bien afilado; en seguida se pasa por cada agujero un pedacito de cualquier metal para agrandarlos. Como en todas sus fiestas, una yegua hace el gasto del festín. Los parientes más cercanos se reparten los huesos de las costillas y cada uno de ellos va colocando el que ha roído a los pies del niño, obligán-

dose por este acto a hacerle un donativo cualquiera. Para terminar la ceremonia, el personaje que ha practicado la abertura de las orejas hace a cada uno de los circunstantes, con el mismo hueso de avestruz, una incisión en la piel de la mano derecha, en el nacimiento de la primera falange del índice. La sangre que sale de esta herida voluntaria, es ofrecida a su dios como sacrificio propiciatorio."

EL CUERVO, CREADOR DE LA LUZ. -- OTROS ANIMALES

El cuervo tiene, como otros animales, un lugar de preferencia en la mitología del mundo. Conocido es el privilegio de que goza en la India este animal. Su caza es totalmente prohibida; más que prohibición es un acto sacrílego, y el pueblo está obligado a facilitarle alimentos, dejarlos morar en las habitaciones, etcétera. Un viajero español que visitó la India cuenta que se mostró extrañado de que las ventanas del hotel no tuvieran vidrio. Le informaron que al comienzo lo tenían, pero que los cuervos se estrellaban en ellos al querer entrar a los cuartos, y hubo necesidad de sacarlos para no mortificar al animal considerado sagrado.

En las tribus pobladoras del noroeste americano se cree que los espíritus diabólicos ven a las almas como si fueran pescados; ellos los cazan con arpones y redes. Y al hablar del cuervo dicen que éste ha sido el creador de la vida y del agua; bajo los atributos de ave ha tratado siempre de ocultarse y esto lo ha ridiculizado. El cuervo es una deidad y su nombre quiere decir Dios; él ha sido quien ha dado forma al mundo actual, y rompiendo el huevo de la oscuridad le proporcionó la luz (5).

En el folklore de las regiones misioneras que estudia Ambrosetti, vemos a los monos del género Cebú, de quien dicen los naturales de la región que en su origen eran niños que, hallándose trepados en un árbol comiendo fruta, fueron maldecidos por la virgen. Del mono Carayás, barbudo del género Mycete, dicen que fué un hombre maldecido por su padre.

Al Puma o León, no puede matársele con arma de fuego. Los naturales observan que cuando se le apunta llora desconsoladamente. Al chancho del monte que los guaraníes llaman "Cristiano cuè", lo tienen como a un cristiano que se transformó en bestia porque se quedó dormido y no fué a saludar al niño Dios.

En el norte argentino, los animales tienen un papel importante en la vida de la comunidad. En las gracias que se dan por la buena cosecha, se realiza el casamiento entre animales, de la siguiente forma:

Hay que darle las gracias a la Pachamama por la buena cosecha. Ese día se hace "Mollapus", pan de harina de maíz amasado con poca agua y muy tostado al horno, que sirve para llenar los vilques del "agasajo". Se sirve aloja, chicha y coca. En el patio

de la casa habrá una "apacheta", especie de altar de piedras amontonadas en honor a la Pachamáma, y en él arrojarán el acullico, los participantes, y ofrecerán sus plegarias. Se dirán los "porqués": por los que no han venido; por los que han muerto; por los que están enfermos, etcétera.

El rito inicial lo he observado de esta manera: Se nombran padrinos para la ceremonia máxima. A la mañana, los padrinos y asistentes a la fiesta, dan vueltas por el corral pronunciando salmos. En determinado momento cavan un hoyito en el centro del redil y depositan en él una cantidad de hojas de coca; luego lo tapan en homenaje a Pachamama, a fin de que le continúe siendo propicia la suerte y la majada se multiplique sin dificultad. Después de este oficio se procede al "casamiento" entre dos animales. Se adorna con lazos y flores a una oveja y a un cordero, se les lleva hasta el altar o apacheta y cada cual al lado de su padrino se lo para frente a frente como si estuviesen abrazados. Los concurrentes murmuran oraciones por la prosperidad de la majada, y en la noche la fiesta se prolonga en juegos, cantos, danzas, etcétera. A la mañana, todos, cansados, van al corral y abren la puerta del Este y largan los animales que sigan la ruta astrológica propicia para el hombre y el animal.

* * *

Recuerda el capitán Peter Frechen, uno de los más célebres exploradores de las regiones árticas, que estando una vez entre los esquimales, quiso comprar un hermoso perro que poseía uno de los jefes de la tribu. El esquimal le respondió: "Ese perro no está en venta; es mi abuelo." Esta creencia viene de que los esquimales creen en la reencarnación del alma, no ya sólo en animales sino en cualquier ser. Es el caso que al morir una persona, el alma del muerto se encarna en el primer animal o persona que entra en la habitación en el momento de expirar. Un animal entre los esquimales es un ser de condición humana.

* * *

Los ainos, que habitan en la isla legendaria del Golfo Tártaro, adoran a los animales y creen en sus facultades curativas. Las espinas de cierto bacalao, pulverizadas y mezcladas en la leche, es de buen efecto para ayudar la dentición en los niños. La serpiente es objeto de un culto prticular, y matarla equivale a mal agüero.

El animal elevado a la categoría de divinidad, es el oso. Casi todos los pueblos poseen un oso sagrado que adoran fervientemente. Cuando la comida escasea en los meses de invierno, y mueren muchos niños por falta de alimento, el oso está ahíto, y es frecuente ver que si un cazador encuentra a un oso pequeño perdido en el bos-

que lo lleva a su casa y lo hace amamantar con su mujer en perjuicio del hijo.

* * *

En las islas Salomón se adora al tiburón, porque se supone que una de las islas muy azotada por los temblores, está sostenida en el lomo del pez citado, el cual se disgusta de vez en cuando si el habitante de esos lugares realiza un acto tabú.

En la Melanesia existe la danza de las aves llamadas Fragatas, especie de gaviotas, y la del tiburón, inspiradas por esos animales al sacerdote de la tribu que ordena realizarlas en el período de la caza y de la pesca.

EL MITO DE LA MANTIS RELIGIOSA

La manta, o mantis religiosa, o profetisa, de los clásicos, conocida en el lenguaje popular de los pueblos de América, por Mamboretá, tata Dios, Come Piojo, Monja, Saltamonte, Espectro, Italiana, Fresa, Magdalena, Embustera, Beata; Calugarita, etcétera, fué considerada siempre como un animal sagrado. En el folklore de muchos pueblos figura como poseedora de facultades extraordinarias y el hecho de su voracidad, fuera de todo orden y el instinto sanguinario que evidencia al comerse al macho después de la fecundación, ha generado una cantidad de mitos originales que agranda el misterio del animal minúsculo. Aristarco distinguía a la manta como causante del mal de ojos; en Roma suponían, que aquel que caía enfermo de mal desconocido, era la manta que lo había mirado. Ella figura junto a la espiga sagrada de los misterios de Eleusis, y el mismo Dioscórides la utilizaba como medicamento. Thomas Mouffet, naturalista inglés, dice: "Esta bestezuela es considerada hasta tal punto divina que, cuando la interrogan los niños extraviados, les muestra el buen camino extendiendo el dedo, y engañándolos muy rara vez, si es que alguna." En algunos lugares de Europa se la tiene por santa, y en otros por diabólica, y en los cuentos infantiles ocupa el rol de adivina que sabe dónde está el lobo, el bicho malo y las brujas que persiguen a los niños. En China son encerradas en jaulas de bambú y las crían para contemplar "apasionadamente sus combates".

En Turquía, la manta retiene su virtud de santa, pues suponen los habitantes de ese país que la pata del insecto "se halla constantemente tendida hacia la Meca".

Roger Caillois, cita una serie de leyendas que corren por Europa. Las mismas han sido relatadas en los ensayos efectuados por Askar, Dalhonhardt, Morianus, Frazer, Figuier, Junod, Kolber, Quatrefages, Meinhof, Bleck, Lang y otros.

La "calagurita", o monja, tiene para los rumanos esta leyen-

da: "Durante las persecuciones, los cristianos —Pedro y los ancianos de la Iglesia—, decidieron educar algunas mujeres como misioneras. Pero, a fin de protegerse contra la mirada de los paganos, que habría causado su perdición, tuvieron que llevar velos y no hablar con nadie en el camino. Una de estas mujeres, llamada Calugarita, fué un día abordada por un mozo hermosísimo, que no era otro que el hijo de Satán. Calugarita se descubrió el rostro y le habló de la enseñanza de Cristo. Inmediatamente, el mozo se hizo invisible y huyó. Pedro, avisado por un ángel, llegó apresuradamente y vió a la mujer sin velo. Para castigarla, la transformó en insecto. Y es así cómo la mujer se convirtió en Calugarita. Pero, viéndole venir, ésta trató de cubrirse nuevamente el rostro con el velo, y de ahí que, convertida en manta, conserve aún sus patas ante su cabeza, en ademán de ocultarla."

Entre los Hotentotes, según Scharmann, "otra especie, la manta feliz, es considerada como la divinidad suprema. Cuando el insecto se posa sobre una persona, ésta se torna sagrada. Se verifican sacrificios en honor suyo cada vez que visita un Kraal. Un viajero cuenta el caso de hotentotes (Khoi-Khoi) desesperados a la vista de un niño que se disponía a matar uno de los bichos sagrados. Del mismo modo que en Europa, es considerada la manta tan pronto como divina, tan pronto como diabólica; igualmente equívoca parece su significación en Africa Austral y en nuestra América.

Entre los hotentotes, según Scharmann, "otra especie, la mande numerosísimas consejas. En su origen, se confundía con Tere, personaje mítico que, en las creencias de aquellos pueblos, participa íntimamente en la creación, no obstante su carácter travieso, y se encuentra en constante relación con el dios propiamente creador."

§ 2. *Pervivencia totémica o sensación análoga de vida*

Muchos investigadores dan al caso de la adoración de los animales alcances totémicos. Suponen que existen pervivencias de tal carácter en el culto que de antiguo se observa en los pueblos civilizados de la tierra. Freud (6), observa que Frazer, en su descripción especial sobre el totemismo como sistema religioso, enseña que los miembros de una tribu se nombran según su totem y creen también en general que descienden de él. De ahí que no cacen al animal, ni lo maten, ni lo coman, y se abstengan en absoluto de todo otro uso del totem cuando el mismo no es animal. "La prohibición de matar y comer el totem es el único tabú que a él se refiere. A veces está también prohibido tocarle e incluso mirarle o pronunciar su nombre. La transgresión de estas prohibiciones del tabú, protectora del totem, es castigada automáticamente con graves enfermedades o con la muerte."

Un animal totem es llorado y enterrado como miembro de un

clan —dice Freud—, cuando es encontrado muerto. En aquellas ocasiones en que se ven forzados a matar un animal totem, lo hacen observando un ritual de excusas y ceremonias de expiación. "La tribu espera de su totem protección y respeto. Cuando el mismo es un animal peligroso (animal de presa o serpiente venenosa), se le supone incapaz de perjudicar a sus camaradas humanos y cuando esta creencia queda contradicha, es la víctima expulsada de la tribu. Los juramentos —piensa Frazer—, eran, al principio, ordalías, y así, se sometían a la decisión del totem la resolución de cuestiones delicadas, tales como las de descendencia o autenticidad. El totem auxilia a los hombres en las enfermedades y dispensa al clan presagio y advertencias. La aparición de un animal totem cerca de una casa, era considerada con frecuencia como el anuncio de una muerte, suponiendo que el totem venía a buscar a su pariente."

Se define así el totemismo de acuerdo a lo que acertadamente estudia Reinach (7) como el culto rendido a los animales, y a los vegetales, considerados como aliados del hombre. Es una consecuencia del animismo, en que el hombre primitivo al darle vida a los objetos y seres que lo rodean, ve en todas partes espíritus parecidos al suyo. Azcárate Gil (8), agrega que el totemismo está arraigado en la naturaleza humana, a tal extremo que hasta en las religiones más adelantadas se ven huellas. La paloma y el cordero de los cristianos, son vestigios totémicos, y es fácil explicarse su origen en el cristianismo primitivo, si se tiene en cuenta que estos animales suelen ser para el hombre símbolos de mansedumbre y dulzura, cualidades que se atribuían a sí mismos los primeros cristianos. Tan innato es en el hombre el ponerse bajo la protección de un símbolo, al que se atribuye además una representación de la colectividad que como tal lo ha adoptado, que restos del totemismo primitivo, se ven también en campos completamente ajenos a la religión. El mismo autor manifiesta que los signos heráldicos familiares son de índole totémica, y también las águilas monocéfalas alemanas o norteamericanas, a las bicéfalas de los antiguos imperios ruso y austro-húngaro, el león británico, la antigua flor de lis y el moderno gallo francés, etcétera. Desde luego que estos símbolos tienen sentido distinto de los totems primitivos, pero también estos últimos tienen un sentido político y racial, además del religioso.

Como el totem genera el tabú, muchos investigadores han visto en el totemismo una cosa muy diferente, y es el sentido de prácticas higiénicas que se ponían en vigencia en momentos de grandes epidemias, que se creían producidas por la carne de ciertos animales apestados, cuya prohibición no podía imponérsele al pueblo sino rodeándola de cierto contenido religioso.

Para el escritor francés Moreau de Jonné, la asimilación del hombre con el animal, que es el elemento principal de la mitología, se debe a que cuando los primeros hombres sólo poseían para ves-

clan —dice Freud—, cuando es encontrado muerto. En aquellas ocasiones en que se ven forzados a matar un animal totem, lo hacen observando un ritual de excusas y ceremonias de expiación. "La tribu espera de su totem protección y respeto. Cuando el mismo es un animal peligroso (animal de presa o serpiente venenosa), se le supone incapaz de perjudicar a sus camaradas humanos y cuando esta creencia queda contradicha, es la víctima expulsada de la tribu. Los juramentos —piensa Frazer—, eran, al principio, ordalías, y así, se sometían a la decisión del totem la resolución de cuestiones delicadas, tales como las de descendencia o autenticidad. El totem auxilia a los hombres en las enfermedades y dispensa al clan presagio y advertencias. La aparición de un animal totem cerca de una casa, era considerada con frecuencia como el anuncio de una muerte, suponiendo que el totem venía a buscar a su pariente."

Se define así el totemismo de acuerdo a lo que acertadamente estudia Reinach (7) como el culto rendido a los animales, y a los vegetales, considerados como aliados del hombre. Es una consecuencia del animismo, en que el hombre primitivo al darle vida a los objetos y seres que lo rodean, ve en todas partes espíritus parecidos al suyo. Azcárate Gil (8), agrega que el totemismo está arraigado en la naturaleza humana, a tal extremo que hasta en las religiones más adelantadas se ven huellas. La paloma y el cordero de los cristianos, son vestigios totémicos, y es fácil explicarse su origen en el cristianismo primitivo, si se tiene en cuenta que estos animales suelen ser para el hombre símbolos de mansedumbre y dulzura, cualidades que se atribuían a sí mismos los primeros cristianos. Tan innato es en el hombre el ponerse bajo la protección de un símbolo, al que se atribuye además una representación de la colectividad que como tal lo ha adoptado, que restos del totemismo primitivo, se ven también en campos completamente ajenos a la religión. El mismo autor manifiesta que los signos heráldicos familiares son de índole totémica, y también las águilas monocéfalas alemanas o norteamericanas, a las bicéfalas de los antiguos imperios ruso y austro-húngaro, el león británico, la antigua flor de lis y el moderno gallo francés, etcétera. Desde luego que estos símbolos tienen sentido distinto de los totems primitivos, pero también estos últimos tienen un sentido político y racial, además del religioso.

Como el totem genera el tabú, muchos investigadores han visto en el totemismo una cosa muy diferente, y es el sentido de prácticas higiénicas que se ponían en vigencia en momentos de grandes epidemias, que se creían producidas por la carne de ciertos animales apestados, cuya prohibición no podía imponérsele al pueblo sino rodeándola de cierto contenido religioso.

Para el escritor francés Moreau de Jonné, la asimilación del hombre con el animal, que es el elemento principal de la mitología, se debe a que cuando los primeros hombres sólo poseían para ves-

tirse las pieles de las bestias, se les ocurrió naturalmente el reconocerse y distinguirse con este signo exterior. "Los pastores, se cubrían con los despojos de las cabras, de los bueyes, de los borregos; los cazadores se echaban por las espaldas la piel del león o del tigre. Para indicar al patriarca, el toro y el carnero, que fecundan el rebaño y marchan al frente, ofrecieron un emblema expresivo."

El autor citado le da al totemismo el origen apuntado, y agrega en consecuencia: "Sin afirmar las probables relaciones que hayan podido existir antaño entre las poblaciones de ambos hemisferios, no dudamos en creer que ocurriese absolutamente igual entre los primeros padres de los pueblos del mundo antiguo, y que los cuentos y las fábulas en que el hombre y la bestia tan fácilmente se sustituyen no tienen otro origen."

Manteniendo en pie estos principios como generadores de la adoración que el hombre siempre mantuvo por los animales, está el factor que, si bien no llega por su sola razón a dilucidar el misterio, es digno de tenerse en cuenta por estar dentro de la órbita de solidaridad que el hombre encuentra en la lucha por la existencia; lucha que se desarrolla entre los mismos animales. El hombre ha estudiado, y antes lo ha observado, ese mundo en que desenvuelve la vida de los animales, comparándolo con situaciones análogas en la vida humana. Autores como Rudyard Kipling, Boman, y otros no menos apasionados, la han puesto de relieve para demostrarnos la enorme facultad de sentimientos que dominan a los habitantes de la selva, y cómo esos mismos habitantes al ser domesticados, han resultado de suma utilidad y han dado prueba de completa solidaridad con el hombre (8 b).

El hombre ve en el mundo de los animales su permanente drama. Recuerdo en este momento la existencia de un animal, pequeño e insignificante en la escala zoológica, que puede clasificarse como el lírico poeta de ese mundo. Es un coleóptero que vive seducido por la fragancia del néctar floral, pero que vive deseándolo, porque su constitución física le impide llegar a gustarlo. Es una especie de escarabajo con las extremidades cortas y planas y el cuerpo semejante al de las tortugas, "que trepa fatigosamente por los pedúnculos de las flores, recorre los pétalos rozando con ansia contra ellos la extremidad de su cabeza, y cae al fin sin haber conseguido sorber el jugo aromático, porque la conformación de su boca sólo le permite mordisquear las coronas de las flores sin gustar el néctar que en ellas se encierra."

"La obstinación de este animalejo es infatigable —dice E. L. Watson (9)—. Una y otra vez intenta dominar el mandato con que la naturaleza lo ha castigado, trepando con fatiga a lo largo de los tallos con la esperanza permanente de vencer su impotencia; y una y otra vez se yergue impulsado por nuevas ilusiones sin que el desánimo logre inmovilizarlo. La desproporción entre sus deseos

y los medios de conformarlos, que se manifiesta en este pobre ser, es clara y terminante: la Vaquita de San Antonio, como se la denomina corrientemente, es un pesimista nato a quien la naturaleza no sonríe jamás."

El mismo autor dice, en contraste con el infortunio del caso referido, que existen criaturas elegidas de Dios que su naturaleza ha sido conformada en todos sus detalles para que la felicidad le sea favorable. Al respecto cita a un ente denominado Eumorfo Amadei, pequeño himenóptero muy parecido a la avispa común que habita en el Africa del Norte y en toda Europa. "A principios de verano abandona su estado de crisálida para convertirse en un volátil muy elegante, cuyo dorso cruzan unas airosas bandas amarillas y negras. Estimuladas por el calor solar, sus antenas, sus alas y sus piernas vibran en movimiento constante, con tan intenso ardor que lo convierten en una especie de temblorosa respuesta a los elementos del aire y del fuego, de los que parece ser expresión materializada. Tan pronto como celebra sus esponsales, la hembra inicia la construcción del hogar en que han de nacer sus hijos. Primeramente construye un resguardo circular formado con minúsculos fragmentos de cuarzo elegidos con meticulosidad entre los más pulidos que halla, y cuidando especialmente de que todos ostenten el mismo tamaño. Una vez colocadas en círculo las piedras que forman la pared, el obrero rellena los intersticios con una mezcla que fabrica, humedeciendo la argamasa con su propia saliva. El alimento de las pequeñas larvas próximas a nacer, consistirá en una serie de pequeñísimos gusanos de color verde pálido cubiertos con un vello blancuzco. La madre se guarda bien de matar estos animalejos destinados a alimentar a su prole que siempre gusta de la carne fresca; se limita a paralizarlos clavándoles su aguijón, con lo cual basta para impedirles la fuga. Preparados así, los gusanos van a parar a un pequeño depósito con que cuenta la celda de la celosa madre, y cuando ésta calcula que su despensa contiene suficientes provisiones, deposita sus huevos y cierra la abertura del nido con un guijarro de pequeñísimo tamaño.

El huevo no es depositado nunca cerca del depósito donde los gusanillos se debaten apenas, porque bien sabe la madre que cualquiera de las contracciones de éstos puede dañar a sus hijos. El pequeño cuerpo se suspende de un sedoso hilo delgado fijado en el techo del recinto y cuando la larva emerge, devora su cáscara, teje la fina funda que envuelve su talle y queda suspendida con la cabeza hacia abajo, sobre el montón de alimentos vivos. Puede bajar lo suficiente para alcanzar la pila de los gusanillos y si estos se defienden del ataque haciendo contorsiones, el insecto recién nacido, envuelve en su vaina al rebelde y espera tranquilo a que cese el movimiento de los gusanos. La funda disminuye la utilidad que presta a su dueño a medida que éste crece, hasta que desaparece por completo

cuando la larva se decide a vivir entre la masa movible de los gusanos que ha de alimentarla.

La hembra adulta del Eumorfo es más grande que el macho, pero no necesita mayor cantidad de alimento. Las células son abastecidas antes que se deposite el huevo, y los biólogos que han estudiado las características de este animal, entienden que en aquél está contenida la unidad sexual que regirá en el futuro insecto. El sexo de los huevos está ya determinado en el momento en que son depositados y, por esta causa, los sexos femeninos caen en las células mejor surtidas.

¿Cómo conoce el Eumorfo el futuro sexo de su descendencia? ¿Cómo es que nunca se equivoca al elegir la célula en que ha de depositar los huevos? Si nada está lógicamente previsto y todas las variaciones agrupan su relación hacia objetos determinados, ¿cómo es que existe una realidad nítida y perfecta que va hacia lo desconocido?"

El contraste que ofrece el Eumorfo con la llamada Vaquita de San Antonio, es de un dramatismo conmovedor que se da en la vida humana con bastante frecuencia en los dominios materiales y en los del mismo espíritu. El hombre ha encontrado en el mundo animal una analogía de su tragedia, y contempla como con solidaridad, los hechos que la naturaleza pone con absoluto fatalismo en los entes que crea, así como la sociedad, en el mundo humano, desvía el impulso natural y lo embreta en órdenes mezquinas que malogran la creación divina del espíritu.

* * *

Pero el hombre ha entrado también en el mundo de los animales y ha captado el sentimiento que en ellos mismos se genera. El autor citado refiere el caso de amistad del tiburón con un pececito de colores vivos que lo acompaña y lo precede como para avisar que el camino está libre. El tiburón lo sigue ciegamente y nunca lo daña ni lo ataca; a veces ocurre que el pequeño guía se refugia en las fauces del tiburón, donde no corre ningún peligro. Algunos pescadores cuentan que se ha encontrado intacto uno de estos pescaditos en el estómago del monstruo. La amistad que une a ambos animales es tan grande que los cazadores que capturan a un tiburón, ven a veces al pececito salir fuera del agua para seguirlo.

En los animales feroces, ¿no conocemos acaso relatos de amistad extraordinaria como el que refiere Hudson? El distinguido escritor que tan identificado estuvo con nuestra tierra, nos refiere la amistad que el puma americano siente por el hombre a pesar de los ataques que contra él se lleva. "Ciertos pumas han velado durante toda una noche a hombres heridos, en medio de la Pampa, protegiéndolos de los jaguares que los hubieran atacado. Esta abnegación

admirable encierra, quizás el mismo misterio que la amistad que une a inofensivos peces y a los temibles pulpos."

Cuando en las fábulas populares o en los relatos folklóricos de ingenua factura, el elefante, el mono, el perro, el castor, el caballo, el oso, etcétera, ocupan un lugar preponderante desarrollando su inteligencia en casos que son protagonistas como si fueran seres humanos, no significan caprichos arbitrarios, sino lógica consecuencia de la capacidad de inteligencia y de raciocinio, si se quiere, que el hombre ha visto en ellos. Refiriéndose a la altivez e independencia del gato, un distinguido hombre de ciencias (10), manifiesta que, al querer realizar pruebas de amaestramiento con diversos animales, le resultó difícil realizarlas con un gato, no porque su inteligencia estuviera por debajo de la del perro, de la del caballo o de la del elefante, sino porque el gato es animal de personalidad propia que no se somete fácilmente, y de una sensibilidad extraordinaria, hasta la que hay que llegar por caminos diferentes. "No es posible enseñarles absolutamente nada, si antes no se establece con él una relación amistosa, y esto lleva tiempo y paciencia. Se asusta fácilmente, pero es difícil intimidarlo. Todo aquel que se ha ocupado de estudiar detenidamente a los gatos, sabe cómo éstos pueden replegarse en un aislamiento inquebrantable."

Considera el autor citado que el gato es por encima de todo un animal independiente que nunca se someterá a la voluntad del amo por más cariñosamente que se lo trate. Esta resistencia de los gatos a la obediencia es una prueba evidente de su desprecio por el hombre. "Su altivez no se doblega ante el halago de un premio. Un perro o un asno, realizan pruebas por imitación impulsados por la promesa de un terrón de azúcar o de una golosina cualquiera. Pero el gato desprecia las ofertas por tentadoras que parezcan, signo que no debe interpretarse como estupidez, sino como orgullo. La habilidad de los perros y asnos para comprender y obedecer es lo que generalmente se interpreta como signo de inteligencia. El gato, en cambio, invierte su natural destreza y habilidad en la persecución de sus propósitos. Es cierto lo que dice Bernard Shaw con respecto a los jugadores de fútbol cuando asegura que éstos tienen "el cerebro en los pies." El gato demuestra su inteligencia en sus saltos de increíble agilidad y precisión, en su pupila atenta a la presa, en su admirable sagacidad para la lucha. Cualquier experimento con los gatos comprobará antes que nada su incapacidad temperamental para la obediencia."

Esta personalidad del felino citado se puede observar en todas las fábulas en que el elemento folklórico está vivo, y en las narraciones literarias de las llamadas cultas que han evolucionado desde las formas primitivas de la leyenda. Personalidad e inteligencia y sentidos más desarrollados que los seres humanos tienen los animales. Los antiguos sabían esto ya que estuvieron más en contacto con

ellos y se valieron de los mismos para prevenirse de muchos fenómenos naturales. La adoración parte de esas cualidades que les fueron reconocidas por el hombre, y envidiadas, como lo hemos manifestado en líneas anteriores, hasta el punto de querer poseerlas.

La ciencia moderna ha comprobado desde la observación y el estudio racional lo que ya sabían nuestros antepasados: que el estuárión percibe los objetos diez veces más claros que el hombre; que los pájaros tienen una facultad visual prodigiosa; y que hay pájaros que pueden percibir en día de cielo límpido, a un moscón a más de trescientos metros de distancia. Afirmando esto, Teodoro Rovito (11), dice que los animales están provistos de un sexto sentido, y que los antiguos bien lo habían observado; este sexto sentido es el de la humedad. "Estos animales perciben a larga distancia en qué parte el aire es más húmedo y se dirigen con seguridad hacia el pantano o la surgente, que en ese lugar se encuentra." Relata Sachet-Souplet que un sapo viejo y ciego, alejado a varios kilómetros del pantano, después de haber girado un poco su cabeza como para husmear algo, se dirigió casi en línea recta hacia el lugar de procedencia. Este fenómeno no es solamente patrimonio de los animales acuáticos. Muchas veces se ha podido comprobar que las ovejas de una grey, que se encuentran en campo abierto, alzan la cabeza, aspiran fuertemente el aire, y se dirigen a una determinada dirección, recorriendo dos o tres kilómetros, hasta encontrar una surgente, desconocida tal vez, hasta por los mismos pastores.

Los salvajes se han valido siempre de los animales para prevenirse, hemos dicho anteriormente. Han sido las aves auxiliar poderoso en ese sentido ya que poseen gran agudeza que supera a todos los seres. Muchas tribus se valieron de gansos y otras aves de corral para guardar sus tolderías, porque sabían avisarles con anticipación el avance del enemigo. Se cuenta (12), que durante la guerra europea, los loros en las fortalezas francesas y en la torre Eiffel, advertían los aviones próximos antes que éstos fueran señalados por los observadores.

* * *

Los pueblos primitivos aprendieron de los animales muchos medios para curarse. En otro capítulo hablaremos del animal observado por el padre Lozano en su crucero por el "Gran Chaco Gualamba" que, conociendo la virtud terapéutica de sus uñas, se arañaba el corazón cuando le dolía. De ahí que el salvaje utilizó la raspadura de uñas de este animal para ese fin (?)

Del instinto médico en los animales se ha dicho que "ellos saben no sólo curar sus enfermedades, sino hasta prevenirlas, conocen el valor de los laxantes, y saben y supieron apreciar el de las vitaminas, mucho antes de que el rey de la creación los hubiera descubierto; comprenden el papel que desempeña el sol en el tratamien-

to de ciertas enfermedades, así como la acción bienhechora de la sombra y de la tranquilidad, en otras; ellos conocen la importancia de la higiene y se distinguen en el arte de curar las heridas y en ciertas especies la reducción de las fracturas de los huesos se practica con sumo éxito.

Desde hace unos veinte años, sabemos hasta qué punto el organismo necesita vitaminas. Los sabios descubrieron que éstas lo hacen capaz de luchar eficazmente contra las invasiones de microbios de todas clases y lo protegen en particular, contra las enfermedades de los ojos; algunas de ellas excitan el apetito, y facilitan el crecimiento, otras previenen las hemorragias y favorecen la formación de los huesos; otras evitan el raquitismo; otras en fin, son necesarias a la reproducción de las especies.

Estos descubrimientos nos han revelado la importancia de los alimentos frescos y crudos, en particular de las legumbres y de las frutas en nuestro régimen alimenticio. Más tarde hemos sabido que algunas carnes, en particular en la de los órganos glandulares, son extremadamente ricas en vitaminas. Ahora bien; los animales parecen ser dueños de esta ciencia, desde tiempos inmemoriales. Se ha observado que los alces se zambullen hasta el fondo de los lagos para sacar las raíces de los nenúfares; que una especie de renos de las regiones boscosas, se introducen profundamente en la nieve para buscar los primeros brotes y recorren rocas y terrenos húmedos, en la esperanza de hallar un poco de pasto fresco.

Al principio de la primavera todos los hervíboros salvajes, van hacia los lugares en que la hierba brota más rápidamente; evidentemente la hierba es un alimento, pero es, ante todo, un tónico y el animal es lo bastante inteligente para comerlo en gran cantidad, cuando se siente débil.

En un hospital, estudiando la cirugía oftalmológica, se observó que mientras los indígenas estaban atacados de cataratas y otras enfermedades de la vista, los monos que habitaban en los árboles tenían los ojos completamente sanos; ello era debido a que consumían frutas ricas en vitaminas, que los preservaban de esas enfermedades, mientras que los indígenas se alimentaban solamente de arroz producido en campos agotados por largos siglos de cultivo; ese arroz no contenía vitaminas; era un alimento muerto.

Los animales carnívoros buscan las vitaminas en las entrañas de sus víctimas. Los leones y tigres devoran antes que nada el hígado, el páncreas y otros órganos internos. A los primeros síntomas de malestares intestinales, los animales carniceros en particular, comen hierbas cuyo poder laxativo es de ellos conocido. ¿No es éste acaso, uno de los primeros remedios que el médico receta a los pacientes que se quejan de malestares?

Un animal afiebrado, elige siempre, un lugar con sombra, bien aireado y próximo a algún curso de agua; permanece tranquilo, come

poco, pero bebe mucho. Ese mismo tratamiento y precauciones son las que el médico receta a todo enfermo que experimente idéntico mal.

Por el contrario, un animal reumático manifiesta preferencia por lugares secos, soleados y cálidos. Ahora bien; parece que la medicina ha descubierto recientemente que el sol, al estimular el proceso de eliminación, permite que el organismo reduzca las materias tóxicas que determinan las afecciones reumáticas.

De todos los medios preventivos, el más importante es, sin duda, la higiene; a los seres humanos es necesario inculcarles esos principios, mientras que los animales los observan instintivamente. Los felinos, gatos, leones y tigres, se limpian más de diez veces por día. Los elefantes toman duchas y muchos animales se bañan en los ríos todas las veces que tienen ocasión de ello. Cuando los pájaros tienen parásitos, se libran de ellos revolcándose en la arena o en el lodo.

El primer cuidado del animal herido es limpiar la llaga. La mayoría de ellos, utilizan para este fin, la lengua, pues, la diastasa salivar, tiene el poder de destruir los microbios. El lobo y los demás ejemplares de la especie canina cuidan de que no se forme la costra antes de que el peligro de infección se conjure definitivamente. Si a pesar de ello la herida se infecta, la naturaleza pone a su disposición antisépticos que la ciencia acaba de descubrir apenas; atrae a las moscas que depositan sus huevos en la herida; las larvas blancas devoran la carne en vía de putrefacción, sin atacar los tejidos sanos... El animal parece apreciar los socorros de las larvas y no trata de alejarla. Muchos animales saben también curar las fracturas; en un rancho de la Sierra Nevada, una pava se había roto un ala, tenía cuidado de que el miembro roto se mantuviera replegado sobre su lomo y cada vez que resbalaba lo volvía a colocar en el lugar indicado con toda suerte de precauciones.

Cuando los animales de un zoológico se enferman, los guardianes les presentan las frutas y alimentos que el enfermo podría encontrar en su lugar de origen, y el instinto les lleva a elegir lo que alivia o contrarresta su mal" (13).

§ 3. *Período de la domesticación. -- La leyenda de Nontap, o de cómo los bueyes, que pertenecieron a los animales, cayeron en poder del hombre*

Vemos en la relación que hemos ofrecido, que la simpatía del hombre hacia los animales, es una pervivencia totémica que, a su vez, fué generada por el animismo. Superados estos períodos, se inicia el de la utilidad que el animal presta al hombre en la agricultura y en el alimento diario. Entonces comienza el período de la domesticación, en el que el hombre agudiza su ingenio para someter a su voluntad a los animales. Es una lucha en la que se pone en

juego todos los resortes de la inteligencia contra el principio intuitivo de la fiera. En esa lucha, el hombre vence, y le queda un profundo conocimiento del mundo animal y de sus palpitaciones de vida. Ha aprendido mucho en ese juego de astucia contra astucia, y en la convivencia, ha valorado las condiciones naturales de los animales hasta llegar a compartir con ellos los dolores y las alegrías que generan la vida.

Sobre ese proceso, en el que vence el ingenio humano, existe una fábula de Andre Demaison (14), que insertamos en seguida por su extraordinario simbolismo:

Eran cinco: el chacal, la hiena, el jabalí, la pantera y el elefante. Vivían juntos y poseían un rebaño de bueyes.

Por turno lo guardaban.

Un día, al ir a vigilar los bueyes, el elefante encontró a un niño de los hombres. Se lo llevó, y aquella misma noche lo presentó a los demás animales.

La hiena, siguiendo sus instintos naturales, quiso saltar sobre el niño y devorarlo, porque era tierno, estaba indefenso y corría menos que los antílopes. Pero el elefante la detuvo y dijo:

—¡No!

—¿Y por qué, elefante?

—¡Hiena, no lo comerás!

—¿Y por qué, tío elefante?

—Porque yo quiero educarlo entre nosotros, a fin de que sea pastor de nuestros bueyes.

La hiena retrocedió, acabó por sentarse y dijo:

—¡Ah! Y cuando llegue el momento, ¿qué nombre le darás?

El elefante dijo:

—Nontap.

Y educó al niño hasta que fué grande. Casi un hombre. Entonces le proporcionó un arco y flechas.

Fué el chacal quien primero acompañó al niño para enseñarle la manera de guardar el rebaño de bueyes. Al cabo de un momento le dijo:

—Nontap.

—Aquí estoy — dijo este último.

—Nontap. Ve y cuenta los bueyes, y también esos y aquellos otros. Y contarás también los de tu tío el elefante.

Desde por la mañana hasta por la noche, el chacal repetía al niño las mismas órdenes, y con el tono de un esclavo que disputa con su amo.

Un día que le repetía la misma historia, el niño respondió:

—No quiero. No iré.

—¿Qué dices? — dijo el chacal.

—Digo que no quiero ir.

El chacal, furioso, quiso entonces morder a Nontap. Pero el niño cogió el arco y le disparó una flecha en el hombro.

El chacal, lleno de temor y con la cola baja, corrió hacia el elefante para quejarse.

—He dado orden a Nontap —gimió—, de que cuente los bueyes. Se ha negado. He querido saltarle al cuello para forzarle a obedecer. Me ha lanzado una flecha. Entonces lo he dejado.

El elefante sacó la flecha del hombro del chacal y se la dió nuevamente a Nontap. Pensaba: "He aquí un buen pastor que no teme a nada."

Al día siguiente, la hiena acompañó al niño para guardar con él los bueyes. De camino, burlábase del chacal, que no sabía hacer nada a derechas, no había tenido amistad con reyes y resultaba de origen humilde.

—Cuando yo guardo el rebaño —exclamaba—, ni el león se atrevería a acercarse.

Llegados a donde estaban los bueyes, el niño agarró por los cuernos a una vaquilla y la derribó. Fué para jugar.

La hiena reía y reía. De pronto, cambiando de expresión, dijo:

—Nontap.

—¿Qué se le ofrece?

—Nontap, deja la vaquilla y cuenta esos bueyes, y los otros bueyes y los de más allá. Y cuenta también los bueyes de tu tío, el elefante.

Y lo dijo con el tonillo de voz de un esclavo liberto.

—No quiero; no iré — respondió el niño.

—¿Qué dices? — replicó la hiena.

—Digo que no quiero.

Con la jeta irritada, la hiena quiso lanzarse sobre Nontap. Pero el niño cogió el arco y le metió dos flechas en el hombro.

La hiena, admirada, corrió hacia el elefante para quejarse.

—He dado orden a Nontap —gimió—, de que cuente los bueyes. Pero, tío, no ha querido obedecer. Le he dicho quién era yo, y siguió negándose. Entonces he querido obligarle. Pero me ha tirado dos flechas. Dime, ¿quién no lo habría dejado?

El elefante retiró las flechas del hombro de la hiena y las entregó a Nontap. Pensó: "He aquí un pastor que no temerá a los perros de los prados."

Al día siguiente, el jabalí partió con el niño hacia donde se hallaban los bueyes. Le precedía con el pelo erizado, gruñendo que ya sabría él domar el carácter del nuevo pastor.

Al llegar cerca de la dehesa el niño volvió la espalda al jabalí, que se revolcaba ya en un charco, y se fué más allá y comenzó a escarbar la tierra. El jabalí, de cuando en cuando se levantaba para

observarle. Cuando vió al niño arrancar patatas dulces y comérselas, se irguió, todo lleno de lodo y gritó:

—Tráeme mi parte, Nontap.

—No me han dicho nunca que este campo te pertenecía — respondió el niño.

El jabalí avanzó seguidamente con la cabeza baja.

—¡Nontap! — gritó con voz ronca.

—Aquí estoy — dijo el niño.

—¡Nontap! Ve y cuenta esos bueyes, y esos otros y también aquellos otros. Y contarás asimismo los bueyes de tu tío, el elefante.

—No quiero; no iré.

—¿Qué dices? — dijo el jabalí.

—Digo que no quiero.

Rabioso, el jabalí dió un gran golpe con el hocico a Nontap. Pero el niño evitó el golpe, cogió su arco y le lanzó tres flechas en el hombro.

El jabalí trotó como pudo hacia donde estaba el elefante, para quejarse.

—Le he dicho lo que tenía que decirle — gemía—. Pero se ha negado a contar los bueyes. He querido enseñarle a obedecer y me ha lanzado tres flechas. Entonces he regresado solo.

El elefante quitó las flechas del hombro del jabalí, remitiéndolas a Nontap. Pensaba: "He aquí un pastor que no abandonará nunca al ganado."

Otro día, la pantera, que hasta entonces no había dicho nada, se adelantó y siguió al muchacho cuando éste partió para guardar los bueyes. Como el hijo de los hombres jugaba, saltaba a los árboles para comerse el fruto y perseguía a las perdices y a las liebres, la pantera le miraba y remiraba sin cesar.

Cuando todas esas idas y venidas y esos saltos la hubieron cansado, enseñó los dientes, sacó las uñas, erizó los pelos del lomo, agachó las orejas y dijo dulcemente:

—¡Nontap!

—Aquí estoy — contestó este último.

—¡Nontap! Ve pronto y cuenta los bueyes, y esos de allí y aquéllos también. Y cuenta del mismo modo los de tu tío, el elefante.

Y todo esto lo dijo con un tono de esposa fatigada.

—No quiero; no iré.

—¿Qué dices? — replicó la pantera.

—Digo que no quiero.

Sin ruido, la pantera saltó sobre Nontap. Pero el niño se apartó, cogió el arco y metió cuatro flechas en el hombro de la pantera.

La pantera, sumisa y llena de miedo, se arrastró adonde estaba el elefante para lamentarse.

—He dado la orden a Nontap —gruñó—, de contar los bueyes. No ha querido. Intenté darle un zarpazo para forzarle a obe-

decer. Pero me ha arrojado cuatro flechas. Entonces le he dejado.

El elefante arrancó las flechas del hombro de la pantera y se las devolvió a Nontap. Pensaba: "He aquí un pastor que no temerá ni al mismo león."

Entonces, por la mañana siguiente, el mismo elefante partió tras de los pasos del muchacho, pensando:

"El pequeño que anda en dos pies se ha encolerizado con el chacal porque es cobarde; con la hiena, porque quiso comérselo el primer día; con el jabalí, por lo mal educado que está, y con la pantera, porque no mira de frente y prefiere la noche a la claridad del día. Pero yo creo que a mí no se atreverá a desobedecerme, a mí, que le salvé y que le he dado el arco y las flechas."

Y durante mucho tiempo estuvo considerando al muchacho, que se había sentado frente a él y le miraba fijamente a los ojos, en lugar de reunir los bueyes.

—Ve y tráeme un poco de leche, Nontap — dijo como un padre a un hijo.

Pero Nontap se fué a beber agua al río, afirmando que el calor le agotaba.

Cuando volvió a sentarse delante del elefante, hubo una gran discusión. Al fin, viendo que la noche llegaba, el elefante dijo:

—¡Nontap!

—Aquí estoy.

—¡Nontap, levántate!

—¿Por qué, elefante?

—Porque soy tu tío y te ordeno que vayas a contar esos bueyes, los del chacal, los de la hiena, los del jabalí, los de la pantera y los míos.

—No quiero; no iré.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo hablas de esa manera a tu tío?

—He dicho que no quiero.

Al oír estas palabras, el elefante levantó su trompa para pegar al niño. Pero éste retrocedió, tomó el arco y le lanzó una, dos, tres, cuatro, cinco flechas.

El elefante se volvió, huyó con sus compañeros y, sin decirles nada, se quitó las flechas del cuerpo.

Aquella noche, nadie se burló de su vecino. Pero todos se lamentaron.

—¡Una desgracia ha caído entre nosotros! ¿Qué medios encontraríamos para desembarazarnos de este niño?

Y todos, sentados en rueda, evitaban mirarse, porque sus cerebros estaban llenos de estupor.

El elefante, terminó por decir:

—Llevemos el ganado a otro pastor. Lo más lejos posible. El niño no nos seguirá.

—¡Tiene razón, elefante; no podrá seguirnos!

Así lo hicieron. Y partieron muy lejos con el ganado.

Pero dejaron olvidada la jarra en la cual ordeñaban la leche. Nontap la vió, pensó que la necesitarían y se escondió dentro de ella.

Cuando los dueños del ganado estuvieron en la provincia cercana, el elefante dijo:

—¡Por el poder de mi padre! ¡Hemos olvidado la jarra de la leche! ¿Quién de nosotros irá a buscarla? ¿Quién corre más?

La hiena, siempre orgullosa, exclamó:

—Yo soy la que corre más e iré a buscar la jarra.

Hizo lo que había dicho; ató la jarra a su espalda y se puso en camino. Como iba corriendo, corriendo, hasta cansarse, se sentó y reposó.

Desde el fondo de la jarra, Nontap le habló para decirle:

—Hiena, si esta jarra toca el suelo hoy, verás la desgracia que te ocurre.

Aturdida, la hiena se levantó y, sin descansar, llevó la jarra adonde estaba el ganado. Allí se puso a ordeñar en seguida. Cuando la leche empezaba a gotear, Nontap dijo:

—¡Si me cae encima una sola gota de leche, hiena, sabrás hoy lo que!...

La hiena tuvo miedo y se volvió hacia sus compañeros y dijo:

—Que venga alguno de vosotros a ordeñar. A mí la mano me duele mucho.

El chacal se adelantó. En este instante, Nontap se hizo oír otra vez.

—¡Chacal, si una gota de leche me cae encima, verás lo que te va a pasar!

Lleno de miedo, el chacal se retiró y dijo:

—Venid uno de vosotros. ¡La ubre de esta vaca es demasiado grande para mi mano!

Y así todos, hasta que no quedó más que el elefante. Este quiso ordeñar; pero Nontap, desde el fondo de la jarra lo detuvo.

—Elefante, si la leche me toca hoy, una desgracia caerá sobre ti!

Entonces el elefante se encolerizó, cogió la jarra y la arrojó contra un árbol. Nontap salió, tomó su arco y se puso a cazar al elefante, al chacal, a la hiena, al jabalí y a la pantera.

Y persiguiéndoles, les tiró flechas y más flechas, hasta dejarlos extraviados muy lejos del ganado.

Así fué cómo los animales de la selva perdieron el dominio de los bueyes, que ha quedado desde entonces en las manos de los hombres.

* * *

La lucha a la cual nos hemos referido en párrafos anteriores, queda evidenciada en la fábula de Demaison que hemos ofrecido. "Al nivel del folklore fabular los hombres de toda latitud, de todo tiempo, de todo color, de toda lengua, confraternizan en la misma pasión del alma que rescata la supremacía de la inteligencia sobre la fuerza, de la razón sobre el instinto, del orden espiritual sobre el caos, de la libertad personal sobre el orden formal, de la naturaleza humana sobre la naturaleza animal... Y no deja de ser sorprendente que, paar postular la supremacía de lo humano sobre lo animal, el hombre se haya valido primero precisamente del relato de personajes animales" (15).

§ 4. *Personajes de la fábula. -- Los animales en los mitos, leyendas y fábulas de nuestro territorio*

Una comprobación interesante que hace el estudioso del folklore en las fuentes de la tradición popular del mundo, es que de las piezas analizadas surgen los valores morales y materiales de cada hombre, animal o cosa. El pueblo, que va recogiendo la tradición oral de su cultura, tiene la virtud de enriquecer cada versión sin apartarse de su unidad espiritual de origen. Nunca bastardea los hechos ni las cosas en caprichosas intenciones, ni tampoco le concede a los actores que en ella se mueven ajenas ubicaciones o virtudes o maldades que nunca poseyeron. Si se trata de hombres, siempre ubican su condición moral donde el núcleo primitivo encuadró su conducta social o generó su cosmogonía en permanente personalidad. Así el jefe, el sacerdote, el padre, la madre, etcétera, aparecen con las virtudes morales que les otorgó su ministerio. Cuando se trata de animales parece como si de tiempo inmemorial le hubieran conferido condiciones morales y cualidades psicológicas que, a través de los tiempos, no ha variado porque ellas han estado perfectamente encuadradas en la modalidad que el animismo le ha concedido. Estas cualidades no son producto de arbitrarias concepciones, sino el hecho que resulta de la misma condición del animal. Una vaca, es un animal pacífico sin mayor inteligencia y mucha pachorra, y la veremos actuar en el folklore de todas las latitudes con la misma pachorra y mansedumbre que acusan sus actitudes y sus ojos humedecidos. Un elefante nunca será un animal vil en las leyendas universales; por el contrario, aparecerá como un ser bruto, poseedor de fuerza extraordinaria, víctima de la burla y del engaño de los demás animales del bosque. En las versiones que nos llegan del Africa, el elefante tiene su fuerza para servir a los demás, pero nunca tiene la oportunidad de emplearla en su beneficio, porque la astucia de otros animales anula por completo toda intención que no sea la de proveerse de alimentos. Una iguana, será siempre como la ven los ojos populares: una infatuada porque su apariencia

de pichón de cocodrilo no tiene de éste más que la apostura y los coletazos con los que únicamente se defiende. Por eso en la fábula será tratada con burla. La fidelidad del perro no es una cualidad conferida sino una realidad efectiva, así como la agresividad del gato es manifiesta en todo momento.

Cuando Esopo concede al zorro la astucia que le viene de todos los tiempos, no hace otra cosa que refirmar la imágen moral y material que el sentido popular le ha concedido a este animal por méritos a su maestría en el arte de la astucia. Un zorro siempre está en el trance de realizar una pillería. Su aspecto solapado nos anuncia que está dispuesto a robarse una gallina, un lechón, algo para alimentar su furia golosa. No lo hace atropelladamente salvando cualquier obstáculo a riesgo de su vida, sino empleando el mejor arte hasta que logra su propósito. Si bien en la defensa, como apunta el sorprendido Fedro —glosador de Esopo—, es igual a otro animal, no es capaz de atropellar al hombre o a otra bestia como lo haría el lobo. En la escala social tenemos al criminal nato por instintos perversos, al delincuente por maldad, y tenemos al pillo que roba una naranja, una gallina, un par de zapatos, una manta; pero que lo hace con la sonrisa en los labios, y que es capaz de decir un chiste cuando la policía le da caza. Y aunque la concepción jurídica le aplique el más duro castigo en salvaguarda de los sagrados principios de la propiedad privada, el pueblo sabrá absolverlo con una frase que será toda una sentencia absolutiva: "Es un zorro viejo"; en cambio, al primero lo condenará irremisiblemente con este calificativo: "Es un chacal."

Esta condición del zorro lo coloca ante el hombre como el héroe mítico; el capaz de burlarse del alambrado del corral como del "alambrado de las leyes", sin mayores riesgos que los de una pena relativa que compensa la arremetida. Canal Feijóo, que se pregunta de dónde le vendrá al zorro esa fama universal, dirá más tarde: "La gesta del Zorro, o del animal que le equivale en otros folklores, dice quizás burlescamente el afán de las conciencias críticas y disconformes en una sociedad arbitrariamente jerarquizada, en que sólo vale el poderoso, en que no hay más justicia que la que pueda cada uno granjearse por la fuerza o el terror. La conducta del Zorro corresponde a una pasión general de la faùna desposeída o físicamente débil. Oculta en el fondo fermentos subversivos; pero no llegará a ser revolucionario, por varios motivos: porque el Zorro no se siente solidario de sus consortes, los demás animales que sufren de la misma iniquidad; es, como buen animal, demasiado individualista; porque si bien está seguro, y lo demuestra, de que la inteligencia puede más en definitiva que la fuerza, no sabrá después del triunfo proyectar una arquitectura del mundo según el orden de la inteligencia. (El hombre tampoco alcanza a hacerlo)."

En esa observación que ha hecho el hombre del animal, no ha

creído arbitrario concederle vida y sentimientos análogos. La fábula misma es el equilibrio de la fuerza instintiva del animal, que en la primitiva apariencia todo lo puede, con la concepción humana de las cosas y de la vida. Lo primero ofrece al hombre lo temporal, lo defensivo; lo segundo su perpetuación: el cielo.

Hoy, la vieja fábula, la que el hombre culto había dejado relegada al olvido porque suponía realizada y superada una etapa de la civilización, reaparece en los dibujos animados de Walt Disney, y nuevamente el hombre de toda latitud, se deleita con la modernización de un mito, donde lo imposible se realiza con la sola responsabilidad del héroe animal (16), que, a su vez, lo crea un lápiz impulsado por la imaginación mítica de un hombre civilizado, que trata de refrescar el sentido eterno de la fábula: "Instrumento típico de expresión del pensamiento filosófico y ético del pueblo".

LOS ANIMALES EN LOS MITOS, LEYENDAS Y FÁBULAS DE NUESTRO TERRITORIO

Muchas páginas llenaríamos si intentáramos registrar el máximo de mitos, leyendas y fábulas que por su fondo moral o dramático adquieren vastas proyecciones en las regiones de la selva, de la pampa y la montaña. Nos limitaremos a ofrecer las que son más representativas y las que revelan de por sí rasgos importantes para obtener un panorama general de la importancia que para el pueblo tienen algunos representantes de la fauna.

La iguana. Ya hemos dicho el papel de engreída que le adjudica el hombre del campo a la iguana. Lo confirmaremos refiriendo una popular fábula santiagueña recogida por Canal Feijóo, que se desarrolla así:

"La iguana engreída se encaró un día con el rayo y le dijo:

"—Te apuesto a cuál pega más lindos colazos.

"—Bueno — le aceptó el rayo.

"La iguana blandió el rabo, con una violenta torsión del cuerpo, y asestó un soberbio fustazo al rayo.

"—Lindo —admitió éste—, metele otrito...

"La iguana repitió su castigo.

"—Lindo, lindo —reconoció nuevamente el rayo—, metele otro guascasito.

"La iguana pudo así darse el gusto de aplicar sus magníficos colazos al rayo.

"—Bueno —decidió éste, cuando creyó oportuno—; ahora me toca a mí . Voy a subir a este mistolito, para saltar allá.

"—Date con el gusto — aceptó la iguana.

"Subió el rayo a la cima del mistolito, y desde allí se largó en loco zig-zag sobre el lomo de la iguana.

"Cuando fueron a ver, ni había quedado de ésta más que el cuento."

El isondú. El isondú es un insecto del grupo de los coleópteros, semejante a una pequeña larva o gusanito. La cabeza es como un rubí, de una luminosidad maravillosa, y el resto del cuerpo forma a ambos lados una cadenilla de once puntos igualmente luminosos, o sea en total veintidós lucecillas que emiten un resplandor ininterrumpido (17).

Isondú, en guaraní significa gusano de luz, y como lo describe el gran Holmberg: "su cabeza no ofrece nada de particular, es de color amarillento, sucio, que apenas difiere del resto del cuerpo, como sucede con las partes de los otros segmentos que emiten luz fosfórica". Tal ese insecto magnífico que, en grupos, semejan en la noche una fantástica procesión aérea de perlas luminosas y pálidas como la luna.

En Misiones también tiene su leyenda. Deslumbrada por su belleza nocturna, la gente nativa necesitó una explicación de esa maravilla y la frondosa fantasía guaraní la concibió así:

El isondú era el joven más apuesto de toda una inmensa región desde el Paraná al Uruguay, y del arroyo Yababerí al Guñapirú.

Además de apuesto era afable y bondadoso. Todas las mujeres andaban locas por él, olvidándose de los demás hombres. Eso trajo la envidia de todos los varones, que decidieron buscar una oportunidad para vengarse. Así lo hicieron en una noche de luna; pero cuál no sería su sorpresa al notar que con el último suspiro el muerto se convertía en un "iso" maravilloso con veintidós luces: una por cada cuchillada que había recibido, y otra en la cabeza, que era el corazón.

Los asesinos contemplaron atónitos la maravilla.

—¡El isondú!... ¡El gusano de luz!

Sintieron más envidia, impotentes para exterminarlo.

Y desde entonces el isondú anda por los bosques con su luz inmortal, para castigar a los envidiosos que quisieron verlo muerto tan sólo por su apostura y su ascendencia entre las mujeres.

El toro de las astas de oro en San Luis. Hace años (18), hacia el lado de Los Algarrobitos, salía de la laguna un toro de astas de oro y espléndida estampa, pero bravío como bestia salvaje. Buscaba las manadas de vacunos que se acercaban a la costa y se solazaba en matar las vaquillonas abriéndoles el vientre de una sola cornada, espantando a los otros, que huían despavoridos.

A pesar del perjuicio que constantemente ocasionaba en la hacienda de los pobres moradores de aquellos campos, ninguno se atrevió a enfrentarse con el que, sin ninguna duda, era la encarnación de un espíritu malo.

Un día llegó al lugar un grupo de algarroberos —entonces la gente se reunía para hacer la tan útil cosecha de la algarroba—

y uno de ellos, en sus mocedades célebre domador, prometió ahuyentar al cruel hijo de la laguna.

En seguida mandó preparar, en el sitio por donde aparecía, una manga de ramas como las que se tienden para la caza del avestruz, pero más firme y tupida; pidió un lazo corralero probado por su resistencia, y el caballo más baqueano en corridas y boleadas.

Meditó su plan de ataque y de defensa, preparó sus armas, ensilló el caballo con la precaución que la gravedad de la aventura exigía, y al primer canto de gallo estaba ya en la posición estratégica que había elegido.

Algunos compañeros, los de más valor, se escondieron en las matas zampales ribereñas. Al rayar el alba asomó el toro entre las aguas, con la reluciente cabeza en alto, hechó a andar hacia la tierra; en la orilla se detuvo, levantó el hocico buscando la dirección de la brisa, y con las narices dilatadas venteó el peligro. Lanzó un bramido con acento de reto, con el cuerno y las manos raspó el suelo, envolviéndose en una nube de polvo, y avanzó trotando como al encuentro de un enemigo invisible. Ofuscado por su enardecimiento, cayó fácilmente en la trampa del callejón cercado. A galope tendido le dió alcance el hombre, y con ágil movimiento hizo silbar en el aire la armada de su lazo, que cayó sobre las astas bruñidas y se ajustó como un anillo de hierro.

El animal dió un salto convulsivo y se sentó luego en una estirada violenta, sacudiendo la cabeza para zafarla del lazo, que vibraba como una cuerda. En la imposibilidad de la tentativa, se encogió en ovillo sobre las patas traseras, para tomar impulso y entrar en lucha embistiendo, pero se detuvo indeciso. Sus ojos inyectados parecieron medir las posibilidades del adversario, que lo esperaba con el cuchillo en la mano, y en un esfuerzo máximo, en que sus músculos se estiraron como cintas de acero, giró en media vuelta, y de un tirón arrancó al caballo y al jinete, arrastrándolos en dirección a la laguna. La carrera desesperada no permitía al caballo hacer pie ni al caballero dirigirlo, y quién sabe a dónde hubieran ido a parar si providencialmente no se hubiera cortado la cincha, a la que estaba atado el lazo. Así se salvó el valiente, que fué auxiliado por los suyos en la caída y quedó en libertad el toro, que desapareció para siempre en las ondas saladas.

La vaca colorada de la laguna El Bebedero. Una vaca colorada (19), de cuernos de oro, lustrosa de gorda, aparecía todas las tardes en la boca de la laguna. Mezclada a los vacunos que bajaban a abrevar en el Bebedero, se internaba en el monte con ellos y pacía hasta el anochecer, volviendo a refugiarse en las aguas.

El extraño animal alarmaba a los vecinos. A pesar de su apariencia de mansa fué perseguida constantemente, pero era demasiado lista y veloz para caer en el lazo.

El dueño del campo, un hábil "pialador", consiguió en una

oportunidad alcanzarla con un "pial cruzado", derribándola. Sólo por unos instantes le alegró su proeza, que consideró extraordinaria, pues, incorporándose con energía inconcebible la prisionera, lo arrastró hasta internarlo en la laguna. Con sorpresa observó el paisano que las aguas se abrían en ancha calle para darles paso, y que a la distancia comenzaban a aparecer árboles, huertos, casas, palacios de altas torres y, por último, una ciudad entera se levantaba en el centro de la hondonada.

Su valor era grande y mucho confiaba en sus fuerzas, pero aquel espectáculo revelaba un misterio terrible, y sin vacilar sacó su cuchillo y de un solo tajo cortó el lazo que a él lo conducía, recordando que ningún humano puede afrontar tales riesgos sin perderse.

Al poco tiempo llegaron a su rancho dos mozos muy apuestos. Diciéndose autoridades, le invitaron a recorrer el campo, cosa que aceptó gustoso el comarcano. Los hombres rumbearon hacia la laguna y ya en sus márgenes le confesaron el motivo de su visita. Aquélla soportaba la tiranía de un encanto y sólo un hombre de su valor podría libertarla.

Ellos estaban allí para enseñarle la forma en que debía proceder y hasta para acompañarlo en la empresa si la afrontaba, como así para gratificarlo con las mayores riquezas y favores.

El campesino, que prefería su vida humilde a la opulenta que puede conseguirse sin la voluntad de Dios, se negó enérgicamente a tales pretensiones y protestó por haber sido engañado.

Los mozos, convencidos de que era inútil insistir, se despidieron, internándose en la laguna, y nunca más aparecieron en el lugar.

La madre de la vertiente en Catamarca. En el distrito de El Taco (20), comprensión del hermoso cerro de Ancaste, de la provincia de Catamarca, ocurrió en el pasado siglo un episodio misterioso que luego pasó a los dominios de la leyenda y se difundió de valle en valle y de breñal en breñal:

A un viajero serrano se le hace noche en el camino y pernocta en el primer rancho que encuentra. El rancho resultó ser el "puesto" destinado a la crianza de cabras y vacas a cargo de un capataz, situado en El Taco, de propiedad de un galeno que hasta hace poco acaudillaba muchedumbres electorales y tuvo destacada actuación en los entreveros de la política criolla de aquella provincia.

En las estancias o puestos camperos de aquellas regiones es muy propio conceder albergue generoso al caminante. A la madrugada siguiente el viajero estuvo en pie para proseguir su camino, pero antes de todo recurrió a la vertiente que proveía a los puesteros de su líquido cristalino. Y mientras el hombre lavábase la cara observó que debajo de un gran peñón de donde brotaba el agua, sácaba tamaña cabeza una serpiente. Inmediatamente se trabó en

lucha con el temible reptil hasta matarlo, habiéndole descargado sobre el cuerpo una terrible lluvia de pedrones.

Cuando los cuidadores rurales del áspero fundo advirtieron la sangrienta tragedia, suscitóse entre ellos una dolorosa escena: voces de lamentos, de indignación y de protesta repercutieron por el peñascal. El impío viajero había asesinado miserablemente al numen protector de la sed que los puesteros adoraban por "madre de la vertiente". El drama, en salvaje profanación religiosa, conmovió el espíritu del monte.

Momentos después se elevaba de aquellas gargantas la plegaria enternecida y profunda en oración india, por el alma de la extinta.

Desde entonces, desde aquel mismo instante, la "vertiente no dió más agua, secándose para siempre. Y los capataces del campo tuvieron que abandonar "el puesto", marchándose tristemente por las cresterías del cerro, en busca de un lugar propicio para plantar nueva vivienda (20 b).

El puma de la Ciénaga de Purmamarca. Estuve tres meses en una finca situada entre Purmamarca y Maimará, sobre la Quebrada de Humahuaca (21). La casa se sostiene sobre la falda de la montaña, casi a diez cuadras del río. Al frente de la misma existe una laguna que ha sido alambrada por el peligro que importa para el viajero que hace el camino de la puna con dirección a Jujuy (22). Cuentan los naturales de la región que, de noche, aparece un monstruo que atrae a los viajeros hacia la ciénaga y se hunden en ella por el camino que el monstruo les hace. La versión que me contaba un peón contratado por mi padre, daba como segura la existencia de un animal parecido al puma que moraba en el interior de la ciénaga. Una noche salió en busca de víctimas y atrajo a un pobre arriero que venía de La Quiaca, el que pudo salvarse merced a los gritos oportunos que pudo dar y que fueron oídos por un resero, que voleó el lazo y lo sacó, en el instante que desaparecía casi medio cuerpo en las aguas lodosas.

La cueva que fué del Lagarto en el Alto Paraná. Refiere Ambrosetti (23) que el folklore misionero ofrece la leyenda del Teyú (lagarto) que era el terror de los navegantes que tenían que cruzar la boca del interesante río Yabeuiry. El feroz teyú vivió mucho tiempo, "ocasionando un gran número de desgracias, hasta que al fin un día abandonó su cueva, y atravesando a nado el Alto Paraná, fué a formar, en la costa paraguaya, el arroyito que allí existe".

Apunta Ambrosetti respecto a esta leyenda: "Esta leyenda india no deja de ser interesante, y es muy parecida a la que tienen los paisanos de la provincia de Entre Ríos, de que los primeros que formaron los arroyos fueron los dueños de los huesos fósiles (cuaternarios) que se descubren en las costas lavadas por las aguas, sobre todo el Gliptodonte, por su semejanza con los peludos actuales, grandes cavadores a que los comparan, a causa de las corazas que

frecuentemente se descubren allí... Según la tradición y la creencia arraigada entre los guaraníes, allí vive el terrible dragón gigantesco, lagarto con alas, con garras y con hálito de fuego. Así lo dice también el nombre: Teyú, lagarto, y Cuaré, gran cueva.

Grandes fueron las desgracias que este monstruo ha causado y numerosas sus víctimas: existen en el país ancianos que saben contar con todos los detalles los horrores de esos naufragios. Sin embargo, bastaba un sacrificio, una oferta cualquiera, un pedazo de carne, o un objeto echado al agua, para calmar esa fiera y pasar seguro".

La cueva de la lechuza. El mismo folklore registra la existencia de la cueva de la lechuza en la llamada Cancha de Trinidad. Se dice que un día desaparecieron de las reducciones guaraníticas de Jesús y Trinidad todas las vacas que allí se criaban para consumo de la población. "Gran clamor levantó entre los indios de allí este acontecimiento, y mucho mayor fué aún cuando supieron que el autor de todo esto había sido un santó, que, en vista de que no las cuidaban bien, se las había llevado, castigándolos de ese modo. Siguiéronles el rastro y llegaron hasta el paredón, a cuyo pie creyeron ver en las rocas, roídas por el agua, las huellas que habían dejado estampadas allí los animales, para eterna memoria de este hecho trascendental.

"Es indudable que, necesitando los jesuítas extraer esas haciendas, quizás para ir a socorrer con ellas alguna otra reducción o por cualquier otro motivo, dieron a esta leyenda no sólo una satisfacción a los indios, sino que, al mismo tiempo, según es su costumbre, aprovecharon de esta oportunidad para aplicarles una lección de formidable moral práctica para lo sucesivo.

"El doctor Bertoni da a este punto el nombre de Pacú-Cerá y dice que, durante las bajantes extraordinarias del Alto Paraná, tiene poca hondura, en razón de tener el río allí una media legua de ancho y cuenta entonces con un banco en medio de la corriente. Con este motivo, tiene su monstruo sumamente peligroso, que es un buey con cuernos de oro, y no falta quién repita sus hazañas pasadas, puesto que hoy en día, como su compadre el Teyú-Cuaré, ya no hace ningún daño."

El serpentón de Tacurú-Pacú. También la leyenda del serpentón de Tacurú-Pacú informa de un hecho histórico. Ambrosetti la refiere de esta manera: "Muy cerca del puerto de Tacurú-Pacú, al norte, y próximas al río Alto Paraná, se hallan perdidas en el monte espeso unas ruinas muy destruídas de una capilla del tiempo de los jesuítas.

"Por lo que se ve aún de ellas, restos de murallas y zanjas, en la época antedicha, este punto debe haber tenido poca importancia material; pero en lo que se refiere a la historia, las ruinas demuestran que allí se establecieron los jesuítas que venían conduciendo los restos

de las reducciones del Guayrá, en la desgraciada retirada que tuvieron que hacer ante los Paulistas y Tupís, en 1631.

"Funesta fué la retirada de doscientas leguas rumbo sur, por entre los montes y el Alto Paraná, sin víveres, muriéndose de hambre, acosados en un gran trecho por los tupís, que mataban a los rezagados, cuyos cadáveres cebaban a los tigres, que concluyeron por atacar a los vivos. La desesperación de los pobres prófugos llegó a tal punto, que las madres arrojaban a sus hijos de pecho para desembarazarse de la carga, y para completar este cuadro de horrores y de miseria, los remolinos del Alto Paraná tragaron muchas balsas cargadas de indios, y, finalmente, una epidemia de disentería se desarrolló entre ellos, matando más de cuarenta personas diariamente, cuando llegaron al fin, entre Loreto y San Ignacio Miní.

"Más o menos frente a las ruinas se halla una gran piedra en medio del río, y según la tradición, allí se fueron a pique las canoas que los jesuítas traían cargadas con una parte de los tesoros de las reducciones del Guayrá, mientras la otra parte fué enterrada donde hoy existen las ruinas.

"Para cuidar esas riquezas vive allí una gran serpiente, que ataca a los que se aproximan, de modo que hay mucha gente que por nada se anima a penetrar en las ruinas."

El zorro elige profesión. El escritor rioplatense Montiel Ballesteros ofrece en la fábula que insertamos a continuación la opinión que del zorro se tiene en el concepto popular. En la misma, el Don Juan de la fauna universal sienta los principios que sustentan los animales de su estirpe en un original decálogo:

"Nació el zorro de padres ilustres, y obedeciendo a sus instintivas inclinaciones hubiese vivido tranquilamente, en paz con su estirpe, entre piedras y matorrales, haciendo algunas visitas a los gallineros descuidados y dándoles alegres bromas a los paisanos que dormían a la intemperie, en los callejones, bajo las enramadas.

"Pero los progenitores le impusieron el estudio, la universidad, una profesión, y ahí anduvo dando vueltas con los textos, jugando con las palabras elásticas, perdiendo su optimismo silvestre y su fresca alegría de vivir.

"Con su ignorancia desnuda, la vida era una linda cosa. Un día se dijo:

"—Estoy viendo que con las maletas medio llenas de sabiduría se me hace arduo el camino. Ya que no puedo vaciarlas, porque este es el castigo del aprender, no estudiemos más. Lo principal lo poseo: zorrería. Si me gradúo de abogado, si me gradúo de médico, valdré por zorro, no por curandero ni por enredador de leyes.

"Entonces creó estos diez mandamientos para su progenie:

1º—Amar a los que mandan por sobre todas las cosas, o sea arrimarse al sol que más calienta.

2º—Honrar con nuestra visita corrales y gallineros.
3º—Cambiar el pelo, pero no las mañas.
4º—Sacar las castañas del fuego con las manos del gato.
5º—No matar... de frente.
6º—Pegar primero... que vale dos veces.
7º—No apropiarse de las uvas cuando no se pueden alcanzar.
8º—No levantar falso testimonio ni mentir... cuando no pagan bien.
9º—No codiciar la mujer del prójimo cuando éste nos espera con un garrote detrás de la puerta.
10.—No dar puntada sin nudo y saldar con palabras bonitas las deudas y las promesas."

Aquí vemos al zorro desgranando una filosofía propia del bribón humano.

Otro decálogo del zorro. "Bribón hasta después de muerto, su carne, de un olor abominable, no aprovecha a nadie", dice Luis Franco (24), y agrega este curioso decálogo de don Juan el Zorro:

"1º—Cazar de noche, pero también de día.
2º—Desconfiar de toda cosa que no se conozca bien.
3º—Tratar de marchar siempre contra el viento, y no hacer nunca el menor ruido inútil.
4º—No cazar jamás en las inmediaciones del domicilio propio.
5º—No cazar en compañía.
6º—Cuando se va en fuga, darse tiempo de atrapar alguna pieza para reírse del cazador.
7º—Cuando se cae trampeado de una pata o de la cola, cortársela a mordiscones, para no dar en el gusto al dueño de la trampa.
8º—Si se pierde una pata, disparar con tres.
9º—Si se puede, disparar aunque le hayan empezado a sacar el cuero, pues la vida de un zorro debe ser "dura de pelar".
10.—Morirse cuando no haya más remedio."

§ 5. *Dioses tutelares de la fauna regional*

En el folklore argentino se cuenta con dioses tutelares de la fauna regional; personajes que defienden a los animales de la acción del cazador y vigilan constantemente a sus hijos e imponen castigos a los hombres que se atreven a cazar sin haber cumplido con el rito exigido por los celosos guardianes de la fauna. Los de mayor predicamento son los siguientes:

Llastay. En la región andina es protector de las aves y de los bichos y animales de la tierra. Dicen de él (25): "que se parece al duende, petizo, de ojillos suaves, terribles, con un sombrerete aludo y ojotas que son como dos alas de sus pies cuando corre los cerros y los médanos; que tiene una flauta de húmero de cóndor, y cuando en una de esas lúcidas mañanas serranas se pone a flautear,

chillan contentos los pájaros, carcajea la chuña, algún cóndor ladea la calva testa escuchando, tal cual guanaco relincha con júbilo de plata. A pesar de ser guardián de la fauna silvestre, no es enemigo de todos los cazadores. Al contrario, para el buen cazador que respeta las crías y los nidos; para el buen cazador que suele propiciarlo dejándole en una piedra un puñado de coca o haciendo en su honor una libación de aguardiente, o sólo invocándole con palabras gratas, el Llastay es, de modo magnífico, amigo leal y servicial. Una liebre que salta ahí cerca, un quirquincho que trota casi al alcance de la mano, prueban a veces su fácil buena voluntad. Pero así suele ser también de maligno y de terco con quien lo ofendió. Ya podrá andarse por campos y cerros, las horas y las horas, y los días con sus noches, y agotar el avío de sus alforjas y el agua de sus chifles, y rendir sus perros y su cabalgadura, en vano.

Cierta vez un cazador caído en desgracia vió un gran guanaco blanco, esbelto y hermoso como jamás conociera en su vida. Le echó los perros, que llorisqueaban de impaciencia. Cuando, recién al anochecer, después de un día de vagar sin rumbo, pudo encontrarlos, estaban atados con sogas de chaguar al tronco de un algarrobo. Por cierto que el guanaco blanco era el mismísimo Llastay."

Coquena. En las regiones salteñas, Coquena es el protector de las vicuñas y de los guanacos. La leyenda lo cuenta atareado en recoger minerales de los cerros y llevarlos en mulas a las minas de Potosí para que éstas no se agoten. "En sus correrías nocturnas, el dios Coquena trabaja activamente todas las horas y si alguno lo encuentra desaparece transformándose en aire, en un espíritu —dicen los indígenas—, los tesoros se ocultan y las vicuñas divinas muestran solamente los rastros de la preciosa carga en el lomo marcado y sudoroso. Coquena otorga bienes con largueza, e inflige castigos sin piedad: ella sorprendió en Tilcara, villorrio de Humahuaca, a un diestro cazador que había sacrificado muchas vicuñas y le dió, para que abandonara la destructora ocupación, una grey cargada de plata. El afortunado relató su aventura a un indio rapaz y éste, para obtener otro tanto, dedicóse a la matanza de vicuñas; Coquena, irritado, apareció en la montaña, aprisionó al codicioso y le condenó a la perpetua servidumbre de pastorear sus ganados. El indio no volvió jamás a su aldea y, a veces, a la luz de la luna, se le divisa por las cuestas, impreciso como una sombra, arreando penosamente el rebaño mitológico." (26).

Coquena es un genio indígena que premia y castiga. Tolera la caza del buen cazador, pero castiga severamente al que mata a las crías y al que mata a los animales para sacarle la lana.

La Caá-Porá. En las costas del Alto Paraná, según relata Ambrossetti, existe la Caá-Porá, genio protector de los animales del bosque, y a quien le asigna el mismo papel que al Llastay calchaquí,

vale decir, el de la conservación de los animales. En los lugares del Paraná es un ser velludo, gigantesco, de "gran cabeza, que vive en los montes, comiendo crudos los animales que el hombre mata... En algunos de esos lugares, cuando encuentran una piara de cerdos silvestres y los exterminan, se les aparece, montado en el último cerdo, el Caá-Porá de la figura anterior, a cuya vista huyen, de modo que se guardan muy bien de acabar las piaras, y siempre dejan algunos vivos. Esta última leyenda es muy sabia, porque trata de poner freno a la destrucción completa de un animal que les proporciona abundante alimento".

El Pombero o Cuarahú Yára (dueño del sol). En la provincia de Corrientes, el Pombero o Cuarahú Yára es el protector de las aves del bosque. Durante las horas más ardientes de sol, el personaje citado recorre la selva con un amplio sombrero de ancha ala y una larga caña en la mano. A los niños que se escapan de sus casas a la hora de la siesta, el Pombero los secuestra y les inflige severo castigo. Por temor a ello, durante las horas de mucho sol los niños no se retiran de sus casas.

§ 6. *La leyenda de la transformación del hombre en animal*

Así como en la creación de los dioses tutelares de los animales en la mitología regional, interviene un principio de inteligente racionalismo a efectos de originar un temor, a fin de evitar la devastación arbitraria de animales útiles para la vida del hombre, en las leyendas que hablan de la transformación de hombres en animales, se sustenta un principio moral, una intención de evitar ciertas extralimitaciones propias de la pasión humana, por medio del temor y del ejemplar castigo.

En el folklore argentino, como en los folklores del mundo, vemos la existencia de leyendas en las que, hombres apartados de la buena senda o que se burlaron de los códigos morales, escritos o instituídos por la tradición, sufren las consecuencias terribles de sus culpas. En nuestro folklore contamos con estos personajes, productos de esa transformación:

El runauturuncu. En la región de la selva santiagueña, el runauturuncu, palabra formada por dos vocablos quíchuas: runa, hombre; uturuncu, tigre, es el hombre que se ha transformado en tigre. "Si bien este personaje santiagueño —ha dicho Ricardo Rojas— es pariente de la fábula latina y del mito francés, aparece con los caracteres de una creación aborigen. Todas las supersticiones populares tienen su equivalente en otras épocas y zonas, impresas en ellas el rasgo común de la naturaleza desconocida. El indio tigre es más bien un brujo, que no el juguete de los sinos aciagos. Los relatos del bosque no descubren, sin embargo, el secreto de su virtud maravillosa. Sin duda fué en su origen el poder obtenido en pacto

con Zupay, ya para un acto de venganza, ya para unir su inteligencia humana a la pujanza animal, tornándole más fácil la existencia en medio de los montes. Y si hoy nadie siente repercutir en los ámbitos de la selva los rugidos de aquel ser mitológico y siniestro, producto genuino de la tierra donde nació, en ella vive todavía, por la tradición de esa raza cuyas extrañas leyendas aprendí en la niñez".

Miles de leyendas teje la fantasía del criollo santiagueño sobre este ser mitológico, y cada uno la adornará con mucho de su propia fantasía.

Lafone y Quevedo también registra el mismo personaje con el nombre de uturunco en el folklore del noroeste de nuestra República.

En la región oriental guaraní estudiada por Ambrosetti, el mismo personaje lo encontramos con el nombre de yaguareté-abá, o sea indio tigre, y en los guayanás de Villa Azara, que heredaron las costumbres de los indios de las misiones guaraníticas, se registra con el nombre de Tatá aujá, el que come fuego.

El lobinsón. El lobinsón es el hombre que se transforma en lobo o en perro. La leyenda la encontramos en el folklore europeo, y ha dado margen a mucha literatura, pues el lobinsón no adquiere su forma para realizar daño o como efecto de un pacto con el diablo, sino por un destino aciago, del que no puede desligarse jamás en la vida.

La leyenda es propia de las regiones litoraleñas de nuestra República, y viene, sin duda alguna, de las zonas brasileñas, donde el lobinsón es un personaje muy conocido en las selvas del Amazonas, sobre todo en Río Grande do Sul, según las relaciones que hace Euclides da Cunha, y Osorio César en su estudio titulado "Misticismo y locura".

No hace mucho, en el pueblo de Coronda, sobre el río Paraná, Santa Fe, cundió la noticia de la existencia de un lobinsón. Según los vecinos, era el hijo de una viuda, que de noche se transformaba en perro y aullaba al otro lado del río.

Me contaron otro caso ocurrido en las barrancas del Paraná sobre la ciudad de Rosario. Entre el elemento que vive en esas ranchadas se cuentan hombres que recorren en barcazas de carga las regiones de Corrientes, Paraguay y Misiones. En uno de estos ranchos vivía una mujer que tenía siete hijos varones. Los vecinos decían que de noche el séptimo hijo, un niño de cuatro años, se transformaba en perro y aullaba incansablemente. Fué tal el grado de superstición, que la madre tuvo que cambiarse de aquel sitio porque los vecinos amenazaban con matarle el hijo, porque decían que era un ser desgraciado.

Según apunta Ambrosetti, el ser lobinsón es condición fatal del séptimo hijo varón seguido, y si es la séptima mujer seguida

será bruja. Agrega el autor citado: "Todos los viernes, a las 12 de la noche, que es cuando se produce esa transformación, sale el lobinsón para dirigirse a los estercoleros y gallineros, donde come excrementos de toda clase, que constituyen su principal alimento, como también las criaturas no bautizadas".

El alma mula. En los bosques de Santiago del Estero supe del "alma mula". Es una mujer que se vuelve mula, de noche, o en ciertas noches de la semana, porque ha cometido el pecado de unirse sexualmente con el hermano, o con el padre, o con el primo, etcétera. Expía su culpa en ese castigo, periódico en que su alma se transforma en mula y anda penando toda la noche por esos caminos de la selva. Antes del amanecer abandona su condición de castigo y vuelve a su cama, para levantarse a la mañana cansada, casi deshecha, con la conciencia llena de recuerdos amargos que le hacen permanente su pecado. Un criollo de Salavina me contaba: "Yo sé el remedio para el caso... Cuando veo a un "alma mula" apronto mi cuchillo y la espero escondido.. De un salto le corto la oreja, y el encantamiento se va... La culpa está purgada... ¡Lástima que a la moza le quede la marca para toda la vida y en el pueblo se sepa por qué "anda mota" de un lado".

El Cacuy. La leyenda del Cacuy está muy difundida en las regiones boscosas de Santiago del Estero. Tengo a mi vista una tinajita de barro que me fuera regalada por un amigo santiagueño, en la que el artista ha realizado el momento de la metamorfosis de la mujer en pájaro, con una ingenuidad que dice a las claras el simbolismo de la leyenda. Entre los relatos que existen de la misma elijo el que refiere Canal Feijóo, escuchado de boca de su abuela, doña Fidelia de Jesús Gómez, que falleció a los 110 años de edad, porque en la misma forma la he escuchado de boca de habitantes de Robles, de Atamisqui, de Salavina y de Loreto.

"Cuentan que en un rancho solitario vivían dos hermanos huérfanos de madre y padre; él, hachador, y ella, la única flor del aire que competía con las demás flores, era muy bella, que, sin duda, ignoraba que poseía esa gracia que sólo la naturaleza hace a su modo por las cosas y para las cosas; en ella había también esa pereza natural en la campesina santiagueña y además tenía sus caprichos mal comprendidos y es que la soledad en que vivían seguramente la convidaba a no vivir para nadie y, sin vivir para nadie, la soberbia se adueñó de su alma e hizo duro su corazón, convirtiendo a su existencia en una flor sin alma. Ese corazón también cantaba como hoy sigue cantando la mujer santiagueña, aunque para ella sola. Porque la canción nace con el ser llorando.

"Ya se iban para dos las semanas que su pobre hermano volvía del trabajo y tornaba a él sin haber comido. Muchas veces él mismo se preparaba sus "amargos", mientras le decía a su hermana, en creencia de que estaría enferma: *Bueno, ñañai, puñui tempra-*

nuta sumajta pacarinaquipa. (Bueno, hermana, dormí temprano pa que amanezcas mejor mañana). Diciéndole esto, hacha al hombro se perdía en la espesura casi virgen del bosque. Al cuarto día, cuando el sol a medio cielo, de nuevo hacha al hombro, regresó a su rancho, notó en él una soledad y una quietud extraña, como si el viento pudiera haberse también estacionado en cada hoja. Después de haberse secado el sudor, el hacheador dijo: *Ñañai acuichis micoj* (y, hermanita, vamos po a comer); a lo que ella contestó, como siempre: *Maimanta ñañai, manatian,* (De ande, hermano, no hay nadita); aparentemente no había, porque ella, al notar la llegada de su hermano, escondía la olla de zanco tras la quincha del rancho; pero esta vez no fué como las demás ocasiones de su llegada, porque cuando él se sentó a descansar, sintió un ruido atrás suyo, y era que algo estaba hirviendo tras la quincha, el zanco; como esta comida después de sacarse del fuego a la olla se mantiene muy caliente, y queda haciendo borbollones, se levantó y vió que, en efecto, era la comida, y, reflexionando, como reflexionan los criollos, tragando saliva para adentro, y teniendo en cuenta ya tantas malas salivas tragadas, se levantó e, invitándola a su hermana, le dijo: *Acuichis, ñañai, chacai anajman acu mishkita sorcoj* (Vamos, hermana, allá arriba hay mielcita, vamos a sacarla). Aceptó ella y luego se fueron al monte; eligió el árbol más alto, instándola a subir primero para que viera si efectivamente había miel, y él subiría detrás. Como antes había ese dominio, y actualmente también, en la campaña, en la mujer para treparse a los árboles en busca de miel o juntas de mistol, subió ella con facilidad y una vez arriba, él le dijo: *Pucuta rini apamoj* (Voy a traer el puco); entonces él, mientras bajaba, iba cortando cada gajo que encontraba a tiro de hacha, dejándola así a ella sin tener en qué agarrarse para bajar, y entonces fué cuando se apoderó de ella la aflicción, que se convirtió en eterna queja cuando él nuevamente le dijo: *Caipi causaj rinqui animal boliacoj rinqui* (Ahí te volverás Cacuy); se dirigió al rancho, llenó un puco de comida y después de comer alzó el hacha y se perdió en el camino en dirección a su trabajo, sin hacer caso a los ayes que el viento se encargaba de arrastrar por las selvas, y así, día a día, se repetían los llamados cuando él volvía del trabajo. Las primeras noches fueron de vientos fuertes que doblaban los árboles como si el soplo del norte también pusiera su parte de justicia en la maldad de aquella mala hermana. Volvieron las noches calmosas, en las cuales el viento no rugía para dar lugar al grito definitivo del ave cautiva. Fueron tres noches de martirio y a la tercera recién dijo: *Cacuy... cuii, turay, amuy hurai cuchiay... turay...* (Cacuy, hermano, vení, haceme bajar, hermano, hermano). Fueron tres poses que adoptaba en cada día, primero mirando al sol, después buscando a su Turay (hermano) y por último marcando el rumbo hacia donde esconder su mal. Ella no busca su

salvación, como el alma mula; al contrario, trata de llorar en silencio, ocultando su figura, la maldición que le puso el destino para ejemplo de las almas torpes y mezquinas. Para el mal hermano, para el mal amigo y para el mal prójimo. La que fué flor del aire hoy es sombra errante de esa flor que quizá al notar o sentir sus lamentos se marchite llegando a los montes su santo perfume, entregando su cuerpo muerto para basura de los montes."

El crespín. El pájaro llamado crespín, según la leyenda que he recogido en Catamarca, zona de Belén, es la mujer desesperada que busca insistentemente a su marido, un buen mozo que huyó "pa los valles de Santa María". La pobre, enloquecida, se convirtió en pájaro, y continuamente repite el nombre del ingrato: ¡Crespín!... ¡Crespín!...

En Santiago del Estero la leyenda cambia, según la versión que escuché en Fernández, departamento Robles. Se trata de la mujer alegre que sin hacer caso de la enfermedad del esposo, se fué al baile una noche del sábado, a gozar de la alegría de la zamba, de la chacarera y del vino "morao". En lo mejor de la fiesta alguien llegó para darle la noticia de que el esposo había muerto, pero ella, que estaba divirtiéndose de lo lindo, y había libado sin cuidarse, gritó tras los "auras" de una zamba:

—*Sakeipas huanujchun tiempo tianka huecanaipaj*... (27).

Luego que salió de la borrachera se dió cuenta de su grave pecado y surgió el remordimiento. Este tormento la llevó a convertirse en pájaro y cantar durante todo el mes de enero, cuando más fuertes son los calores en Santiago del Estero, llamando a su marido para que la perdone.

El carau. Casi el mismo significado tiene la leyenda del carau que se cuenta en casi todo el litoral correntino y sobre la costa santafesina del Paraná. Se trata del joven que vivía en un rancho con su madre anciana. Esta enfermó gravemente de improviso una noche, y lo mandaron al mozo en busca de la curandera. Ensilló su caballo y galopó fuerte hasta la casa de la médica; pero en el momento de poner pie a tierra escuchó los acordes de una zamba que venía del baile que se realizaba en la ranchada de los Morales. Ahí nomás se acomodó en el apero y rumbeó para el rancho en el momento que una polka de ley sonaba en las guitarras y los violines, y las mozas con ojos hechiceros esperaban a los guapos veinteañeros. Julián Carau se metió en el baile, y así estuvo toda la noche: ¡Dando más vueltas que pescao lagunero!...

Alguien le llevó la infausta noticia: La madre había muerto sin atención alguna; pero él, sin hacer caso, contestó:

—El que muere, bien muerto está...

Y siguió bailando.

Pero al día siguiente, todo arrepentido, comenzó a llorar su

culpa, hasta que se convirtió en pájaro negro que anda por el monte gritando:

—Carau... Cipriana... Ca...ra...u (28).

El caburé. La leyenda, muy difundida en el litoral correntino, habla del fiero cacique guaraní, muy famoso en las tribus de las costas del Paraná. Enamorado de Panambí, una hermosa virgen de la tribu, hizo un pacto con Añá, el espíritu del mal, contrario de Tupá, espíritu del bien. Un día, con la ayuda de Añá, pudo seducir a la doncella; pero Tupá, que la había destinado para que con su virginidad morara en las regiones del cielo, castigó a Caburé, convirtiéndolo en un pájaro de rapiña.

El urutaú. La leyenda del urutaú, de indiscutible procedencia guaraní, refiere la vida del cacique de los mocovíes, Urutaú, enamorado de la hija de un gran jefe, llamada Marramac. La llegada de los españoles pone un presagio de tragedia en la tribu, y Urutaú descubre que Marramac, seducida por un capitán español, cae ingenuamente en sus brazos. Ciego de ira, Urutaú sorprende a ambos, y sobre los cuerpos de los que así lo engañan dispara sendas flechas que dan en el blanco. Marramac, que según sentenció Tupá, había pecado de ingenua, fué alojada en el cielo, y Urutaú, de tanto llorar, se convirtió en el pájaro que llora desconsoladamente mirando al sol, donde supone que está Marramac, la belleza mocoví.

§ 7. *Los animales y sus cualidades terapéuticas*

El animal juega un importante rol en la medicina popular. Un erudito en la materia ha manifestado que se podría escribir un gran libro sobre la importancia de los animales en la farmacopea indígena y folklórica de Sudamérica. No están exentos de las prácticas de brujería, y son ellos poderosos auxiliares para los magos, brujas y curanderos que pueblan los villorrios de este vasto territorio de América. Se vincula así la magia y la medicina simpática, y el animal se convierte en agente terapéutico de indiscutible acción entre el elemento autóctono del Continente, y su prestigio ha invadido el campo de la ciencia moderna y se emplea en medicamentos debidamente autorizados. El doctor Juan Alberto Vellard, que ha estudiado la medicina popular del Alto Amazonas, da cuenta del vínculo mágico y medicinal de los animales al referir que el polvo de diente del yacaré cura las mordeduras de serpiente y, al mismo tiempo, el diente entero, llevado como amuleto en el cuello, consigue apartarla. "Del mismo modo, el calomel introducido por el boticario tiene reputación de curar las mordeduras, y llevado en un pequeño saco, de alejar también a la serpiente. La utilización de los animales va desde los límites de la terapéutica hasta la medicina simpática, en la cual las similitudes desempeñan un papel importante. Invade inclusive el dominio de la botánica, y plantas que por su

forma y propiedades urticantes recuerdan a los animales venenosos, son utilizadas para curar las mordeduras de serpientes, de arañas o de otras especies ponzoñosas. Es casi el principio de la medicina homeopática" (29).

En el folklore argentino, el animal tiene un papel importante al respecto, y dejarlo debidamente clasificado, de acuerdo a lo que la ciencia ya lleva probado o lo que está en la creencia popular como elemento de su empirismo, es contribuir en lo posible a dilucidar muchos misterios que en la actualidad ya tienen su brecha abierta en la luz del laboratorio.

El sapo. Mucho habla el folklore universal sobre las cualidades terapéuticas del sapo. En mi niñez creía a pie juntillas en el misterio que encerraba aquella práctica que el criollo del campo hacía colgando del pescuezo del animal embichado un sapo para que el gusano quedara eliminado de la herida. Más tarde, en la época que el muchacho se vuelve escéptico de pura suficiencia o fe en sí mismo, sonreía cuando se me contaba el caso de la misma manera. Cuando por mis propios ojos vi la eficacia del remedio, me convencí y me di al estudio del fenómeno.

En todos los folklores he encontrado al sapo como animal a propósito para leyendas, prácticas de brujerías, etcétera. En nuestro país lo encontramos en múltiples aspectos y utilizado por la sabiduría popular para una cantidad enorme de menesteres, de los cuales haremos algunas referencias.

En Tucumán se aconseja el sapo para curar el bocio. Se toma el sapo, se le hace una cruz en la panza y se la hace frotar sobre el cuello afectado. Al sapo se lo cuelga de una pata, de un árbol y cuando se seca, el bocio habrá desaparecido.

Para que llueva, se da vuelta un sapo y se le echa sal en la panza. Si la sal "hierve", es señal que va a llover; si no "hierve", es sequía prolongada. El fenómeno está en que el sapo atrae la humedad del ambiente, que es segura señal de lluvia.

En muchas regiones se usa el cuero de sapo aplicado a las sienes para el dolor de cabeza.

Contra el dolor de muelas. Se toma un sapo, se le hace abrir la boca, se le escupe adentro. El dolor desaparecerá. También se aconseja hacer un escarbadiente con el fémur del sapo encontrado muerto, o tomar el sapo vivo y hacerlo pasar por la cara del lado dolorido.

Para curar heridas o mordeduras venenosas, se abre el sapo en cruz por el lomo y se aplica al lugar afectado. Los criollos aconsejan el remedio para las úlceras, y en algunos lugares de Corrientes, para el cáncer o las úlceras de la lepra.

El gusano de las heridas de los animales se elimina colgando del cuello del animal afectado un sapo. Al rato se verá caer canti-

dades enormes al suelo y quedar la herida completamente rojiza y sangrante.

A los caballos se les cura la renguera abriendo el sapo por la barriga y colocándolo en la parte afectada durante veinticuatro horas.

Para ahuyentar las vinchucas que chupan la sangre a las personas cuando duermen, y se esconden en los ramazones del rancherío, basta colocar unos sapos colgados a prudente distancia dentro de la habitación, cerca de la cama.

Yo he visto, para que el agua se conserve sin bichos y mantenga su pureza, arrojar sapos a los pozos.

Para que llueva, es frecuente colgar de los árboles sapos vivos. Dicen que atraen las lluvias.

Para hacer el daño, se toma el sapo, se le pone en la boca un papel que contenga el nombre de la persona que se desee hacer víctima; se le cose la boca y se entierra al animal. La persona señalada se irá consumiendo hasta morirse. Esta especie de brujería fué realizada por curanderos de la Colonia y tenida por eficaz y como tal castigada por las autoridades representantes de la Metrópoli (30).

Cuando los sapos o cururú nuestros gritan seguido, indican lluvia; igual cosa indican las ranitas chicas que viven en los techos.

Para el hombre que se apuna en las alturas de la montaña, es bueno el remedio del sapo. Este se abre y se lo coloca en la nuca del "cristiano" en forma de cataplasma.

Si el niño sufre de aftas o pático, se hace sangrar al sapo en la pata y con la sangre que fluye se frota la boca del pequeño.

Se realiza un daño o maleficio poniendo a un sapo panza arriba, mientras la bruja nombra tres veces seguidas a la persona que se desee dañar.

* * *

Con lo que antecede vemos que el sapo tanto sirve para un "fregado como para un barrido", y la mentalidad popular ha hecho de él un héroe de la fauna a quien se tiene muy en cuenta. Pero si analizamos el aspecto desde el punto de vista de la ciencia moderna, nos damos cuenta de que el hombre primitivo —y el actual del campo que sigue su huella empírica—, no estuvo equivocado en atribuirle al animal citado cualidades terapéuticas en alto grado, ni al considerarlo como mágico en muchos casos. De acuerdo a trabajos de investigación realizados en laboratorios de Europa y América sabemos ahora que el veneno del sapo está en "vías de convertirse en un poderoso agente terapéutico", al decir de Jean Rostand, que fundamenta un artículo publicado en el "Marianne", de París, en el año 1935. "En la antigüedad, el polvo del sapo, y también su baba, servían para curar la hidropesía, el mal funcionamiento del riñón y los dolores de garganta. En China se

utiliza desde tiempos inmemoriales para contrarrestar la inflamación de los senos, las hemorragias y los dolores de muela.

En el Extremo Oriente no existe una sola droguería en la que no se encuentre el Ch-an-Su, especie de torta redonda, cuya preparación se mantiene en secreto, pero está en gran parte constituída por el veneno del sapo. La medicina occidental no hubiera podido utilizar esas substancias sin antes investigar su composición intrínseca.

Los primeros trabajos sobre el particular fueron realizados por César Phisalix y por el gran químico del Instituto Pasteur Gabriel Bertrand, en el año 1902.

Desde entonces, las innumerables experiencias efectuadas en diversos países han facilitado los análisis químicos, y actualmente se poseen datos precisos relativos a las cualidades curativas de la pasta amarillenta que se elabora en las pústulas dorsales del sapo y en las dos glándulas llamadas parótidas, que el animal posee a cada lado de la cabeza.

Es imprescindible citar también los nombres de Abel y Macht, de K. K. y de A. L. Chen, cuyos experimentos realizados en los laboratorios de Lilly, en Indianápolis, se verificaron sobre una docena de especies de sapos, y sobre millares de individuos.

Uno de los hechos más importantes que han sido puestos en evidencia es que la substancia que nos ocupa contiene una fuerte dosis de adrenalina, es decir, del principio fénico que segregan las glándulas surrenales de todos los vertebrados, y que, por sus efectos hipersensitivos y vasoconstrictivos, desempeñan una importante función en la economía.

Las glándulas parótidas de un solo ejemplar de la especie de Agua (Bufo Marinus) producen más adrenalina que una glándula surrenal de ternera y que las dos glándulas surrenales del hombre. La adrenalina era conocida hasta hoy como un producto de secreción interna, como una hormona; y es la primera vez que se la ha descubierto en una secreción externa.

Además de la adrenalina, el veneno del sapo contiene un esterol, o sea una substancia química de la misma familia que el ergosterol, que se encuentra en la piel de los mamíferos y que al contacto con el sol se transforma en vitamina antirraquítica.

También encierra un poco de bufotenina, que es distinta de la adrenalina, pero que tiene idénticas propiedades y dos cuerpos orgánicos de naturaleza compleja, la bufaguina, y la bufotoxina, que aunque no son glucósidos, manifiestan propiedades semejantes a la digitalina. La bufaguina y la bufotoxina son los dos principios más interesantes, desde el punto de vista fármaco dinámico, y se encuentran en casi todas las especies de sapos, con la única diferencia de que en unas cristalizan más rápidamente que en otras. Son substancias amargas, solubles en el alcohol y poco solubles en el

agua pura, que ejercen un efecto notable sobre el corazón. Administradas en inyecciones intravenosas, en los gatos, perros, ranas, etcétera, disminuyen la frecuencia de los latidos, para hacerlos cesar por completo después de un corto período de aceleración. Su acción es mucho más durable que la de la digitalina, y esto es debido a que sus moléculas no contienen glucosas. Además estimulan aisladamente el útero y el intestino de los mamíferos. El estudio de las substancias tóxicas que se encuentran en el veneno del sapo plantea un problema biológico de orden general: el de la función que desempeñan en el cuerpo del animal.

Por lo general se atribuye a ese veneno un papel protector, pero no hay que olvidar que el animal que nos ocupa es incapaz de dañar a sus enemigos con su jugo tóxico, puesto que carece de todo aparato de inoculación. La presencia del veneno en su cuerpo no le evita siquiera el peligro de ser devorado, pues las serpientes y las lechuzas lo comen impunemente. Mme. Phisalix, que escribió un libro sobre "Los venenos y su función venenosa", atribuye al veneno del sapo un papel fisiológico que no ha podido ser determinado aún. Según ella, algunos componentes del veneno se infiltran en los órganos internos, modificando la nutrición, para evitar la destrucción de los albuminoides, lo cual permite la resistencia a los ayunos prolongados, o bien se almacenan en las glándulas reproductoras, interviniendo en los fenómenos del desarrollo. El doctor K. K. Chen no da a ese veneno ningún valor fisiológico, basándose en el hecho de que si se extirpan las glándulas parótidas de un sapo éste sigue viviendo sin que se registre ningún disturbio en su conformación ni en sus funciones. Además, ¿por qué ese veneno debe desempeñar irremisiblemente una función particular? Es muy posible que el sapo produzca veneno, así como la nuez vómica produce la estricnina, como la amapola la morfina, y como los microbios las diversas toxinas. Así también los cuerpos tienen órganos superfluos, que elaboran productos desprovistos de todo valor y sólo atraen la atención del hombre a causa del peligro o del provecho que encierran para él".

* * *

Con este ejemplo que nos da la ciencia oficial, la sabiduría popular toma vuelo extraordinario y se confirma el principio de inteligencia del hombre, que en todos los tiempos se ha bastado a sí mismo para afirmarse en la vida.

El tigre. En el libro que el historiador Guillermo Furlong, S. J., glosa las noticias de los misioneros jesuítas, se hace referencia a las cualidades terapéuticas del tigre, de acuerdo al relato del padre Bustillo. "La lengua del tigre se usaba entre los mocovíes contra la epilepsia. Se cortaba de las fauces la lengua y se dividía en tajadas muy delgadas, las que se secaban al sol y luego se pul-

verizaban; el polvo se suministra al enfermo en agua o bien en una sopa. El polvo de las garras de tigre quemadas y pulverizadas y mezcladas con alumbre igualmente quemado y pulverizado lo usaba el Padre Baucke en muchos casos, como dice él mismo, para calmar los dolores de muela, para lo cual echado aquel polvo sobre algodón, lo metía en la oquedad de la muela".

El alce, danta, anta o *Gran Bestia.* Los indígenas del Chaco (31) apreciaban al alce por creer que tenía en el estómago la piedra bezoar, de legendario valor curativo. Según las referencias de los misioneros, la piedra que se encontraba en el interior de este animal tenía más propiedades curativas que la de los guanacos. Los indígenas hacían escudos de la piel de la Gran Bestia, porque resistía a flechas y balas, en virtud de su dureza y de un poder mágico del animal, que preservaba de toda desgracia al que la usaba. Decían que las uñas de ese animal eran excelente remedio para el corazón, ya que habían observado que, cuando el mismo sentía dolor en tal sitio, se sangraba con sus uñas. El padre Lozano dice que los hombres deben haber aprendido a realizar sangrías de esta bestia, pues ella, cuando se siente repleta de sangre, se hiere con una caña dura.

Vicuña. Aparte del valor sagrado que tuvo la vicuña para el indígena de la preconquista, tiene el de que su lana mitiga el dolor de riñones, abrigando la cintura con telas tejidas de la misma. También cría la piedra bezoar, que según los antiguos era de mejor cualidad curativa que las de Oriente.

Los caimanes. Los dientes y colmillos de los caimanes o cocodrilos de nuestros ríos, tienen la virtud de ser buenos contravenenos y eficaces contra el "aire". Cuenta el Padre Canelas que "un misionero con sólo ponerle delante y cerca una víbora, uno de estos colmillos, al quererle asaltar la hizo retroceder varias veces. Colgado uno a uno de dos perros, a quien se dió el mismo veneno, el que tenía el colmillo lanzó el veneno y el que no, murió luego. Dió un mal de aire a un jesuíta que llevaba al pecho un diente, éste se partió dando un estallido y él quedó sin daño. Una niña aun pasada ya de un mal aire, con tomar el diente en polvo quedó sana." (32).

De acuerdo a un estudio realizado por el doctor Vellard, en el Alto Amazona, sabemos que los actuales pobladores del Cy-Paraná utilizan el diente del yacaré para evitar la picadura de serpientes. Lo llevan colgado al cuello, y es raro ver a un solo siringuero sin este amuleto protector de picaduras graves. También lo utilizan, raspado y reducido a polvo, para las picaduras de alacranes, rayas, insectos, etcétera.

El urubú. Especie de gallinaza que se encuentra en las regiones del litoral correntino, es utilizado para remedio contra la viruela.

Su carne se come asada, o se aplica sobre la parte afectada; son de igual efecto las plumas chamuscadas y la sangre.

El zorrino. El despreciado zorrino tiene cualidades extraordinarias para curar el asma. Se lo asa con cuero, del que se le ha sacado el pelo, y se come sin ningún aditamento.

La gallina. El caldo de gallina clueca es bueno para curar los celos.

La llama. Los araucanos dan a las llamas el nombre de "Carneros de la tierra". Cuando una persona sufría de una enfermedad larga y grave, se sacrificaba a este animal, y sacándole el corazón, el curandero lo chupaba ante la vista del enfermo. El curandero abría el vientre del enfermo, si el mal persistía, y alternativamente lamía los intestinos de éste y el corazón del "carnero de la tierra".

El cangrejo. El cangrejo quemado y convertido en polvo, es un eficaz remedio para el cáncer.

Piojo. El té de piojos es excelente remedio para la tristeza.

Venado. La sangre del venado y la raspadura de los cuernos se utiliza para la epilepsia.

Hígado de perro. El hígado del perro se utilizaba como remedio para la diabete. Actualmente la medicina oficial, extrae de ese órgano el remedio llamado insulina para curar esa enfermedad de la sangre.

Ratones. Las lauchas fritas, o sea el aceite o grasa que producen, es buena para el dolor de oídos.

Serpiente. La grasa de serpiente es buena para el reumatismo.

Leche de perra. Con la leche de perra se frota la encía de los niños para que broten los dientes sin dolor.

Colmillo de perro. Para que salgan los dientes sin dolor se cuelga del cuello del niño un colmillo de perro.

Moscas. Refregando la parte tracera de la mosca sobre el ojo afectado de orzuelo, remedio seguro, si se larga viva.

La vaca. A los niños raquíticos se los pone en el vientre de una vaca que aun permanece caliente después de sacrificada.

Perro. El excremento del perro, si es blanco, es bueno para hacer un té contra el empacho.

Gallina. La cáscara de huevo de gallina negra es buena para curar el flujo.

Avestruz. El buche del avestruz tiene cualidades curativas.

§ 8. *Algunas supersticiones y creencias en las que intervienen los animales*

* Cuando a la majada le han hecho daño, en el norte argentino, se pone la imagen de San Juan a que "duerma" con élla. Así se detiene la peste.

* Para los araucanos, el moscardón es un "alma voladora" que viene de otra vida para anunciar algún mal.

* El buho y la lechuza, son para los araucanos, animales terroríficos y les temen en forma extraordinaria.

* Cuando el perro aúlla, es porque ha visto un ánima. Entonces el criollo del norte argentino, se quita el sombrero y lo pone en el suelo con la copa para abajo. Así se ahuyenta al ánima y se libra al perro de este tormento.

* El criollo del norte, pone en el fondo de su guitarra el cascabel de la víbora del mismo nombre para que "suene más lindo". Es necesario arriesgarse y cortarle el cascabel a la víbora antes de matarla, pues de lo contrario no se consigue el efecto deseado.

* El hueso del pene del tigre, es un magnífico amuleto para dar fuerza y valor personal al que lo lleva atado en una bolsita al cuello.

* Los patagones temen a la chotacabra que abunda en las faldas de la cordillera. Su grito anuncia enfermedad o muerte para algún habitante del campamento.

* La lechuza es un animal de mal agüero en la ciudad y en el campo. En ambas partes y en todo el territorio de la República, a fin de quebrar su sino hay que decirle a gritos una mala palabra.

* Entre los habitantes de la Patagonia, es de malas entrañas una especie de lagarto de cabeza achatada que persigue a los animales dejándolos mancos, por eso lo matan dondequiera lo encuentran.

* Las víboras chupan la leche de las madres, mientras entretienen al crío metiéndoles la cola a guisa de chupete.

* La lagartija que busca amores lleva una pajita en la boca.

* El cuervo negro de los misioneros anuncia lluvia. No se le puede matar porque la escopeta que le apunta se descompone.

* La perdiz del monte, según el folklore misionero, preserva de la mordedura de serpientes.

* En la región norteña, cuando se pisa la cola a un gato queda uno condenado a la soltería, y el gato afectado no caza más ratones.

* Para el criollo, el canto triste del chingolo es la voz de un payador que perdió la apuesta con el diablo, y que se lamenta en una eterna borrachera de dolor surgida del fracaso.

* Entre los habitantes del Alto Paraná, el picaflor es considerado "animal sabio" y atrae la clientela si se lo pone en la puerta de un negocio.

* El caballo que tiene la pata blanca "pal lao del monte", perderá la carrera.

* El grillo es un gaucho pobre que en una tapera escondida canta el amor "desgraciao". El día que se calle se quedará sin voz porque le falta dinero para tomar un trago de caña para entonar la garganta.

* En Salta se dice que cuando sale un viborón de una tumba, es señal de que el difunto ha vendido su alma al diablo.

* La mulita tatú, dicen que nació para vivir en el lugar de los fríos, pero Dios la castigó por una mala acción que tuvo y la condenó a andar con sobretodo por regiones calurosas.

* Si de tarde se nos aparece una araña, es señal de que vamos a recibir un regalo.

* La chicharra es un incorregible cantor que de boliche en boliche (árbol) se emborracha con su propio canto.

* El hornero es el más criollo de los pájaros, porque ha construído su casa en forma de horno para dormir y para hacer empanadas y tortillas.

* La mariposa de color anuncia visita.

* Los pirinchos siempre van en bandadas porque son changuitos raboneros que se van al monte a juntar algarrobas.

* Los dientes de araña, la enjundia de gallina y la grasa de lagarto son buenos remedios para el mal de muelas.

*Las mulas presienten la llegada de las almas que andan vagando por el mundo. Hay que cuidarse cuando cabalgando en ellas se topan con un alma. La mula tratará de voltear al jinete, pisotearlo, matarlo y luego comerlo.

* La grasa del puma es buena para el reumatismo.

* Las uñas del gato soltero son buenas para conquistar al ser querido, disueltas en el mate.

* El anillo que se saca de la cola de la iguana trae suerte. La grasa de este animal es buena para el reumatismo.

* La paloma torcaza es el símbolo del amor.

* El quirquincho es un buen vecino del campo, que desea lo dejen vivir tranquilo.

* Los sesos de la urraca reducidos a polvo son buenos para conquistar a la mujer.

* Donde hay un nido de hornero no cae el rayo.

* El alicuco es un pájaro que canta de noche o en las horas de mayor soledad; nunca se deja ver, y la fantasía del criollo teje en torno al mismo una serie de leyendas impresionantes.

* El corazón de la calandria es bueno para preservarse de las brujas. También es bueno para realizar ataduras.

* El zorro es agente de mal agüero. Cuando este animal se cruza en el camino de un viajero, de derecha a izquierda, es mala seña; pero es buena si lo hace de izquierda a derecha. "Si a punto de pasar se vuelve de mitad de la senda, las consecuencias se frustan a medias... Un golpe del caballo en que no hay ningún hueso roto... Cuando a veces, de día especialmente, el zorro entra en las casas, y no acierta a disparar, como aturdido, dicen que es "tapia": anuncia la muerte de alguno de la familia".

* En el norte no hay que pronunciar la palabra "víbora"; trae malas consecuencias.
* Los niños aprenden a caminar ligero cuando se les rasguña la planta de los pies con la pata de un pollo.
* El teru-teru cuando lanza gritos continuados, riña segura.
* El murciélago, proviene de ratones viejos y es el representante del demonio.
* Cuando la gallina pelea por cualquier cosa, anuncia desgracia en familia.
* Si un "cristiano" se coloca en los ojos legañas de perro, verá al diablo o a las almas.
* Una calavera de vaca o de buey con los cuernos para arriba colocada en la orilla de un río, evita que éste coma los bordes.
* Cuando las gallinas pelean es indicio de pelea en el matrimonio.
* Cuando el gallo pone huevo chico con una víbora adentro, es indicio de desgracia.
* El picaflor anuncia visitas inesperadas o cartas de ausentes.
* El tocá-tocá o gallineta indica yeta.
* El suiriri indica cambio de tiempo.
* Si uno se coloca en los ojos la lágrima de un perro que llora, se verá lo que ha motivado el llanto del perro.
* Los aullidos del perro cesan si se forma una cruz con zapatos o alpargatas boca abajo.
* Para tocar bien la guitarra se hace picar el día antes con hormigas coloradas.
* Cuando el loro habla mucho o el pato se baña en arena, es lluvia segura.
* Una paloma atada de una pata ahuyenta los malos espíritus.
* Cuando el carpintero golpea seguido el árbol, indica muerte.
* La lechuza o el suindá, cuando da un grito en la noche, anuncia desgracia o muerte.
* El pitanguá, posado cerca de una casa, anuncia preñez, nacimiento o muerte.
* Un sueño malo, para que no se vuelva realidad, hay que contárselo en secreto al perro.
* Cuando el grillo entona su cri-cri en las habitaciones, indica plata.
* Para curar el mal de ojo emplean el piojo, ya introduciéndolo en aquél o bien lavándolo con agua del mismo.
* Los sesos de perro curan la locura.
* Limpiar las telarañas de las casas indica sacar la fortuna de las mismas.
* Cuando la araña sale de su escondite: alegría.

* El picaflor muerto encerrado en un frasco indica atracción de dinero.

* Cuando se ve un caballo blanco: suerte.

* Mariposa blanca: fortuna.

* La mordedura del perro se cura poniendo en la herida un poco de pelo del animal. Si el perro muere, la herida se irá descomponiendo a medida que se descompone el cuerpo del perro.

* Caballo que relincha, pérdida de algo.

* Para algunos el gato negro es suerte, para otros indica la presencia de Satanás.

* La piel de zorro posee la virtud de enflaquecer a la persona que la usa.

* El perro, cuando aúlla por la noche, ya hemos dicho que anuncia la presencia de fantasmas o desgracia. También se suele dar vuelta el sombrero y la chancleta más vieja para ahuyentar aquéllos. No se debe maltratar ni matar perros, pues San Roque castiga con la peste.

* Un caballo enfermo se cura si de ambos lados es castigado por dos mellizos.

* Si un gato negro se nos cruza en el camino al salir de casa, mala suerte.

* Cuando las golondrinas salen en bandadas, buena suerte, la Virgen las acompaña.

* El pavo real trae desgracia en la casa donde se cría.

* La paloma casera trae mala suerte en algunos casos.

* Si un perro orina una cama, el dueño de ésta padecerá desgracias.

* Cuando la perdiz vuela a la derecha del camino, buena suerte, y a la izquierda, mala.

* Es de mal agüero que se nos atraviese un reptil en nuestro camino.

* Cuando se echa de la casa a un hornero, ya vendrá quién nos eche de la nuestra.

* Cuando la víbora deja rastro en el camino sin dejarse ver, indica lluvia. Cuando se cruza delante de una persona, señal de muerte.

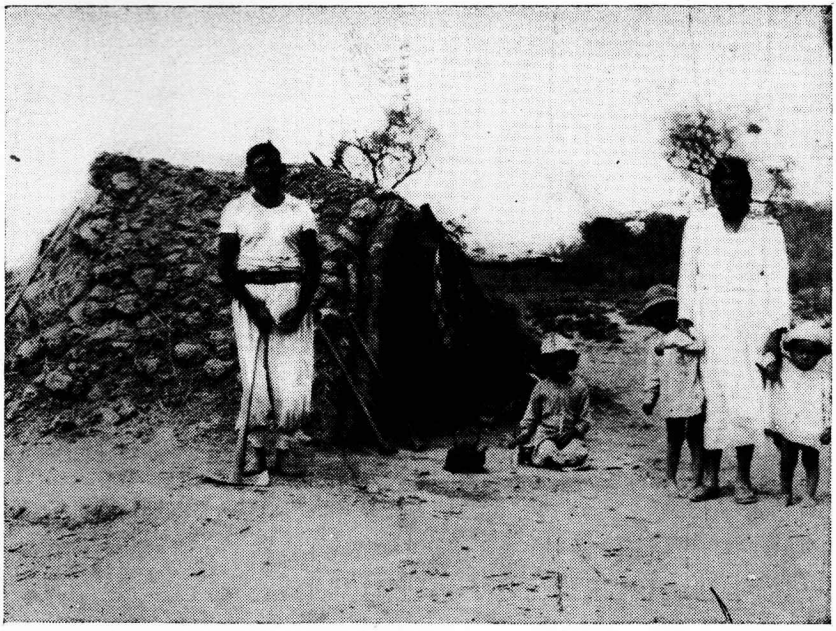
* Cuando se encuentra uno con un zorrino en el camino, es mejor volver, porque sino le irá mal.

* Cuando una mujer está de parto queman grasa de yacaré y le friccionan el vientre para que aquél sea apresurado.

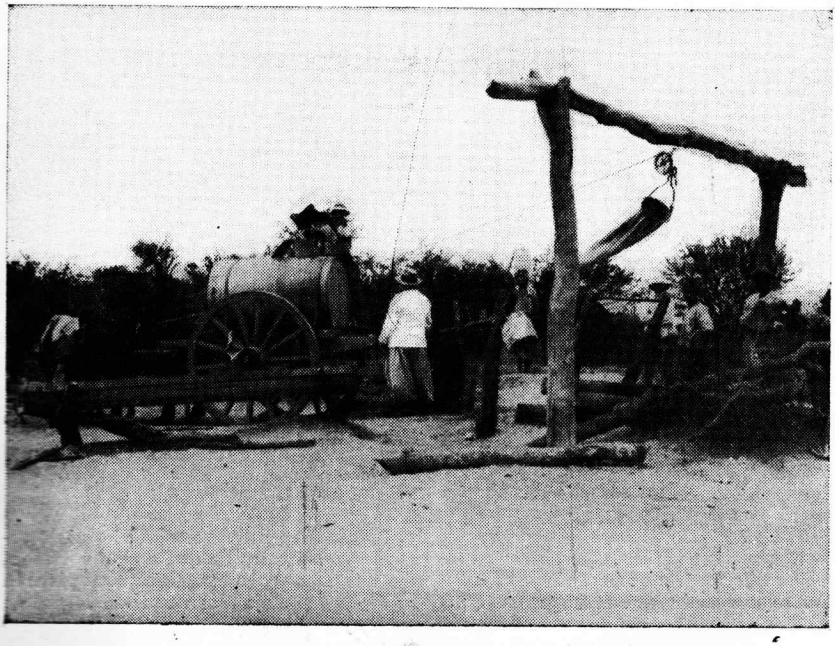
* El Viernes Santo se buscan iguanas (en Corrientes) para sacarles los anillos, que se emplean como amuletos de la suerte.

* No hay que matar al sapo; a los cuantos días le vienen terribles dolores de cintura al matador.

* Los grillos son sagrados; no hay que matarlos. Dios se enoja.

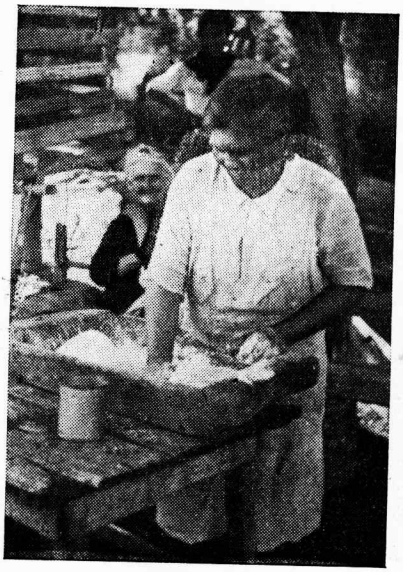


El hombre y su vivienda

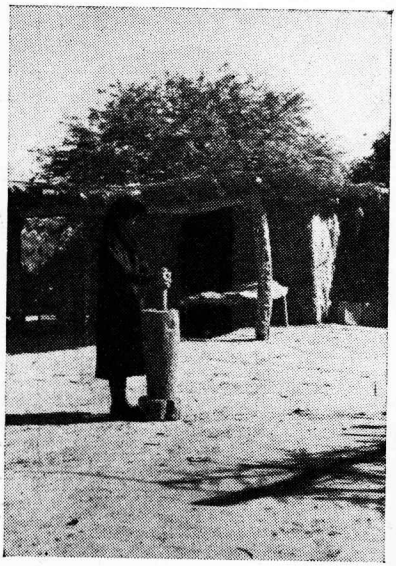


El agua: elemento precioso en la selva

Criollos de los valles de Tafí, durante las fiestas de Carnaval

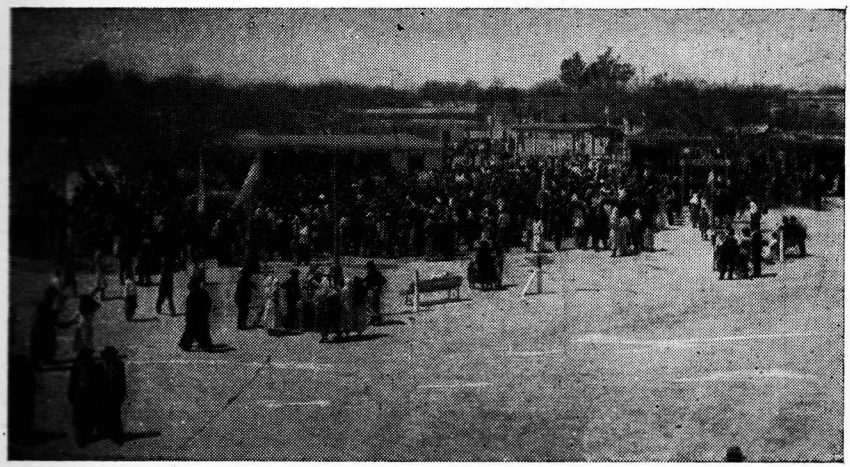


La criolla experta en amasijos y confituras para las ceremonias del «Casamiento de los animales», el «jueves de compadres» o las «masaguagas».



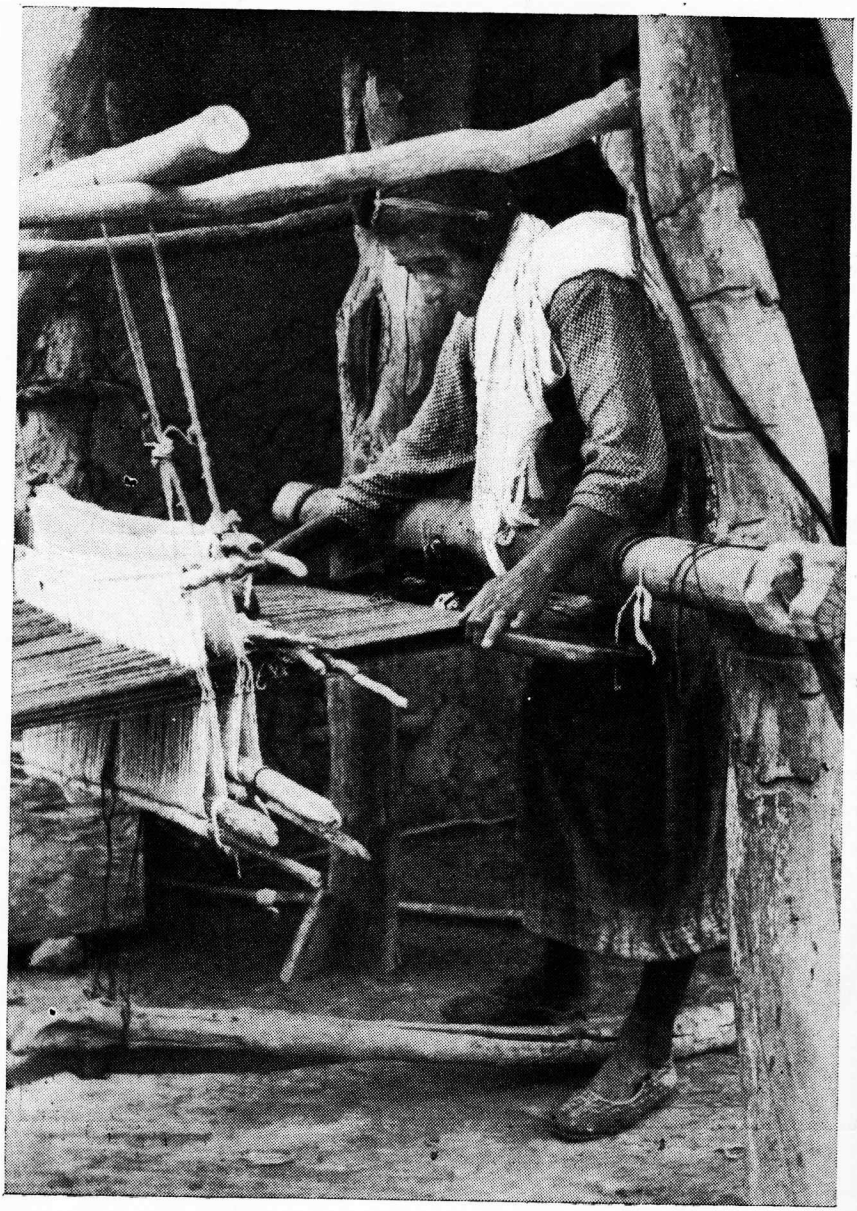
El clásico mortero criollo labrado sobre un tronco de quebracho colorado, donde se pisa la algarroba para la aloja «carnavalera».

Atamisqui, antigua e histórica villa de Saconcho, ruta del antiguo Perú, en la selva santiagueña



DIA DE FERIA DEL TEJIDO EN ATAMISQUI

Por ser zona de excelentes tejedoras, el gobierno santiagueño patrocina anualmente una Feria, a la que concurren criollas expertas en el arte del tejido. Con tal motivo se realizan fiestas donde la música, la canción y la danza autóctonas se manifiestan en su expresión auténtica



La hilandera en plena labor

* Se dice que el pez dorado lleva debajo de la lengua un San Antonio, que el pescador que consigue pescarlo tendrá una pesca abundante.

* El serrucho que lleva en la cola la raya se emplea como mondadientes contra el dolor de muelas.

* Cuando los aguaciles vienen en grandes cantidades como la langosta, según algunos indican viento y otros, lluvia.

* Si el gallo conversa con la gallina es señal de que va a morir una soltera; si conversa con dos gallinas, va a morir un matrimonio.

* Cuando las avispas hacen su panal en la casa, por dentro, es señal de abundancia.

* Si el perro se esconde debajo de la cama de un enfermo, anuncia que éste va a morir.

* Del guanaco se dice que la nobleza y el porte le vienen de que Llastay tiene su misma figura. Le adjudican cualidades femeninas. Su enemigo es el puma, al que le tiene un miedo terrible.

* Si el ganado se asusta, es que va a morir su dueño o uno de sus familiares.

* La perdiz es el mejor auxiliar meteorológico del criollo.

* El sapo es también un buen auxiliar de la agricultura. El criollo no lo mata, porque se come los insectos que dañan a las plantas.

* El quitilipi anuncia la muerte.

* Si la gallina cacarea de noche en la casa donde hay un enfermo, es porque ha visto el espíritu de éste que va a morir.

* Un picaflor negro o una mariposa negra es señal de luto.

* Cuando un perro cava la tierra, mala señal. Habrá muerte.

* La pata de conejo da buena suerte.

* La pluma de caburé da suerte.

* Los sesos de la lechuza enloquecen.

* Cuando la gallina pone dos huevos seguidos anuncia abundancia.

* La urraca en la casa atrae la discordia familiar.

* El pájaro "bichofeo" anuncia la llegada de la justicia.

* Cuando la gallina canta como el gallo, atrae desgracias.

* Si el gallo pone un huevo y se empolla, sale el bacilisco, monstruo de un ojo en la frente, que produce la muerte de quien lo mira.

* Cuando el caballo se revuelca en la tierra nos anuncia que haremos un largo viaje.

* Cuando el perro se revuelca, viento seguro.

* Patos en bandada nos anuncian lluvias.

* Cuando las hormigas llevan a cuesta sus larvas, anuncian inundaciones.

* El té de cantáridas es un poderoso excitante sexual.

* El carpincho hembra ni la raza, deben comerse en cierta época del mes.

§ 9. *Los animales en la canción popular.*

En el cancionero regional autóctono, compuesto por piezas de autores anónimos, está presente el animal a través de las cualidades que el hombre le encuentra.

Palomas. *Cuatro palomas blancas,*
cuatro celestes,
cuatro coloraditas,
me dan la muerte.

Dame la mano, paloma,
para subir a tu nido,
sabiendo que estás solita
a acompañarte he venido.

Dame con tu boquita
de lo que comes,
como dan las palomas
a los pichones.

Cuervo. De las aves que vuelan
me gusta el cuervo,
porque la vida mía
viste de negro.

Ganso. De las aves que vuelan
me gusta el ganso,
porque la prenda mía
viste de blanco.

La perdiz. La perdiz en el campo,
cantando dice:
La que nace bonita,
¿de qué se aflige?

Quisiera ser cazador
y llevar una escopeta
para cazar las perdices
de esas con peinetas.

Mariposa.
Quisiera ser mariposa
para andar de rosa en rosa
y dentrar, luego, en tu pecho
y decirte muchas cosas.

Caballo.
Si tú fueras campo verde
y yo fuera mancarrón,
me moriría de hambre
por no darte un mordiscón.

Vizcacha.
Si vos fueras mi vizcacha
y yo fuera vizcachón,
en la puerta de tu cueva
te haría ¡con, con, con, con!

Pollo.
Si yo fuera su pollito
y me diera de comer,
todo el día yo anduviera
¡pío, pío, atrás de usted!

Gavilán.
Soy gavilancito nuevo
que doy vuelta y no hago daño.
Así he de dar vueltas yo
hasta ver mi desengaño.

Toro.
Toro negro, toro blanco,
toro de varios colores,
no me mates con tus aspas,
mátame con tus dolores.

Halcón.
¿Ves aquella pluma verde
con que vuela aquel halcón?
Con ella te he de escribir,
¡encanto de mi afición!

Cangrejo.
Cuando lo miro al cangrejo
me pongo a considerar
que se parece a mi dicha,
que camina para atrás.

Golondrina.
Dicen que la golondrina
pasa el mar en un vuelo,
yo también lo pasaría
si fuera a encontrar consuelo.

Gallo.

¡Gallito, si supieras
lo que es querer,
no cantarías tanto
al amanecer!

Tórtola.

Si la tortolita llora
cuando le quitan el nido,
¡cómo no he de llorar yo,
si tengo mi amor perdido!

Garza.

Toda la noche hi pasao
como garza en la laguna,
sin esperanza ninguna,
con el pescuezo estirao.

Burro.

Si quieres que yo te quiera
comprame un burro,
pa tener en mi casa
el retrato tuyo.

Gallina.

Tápame con tus alitas
como la gallina al huevo,
olvidá todo lo pasado,
volvé a quererme de nuevo.

Carancho.

Carancho de otro lugar
buscando carne ha venío,
carne con dueño ha hallado,
carancho ya te has jodío.

Cóndor.

Después que me has olvidado
ya me vuelves a querer,
habías sido como el cóndor,
que larga y vuelve a correr.

Mono.

Has dicho lo que has querido.
¿No te queda más encono?
Oreja de burro viejo,
nariz de talón de mono.

Pavo.

Tienes la cara de pavo
con el andar del jilguero,
sólo te faltan las alas
para ser un pavo entero.

Cotorra. Yo soy como la cotorra
en mi modo de anidar,
hago un nidito de espinas
así no dentra haragán.

Caballo. Malhaya, un caballito,
ligerito como el viento,
para dar un galopito
donde está mi pensamiento.

Jilguero. Pajarillo silguero,
qué lindo canta,
acordáte de tu tierra,
Santiago manta.

Tero. A la orilla de una laguna
suspiraba un tero-tero,
y en sus suspiros decía:
¡Qué lindo es vivir soltero!

Gato. Atajálo, gatito,
no lo dejes ir,
porque si se va
ya no ha de venir.

Mula. Cuando la mula recula
señal que quiere cociar,
cuando la mujer te miente,
señal que te va a olvidar.

Potro. El amor es como un potro
que no se puede contener;
el caballo tiene riendas,
el amor ¡qué ha de tener!

El gallo. El gallo en el gallinero
golpia las alas y canta,
el que duerme en cama ajena
madrugando se levanta.

Quirquincho. El pichi cuando se empaca
ya no quiere caminar,
la mujer cuando se enoja
también no quiere aflojar.

Perro.

En mi casa hay un perro
barcino tuerto,
cuando mueve la cola,
peludo cierto.

Víbora.

La víbora, cuando es verde,
en el campo no aparece,
la mujer engañadora
doscientos palos merece.

Cocodrilo.

No le creas a los hombres
aunque los veas llorar,
que son como el cocodrilo,
que lloran para matar.

Gusano.

No permitas, planta mía,
que se te arrime el gusano;
en comiéndote las hojas
volando irá muy ufano.

Picaflor.

Por ser como el picaflor
no me casé, les advierto,
ahora que hi llegao a usarme,
para mejor soy molesto.

Hormiga.

Todas las buenas mozas
son perseguidas,
como arbolito tierno
por las hormigas.

Liebre.

En un campo desierto
dijo una liebre:
¡Apúrense, patitas,
que el galgo viene!

Tordo.

Yo soy parecido al tordo,
que no me gusta anidar,
me paseo entre las aves,
contento y sin trabajar.

Zorrino.

Abajo de un molino
baila un zorrino,
espolones de plata,
poncho merino.

Buey.

Ahora que estamos solos
vamos a contar mentiras,
yo vide volar un buey
con una carreta encima.

Loro.

¡Albricias para las viejas!,
ya se las puede remozar,
con la saliva del loro
y l'agua del pedernal.

Sapo.

Antianoche fuí a campear
en un sapo redomón,
con la cincha en la verija
y las espuelas en el garrón.

Vizcacha.

Cuando pasé por tu puerta
me tiraste con un hacha,
¡Madre mía del Rosario,
sálvame de esta vizcacha!

Carnero.

¿De ande sale ese mocito
con la visera enchapada?
Si parece un carnerito
escapao de su majada.

Chinche.

De dónde sale esa chinche,
de abajo de mi colchón,
¿pa qué sale a los bailes
si no sabe relación?

Piojo

De tu cabeza, un piojo
quiso salirse
al campo de tu frente
pa divertirse.

Gaviota.

En el fondo de la mar
suspiraba una gaviota
y en el suspiro decía:
echále sebo a las botas.

Lechuza.

En la cumbre de aquel cerro
suspiraba una lechuza
y en el suspiro decía:
Sunchalero, boca sucia.

Lagartija.

La lagartija se ha caído
de arriba de una pared,
sale el lagarto y le dice:
¿Qué te has golpiao, mujer?

Rana.

La rana le dice al sapo:
Quitá para allá, sarnoso;
responde el sapo, y le dice:
Sarnoso, pero buen mozo.

Cabritas.

Las muchachas de este tiempo
son lo mismo que cabrillas,
no se contentan con uno
sino con una cuadrilla.

Alacrán.

Las mujeres son como el diablo
parientas del alacrán,
cuando ven un hombre pobre
alzan la cola y se van.

Pato.

Los patos en la laguna
cantan con gran alegría,
los chiquitos dicen tumbas,
los grandes: Tumbarían.

Pulgas.

Una pulga en un baile,
rompió un pocillo,
y el piojo enojado,
sacó un cuchillo.

Chivo.

Viniendo por el potrero
encontré un chivo rabón,
pensando que era tu tata
le pedí la bendición.

Abeja.

Yo tengo un santo remedio
pa remozar a la vieja,
la grasa de cóndor blanco
con riñonada de abeja.

Cucaracha.

Arpa vieja, sin clavijas,
figuras de cucarachas,
salgan, viejas, de la cancha,
dejen bailar las muchachas.

Chicharra.

Dejá de cantar chicharra,
que me estás atormentando;
andá cantale a tu abuela,
decile que yo te mando.

Culebra.

Yo soy como la culebra
por donde quiera me arrastro,
camino en la polvareda
y no le dejo ni rastro.

Cuervo.

Yo soy como el cuervo negro
que se anda de cerro en cerro,
comiendo la mejor carne
dejando el cuero pal dueño.

Torcaz.

En el monte lejos,
Vidalita,
gime la torcaz,
porque vive errante,
Vidalita,
en su soledad.

Aves.

Las aves del campo,
Vidalita,
nacieron para volar;
Yo nací, para desdicha
Vidalita,
mis ojos para llorar.

Cardenal.

En la falda de aquel cerro
suspiraba un cardenal,
y en el suspiro decía:
¡Caramba, que estamos mal!

Tigre.

¡Qué calor con tanto viento
estando la mar de frente
y no poderse bañar!
Le llora la vista al tigre
cuando no puede cazar.

Kakuy.

En los montes silenciosos
Kakuy ina mi huackami,
Imaina mana huackani,
sonkoilla paj mana nocka.

(En los montes silenciosos
lo mismo que el kakuy gimo.
Cómo no he de llorar
si mi corazón no es mío.)

Catita. Uritillitu nyuarani
nispa que romapanka
segunchos suerteka
mudituta llojsi panka.

(Yo crié una catita
diciendo que ha de hablar,
pero según es mi suerte
mudita ha de salir.)

Tortuga. Rumampatukarancuadru
cunca morcilla tojiasca,
maqui maniapa botonin
chupan viejo eslabonin.

(Tortuga cuero cuadrado
cuello de morcilla rota,
mano, botón de manea
cola de eslabón viejo.)

Iguana. Caraipuca comisario
hualitu preso chipanqui
chinitas molestanispa
brachoman cachichipanqui.

(La iguana, comisario,
mandó la tortuga al Bracho
diciendo que molestaba
a las chinitas.)

Animales. Principiaré por el buey
nombrando todo animal;
el quirquincho General,
el guanaco, Coronel;
el caballo dice: pues
yo soy el Mayor de la plaza;
De lancero la vizcacha,
el sapo va de Artillero,
por ser el más ligero
para seguir esta marcha.

De Capitán el león,
y el Ayudante el chivato,
y de Cazador el gato
al lado de este escuadrón.
El mono va de tambor
y va tocando a degüello,
de soldado marcha el perro
por si se escapara alguno,
de cornetero va el burro,
y de teniente el camello.

Yo vide lo que ninguno:

Yo vide lo que ninguno,
y lo puedo confirmar
una mañana temprano
vi una tortuga volar.
Esto me hizo titubear,
pero luego me reía,
una quirquincha contaba
que de una farra venía.
Vi que un avestruz sargento
hacía de polecía,
zapateaba un contrapunto,
con el conejo aquel día.
Vámonos chacarerita,
tal vez piensen que es falsía
un peludo cabalgando
pasó y me dijo: ¡Buen día!
Del buche de una perdiz
salió un avestruz volando,
por el ojo de la aguja
pasó una liebre trotando.
Una guasuncha viuda
andaba muy coquetona,
un lagarto enancado
hacía llorar las lloronas.
También sentí decir
que una culebra decía:
"De las plumas de un quirquincho
hacerme un gorro podría."
Corre, corre, chacarerita,
prestame las Tres Marías
para bolear un zancudo
que se me fué el otro día.

Estos cantares han sido tomados del cancionero popular anónimo de Santiago del Estero, y de Cuyo.

(1) Sir James Frazer: *Mitos sobre el origen del fuego.*

(2) Esta misma clase de creencia se practica en algunos pueblos de nuestra República en la actualidad. En el capítulo correspondiente damos a conocer la ceremonia que realizan los actuales indígenas de la Patagonia, cuya víctima propiciatoria es un potro o un carnero.

(3) Bertrand Flornoy. *Alto Amazonas,* Misión Científica Francesa. Edición «Zig-Zag». Chile.

(4) Doctor Stephen-Chauvet. *La isla de Pascua.*

(5) El doctor Waldemar Bogorás, que relató este mito en el Congreso de Americanistas de Nueva York, realizado en 1903, dice que la misma creencia se encuentra en el folklore del noroeste de Siberia. Nicolay en *Historia de las Creencias* lo confirma así: «El culto del cuervo, de que se encuentran trazas en el Norte, entre los Thlinkeets, ha divertido a los viajeros cuya miopía intelectual no sabe ver nunca sino cosas ridículas. Al darse uno cuenta de ese mito, comprende que el Negro Cuervo Creador (Yehl) no es más que la imagen del Espíritu que incubó largo tiempo el oscuro caos del cielo negro.»

(6) Profesor S. Freud. *Totem y Tabú.*

(7) *Orfeo, Historia de las Religiones.* Salomón Reinach.

(8) *Historia de la Civilización.* Rafael Azcárate Gil. La Habana.

(8b) «El hombre encuéntrase en contacto constantemente, en lucha casi siempre con la fauna, y los animales de la selva desempeñan un papel importante en su existencia. Unos lo proveen de recursos alimenticios preciosos; otros son temibles por su audacia o por su veneno; y otros, en fin, tienen la fama de seres mágicos, por lo que son utilizados en los ritos de protección o los maleficios.» (Los animales en el folklore del Alto Amazonas.) Doctor Juan A. Vellard. Revista *Folklore.* Nº 8. Buenos Aires.

(9 «En las pequeñas vidas, siembra la naturaleza sus injusticias.» Ed. «The Statesman». Londres.

(10) El doctor Blair, citado por Michael Joseph en un estudio publicado en el *Harper's Monthly Magazine* de Nueva York.

(11) «La inteligencia de los animales». Tratado publicado en *La Doménica del Corriere.* Milán.

(12) Milton Mackaze. *La inteligencia de las aves.*

(13) Datos ofrecidos por el *Popular Sciencie,* de Nueva York.

(14) *El libro de los animales llamados Salvajes.*

(15) Bernardo Canal Feijóo. *Los casos de Juan.*

(16) Sabido es que merced al viejo simbolismo que utilizan Esopo, Fedro, Lafontaine, Samaniego, etcétera, para decir lo que habría que callar — o lo que podía lastimar a la moral de sus tiempos— lo utiliza con una maestría e inteligencia ejemplares, Walt Disney. En los tres chanchitos hay una sutil propaganda de la moral burguesa. Cuando tuvo que plegarse al plan de la N.I.R.A., adoptó la cigarra y la hormiga que respondían a nuevas ideas de corte socialista.

(17) Datos y leyendas suministrados por don Lázaro Fleury, de San Jorge, Santa Fe.

(18) Narrada por don José Cepeda, 72 años, de El Morro, San Luis. La recogió y le dió esa forma literaria Berta Vidal de Battini.

(19) Narrada por don Felipe S. Velázquez, de San Luis. La recogió y le dió esa forma literaria, Berta Vidal de Battini.

(20) *Supersticiones de la Montaña.* Ramón Mercau Orozco.

(20b) Todas las aguadas tienen su madre o «fantasma como lo apunta Ambrosetti al referirse a la que se reconoce en el folklore misionero. «La más general, en esas regiones, es la ú-porá, es decir, Fantasma del Agua, que se aplica a todo animal fantástico del agua, pero a veces toma la forma antropomórfica. Se supone que todas las aguadas permanentes tienen un ú-porá que vela por su conservación.

(21) Provincia de Jujuy.

(22) «La ciénaga de Pumahuasi». *Tierra Madura.* Félix Molina-Téllez.

(23) *Supersticiones y Leyendas. Juan B. Ambrosetti.*

(24) *Los hijos de Llastay.* Edición Babel.

(25) Luis Franco. *Los hijos del Llastay.*

(26) Carlos Ibarguren. *De nuestra tierra.*

(27) «Déjenlo que muera... Hay tiempo para llorar.»

(28) Hay unos versos muy populares en la provincia de Corrientes sobre el Carau. Su versión guaraní es la siguiente:

Yshy jhasy oina
Oshé ojheca pojhá
Oyetopá una diversiónre
Opytá o taconeá
Aguajhé amigo Carau
Che disculpá chamigo Carau
Aruco ndebe la noticia
O manó jha gué nde shy
Pe mbopú catú la polka
Jha ya shé ya taconeá
Oimé gueteri tiempo ayajheoihaguá.

cuya traducción es la siguiente:

Estando la madre enferma
Remedio se fué a buscar
Y hallando la concurrencia
Se puso a taconear...

Amigo Carau, le dice:
Dispensa amigo Carau le dice
Que no quiero bailar
Te traigo la noticia
Que su madre se murió
Y el Carau le dice:
Voy a bailar porque hay
Tiempo para llorar...

(29) «Los animales en el folklore y la medicina popular del Alto Amazonas». Doctor Juan Alberto Vellard.

(30) En la indagación de un proceso originado en la Colonia, según la

crónica de Julio López Mañán, se dice que «en presencia y a la vista de los declarantes cavó la tierra y dentro de ella sacó un sapo que estaba atado con un pedacito de lienzo y con hilo blanco en el muslo, y lo metió dentro de una guaiaca o bolsa que hallaron en la puerta del rancho, la cual cogió Antonio Godoy y traxo a este sitio viejo hasta que se descubrió y sacó el sapo en presencia de su merced el Señor Provisor.»

(31) *Historia del Gran Chaco Gualamba.* Padre Lozano. Ed. Universidad de Tucumán.

(32) *Entre los mocovíes de Santa Fe.* G. Furlong S. J.

CAPÍTULO V

LAS FIESTAS DEL CÀRNAVAL EN LOS PUEBLOS DE LA MONTAÑA Y DE LA SELVA

§ 1. Orígenes universales de la fiesta. -- § 2. Carnaval de Santiago del Estero. Las trincheras. El baile. La canción. El comercio. -- § 3. Carnaval en los valles salteños. El jueves de compadre y de comadre como preludio de la fiesta. El bautismo del Carnaval. El topamiento. -- § 4. Carnaval en la Quebrada de Humahuaca. Maimará. Purmamarca. Tilcara. El fusilamiento. -- § 5. Al pie del Ambato. Al pie del Famatina. -- § 6. El entierro del Carnaval. En Santa Fe. En La Rioja. La Kacharpaya. -- § 7. La vidala del Carnaval. -- § 8. El Carnaval en las vidalas. -- § 9. El amor en la vidala.

§ 1. *Orígenes universales de la Fiesta*

Se acepta en principio que las fiestas de Carnaval tuvieron como origen las bacanales griegas, las saturnales romanas, derivadas ambas del viejo culto que los egipcios tributaban a Osiris, dios de la resurrección, de la vida eterna y juez supremo de los muertos; no obstante, aparece en su fondo y en su espíritu como una tentativa de liberación del hombre, un deseo de rebelarse de la tutela de ciertas leyes morales que Freud ha estudiado como limitadora de un principio natural de la especie —y a la que se encuentra subordinado o aprisionado tal vez—, creando en el individuo complejos trascendentes para su vida social. Se tiene entendido que el carnaval era el día de la plebe antigua; las únicas horas que podían simular un principio de igualdad soñado; el momento que el esclavo, tomando el disfraz del personaje que deseaba ser, podía lograrlo con entera impunidad. En esos días de holgorio, podía el pueblo sometido al vasallaje encontrar una válvula de escape para sus ocultos sentimientos. Las evidentes categorías sociales que existían se confundían sin dificultad durante las horas de fiesta, y "hacíase burla de amos y jefes, se ridiculizaba a la justicia y se faltaba a las leyes."

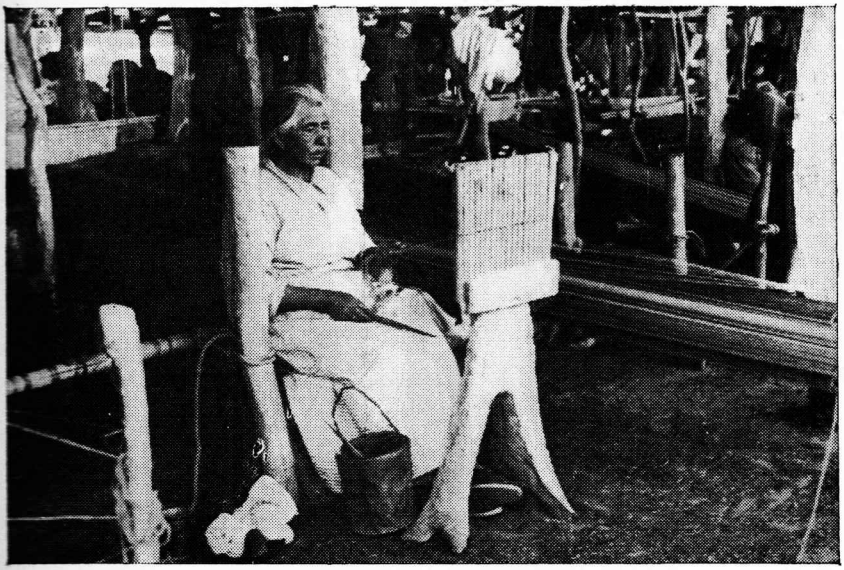
El pueblo fué adquiriendo tal conciencia de sus derechos en estos días, que las fiestas resultaron, a través de los tiempos, con un brillo inigualado. Toda locura era permitida; toda licencia, encontraba ambiente propicio; y si las clases reinantes hubieran calado a fondo el fermento social que con ellas se iba generando, hubieran co-

rregido enormes defectos que estimulaban las castas prominentes. F. Nicolay dice que las mascaradas francesas de la Edad Media fueron notables, sobre todo por sus tendencias satíricas; en ellas estaban representados a veces los mismos soberanos bajo disfraces burlescos, y los criados, ora cubiertos de miserables harapos, ora, por el contrario, envueltos en oropeles, parodiaban el lenguaje y los ademanes de sus amos, de quienes se mofaban "para mayor diversión del buen público." Los Padres de la Iglesia condenaron en vano los groseros placeres del Carnaval; el papa Inocencio III se ocupó de ellos en varias decretales que resultaron ineficaces; también fracasaron en este intento los concilios, porque atacaban costumbres tan antiguas como queridas por el pueblo.

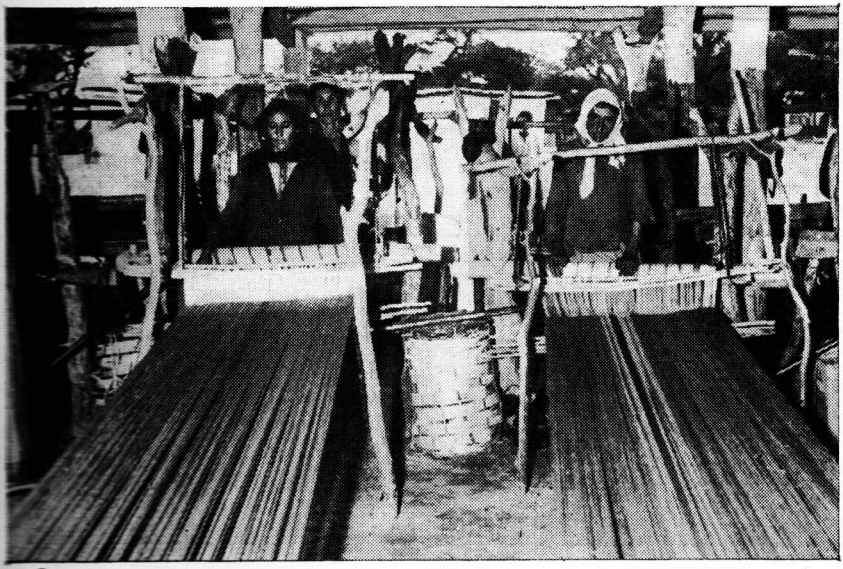
El mismo autor refiere, en un deseo de atrapar el verdadero espíritu revolucionario que fermentaba en esos días, que el pueblo sentía íntima satisfacción al poder decirse: "Hoy voy a ser igual a mis superiores y el superior de mis iguales." Esto sin contar con los atrayentes accesorios, danzas, juegos, festines y farsas que ilustraban esos días de gran regocijo. Por un instante, efectivamente, la autoridad quedaba desarmada, la nobleza burlada y arrollada la policía, y los criados se convertían en amos. Una sola diversión del Carnaval en la que el pueblo podía contarse y hacerse cargo de la fuerza de sus masas, influía más que veinte libelos en el despertar de las aspiraciones democráticas que se gestaba en el fondo de muchos corazones (1).

Nada desacertada está la apreciación que al respecto se hace de la fiesta de Carnaval. De ello da cuenta, la adhesión que siempre ha tenido por parte del pueblo y el brillo que alcanzó a través de las épocas en los pueblos civilizados del orbe. Los carnavales de París, de España, de Italia, etcétera, han sido y continúan siendo famosos, por el derroche de alegría y por la unanimidad de un pueblo en festejarlo y estar en disposición de divertirse sin limitaciones algunas.

Los pueblos de América recibieron el carnaval de manos de los españoles de la Colonia. Muchas fiestas de origen indígena se fundieron en la celebración de esos días, y el aborigen sintió gran atracción por el colorido de los trajes, las figuras descomunales de gigantes y cabezudos, el tañer de guitarras e instrumentos de alto sonido musical. Estos festejos, producto de su idolatría pagana fueron a parar a las que se efectuaban en las carnestolendas y ello dió lugar a una hibridación que ha enriquecido el cuadro pintoresco que ofrece la celebración en muchos lugares de nuestra selva y montaña. Sin duda alguna que, el origen dionisíaco de la fiesta está en permanente vivencia, y el aborigen habrá sentido más de una vez el mismo sentimiento que aquellos vasallos de la Edad Media experimentaban contra los que en nombre de privilegios seculares querían ser dueños no sólo del cuerpo sino también del espíritu.



Afirmando el hilo en la urdimbre en el tosco aparato de fabricación casera

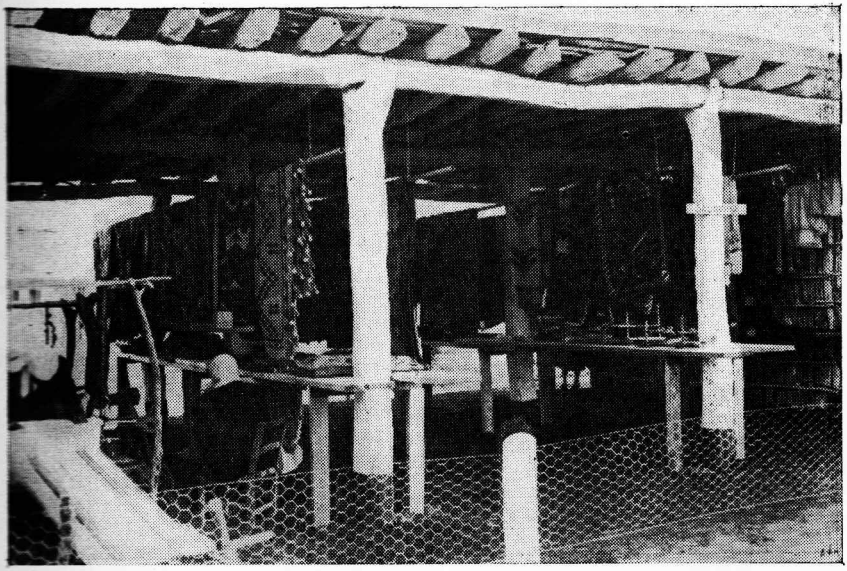


Hilanderas bajo la techumbre de los galpones de Atamisqui

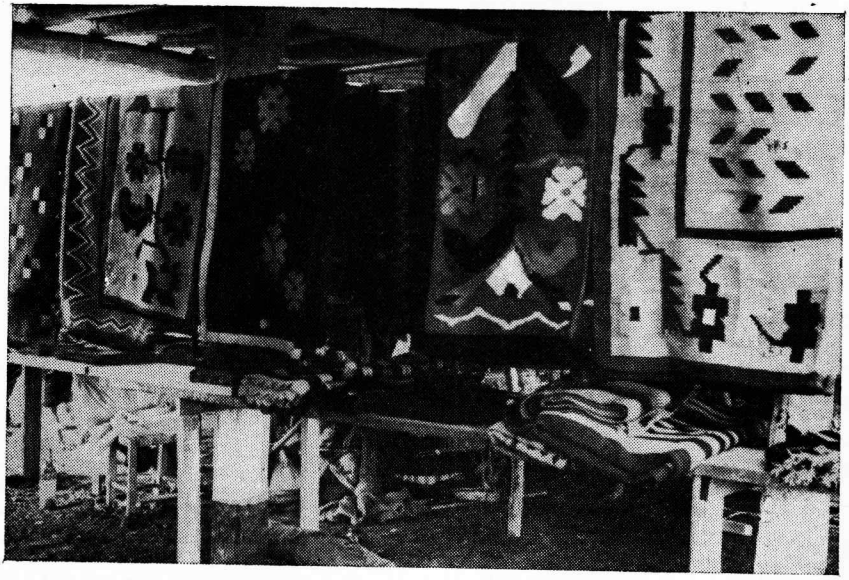
La labor anual de una familia

Flores, en magníficas tramas, para las colchas que adornarán las habitaciones de las ciudades argentinas

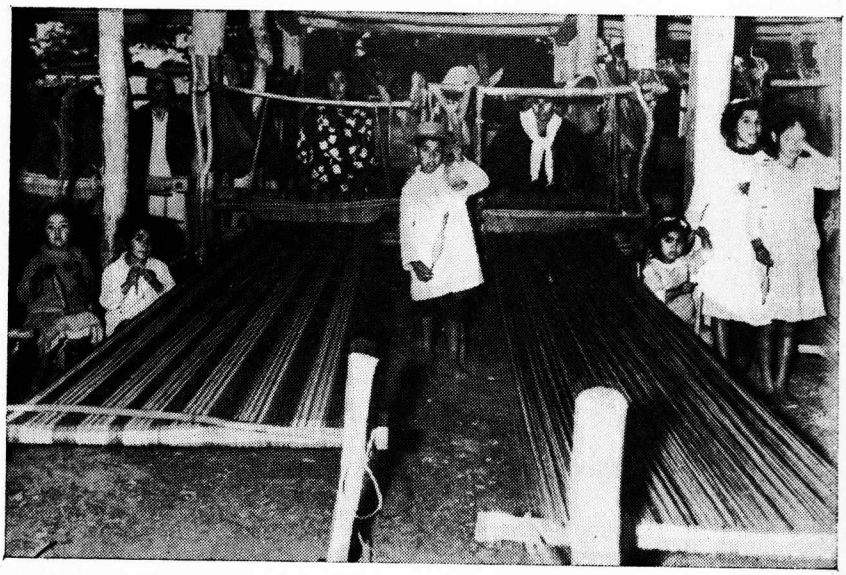
Alfombras de gustos diversos, entre las que se destacan las de «pelo cortado», derroche de prolijidad y buen gusto



Pabellón de Salavina, departamento santiagueño que se destaca por la riqueza del colorido que tienen sus tejidos



Magníficas estilizaciones de alfombras, colchas, cubrecamas, etcétera



Los hilos polícromos, tendidos para la urdimbre, y niños hilando con manos expertas

§ 2. *Carnaval de Santiago*

Beban el vino, viene de Dios;
Beban aloja y coman mistol...
Carnavales de las Lomitas,
De mis pagos, el mejor...

Hace un mes que florecen las vidalas. Vidalas retozonas, ariscas, dulces... Algunas tienen lamentos de mozas engañadas y otras temblores de morenas que sueñan desde el fondo de sus almas.

Florecen en el humilde ranchería de Majla, de Chea, de Hurito Huasi, y sus giros musicales se desparraman por el monte en perfumes frescos de voces y tonos instrumentales.

Las ociosas cajas (2) que invernaron suspendidas en el horcón del rancho, han sido descolgadas. Sus tientos flojos fueron estirados y el cuero de vizcacha sonó más fuerte al compás de canciones estremecidas de ilusiones. La guitarra, desteñida a fuerza de manoseos, retomó la alegría del año anterior para sumar melodías al paso bochornoso de las tardes opacas. Y su reguero de sinfonía abrió paso entre el chillar de cansados coyuyos en una viva picada de agradable disonancia (3).

También los violines envueltos en trapos, que durmieron el cansancio de la pasada trinchera, se libran de sus envoltorios para darse en destempladas ejecuciones.

¿Y qué morena no luce en las alforjas que vuelven atestadas del pueblo, la ofrenda de percales para su cuerpo?... ¿Y qué mozo no sueña con lucir pantalones rayados o alpargatas blancas a prueba de zapateo?... ¿Y en qué rancho no existe la promesa roja de una gruesa de cohetes para quemarlos la mañana jubilosa del primer domingo?

Por eso hay en el monte una sonrisa fresca donde antes sólo había despojos pajizos del viento norte, y en los caminos salitrosos se encienden las alforjas escalonadas de guardas coloradas, y los caballos lucen caronillas floreadas o de extraviadas grecas multiformes.

Por los senderos, donde la mañana estampa el beso húmedo de rocío, reverberan las hojas estremecidas al paso de la hacienda que busca los claros del monte, donde la yerba pone al sol su alfombra verde... Y tras el cabrito que trisca y la oveja revolcada en los corrales, marchan los pequeños pastores, apenas cubiertos sus cuerpos con sucias camisas y entonando la copla:

Dicen que carnaval viene,
¡ay de mi china!
polleras no tiene.

El año ha sido malo. Todo se lo ha "comido el sol" con la falta de agua. Meses duros, con la tierra agrietada, la represa vacía y los pobres animalitos buscando en las bateas el agua servida de la víspera. Pero algo se ha salvado para gozarlo este carnaval. En el más humilde rancho fué cuidada una ovejita, un chanchito, una partida de cigarros de chala, o la confección de una alfombra, para venderlos en la víspera para tener "cónque bailar y upiar".

Hace unos días, la Rosa, se acercó al rancho del "Paraiso". La niña le dió cinco kilos de maíz y un trozo de carne advirtiéndole que hiciera un locrito para que comieran bien ese día, sus hijos. A la mañana siguiente la "niña" averiguó:

—¿Y de ahí, doña Rosa?... ¿Qué tal le fué ayer?

—¡Asisito niñitai!.. No pude hacer locro.

—¿Era fiero el máiz?

—Linditoy niñitai... Es que ni bien llegué a casa y lo puse a preparar, el chanchitoy me quedó mirando, mirando... ¡Pobrecito!... Tuve de dárselo y comer nojotros la carne asada...

* * *

Víspera.

Las habitaciones de la casa están repletas. Los rezagados se acomodan en sus aperos en el amplio patio casi cubierto por el viejo algarrobo. Se emplazan los catres de tientos y aparecen cubiertos por mantas tejidas de chillones colores y extraños dibujos estilizados de viejas deidades indígenas.

Saludos cordiales en voces quíchuas; desgranar de sones de cajas y aprontes de violines; voces de mando que terminan en el chiste picante; guitarras que preludian casi ocultas, entusiasmando a la mozada. Grupos de mujeres y hombres en convites galantes y en frases que terminan en el piropo con "retruque".

—¡Te hi de hacer sopitai!

—¡Chainaninkuj pero pitaj y hacha!

De un lado a otro son llevados los mates bien cebados con yerba-buena, tomillo, café y terrones de azúcar chamúscados. Parlotean dulzonamente las muchachas que exhalan perfumes de la tierra: albahaca, cedrones, poleo. Los mozos prenden sus piropos a la boca, a la cara y a las negras trenzas de cabellos... Y las mujeres saborean dulzuras de miradas que las achicharran en los calderos del ansia.

Ahora, el grato "humito" del asado anuncia la cena. Los grupos se mueven en dirección a la amplia cocina, abierta a tres rumbos, en cuyas enormes parrillas se tuesta la carne en su propio jugo. Entran al asalto con cuchillos baqueanos descubriendo trozos exquisitos, y el vino se vuelca en los vasos esparciendo tufo vinagroso.

La noche ofrece su frescura y el cielo acribillado de estrellas acompaña el griterío que se levanta del patio.

A las nueve de la noche, el silencio toma forma.

Los catres dispersos en el patio se van ocupando. Las mujeres se acuestan vestidas, cubriendo sus piernas con sábanas, y los mozos se alejan para tenderse sobre la fresca gramilla o en los lechos improvisados con el manteo de sus monturas.

Cae la noche en su total silencio de sombras. Cae el telón de la víspera pintado de luminarias sobre un cielo de intenso azul que destila imperceptible rocío.

Y a la mañana...

El gallo en su gallinero
abre las alas y canta;
el que duerme en cama ajena
madrugando se levanta.

Es la canción que le cantan a los rezagados que no escuchan ni la voz caldeada del sol que ya ha comenzado a acariciar las sábanas.

Las trincheras. -- El baile

Domingo.

A dos kilómetros de Hurito Huasi está la "trinchera" (4). Se llega hasta ella por cien senderos distintos que cruzan el monte. Está metida en pleno follaje formada por un claro de la selva, y en sus contornos crecen viejos algarrobos que levantan su estructura formando la amplia enramada bajo cuya sombra, una amplia plazoleta, muestra limpio su contorno.

Desde "apenas amanecido", han llegado sulkis, carros, mulas, caballos y burritos portando gentes al lugar. Se han colocado en inteligente simetría hasta formar el redondel donde se baila, se toma y juega con serpentinas y pomos.

Los bombos y cajas destemplan el sonido de sus huecos, y ponen sus tonos sordos al servicio de dulces vidalas.

A los costados del redondel, hay puestos que despachan vino, cerveza, aloja y bebidas gaseosas. Desde los vehículos, que ahora mantiénense sin animales, se venden cigarros de chala, tabaco en manojos, pomos, serpentinas, papel picado, patay, bolanchaos, uvas, algarrobitas, rosquetes, pastelitos dulces y picantes, empanadas con cebollas de verdeo, con dulce de membrillo o de leche, chipacos y "pan de mujer"... Masas caseras; patas de vaca en aceite, harina de maíz tostado...

En el suelo, sobre ringleras de cajones vacíos se suman a la mercancía enumerada, frutas de La Banda, membrillos, granadas, peras, uvas, bananas...

En el centro, se baila, se toma, se ríe.

Zambas y chacareras florecen, mientras los mozos "prendidos"

a la cerveza y a los "medios de morapio" (5), se aprestan para el canto y el zapateo.

Pronto, señor y señor,
llegará el carnaval,
caja, violín y guitarra
lo han de anunciar.

En el centro de la plazoleta formada por la alegre turba, baila una pareja de viejos, y todos le hacen coro:

—¡Zapateale lindo, Lucho!...

—¡Quién diría garrones duros!... ¡Viejo churito!

La "primera" ha terminado, y el gato quiere relaciones. ¡Ahura viejo y no le afloje que es salamanquera! (6).

El viejo, que se prende al talero y lo hace sonar en su dura bota, ensaya una sonrisa, y con voz segura le dice:

Cara de zorra viuda,
nariz de bolanchao;
Tu tata no te quiere
Y tu mama te ha olvidao.

Aplauden en desatado frenesí los presentes. Ella se muerde los labios y devuelve la relación:

Si mi tata no me quiere,
Y mi mama me ha olvidao,
Vos andás como zorro viejo
por comerte el bolanchao.

¡Linda la vieja!... Arremete en segunda a puras vueltas y floreo. El viejo levanta tierra y remata con un final suspenso en la punta de su bota.

—¡Piuuuujujuuuuu!... Métanlen duro y parejo, que se acabe de romper...!

Corren las mujeres perseguidas por los mozos. Sus cabellos humedecidos por los pomos brillan desde el renegrido fondo de sus trenzas y se desflecan al final de las "cimbas". Las vidalas siguen los compases de las cajas y llenan el ambiente de chillidos y cantos plañideros. Se forman los trípodes de avezados cantores y quedan en el centro las cajas oficiando de rito carnavalesco.

Cájitai cájitai...
Qué te has dormío.
Despertate pröntito
Qu'esto'i sabío...

Mi china viene
viene viniendo,
Camino'il monte,
Esto'i sabío...

Vino que desborda de las copas. Vino que corre por la comisura de los labios borrachos y que llega hasta la pelambre del pecho. Vino caliente y cerveza recalentada por un sol de fuego, bajo la techumbre verde. Corre el sudor pòr las caras curtidas y salen gritos destemplados de las bocas trabadas por el alcohol... Cunde el bochorno de la siesta que agobia y se prolonga en las tardes con vahos de selva, de vino fuerte y canciones llorisconas.

Si no cae un aguacero, apenas despuntado el crepúsculo, los contertulios se dispersarán por el rancherío. Los más habrán quedado tirados en el suelo, durmiendo la borrachera, y se encontrarán, al día siguiente, en el camino o en el mismo lugar, dispuestos para la segunda jornada de carnaval.

* * *

Por los caminos de la noche, las sombras mascullan vidalas que se enredan en los ramajes del monte, y las cajas sordas, callan los sones ahorcadas en las monturas de los caballos que retornan.

Y luego...

Un humillo debilucho que se pierde a lo lejos sólo queda de los carnavales. Es la kacharpaya que humea desde el armazón de sus despojos... Sinfonía de perros hambrientos y coyuyos que cantan en la noche. y el amargo sabor del vino que se vuelve tristeza cuando las bambalinas se descorren para dejar a la vista el duro panorama de la vida...

Perfil de una alegría fallida. ¡Carnaval de mi pueblo!

§ 3. *Carnaval de los valles salteños. -- El jueves de compadres y de comadres como preludio*

El compadrazgo es una institución popular, más arraigada en las poblaciones agrícolo-ganaderas que en la vida ciudadana. En nuestra República —me refiero a las zonas apartadas—, es una costumbre muy difundida que trata de establecer vínculos de comunidad sobre la base de un profundo respeto entre los hombres que se enlazan con el compromiso del compadrazgo. No parte ese principio como Ambrosetti lo supone al recogerlo en las zonas de Misiones, de la necesidad de poner un valladar en el egoísmo de los hombres que viven en regiones casi desiertas y bárbaras, porque tal egoísmo no es privativo de las sociedades semiprimitivas. El egoísmo se desarrolla con más intensidad en las naciones civilizadas donde

el interés, la propiedad privada, el desorbitado desequilibrio de la riqueza, producen negaciones absolutas de todo principio humano. El compadrazgo es una institución muy española, sobre todo en las regiones andaluzas y extremeñas, de donde salieron los primeros conquistadores y colonizadores para estas tierras de América. El mismo nace de ese sentimiento religioso que aglutina en la Iglesia secular las mejores normas a fin de establecer en el hombre la concepción cristiana de la solidaridad. En torno al hijo que nace, hay una como renovación de fe cristiana que se cristaliza en el momento de llevar al vástago a la pila bautismal, y el hombre que sirve de padrino, establece tácitamente el compromiso de ser un segundo padre voluntarioso y un respetuoso puntal moral del hogar del vástago. Desde ese momento, el compadre habrá dejado de ser el amigo accidental y quedará convertido en una fuerza espiritual que nada podrá amenguar en el transcurso de la existencia. Nada hará posible una desviación en ese contrato sacramental que perdurará haciendo la amistad más permanente, más formal, si se quiere.

Esta concepción del compadrazgo ha sido traída a América por el colonizador español, y se practica con todo el simbolismo moral que perdura en las regiones de Andalucía. Dos amigos que elevan su amistad con el título de compadres otorgado por el agua bautismal, dejarán de tutearse desde ese momento, y comenzará una época de mutuo respeto que adquirirá un carácter de reciprocidad manifiesta en cualquier acto de la vida. Claro está que los vientos del liberalismo han relajado en algo la vieja costumbre española, y su trasplante la ha desvirtuado en mucho; no obstante, en el campo la tradición permanece aún arraigada y no desmerece en nada de acuerdo con el principio español.

EL BAUTIZO DEL CARNAVAL

El compadrazgo no surge tan sólo del acto bautismal del vástago humano; surge de actos comunes en la vida de relación en los que dos hombres se han ayudado en una situación difícil. Ya ayuda en una pelea, la acción solidaria en actos extremos, establece el lazo sacramental que hará indestructible una amistad soldada por hechos que dejan huellas imperecederas en el alma humana. En los valles salteños vemos surgir el compadrazgo, con todo su simbolismo, en el bautismo del Carnaval. Al Carnaval hay que bautizarlo como a un cristiano. Claro está que la ceremonia estará presidida por un espíritu dionisíaco que no está exento, en su forma y en su fondo, de un fundamento religioso. El hecho en sí de considerar la necesidad de bautizarlo, presupone la existencia de un fondo religioso que tiende a purificar en lo posible lo que, por imperio del exceso y de la pasión que desata la orgía, ha de convertirse en el pecado de una bacanal sin límites.

El "jueves de compadres" se hace diez días antes de Carnaval, y es una especie de holgorio que no tiene mayor trascendencia, pero que culmina con el "jueves de comadres", día que, en realidad, ya comienzan los festejos de carnestolendas.

El "jueves de comadre", se reúnen en las casas pudientes del lugar invitados de sitios distantes del Valle. Habrá una mesa bien servida, en la que abundarán tasajos de la mejor hacienda, vinos, chicha madurada por expertas chicheras que conocen el oficio heredado por tradición de familia. En torno al rancho, hombres y mujeres se entretendrán comentando las próximas fiestas y ponderando las polleras de las chinas o alabando el apero del "torero" del Carril. Algunos habrán sacado del bolsillo la taba y estarán "pulseando" a la espera de que los llamen a saborear el jugoso asado de la parrilla.

Cuando todo está a punto, el dueño de casa tomará entre sus manos la "caja chayera", y luego de varios "tum-tum" de atención, dirá estas palabras de ritual:

—El Señor está con nosotros, porque somos hijos de El. Porque cuida de nosotros, criaturas del Señor. Quiera su bondad que al año estemos de nuevo juntos; que ninguna falte; que seamos más y que gocemos de mucha salud...

Habrá un silencio religioso ante estas palabras, y algunas viejas se persignarán para acabar con un "amén" entre dientes o en alta voz. El dueño de la casa, con la "caja vidalera" invitará a acercarse a los más allegados y cantarán al son del instrumento:

Dejemos las cosas tristes,
Tratemos de recordar
Con gusto y placer
Los días de Carnaval.

No hay que andar triste
No hay que pensar.

Dicen que el Carnaval viene
Por el camino de Salta
Aquí lo están esperando
Para el Domingo, sin falta.

¡Más vale quisiera
ausente vivir!

De la reunión se destacará un experto vidalero y comenzará una canción amorosa que ha compuesto para honrar al anfitrión:

El corazón tengo triste,
No tengo tranquilidad,
Tendré que vivir sufriendo.

¡Pobres mis ojos,
Lloran sin cesar!

En un jardín muy florido
Tengo una rosa de amor,
Despierta, cielo, diamante,
Que hoy me despido,
Llorando mi amor.

El "tum-tum" de las cajas se prolongará por unos segundos, y tras ellos, habrá aplausos y gritos aprobando los versos del vidalero. El dueño de casa dirá entonces:

—¡A topar se ha dicho, señores!

EL TOPAMIENTO

El "topamiento" es el rito del bautismo. De entre los circunstantes saldrá la madrina, ya que el padrino es el dueño de casa, unas veces por razones de edad, y otras por el derecho que le asiste al ofrecer grata hospitalidad. En el momento determinado, luego de elegir la comadre que es, por lo general, la señora de más edad que se encuentra en la reunión. (Casi todas rehuyen ofrecerse, ya que presupone confesar la edad, lo que brinda la oportunidad para gastar bromas y chistes).

Las mujeres estarán en un extremo del patio, y los hombres en otro. La madrina iniciará una fila y tras de ella, seguirá la turba femenina en gran algazara. Lo mismo hará el padrino. Tanto el compadre como la comadre llevarán en las manos sendas roscas de harina amasadas con adornos de confituras. Avanzarán hacia el centro del patio, y en el momento del encuentro, se enlazarán el cuello con las roscas, lo que dará margen a un gran alboroto: las mujeres se abalanzarán sobre la rosca que el padrino lleva al cuello, y los hombres sobre la de la madrina; cada cual pretenderá cortar un pedazo. Desde ese momento la algarabía culminará en gritos y cajadas; luego, el "topamiento" podrá hacerse entre los circunstantes, con roscas preparadas de antemano y repitiéndose la misma escena. Así se producirán situaciones intencionadas en las cuales se pondrá en evidencia la simpatía que existe en determinadas parejas y las intenciones que mueven a unos y a otros. Si los circunstantes solicitan que "topen" un Fulano de Tal con una Fulana de Cual y ambos aceptan, presupone que los aceptantes desean sinceramente establecer un compadrazgo de ley; vale decir: desinteresado del mó-

vil amoroso; si en cambio se resisten, ponen en evidencia que ambos, o una de las partes, no desea establecer el lazo del compadrazgo porque íntimamente alientan esperanzas de enamoramiento.

Estas escenas dan margen a risueñas situaciones, en tanto se bebe y se come, se danza y canta al son de las cajas, y los violines y las guitarras la emprenden en continuados ritmos de zambas, chacareras y gatos con relaciones.

Virtualmente, esta ceremonia pagana en homenaje al dionisíaco Momo, se enlaza con el sábado de Carnaval y no decae hasta el miércoles "al alba", en que se desgranan los hombres y las mujeres, totalmente alcoholizados para establecer un paréntesis y continuar la diversión el sábado y domingo del "entierro definitivo".

* * *

Los días de Carnaval se distribuye el gentío que llega de los cerros o de los distantes lugares del Valle en carpas diseminadas. En ellas se expende chicha, cerveza, guarapo, panes dulces, chipacos, empanadas, asados, frutas, dulces de tuna, de higo, de batata, etcétera; se improvisan riñas de gallos, tabeadas, carreras de caballos y "pechadas". Las "pechadas" son famosas y constituyen un espectáculo de destreza del jinete y del animal. Consiste en conocer la fuerza de un caballo capaz de atropellar a cinco o seis en el mismo trance.

Es bueno agregar que el caballo es un personaje muy importante en las fiestas. Asiste a una serie de espectáculos en los cuales, junto con el jinete, realiza proezas de extraordinario valor. Por modesto que sea un criollo, no dejará de tener un caballo bien cuidado, y un buen apero, como compañeros inseparables de sus correrías. Con él intervendrá en las "pechadas" en las carreras, y sobre las ancas del noble bruto llevará a la moza de sus amores, cantando vidalas en la recorrida "bolichera".

§ 4. *Carnaval en la Quebrada. -- Maimará. -- Purmamarca. -- Tilcara*

Un año recorrimos la Quebrada de Humahuaca desde Tumbaya a Humahuaca, pasando por Maimará, Purmamarca y Tilcara. Coincidía nuestro viaje con las fiestas de Carnaval, y pudimos ver los festejos en pleno apogeo, sin perder un solo detalle.

Nos llamó la atención cómo el pueblo se transfiguraba. De parco y silencioso se tornaba en alegre y bullanguero. Durante meses enteros habíamos tratado de penetrar en el espíritu de aquellos hombres sin lograrlo. El rostro del hombre de la puna permanecía inmutable ante las insinuaciones de nuestra curiosidad. Los veíamos cruzar pueblos y pueblos, tras la recua de burros o de llamas

cargados de sal, sin que un gesto de ninguna especie señalara sus caras. Los veíamos igualmente en las reuniones domingueras de los boliches, con el acullico en el fondo de la boca, mirando absurdamente con los ojos vidriosos como si estuvieran muertos. En la vida diaria del trabajo, siempre silenciosos, metidos adentro de sí mismo como si lo exterior fuera una cosa accesoria y sin sentido, y lo único real estuviese en la tormenta del alma.

Pero, en la víspera de Carnaval y en los días de pleno festejo, el hombre de la puna se transforma fundamentalmente. Son seres alegres, dispuestos al chiste, al disparate, aunque su alegría dure poco porque con los primeros vasos de chicha madurada en los vilques, se desploman en el suelo llorando sin consuelo.

En toda la Quebrada los rostros se han tornado con sonrisas de glorias, y las cajas vidaleras suenan retumbando en los cajones de la montaña acompañadas por gritos de triunfo que festeja el estribillo de la última canción:

¡Ay paloma ingrata
Como el cocodrilo!
Has pensado engañar
Al que tanto te ha querido.
¡Ay dónde irás!
Sin saber de tu destino.

La canción sigue siendo triste y machacada por la pena; pero los rostros ríen y se proponen ser cordiales con el que encuentran en el camino, sea vecino o forastero. Una confianza absoluta en sí mismos ha brotado de cada pecho; una como especie de rebelión íntima estalla para darse a la vida con atributos masculinos. El caracol de la pena atávica se desenrrosca en la tentación de varios días de vida exterior porque encuentra el conducto natural de la vida; lo que quieren ser y no pueden porque otros hombres más osados que ellos destruyeron el ayllú e impusieron normas que su temperamento vive resistiéndolas por no avenirse con la naturaleza que les diera el enviado del Sol desposado con su hermana la Luna.

Ante ese espectáculo que por primera vez se presenta ante nuestros ojos en esta Quebrada que siempre fué silencio en el rostro de sus hombres, en la dureza de la piedra y en la sequedad espinosa de sus cardones, hemos tenido plena conciencia del drama humano. La fiesta se repite a través de los siglos, más que como bacanal, como conciencia de liberación, de nivelación, de fuerza y contenido; como reclamo de un derecho que tiene raíces legales, ya sea en plena puna, en la selva milenaria, o en la calle sórdida del barrio obrero de las ciudades populosas.

* * *

Llegamos a Maimará. En el boliche de Don Cosme, cerca de la Iglesia, escuchamos las primeras coplas:

Charlacho, charlacho,
Carnaval borracho;
con sus charlacitos
también borrachitos.

Este Carnaval
viene de lejos;
viene alborotando
mocitos y viejos.

Los vilques de chicha se han abierto a solicitud de hombres y mujeres. En las calles empinadas, junto al río que ya comienza a juntar agua de los primeros deshielos, promueven bullas y peloteos:

Tengo mi chacrita
Tengo mi sandial;
Tengo mi mujercita
Para ir a bailar.

Las comparsas invaden las casas, y tras unas coplas coreadas a gritos estridentes, trasiegan calabacines repletos de chichita.

Sábado es señores,
Víspera de Carnaval;
Domingo, lunes y martes,
Miércoles se ha de acabar.

Tres días y tres noches,
Tiene siempre el Carnaval;
Muchas risas y alegrías
Y muchas ganas de llorar.

En efectó, en esos días, muchos quedan llorando su impotencia a los bordes de los caminos. Su organismo debilitado por la coca y las largas vigilias, no ha resistido el trajín carnavalesco, y a los primeros sorbos ha quedado tendido en el suelo, llorando su desventura.

* * *

Ahora estamos en Tilcara. Con el "carnavalcito" comienza una serie de peregrinaciones en la ranchería dispersa en los montes. Se preparan quenas, cajas, bombos y violines para realizar un cru-

cero a través de la vecindad. "Comienza el "carnavalcito" por parejas sueltas, hombre y mujer frente a frente, y luego aquél la enlaza a ésta y se forman dos filas que, con graciosos saltos, en círculos y semicírculos, trazan figuras coreográficas sobre la pista, acompañando el movimiento con canciones:

Al camino de Humahuaca
Lo voy a tener que empedrar
Pa que venga mi chinita,
Zapatiando y sin yorar.

Triste es el día sin sol,
Triste la noche sin luna,
Pero más triste es amar
Sin esperanza ninguna.

Mi garganta no es de palo
Ni hechura de Juan Romero
Si quieren que yo les cante
Demen chichita primero.

Girando hacia la derecha y hacia la izquierda, tan pronto a un lado como a otro, sigue la danza y continúa la rueda de la chicha, de la aloja y de las voces. Ahora se ha roto el círculo que forman los bailarines. Las mujeres se separan de los hombres, forman ruedas ellas solas. Los hombres las encierran en otra rueda. Giran los dos círculos en sentido contrario y siempre al compás de la música. Tras algunas vueltas, el coya que dirige la danza rompe la cadena y haciendo punta pasa, seguido por los demás, bajo la cadena femenina, por delante de una mujer y detrás de otra, alternando. Cuando dan la vuelta completa los varones quedan haciendo círculo adentro, las mujeres hacen lo mismo que acaban de hacer los hombres. Y vienen otros trenzados, otras figuras, que a veces son obras maestras de precisión lineal, apolíneas, liberadas de sensualidad, cuajadas de humor y de perfección rítmica. Ni en pintura, ni en música, ni en nada han producido los coyas mejor estilo que en el baile. En la danza, esta raza misteriosa da su flor de estilo, su ironía, su cortesía, su gracia interior y metafísica. La Quebrada de Humahuaca baila con el "carnavalcito" toda entera. Bailan los ranchos en la curva ondulante de las montañas. Baila el dinero sobre las mesas rústicas de las chicherías. Baila el alma nativa dentro del cuerpo. Baila la copla, porque sale a saltos de la garganta del hombre y a saltos entra en los oídos de la mujer:

Tengo mi chacrita
Tengo mi sandial
Tengo moza churita
Pa pasar el carnaval."

La ronda es incansable, inacabable; se inicia en el ranchería modesto perdido en un recodo de la montaña y se alarga por las quebradas, sobre los caminos del río y desemboca allí donde los vilques están prontos con la chicha madura.

EL FUSILAMIETO

Puede haber en el camino que recorren las comparsas un coya moralista que por circunstancias atendibles no se une al cortejo. Puede haber otro que no desee exteriorizar la alegría carnavalera, y habrá muchos que prefieran esperar mejor día para divertirse con "su coyita donosa"; a esos les corresponderá la pena del "fusilamiento." El director de la fiesta lo sentenciará irremisiblemente a la pena de "fusilamiento." Lo colocarán frente a un pelotón de coyas provistos de grandes vasos de chicha. Se dirigirán al sentenciado y le obligarán a beberlos, uno tras otro. El "fusilado" no resistirá a tamaña descarga; quedará en consecuencia, tirado en el suelo, víctima de la condena. Entonces dejarán sobre su pecho, entre sus manos, un pañuelo blanco como insignia del pelotón que llevó a cabo el "fusilamiento", y un eco de canciones alusivas:

Aquí queda la vidita
Con la bandera en la mano;
Si no llegara esta tarde,
Mañana llega temprano.

El "fusilado" llegará a tropezones a alguna parte, y le habrán malogrado la iniciación formal de una fiesta programada a su gusto.

§ 5. *Al pie del Ambato. -- Al pie del Famatina*

Ninguna alternativa de interés, comparada con las escenas que hemos descripto, ofrecen los carnavales catamarqueños. Las fiestas se desarrollan con gran entusiasmo, y por toda la serranía se escuchan vidalas y sones de cajas que alegran la Chaya. Desde mucho antes de la fecha, se entonan vidalas, y se preparan las "cajas chayeras"; surgen nuevos ritmos de vidalas en los rancheríos. En los días de la fiesta se ven comparsas "de a pie" y de "a caballo", recorriendo los montes y llanos para ofrecer las vidalas y recibir en premio regalos de frutas, dulces y bebidas.

Aquí como en la Quebrada, como en el valle de Salta, como en Santiago del Estero, la vidala y la caja son las banderas gloriosas del Carnaval. Están puestas al tope de la alegría, de unas ansias locas de vida, de liberación, en medio de la tormenta del alma.

* * *

En los valles magníficos de La Rioja, al pie del Famatina, donde la naturaleza se ha mostrado tan caprichosa donando al suelo la alegría del verdor humanizado de las plantas y el sabor fresco de sus frutos, para contradecirse a momentos con la soledad de un paisaje calcinado por el sol llanero, la Chaya reviste la importancia consagrada en otros lugares. La mano maestra de Joaquín V. González, la ha descrito de esta manera:

"Ya están todos instalados y empieza la vida nueva; en todos los pueblos del Valle —la vida aristocrática inclusive— se oyen los rumores del Carnaval que llega saltando de contento a derrocharlo todo y a enloquecer a las gentes; se invitan hombres y mujeres a formar comparsas, y se aprenden versos decididores para la vidalita chayera; los paisanos atusan sus caballos y los cuidan en el corral de la casa unos días antes; las muchachas del pueblo almidonan sus ropas, orean sus mantos y trajes guardados, y visitan el jardín donde las albahacas echan sus hojas aromáticas; los cantores conocidos están preparados con coplas inéditas y tambores reforzados; debajo de las higueras, los naranjos, los parrones, ya están repletos los noques de la aloja espumante con que se liba al Baco montañés durante las fiestas anuales. Sin ella no habría alegría ni cantos, ni reuniones; es la vida de la chaya; es la fiesta misma, porque enciende los corazones, despierta las gracias y el entusiasmo, da ligereza a los cuerpos, alegría inusitada a los espíritus y alas a la musa de los poetas criollos, para improvisar y modular canciones que sacan de quicio a los caracteres más torvos y huraños. También en todas las ventas de la villa y pueblitos circunvecinos se ven grandes acopios de almidón perfumado con clavo de olor, en cartuchos de papel cuidadosamente envueltos; es el otro distintivo del Carnaval de mi tierra. Hombres y mujeres provistos de esos paquetes se toman la libertad de arrojarse a la cara el contenido, o bien de vaciarlo sobre la cabeza para que corra por el cuerpo, blanqueándolo por entero; y no habría palabras para pintar el íntimo contento que embarga a aquellos paisanos al verse cubiertos de polvo blanco por la mano delicada de la chinita embestidora, que no ha logrado refregarle la cara y cegarle los ojos, dejándola convertida en una máscara. ¡Y cuidado con limpiarse el rostro, porque es el honor de juego mostrarse todo el día y en todas partes con ese disfraz curiosísimo que atestigua sus batallas con las mozas del lugar! Se traban verdaderos combates de almidón mientras se balancea una habanera o se brinca una polca, lo mismo en el cuarto estrecho de una pulpería que en el baile armado debajo de un árbol.

"Las comparsas a caballo se cruzan por las calles y recorren los lugares a gran galope, deteniéndose en todas las casas, donde se les espera en son de guerra a resistir formidables ataques. Una lluvia de almidón baña a los combatientes de uno y otro bando durante algunos momentos hasta que vienen las paces, las dulces paces se-

lladas con vasos de aloja con que la dueña de casa invita a los visitantes, y con ramas de albahacas que van a adornar los sombreros de los galanes, el pecho de las damas y, cuando ya no hay sitio, hasta las cabezas de las cabalgaduras.

"Todo esto se sucede mientras los cantores de la comparsa, separados en grupo del tumulto, sin apearse, cantan la vidalita en el tono triste, dedicada a la más donosa de las niñas presentes o al más enamorado de los jóvenes. Cada copla es saludada por ellos mismos con exclamaciones o gritos estentóreos y con ladeos de cuerpo sobre las monturas, como invitando o haciéndose los borrachos, hasta terminar siéndolo de veras con las repetidas invitaciones de la aloja fermentada.

"En seguida se marchan de nuevo a dar el asalto a otra parte, siempre con los cantores a la cabeza, pero ahora acompañados por todos, porque cantan vidalas de Carnaval, con alegre compás de candombe, al son de las manos. Durante la marcha, los jinetes hacen proezas sobre los caballos vivaces y espantadizos; azuzados por las espuelas y la bulla, corren carreras desenfrenadas, arremeten contra los cercos, saltan las acequias y queman debajo de sus patas millares de cohetillos que los enfurecen y encabritan hasta la desesperación, haciendo crujir las corcojas del freno "peñaflor", que no pueden vencer ni quebrar, y haciéndoles arrojar gruesos copos de espuma. Las mujeres no se quedan cortas en piruetas, caracoleos y embestidas al centro de la masa compacta de jinetes, adonde se cuelan a fuerza de empujones y de mañas, ya azotando su caballo, ya a los demás para "abrirse cancha", como ellas dicen, o gritando con voz tiple y chillona:

—¡Abran cancha y anchura para que pase la hermosura!

"Y allí son los apretones, los estrujamientos, los abrazos con todo el cuerpo, las palabras libres, los cariños sin reparos y las coronas de sauce echadas al cuello de las valientes amazonas. Cada rasgo de esa especie les vale gran prestigio y celebridad, y los vivas estruendosos aumentan el infernal bullicio de la muchedumbre endemoniada, tanto más salida de quicio cuanto más se agita y entusiasma con las carreras y el olor a pólvora de los cohetes, que los envuelve en una espesa nube de humo.

"Casi siempre los paseos a caballo concluyen en un gran baile en casa de alguna señorona con niñas; la comparsa se desmonta, y así, con las ropas blanqueadas de almidón y las caras como payasos o como peones de molino, adornados con las flores y con las cintas obtenidas en las luchas galantes del día, calzados los hombres con botas y espuelas, comienza la danza con un encarnizamiento que no se para en límites. . ."

§ 6. *El entierro del Carnaval. -- La Kacharpaya*

El entierro del Carnaval tiene un simbolismo religioso en el cual lo pagano se subordina a la concepción cristiana del pecado. La aparente relación dionisíaca del rito del enterramiento del Carnaval que se efectúa en los valles salteños, en Catamarca, en Santiago del Estero, etcétera, tiene vinculaciones directas con el dogmatismo que siempre condenó el libertinaje de las carnestolendas y que imponía el acto de la purificación luego de los días de holgorio descedido.

En los valles salteños el entierro se realiza el martes, a la caída de la tarde. De una de las carpas sale un hombre disfrazado de viejo decrépito, con unas largas barbas postizas y el traje completamente desgarrado. Detrás de él, una mujer disfrazada con harapos negros y completamente desgreñada, llorando desconsoladamente. El hombre es el Carnaval, muerto, que lo "llevan á enterrar", y la mujer, su viuda, que lo llora sin consuelo. Detrás de ambos personajes, que cruzan el pueblo, van uniéndose en extraño cortejo, hombres y mujeres que abandonan las danzas y libaciones, y que entonan, al son de las cajas, las vidalas de la despedida. A sus pasos, al hombre que simboliza el Carnaval lo adornan con serpentina, le arrojan harina, ceniza, cerveza y chicha; le cuelgan rosquillas, rosquetes y muñecos de pan, en tanto las vidalas lloran en las voces cascadas por el alcohol:

¡Ay, Carnaval de mi vida!
En lo mejor de mi gusto
¿A qué te sabrás venir?
Me has de dejar
Y te has de ir.

Después de darnos alegría
Con tus cariños,
Ahora me das un dolor
Con el corazón herido
y sentido,
A darte mis quejas
He venido yo.

¡Adiós a todos en general
Hasta el Domingo de Carnaval!
Ese consuelo
No me lo han de quitar;
Ahora lo llevan a enterrar.

La viuda arreciará sus chillidos a medida que el cortejo va acercándose al lugar de la sepultura. Ahí estará el hoyo, pequeño, donde el Carnaval se mete, y los circunstantes le "echan poquita tierra, para que al año se pueda levantar". Los vidaleros repetirán el estribillo, desesperadamente, ante el túmulo abierto, mientras cada cual alzará un puñado de tierra y lo arrojará a la sepultura.

¡Ya se ha muerto el Carnaval!
Ya lo llevan a enterrar.
Echenle poquita tierra.
¡Que se vuelva a levantar!

Las cajas vuelven tristes a los boliches en acompasados sones.

En las provincias de Santiago del Estero, Catamarca y zona de los valles de Tafí, entre los contrafuertes del Aconquija, aparece la Kacharpaya, especie de muñeco que la tarde del martes, ya entrada la noche, se quema bajo los algarrobos, colgado de un alambre. Hemos visto la kacharpaya en la zona de Banderas, próxima a los límites de la provincia de Santa Fe. Es un gran muñeco relleno de paja y cohetes. Este comienza un infernal estruendo cuando las llamas de la fogata lo alcanzan. La turba que ha salido de los boliches para presenciar el "entierro del Carnaval", grita desaforadamente ante la explosión de los cohetes, y las vidalas se hacen oír desde el corro que circunda a la fogata:

¡Carnaval que ya se ha muerto!
Viditay, qué gran dolor...
¡Tal vez pal año
Nos vaya mejor!

Carnaval de mi vida,
Por qué te has de morir,
¡Tal vez que pal año
Te has de venir!...

Poco a poco, a medida que el fuego realiza su obra destructora, el silencio retorna en los valles y en la selva. El Carnaval es ahora un gusto amargo en la boca y un cansancio que busca sueños.

* * *

En plena ciudad de Santa Fe hemos visto a las huestes del negro Arigós —especie de pontífice de los carnavales tradicionales del viejo barrio del sur— quemar el muñeco en las callejas que desembocan en el clásico Quillá. La "negrada" de Arigós se reúne

entusiasmada, ejecutando pasos de candombe mientras el "judas", como ellos le llaman, es consumido por el fuego. Aquí no se cantan vidalas, sino canciones propias de la comparsa del negro Arigós, y danzas que son reminiscencias de antiguos rituales africanos muy en boga en Buenos Aires en la época de Rosas.

* * *

En algunos lugares de La Rioja el "enterramiento del Carnaval" da lugar a un acto bárbaro y consiste en lo siguiente: Se busca a un voluntario que haga el papel de Momo; se lo sienta en el centro de la reunión como si se tratara de un dios dispuesto a recibir las ofrendas que se dispongan, lo que ha de significarle la "muerte y el enterramiento réspectivo".

Los circunstantes empiezan a dar vueltas con "lentitud en torno suyo, cantando al compás del tamboril, una especie de candombe o de ronda báquica, de la que aquél fuese el dios figurado, llevando todos levantado en la derecha un jarro de aloja; llegan enfrente del ídolo ebrio, y cada uno bebe la mitad, arrojándole el resto a la cara; la ronda sigue impasible, acelerando el compás y repitiendo en cada vuelta la extraña ablución, que es saludada cada vez por las risas destempladas de los borrachos y por los chillidos ásperos de las mujeres, que permanecen quietas en los bancos. El dios improvisado de la ceremonia tiene que beber casi todo el líquido que le arrojan a la cara, pues mantiene la boca abierta para eso, para que se la llenen los que pasan danzando alrededor. Así se mantiene el tiempo que le permite la borrachera creciente, sin interrumpir el compás de su tambor, a pesar de los chorros que le ahogan, que le dejan ciego y que le bañan de pies a cabeza. Al fin rueda por tierra".

"... Ya pasó la Chaya. En el espacio inquieto de las montañas han quedado vibrando los cantores y los ecos del tamboril melancólico, de la flauta campestre de caña y cera, de las risas femeninas y los gritos desacordes de la turba frenética. Todo ha tenido una repercusión en las rocas; todo ha dejado un rastro; en la tierra, las danzas y las correrías desenfrenadas; en el aire, las músicas y las palabras, retozando en una libertad de tres días."

* * *

En las estribaciones del Ambato vemos el enterramiento del Carnaval con la misma alternativa que en los valles salteños. Aparece el dios carnavalesco con el nombre de Pukllay. Este sale sobre un burrito los días de carnaval, y es paseado insistentemente y "convidado" con chicha, aloja, cenizas y almidón. El último día, a la tarde, lo llevarán a enterrar al monte más próximo; le abrirán una

tumba, lo sepultarán y lo llorarán al compás de cajas vidaleras. En esta ocasión las vidalas repiten los responsos con tristes coplas.

* * *

En el "enterrado" del valle salteño, en el muñeco lleno de cohetes que hemos visto en la estación Banderas, de Santiago del Estero; en el muñeco que queman en el Aconquija, el "judas" de la negrada de Arigós, en Santa Fe; el dios figurado del Famatina, y en el Pukllay catamarqueño, vemos a la kacharpaya que Orestes Di Lullo cuenta recorriendo disfrazada, sobre un burro flaco o un caballo defectuoso, las calles de los pueblos: "seguido por una pacota —toda gente divertida —y una turba de chiquillos que cantan al son de las cajas, guitarras y violines o al ruido de instrumentos improvisados con tarros y latas".

Este personaje, según el autor citado, es uno de los juerguistas de Carnaval que en cada rancho se detiene para exigir al dueño de casa un tributo, "que no es caridad ni mucho menos", sino una especie de colecta pública que el pueblo debe pagar como contribución por la diversión que estos animadores le proporcionaron. Aparece en los últimos días del Carnaval, cuando el cansancio hace presa en el ánimo popular y los bolsillos se alivianan resueltamente.

El autor citado dice: "Sin duda alguna, la kacharpaya es el último resplandor de esa llama que arde ininterrumpidamente en el alma del pueblo durante toda la fiesta, y como en las representaciones antiguas, su aparición anuncia el término de esa orgía, mezcla de música, de cantos y de bailes, en la que el hombre solitario del campo se llena de goces fraternos y ensaya el primer paso en el sentido de su agremiación humana".

Si bien no la presenta como el símbolo de Momo que en determinados momentos hay que quemarlo o enterrarlo, admite que es una forma de la kacharpaya que se entierra en la zona montañosa y de la que se quemaba en otras épocas en Villa Atamisqui, de Santiago del Estero.

* * *

Muchas de estas costumbres han sido practicadas en otras fechas de festividades propias de la Iglesia, como lo es la fogata de San Juan en el mundo europeo, y aun en el nuestro, aunque con poca intensidad; la fiesta de los locos en la que se elegía papa de los dementes y era propiciada por los mismos canónigos de España; como la fiesta del Asno, que a simple vista parecía un rito selvático, pero que tenía sus orígenes en la adoración del asno en que huyó de Egipto la Sagrada Familia; como la fiesta de los Inocentes, etcétera. El tiempo las fué postergando, superponiendo, y el pueblo las practicó en fechas que diferían absolutamente del móvil de origen.

En Rosario de Santa Fe, en años no muy lejanos, también los Carnavales eran enterrados teniendo como símbolo un muñeco que sobre una parihuela recorría las calles seguido por una turba de grandes y chicos. El domingo a la tarde se reunían en torno a él, y alguien, disfrazado de sacerdote, asistido por un monaguillo, desparramaba sobre el muñeco incienso y bendiciones que eran verdaderos disparates. Luego lo conducían por las calles seguido por su "viuda", que lloraba desconsoladamente. Más tarde lo quemaban. A este espectáculo unos le llamaban "el entierro de Carnaval" y otros "el entierro de la sardina". El origen de este segundo nombre es español, y así se denomina a los paseos que el pueblo madrileño realiza el miércoles de ceniza a la tarde, en que es costumbre holgar y dedicar el tiempo a excursiones donde se come y se bebe, se danza y canta. Sin embargo, el origen del "entierro de la sardina" fué ajeno por completo a las fiestas del Carnaval; se hacía por Pascua de Resurrección, durante la Edad Media, en que los canónigos recorrían la ciudad arrastrando una sardina, como símbolo del pecado terrenal.

* * *

Vemos actuar al entierro, y a la kacharpaya, como víctimas propiciatorias para lavar de culpas y pecados a los que se entregaron en brazos de una orgía sin límites. El enterramiento, o la quema, o la kacharpaya, significan la vuelta a lo que debió ser, pero que fué desatado por la condición deleznable del ser humano. Los días de ostensible pecado se convierten en cenizas porque el ser pecador tiene suficiente voluntad para reponerse en nombre de Dios y con ayuda de Dios y volver a lo que el espíritu vale por sus propios valores. Puede ser, asimismo, el "adiós a la carne" de la antigüedad, antes de entrar en el largo período de la cuaresma; una especie de renunciamiento a los bienes terrenales para hundir la cabeza en las aguas purificadoras de las Leyes de la Iglesia, y que ésta la rubrica con la cruz de ceniza, el miércoles de ceniza. A la víctima propiciatoria que entierran y queman el martes de Carnaval le arrojan ceniza, y luego cenizas quedan de su antes alegre cuerpo, y de la algarabía, del holgorio y del pecado.

El buey de los griegos y el que en la época de Carlos VII, en Francia, paseaba por las calles al son de violines, y el niño que los matarifes suprimieron más tarde por un amorcillo de cartón encaramado a un borrico, puede ser también la despedida; el rompimiento supremo, en inmaculado formalismo, de un período dionisíaco hacia una vuelta a los dominios del espíritu. Lo mismo pudo ser el maniquí de hinchados carrillos que algunas poblaciones de Europa pasean por los corsos floridos y luego, con una cuerda al cuello, lo arrastran y cuelgan el último día de Carnaval.

No es entonces la kacharpaya, ni el entierro del Carnaval un

rito bárbaro propio de gente incivil. Encierra un simbolismo cristiano, un límite entre la materia y el espíritu, un valladar entre el bien y el mal; símbolos que el hombre ha traído desde su condición gentilicia hasta los estrados de su religión verdadera. En América, el aborigen lo adoptó de acuerdo con el torbellino que promovió en su mente la confusión de su teogonía primitiva al contacto con los símbolos del cristianismo. Pero entró por las rutas que España abrió en la Conquista.

§ 7. *La vidala de Carnaval*

La vidala es el llanto que, pese a la alegría que exteriormente demuestra el criollo, le brota sin querer de lo más profundo del alma. Porque la vidala es triste, de una triste dulzura. Es un dolor resignado que dice permanentemente su agonía. Cuando el criollo la canta, más que cantarla, la llora. Cuando en medio de la baraúnda de la danza, de los gritos de regocijo, de las parejas, un vidalero se acerca al ruedo y tañe su caja, el silencio se hace como por arte de encantamiento; canta y todos escuchan con infinita unción, mientras un extraño dolor invade los corazones, y un coro ritual, de hondo misticismo, repite el estribillo que es más triste aún que la relación de la misma copla:

¡Pa qué me has tráido
Pa hacerme llorar!

Para evitar las lágrimas que ya asoman a los ojos de los que cantan y escuchan, la orquesta irrumpe de improviso con un gato o con una chacarera, y el ánimo se repone a los gritos de: "¡Chacarera pa mi amor!" . . .

* * *

Una tarde; en el poblado de Atamisqui, nos pareció ver la vidala recortada en un cielo azul. Poca luz le quedaba a la tarde mantenida en el encantamiento de un grupo de criollos que venían de Loreto y entonaban canciones de honda tristeza.

Uno de ellos hacía gala con su angustia mezclada con vahos de cerveza y perfumes de albahaca. Cuando modulaba su voz nos parecía que la palabra quedaba fija en el cielo remarcada de dolor, y con una aureola de penas. La caja resonaba en triste son, sin apresuramiento, como si ella regustara una a una las sílabas brotadas como flores de verbena en los canchones del bosque. Como un desgarramiento de la carne macerada, el criollo repetía:

¡Viva Loreto y los Algarrobal!
No me molesten,
Déjenme gozar . .

Con insistencia repetía la última estrofa, casi con desesperación, como si estuviera luchando contra un sino misterioso que quisiera trabarlo o destruir en él el último derecho de disponer de su vida, de sus horas, de aquellas horas que se volvían sombras en el poniente y que amenazaba con meterse de nuevo en su cuerpo hasta destrozar la palabra que quería salir libre de su espíritu.

Cuando la tierra se acabe
Y el sol deje de alumbrar,
Cuando se acabe mi vida
Mi pasión se ha de acabar...

¡Viva Loreto y los Algarrobal!
No me molesten,
Déjenme gozar...

Parecía como si con la tarde lo llevaran a sepultar en la inmensidad de la selva, y él mismo tuviera que decir el responso que su raza repetía desde siglos.

§ 8. *El Carnaval en las vidalas*

La musa popular anónima ha ofrecido al Cancionero Santiagueño miles de composiciones de hondo valor emotivo y racial. Algunas de las que a continuación insertamos fueron generadas por el pueblo, y sus autores son improvisados cultores o expertos vidaleros que hacen profesión y gala en las fiestas anuales.

¡Ay, Carnaval de mi vida!
¿A qué te sabrás venir?
En lo mejor de mi gusto
Me has de dejar,
Te has de ir.

Ahora todos se divierten,
Todo el mundo en general,
Estamos en Carnaval,
Para ellos es un placer.
¡Qué vamos a hacer!

Dejemos las cosas tristes,
Tratemos de recordar
Con gusto y placer
Los días de Carnaval.
¡No hay que andar triste,
No hay que pensar!

Dicen que Carnaval viene
Por el camino de Salta.
Aquí lo estoy esperando
Para el domingo sin falta.
Más vale quisiera
Ausente vivir.

Dicen que Carnaval viene,
Sirena del mar,
En busca de tu hermosura,
Encargo mi prenda
A la vecindad.

Domingo, lunes y martes,
Tres días de Carnaval,
No hay que andar triste,
No hay que llorar.

Invierno vengo de Guasayán;
Noticias traigo
Del Carnaval.
Viejos y mozos
Se han de alegrar.

¡Adiós a todos, en general,
Hasta el domingo de Carnaval!
Ya me voy a retirar.
Porque desgraciado soy;
Ay, llorando me voy.

Hay una fiesta en el año,
De dicha y felicidad,
Del día y del mes
No me quisiera olvidar.
Dos flores traigo
Para el Carnaval.

Vamos cantando y bailando,
Alegrando esta ribera,
Dos flores traigo
Para el Carnaval.

Con la caja y la guitarra
Ya sabrán a lo que vengo,
Dos flores traigo
Para el Carnaval.

Hagamos que corra el agua,
Que broten las arboledas.
Dos flores traigo
Para el Carnaval.

A divertirlos cantando
Es el gusto que tengo,
Dos flores traigo
Para el Carnaval.

En esta rueda, señores,
Cada uno copla ha de echar,
El que no echara su copla,
Con multa me ha de pagar.
¡Viejos y mozos
Se han de alegrar!

Por ser Carnaval
Te he venido a celebrar,
No sientas, mi negra,
Ni tengas penas.
Yo he de llorar.

Vengo cantando a estos pagos,
Caja, guitarra y violín,
Palo'i chalchal, palo i quimil
¿Pa que me has tráido
Pa hacerme sufrir?

Ya se viene el Carnaval,
¡Pobre de mí!
La culpa tiene el amor,
¡Muero por ti!

¿Quién te ha pegado?...
Venís llorando;
Tal vez conmigo
Te anden celando.
¡Ay, mi negra
dónde estará!

Dicen que es Chaya,
Yo no i sabío...
Vamos chayando
Ya que has venío.

¡Pobre mi negra,
La han visto llorar!

Ella ha'i saber lo que siente,
tal vez le hayan pagado mal.
Déjenla que llore,
Yo la he de consolar.

Quítate, quítate,
Quítate pa allá;
Tu madre no quiere,
Tu padre quedrá...
Si te gusta el vino
ponele nomás... ¡Chaya!

Alojita de mi vida
Que estás en el noque bayo,
Si no me dan por mi plata
Me han de dar por mi caballo.

§ 9. *El amor en las vidalas*

Todo gaucho es un dotor
si pa cantarle al amor
tiene que templar las cuerdas.

«Martín Fierro».

"Tengo lástima al porteño porque no tienen vidalas pa cantar el amor", me decía un santiagueño de Sumampa. En efecto, aunque la exageración no valga, la vidala es copla de amor dolido y el corazón se vuelca en ella como una paloma herida. La vidala que se canta "pa el amor" está exenta de todo artificio, rezuma un sentimiento de impotencia que es melancolía martirizada al son de la caja. La copla sale directa sin eufemismo, y aunque el criollo sea "picaflor de nacimiento", como me decía un santiagueño bien experimentado, no disimula la pasión que exalta.

Abajo de un limón verde,
Donde el agua no corría,
Entregué mi corazón
A quien no lo merecía.
¡Ay, viditay!,
¿Dónde estarás?

A mi suerte la he perdido.
¡Tan desgraciado que he sido!

Por no conservar mi flor,
De adentro mis brazos
Se fué y me dejó.

A un lindo jardín dentré
Para gozar una flor,
De eso me quieren privar.
Fué mi gusto
Y la quiero cortar.

Ay, cruel destino;
Suerte fatal,
Prenda que se ha ido
No vuelve más.
Ya no hay remedio,
No hay que llorar.

¡Ay, mis amigos!, les ruego,
En eterna pasión,
Que tengan muy buena suerte
En la mano de una flor;
Avanzada de perfume
Y de caricias de amor.

¡Ay, vidalita,
Florcita de azahar!
A mi dueña la he perdido.
La salgo a buscar.
Traigo noticias
Que se encuentra aquí.
Por amar brazos ajenos
Se ha olvidado de mí.

Con el corazón herido,
Pienso y no hallo qué hacer,
Porque la prenda que quise
Ya me dejó de querer.

Mi corazón se destroza
Siempre queriendo volver.
Adiós, mi prenda querida,
¡Si olvidas, te olvidaré!

Cuando salí de mis pagos
Dejé a mi prenda querida,
Con la intención de olvidarla
Cuando se acabe mi vida.

¡Ay, viditay,
Soy del Chañar.
¡No tengo dueña,
Salgo a buscar!

De lejos me he costeado,
En busca de ti,
No me muestres tiranía.
Por verte he venío,
No me hagas sufrir.

Después de tanto penar
Por una loca pasión,
De la noche a la mañana
Me pagaron con traición.

Dicen que Salta es muy lindo,
Que es jardín en flor;
En el pago e' Catamarca
Hay luna, hay sol.
Santiago es mejor.

En el campo del olvido,
Buscando andoy a mi amor.
Y encontré para mi alivio,
La espina de una flor.

(1) F. Nicolay. *Historia de las Creencias:*

(2) La caja es el antiguo tamboril del indígena construído en forma rústica con cuero de vizcacha.

(3) *Tierra Madura.* Félix Molina-Téllez.

(4) Se llama «trinchera» al lugar donde se reúnen para festejar el Carnaval. Suele ser el boliche más conocido del ranchería, o un canchón de la selva.

(5) Medio litro de vino morado.

(6) De tan bien que baila es imposible que sea un ser humano... Es casi seguro que ha sido ejercitada en las reuniones del diablo...

Capítulo VI

PRACTICAS MAGICAS EN EL FOLKLORE ARGENTINO

§ 1. Los maleficios. El maleficio, hijo de la magia. La magia como profesión. La magia desde el fondo de la ignorancia. Alquimistas y astrólogos de la Edad Media. -- § 2. La ligadura o el lazo. El engualichado de Avía Teray. El hijo de doña Norberta. El gualicho de la tucumana. -- § 3. El poder mágico de la palabra. El encantamiento. Plática del hechicero babilonio. El ligamiento y las palabras propicias. Un gualicho en la zona del Carril, en los Valles Salteños. Prácticas comunes del ligamiento. Los talismanes para el amor. La fórmula de la ranchada de Humahuaca. -- § 4. El daño. Antuco Romero, de los Telares. El curandero luchando con los espíritus. Los ojos de la Manuela. La curandera de Salavina. Tradición de hechiceros en la Colonia. La "prendida". El mal de ojos.

§ 1. *Los maleficios*

Los maleficios son conocidos en la literatura clásica del mundo porque su práctica ha llenado muchas páginas y originado espantosos dramas y leyendas en todos los folklores. Por eso es aventurado afirmar que su práctica obedece a la condición bárbara del aborigen, desde el momento que actos de la misma naturaleza pueden observarse diariamente en lugares en que la civilización actual alcanza su grado máximo. Si hacemos un balance entre los miles de brujos, curanderas, magos, etcétera, que pululan en las grandes ciudades, y de los que llamándose hombres civilizados recurren a esos embaucadores en busca del daño, de las ligaduras, de las suertes, de los sortilegios, etcétera, podremos comprobar que tan sólo la vergüenza de ponerse en evidencia ante los seres normales, obliga a una cantidad enorme de personas a ocultar sus creencias y supersticiones basadas en prácticas absurdas que la ciencia ha dejado a un lado.

Justificamos en principio esas creencias en el hombre que no ha recibido de manos de la ciencia el razonamiento real y depurado de todas las conquistas, ya que es el medio de adoptar actitudes ofensivas y defensivas contra elementos que se le aparecen rodeados de hondo misterio, o desde su propia impotencia al querer dar rienda suelta a los instintos que genera, porque aun no ha adquirido la cultura suficiente para frenarlos y colocarse, en consecuencia, frente al hombre como ente de cultura en el sentido integral del vocablo.

Pero no lo justificamos, en forma alguna, en el ciudadano que alterna en nuestra vida de relación moderna, porque significa resistirse al progreso y no haber podido amoldar sus instintos al razonamiento que da la cultura.

Antes que el mundo civilizado se hubiera explicado la razón de muchos fenómenos por la ley de la ciencia, brujos, curanderos, magos, buscaban en brebajes y filtros mil fórmulas mágicas para los seres mortales. La Edad Media es el semillero de la piedra filosofal, del filtro de la juventud eterna, de los encantamientos amorosos, etcétera, y todas las escuelas que surgieron con el Renacimiento hasta enquistarse en el positivismo finisecular son la intención de lograr el mismo fin que la renegada magia se proponía: valerse de los espíritus inmateriales para someter la naturaleza al hombre, de lo que se deduce que, tanto la acción del hombre primitivo como la de las generaciones que hicieron posible el dilema espiritual de nuestra civilización, lucharon abiertamente por imponer un equilibrio entre lo material (la vida objetiva y ya objetivizada por la comprensión de su fenómeno) y lo espiritual (lo que aún no podían apresar con la luz de la razón en juego).

La misma concepción positivista del siglo pasado que postulaba por la sola existencia del mundo que vivimos, ofreciéndolo sencillo como la materia misma, era como una substracción que se le hacía al mundo subjetivo a fin de encuadrar la existencia del hombre y las cosas que lo rodeaban en una especie de sentimiento unilateral que descomplicara la angustia de vivir. Se deseaba la fórmula que eliminara la especulación filosófica que se bifurca en la amplitud creadora del ser humano; se deseaba eliminar con el sofisma del análisis materialista el mundo trascendente. No duró mucho el eco de los que en base a la química y a la biología nos daban con ellas la clave "que nos ponía en condiciones de definir la materia, es decir, de comprobar sus propiedades esenciales, como la gravedad, el volumen, la ficción y, sobre todo, su indestructibilidad", ya que a poco que la doctrina sentaba sus reales se presentaron fenómenos que escapaban a los razonamientos postulados y dejaban fuera de su órbita problemas de infinita complejidad.

Deseamos destacar, en consecuencia, que si para nuestro mundo, que se nutre de la matriz fecunda de la experiencia antigua, que ha pasado por los duros trances de transformaciones ponderables, que logró el Renacimiento como fundamento irrebatible de su condición humana, y que luego, con el recurso de la ciencia y de sus especulaciones filosóficas levanta monumentos de granito para su civilización; si con todo esto, en el preciso momento en que ha creído apresar el sistema que le explique en cuatro palabras su principio y fin como materia y como espíritu, se encuentra con que su materia es tan deleznable como el primer día e impotente de crear sus razones inmutables, ¿qué no forjará el hombre primitivo, el que

vive en la civilización presente y no ha tenido oportunidad de asimilar conocimientos ni cultura? . . . ¿Por qué pensar que el hombre que se aferra a sus creencias, a sus supersticiones, es un bárbaro que desata sus instintos por innata morbosidad? Todas las situaciones del hombre, todas sus acciones y reacciones, deben ser estudiadas sin apresurado apriorismo. Si se trata de cosas y casos de la antigüedad, el análisis histórico dará la explicación más brillante, y si se trata de casos y cosas actuales, el mismo análisis dará la justificación que amengüe la impresión que a simple vista nos haya causado.

* * *

El maleficio es, pues, un hijo de la magia; producto de ese anhelo ancestral que tuvo el hombre de atrapar los espíritus inmateriales, a fin de tenerlos como armas para someter a la naturaleza. "La magia pretende desencadenar fuerzas cósmicas por medio de figuras o trazos en el suelo, o palabras convenidas", fuerzas que el hombre no posee pero que sabe de su existencia y la intuye al ver que están visibles en el mundo de la naturaleza. Las manifestaciones estéticas de los pueblos primitivos, los símbolos repetidos con candorosa monotonía e ingenuidad en las piezas de cerámica o en las tallas de madera, son vestigios de una convicción formal sobre esos espíritus que no deseaban ser aprehendidos. Ritos y tabús, manifestaciones culturales de tribus primitivas actuales, significan leyes que cumplen una función social en el medio y que deben ser tan respetables como las que se basan en el puro objeto. Ellas surgieron de un hecho concreto, coincidente si se quiere, pero que ha dejado provechosa lección en la vida social de esos pueblos. Pijoan (1), que se propone demostrarnos la importancia del espíritu artístico en las normas estéticas del aborigen, dice: "Es cierto que, con este deseo de participar de los espíritus superiores, se debieron revestir ellos y sus cosas de dibujos que les aseguraban la protección de sus totems. Pero es también innegable que los hombres primitivos atribuyen a ciertas formas un valor mágico, cual hoy atribuímos un valor de conjuro a ciertas palabras o al signo de la cruz. Pero es también seguro que, al igual que los niños actuales, los primitivos se entregaron con placer a la pura decoración de objetos e hicieron, además, sus monigotes o garabatos, y más tarde escenas naturalistas que no tenían ningún objetivo mágico o profiláctico. Es muy posible que fuese más tarde cuando se asociase un sentido místico a dibujos que se hicieron originariamente por el puro placer de jugar. Es también probable que, al concederse a estos dibujos de puro juegó un significado religioso, se inventara una historia, se creara un mito. Muchos de los tabús y ritos de la humanidad primitiva debían ser consecuencias de un accidente. Sabemos, por casualidad, que el número 13 es nefasto entre ciertas tribus de la India porque dos

que estaban contando vacas fueron muertos por un rayo al contar la vaca que venía después del doce. Más interesante es todavía la razón por la cual los peregrinos que van a la Meca recitan la oración del mediodía y de la tarde al mismo tiempo cuando hacen una excursión al monte Arafat. Mahoma, en su último viaje a la Meca, fué sorprendido por una tempestad tan fuerte viniendo del monte Arafat, que no pudo decir la oración del mediodía hasta la tarde. Por este accidente se hace una excepción en la liturgia del Islam para todos los mahometanos que van a la Meca. Mahoma tenía tanto temor de que la liturgia se derivase de un pequeño accidente, elevado a precepto religioso, que en su última peregrinación dijo también que le dolía haber entrado en la Kaaba, porque igualmente querrían entrar allí todos los peregrinos. Una análoga reserva impidió al califa Omar entrar en el Santo Sepulcro de Jerusalén. El patriarca invitó a que visitara el sepulcro de Cristo, quien también es venerado por los mahometanos; pero Omar rehusó, porque dijo que su precedente establecería un deber religioso para todos los mahometanos que acudirían a Jerusalén. Así, pues (mucho más en el salvaje primitivo), un hecho accidental, una forma que por casualidad ha producido efectos extraordinarios en un día de danza o en cualquier función puramente social se transforma en liturgia religiosa y acaba por ser indestructible e inalterable, repitiéndose de generación en generación".

La humanidad no ha permanecido pasiva en presencia de las mil fuerzas espirituales de que se creía rodeada. Para reobrar contra ellas, ha dicho Reinach (2), para domarlas y sujetarlas a sus fines, ha hallado auxilio en una falsa ciencia que es madre de todas las ciencias verdaderas: la magia. Una vez que la magia ha constituído una profesión, una institución necesaria del cuerpo social, hase necesitado que el mago se ingeniara para lograr buenos resultados que hicieran reconocer y respetar su poder; el charlatán se hizo astrólogo y el alquimista de la Edad Media acreció el capital humano con útiles descubrimientos que debían acabar por hacerlo inútil a él. Podría demostrar que todos los grandes descubrimientos de la humanidad primitiva, incluso el fuego, han debido realizarse bajo los auspicios de la magia. Seguramente la magia no ha producido en todas partes los mismos resultados; le era necesario terreno propicio; pero si no subsiste hoy en los países civilizados sino como supervivencia, exactamente igual que el totemismo, a ella y al totemismo debe el mundo moderno los elementos de la civilización que disfruta.

* * *

Porque si analizamos detenidamente una a una las prácticas mágicas que el hombre aborigen actual realiza desde el fondo de su "ignorancia", veremos que todas tienen un origen común en esa

noche del paganismo que la historia del mundo pone ante nuestros ojos. Y veremos también ese desarrollo de las formas culturales que tanto Spengler como Froebenius sostienen desde el atalaya de la biología: Luego que un grupo de gentes reunidas debido a condiciones externas se ha elevado sobre sus estados primitivos, se despierta en él el sentido del ambiente, vale decir, adaptación a todo trance para poder pervivir; de ahí va adquiriendo recursos extraordinarios que se genera en sí mismo hasta crear formas más elevadas de cultura. "El grupo llega a experimentar conscientemente la sensación radical ante el universo, y no puede menos de objetivarla. Debido a la corta edad del grupo, la primera objetivación no puede hacerse sino en forma mística, poética, presagiosa, en una palabra: intuitiva. Y así surge la religión como primer acto creador de cultura. Todas las creaciones subsiguientes no son más que variaciones que, en el orden intelectual, son la ciencia de esta cultura. El modo original se mantiene, sin ninguna modulación, en la más compleja producción intelectual del respectivo grupo de gentes que está creando cultura. Ya sea la ingenuidad de los primeros helenos que dejaron correr las cosas sin reflexionar sobre ellas; ya sea el retraimiento de los brahamanes que las tomaron por aparentes, por meras ilusiones ópticas; ya sea como en los habitantes de Asia Occidental, la sensación de una eterna lucha entre la luz y las tinieblas; ya se sienta el mundo como un gigantesco complejo dinámico, que es la sensibilidad del europeo y americano modernos, la cultura, en conjunto, lleva siempre, en todas sus innumerables manifestaciones, el sello de una determinada sensibilidad cósmica".

Esa sensibilidad cósmica es lo que Morgan (3) saca en conclusión al estudiar el espíritu en las sociedades primitivas: La vida del hombre y de los grupos sociales se concreta en una acción y reacción permanente entre la materia y el espíritu; lo que Vico (4) sintetizaba en esta forma: *Un conoscere, un volere, un potere finito che intende all'infinito.*

§ 2. *La ligadura o el lazo*

Las dos formas estudiadas en los maleficios: el daño y la ligadura se encuentran muy difundidas en nuestro territorio. Voy a dar ejemplos vivos, en los que he sido actor circunstancial, y los referiré tal como llegaron a mí, a fin de que el lector penetre en el fondo de su esencia y se compenetre de su real sentido.

EL ENGUALICHADO DE AVÍA TERAY

Hace algunos años me encontraba en el Kilómetro 750, en el Chaco santiagueño. Todas las mañanas veía llegar a la finca donde trabajábamos, a un criollo joven, de veinticuatro años, que pedía la liquidación de lo trabajado el día anterior en la cortada de leña. Me había llamado la atención su cara sufrida y su

delgadez espantosa. Cuando hablaba lo hacía débilmente, como arrastrando las palabras que salían de su garganta sin aliento. Era correntino, pero hacía varios años que trabajaba en el obraje del Kilómetro 750, propiedad de don Carlos Escalada. Junto al personaje aludido veía invariablemente a un santiagueño locuaz y pícaro, que, ante la promesa de unas "chirolas", me contó de la siguiente manera la pena que embargaba al correntino:

—La pena del mozo es dura... ¡Vaya a saber lo que le sucede!... Hace unos días que me dijo que su María debe engañarlo, porque ha notado que ella lo "desprecea"... ¡Pero el cuento viene de lejos!... Nadie ignora en el obraje que María es la amante del capataz del canchón, y que el pobre Sayaguito, es un pretexto para cubrir las apariencias. Con toda crueldad y venciendo mi escrúpulo se lo he dicho; pero él insiste, seguro de que ha de conquistar de nuevo su cariño. Hace un mes que estamos en el lote nuevo, a tres leguas del obraje, y dos veces a la semana, apenas deja el trabajo de la tarde, emprende camino, en busca de una falsa sonrisa... ¡Pa lo que vale una mujer en estos pagos!... ¡Pa cargarla de hambre y de hijos!... ¡Pa meterle una tuberculosis en los pulmones a fuerza de aguantar la lucha de amargos días!... Cuando le dijeron que al otro lado de Avía Teray (5), una curandera tenía el remedio para hacerse querer, ahí nomás tomó el camino y fué a verla. La curandera le dijo:

—Traémelo la ispa amanecida... (6). Le hemos de sacar el mal que le han hecho.

Otro día le dijo:

—Traémelo un mechoncito de pelo, cerca de la oreja... Y si pudiendo lanearla, hacélo y me lo traés unos pelitos...

El correntino me miró picarescamente y prosiguió:

Con palabras quichuas pronunciadas durante un misterioso proceso, le envolvió lo pedido en una bolsita, que cosió cuidadosamente. Al dársela, le recomendó:

—Ahura, m'ijito, lo has de poner dentro del rancho, entre los sunchos del techo, encimita de donde ella duerma... ¡Y que Dios te ayude!... Has de volver ni bien ande la luna llena, traéndomelo l'agüita que se lava la cara y unas chirolitas pa prenderle las velas a Jesús mi Dios...

Así lo hizo Sayago. Ni bien la luna se mostró llena llegó el momento de volver al rancho de la curandera con lo que le había pedido. La vieja repitió un extraño ritual y le dió una botellita con un líquido incoloro. Esta vez le dijo:

—Hacémelo tomar estito en el mate o en vino... Cuida, m'ijito, que no lo vean... Cuando estén solos ha'i ser, po...

Volvió gozoso Divino Sayago. Aquella noche era sábado y la llevaría al baile del Esquinero. Ardía en deseos de experimentar el brebaje en el cuerpo de la morena. Serían las ocho y la encontró

ataviada luciendo un bonito vestido de percal con tules en el busto; llevaba unas alpargatas floreadas. Gruesas cimbas remataban en la cintura; partían de la pequeña frente en negros raudales. La alzó en ancas de su caballo y enfilaron al boliche.

¡Corría el vino detrás de la música que daba gusto!... ¡Linda noche de chacareras, cuecas, zambas!... ¡Linda noche de cajas y de violines, de gritos y de chinas dispuestas para el trago y el amor!... Los músicos le "pegaban al morao" que era un placer e, inspirados, hacían maravillas con los dedos en las cajas sonadoras...

Métanle duro y parejo
Que se acabe de romper,
No ha'i faltar cuero i oveja
Ni tientos para coser...

Divino Sayago, que tenía algunas copas despachadas, salió afuera con el medio litro en la mano. Sacó de entre los pellones la botella que le había dado la vieja y vació su contenido en el vino, disolviéndolo cuidadosamente. Tuvo valor para todo... No temblaron sus manos un solo momento.

María estaba confundida entre el sudor macho del cuerpo de los hacheros. Su perfume barato anunciaba su presencia a la abstinencia de los hombres que se contenían en las jornadas del monte o en el desgano de sus mujeres gastadas.

—¡Ché, María!

Esta se dió vuelta.

—Tomo y obligo —le dijo Sayago, ofreciéndole una copa de vino llena hasta los bordes, mientras él se preparaba a tomar en el medio litro—. Na'i metele por Sayaguito...

Ambos sintieron correr por sus cuerpos un grato calor.

Divino la tomó de la mano y salieron al ruedo a bailar una chacarera. Se consideraba seguro del cariño de María, y cuando le rozaba la cara con el pañuelo le buscaba los ojos con deleite...

. . . . . .

El correntino terminó diciéndome:

—¡Vaya a saber qué fué: si el morao o el brebaje de la curandera, la cuestión es que Divino se salió con las suyas aquella noche!

Le pregunté:

—¿Y después?

—Después sucedió lo que actualmente sucede: María le huye al mozo, y el mozo anda perdido por ella.

—Pero —le interrumpí—, la engualichada, ¿no era ella?...

El correntino, mirándome sentencioso, remató:

—Es que, ¿sabe, don?... Hay gualichos que se vuelven contra uno.

EL HIJO DE DOÑA NORBERTA

En la misma zona del Chaco santiagueño escuché la conversación de doña Norberta Jiménez, que se refería a un hijo suyo que según ella lo habían "engualichado". Doña Norberta era una criolla buena moza que pasaba con mucha frescura los cincuenta años. Estaba en el campamento de hacheros de Avía Teray, haciendo compañía a dos hijos que trabajaban en aquel obraje.

Era una madrugada en que humeaban los fogones bajo las últimas guiñadas del lucero que perdía su luz al abrirse la mañana. Estaba algo triste y refunfuñaba de continuo, porque uno de sus hijos, el menor, llamado Lucilo, de veintidós años, estaba como "engualichado". Hacía días que lo miraba de reojo, apenas preguntándole una que otra cosa sin importancia, sin atreverse a entrar de lleno en el motivo de la tristeza que invadía al mozo; pero adivinando que "alguna pollera revoltosa le andaba chirleando las patas."

Las mujeres habían rebañado los contornos del campamento buscando brozas y ramas secas para encender el fuego, mientras los hombres se desperezaban en sus lechos, dando pitadas al cigarrillo de fuerte tabaco. Los perros huzmeaban las guaridas de los bichos o seguían las hediondas huellas de los zorrinos para "torearlos" en los claros del bosque.

En ese momento, Doña Norberta, aprontando la pava me dijo:

—Grande ha roceado, señor.

—Grande, señora.

Doña Norberta estaba a nuestro lado preparando el mate. Dejó a un lado la cebadura, mientras esperaba que el agua hirviera. Se dirigió al hijo con tono cariñoso:

—Imaina paakrinqui, huahuitay (7).

Lucilo fijó los ojos en los de la madre y contestó con una sonrisa forzada.

La madre, que tenía en sus ojos amarillos por el sufrimiento la resignación de una vida de dolor, adivinando la tortura del hijo exclamó:

—¡Santo Dios!... Desde cuándo por mujeres andando penando; si las hay como algarrobas estirando la mano... ¡Señor, Señor! si pareciendo que anda quedando como osamenta de puro flaco .. ¡Achalay la india!... Ni que forrada de oro anduviera...

Hay un silencio en el que sólo se siente el murmullo de los que distantes de nosotros se desayunan.

Doña Norberta le entrega el primer mate al hijo y le dice:

—Tómelo huahuitay; le ha d'ir el gualicho... De no, hemos d'ir acabando muriendo toditos. Has dir algún día pa la virgen de Sumampa o pal Señor de Mailín que saca las brujerías... ¡Señor, Señor, si no me lo van dejando ni la osamenta!... Igualito que la hija de la comadre Ermelinda... Asco tutata purispa...

Puchcadoraq huarcunina... tullunmanta cuterani... huashchacunaf as khonina... (8). ¡La noche es pal zorro, señor, y no del cristiano!...

Lucilo que estaba sentado en el suelo con la cabeza baja y dibujando en la tierra con un palito, levanta la cabeza y con una sonrisa ataja el sermón de la madre diciéndole:

—Chaina ninkuj pero pitaj y hacha... (9).

Doña Norberta, imperturbable, sin que se le note el enojo más que en el timbre intencionado de sus palabras, continúa:

—El diablo nomás anda en el cuerpo del cristiano... Ni pa gaucho sirviendo el hombre cuando así anda... ¡Señor, Señor!... Tiempos de chinitas alzadas, y después velay los hijos a la rastra mantenidos con mistol y algarrobas... Y después llorándole al dijunto... ¿Sacha dijunto?, ¡Señor, señor!... Cunan tiempo chinitata.... Suj máñata mi sorkonku... Gauchuncuna mackhacuptin... Huañoj krosay nis huackanka... ¡Señor, Señor!... Si a porotos i de vivir pegaditos en la cabeza... (10).

El mate debe estar chirle porque ahora la emprende con la cebadura.

—Fiera la yerba, huahuitay... Ancha vale (11) y dando porquería... Gringo michoj... Muriendo andamos por valecitoy en administración y providoría queda sin dar nadita... Ancha michaj kanki, gringuy (12), tirando de las cubijas cuando muera...

Da una chupada en la bombilla y queda con la vista perdida en el monte que se perfila con la luz del alba.

Su cara cobriza surcada por arrugas profundas permanece inmutable, y tan sólo da señales de vida cuando lleva la bombilla a los labios y saborea la cebadura del mate.

—Apamuy yacuta, hijituy... (13).

Lucilo se levanta, toma el tarro que le alcanza la madre y se dirige en busca del agua.

La vieja, que no se recata para expresar sus sentimientos, me ofrece el mate recién arreglado y continúa su perorata:

—Así es señor, y ¡Dios me guarde!... Mis tiempos no eran así, señor. Las chinitas de hoy en día puras vueltas nomás andan dando y se entusiasman señor con el primer gaucho que les dice una promesa dulce... ¡Meta y pongan puros guaguas!... Orejanos, señor... Mis tiempos eran de verdad y de inocencia. Chinitas que sólo conocían un solo marido, y hombres que no se embobaban como mi Lucilo... Las chinitas no conocían más que al que las volteaba primero, señor... Hoy en día las voltian y cuando les viene el huahua toditos se enteran... Comesario, el Cevil, el Cura... ¡Santo Dios, mi Señor me perdone!... Y ¿de cuándo la mujer gobernando al marido?... Si ya ni son hombres, señor... Andando han de llevar polleras .. ¡Mi finaíto volviendo!...

. . . . . .

Ignoro el destino de Lucilo. Posiblemente la madre lo curó o se casó con la china, o tal vez andará penando por los caminos de Santiago del Estero, "boleado", como diría el locuaz santiagueño de Avía Teray.

EL GUALICHO DE LA TUCUMANA

De un caso que tuve conocimiento en el Departamento Robles, de Santiago del Estero, estilicé el relato que doy a continuación:

Sobre un cielo desteñido, una luz que muere en un horizonte rojo desgranado en nubes tornasoladas, ocres y pardas. A lo lejos, el verde de la selva que se amontona en confusos contornos, como si huyera del campo arado, de los tablones de alfalfa florecida y de los surcos de fracasada sementera ganados por el sunchillo, el sorgo y la gramilla. Sobre el día, que reclama el reposo, la huella de una pesada siesta de febrero y la quietud de la campiña santiagueña que huele a fresca verdura, a tierra y el monte lejano hollado por robustos sementales, husmeando la hacienda que marcha por el atajo rumbo a los corrales.

Desluce el paisaje la arenilla que levanta el rebaño y flota en el aire por la calma bochornosa del viento norte; éste desinfla sus carrillos cansado de soplar de la mañana a la noche.

A medida que el disperso rancherío de Santa Cruz desaparece en sombras, el silencio es un misterio que ronda el campo con augurios de muerte. Luces que no alumbran más allá de los aleros y reflejos rojos de los fogones manchan la oscuridad mientras una que otra estrella comienza a guiñar desde un cielo impreciso de azul sucio.

Ahora ladran los perros; se estiran afirmando las patas en el suelo del patio y corren hacia el camino. Olfatean el aire y callan. Ahora gruñen de nuevo como si hablaran con sombras conocidas; vuelven al patio del rancho y se recuestan junto a la tinaja donde se refresca el agua. La noche insiste en su hondura mientras cruzan el aire murciélagos que parecen fantasmas.

En torno al rancho hay un silencio agobiador salpicado por una ronda de grillos.

* * *

También Narciso era un crespón en la sombra de esta noche enmudecida; pero ahora se levanta y entra en la habitación a tientas. Sus manos palpan la oscuridad hasta encontrar el viejo aparador. Se escucha un crujir de papeles y luego el raspar del fósforo que enciende la vela.

Alguien se queja en el camastro con voz apagada.

—¡Agüitai!...

Dos lágrimas de fuego queman las mejillas de Narciso cuando retira el vaso de los labios de Lucila.

Sale de la habitación y se para en medio del patio mirando al cielo. Sólo alcanza a decir:

—¡Diosito!. .

Aprieta los labios y se queda mudo, metido en sí mismo, detrás de la huella del recuerdo que se deshilvana en su cerebro afiebrado... ¡Hubiera querido reventar aquella tarde cuando volvió de Tucumán después de una ausencia de tres meses, y encontró a Lucila presa de un mal desconocido!

Desde hace cuatro días, al filo de las nueve, viene la curandera. Junto a la cama prepara un extraño brebaje que le hace tomar a la enferma después de largos rezos y misteriosa retahila de gestos y palabras. Al retirarse, le dice a Narciso:

—Amaneciendo ha'i de andar mejor...

Pero Lucila sigue inconsciente, con los labios apretados y la mirada fija en cualquier parte.

Otra noche, ante la interrogación pordiosera de Narciso, doña Rosario le había dicho:

—¡Olvidando a Dios has di andar!... Por eso te ha'i estar castigando... Rezale pó... ¡muchito!

Pero Lucía sólo pide agua desde un mundo lejano, revuelta en el desvarío.

Ahora los perros gruñen; levantan la cabeza y ladran; corren otra vez al camino y siguen ladrando. Narciso vuelve del vacío y quiere penetrar con sus ojos la oscuridad circundante; pero no ve nada. Los perros se acercan y le lamen las manos. Uno de ellos se recuesta a sus pies; otro se tira al suelo y se revuelca olfateando el viento.

A Narciso le florece la rosa del recuerdo en la frente.

Fué en Tucumán. En los días de la última cosecha. Aquel sábado acariciaba entre sus manos el dinero de la semana. Sus manos estaban encallecidas por el machete y la hoja áspera de la caña en sazón... Un deseo de vino y de caricias le corría por la sangre, y sus alpargatas le bailaban solas al escuchar la música y el griterío que salía de los boliches. En el poblado de Leales conoció a la Petrona. Los ojos grandotes de la tucumana hicieron olvidar por muchos días la dulzona mirada de la santiagueña que aguardaba en Santa Cruz; le alivió asimismo la carga agobiadora de aquellos días interminables metido en el fuego de la zafra.

(Ahora a Narciso le duele la cabeza. Los perros se acomodan a su vera y vigilan el desfile de sombras que se ahonda más y más en la noche.)

...Cuando se acabó la zafra en el Ingenio Concepción, y se dispuso a volver a Santiago, fué a despedirse de Petrona. No la

encontró llorosa ni afligida, porque las tucumanas no lloran al bien que parte. Un cantar del viejo tiempo sentencia:

Tengo de formar batalla
en una guerra civil;
y aunque me formen murallas
¡yo te tengo de seguir!
. . . . . .

De todo te acordarás
cuando quieras olvidarme
¡que tus ojos te compraron
con el precio de mirarme!

También era sábado aquella noche y florecían las guitarras y acordeones en los boliches de Concepción. El vino y la cerveza alegraban el corazón y enturbiaban la vista. Los pies se enredaban y los cuerpos caían manoseados por manos borrachas y policías sudorosos. Y a lo largo de la calle se gritaba el calibre de la hombría, o se lloraba la alegría de la borrachera en un arrepentimiento de malas palabras, o chocaban los cuchillos de puro gusto sin dañar a nadie, o se repartían puñetazos al aire.

A la mañana el sol alto sorprendió a Narciso durmiendo en la cuneta del camino. Despertó al murmullo del mosquerío que acudía a su torso desnudo señalado por el chorrear del vino y de la cerveza.

A medida que caminaba rumbo al paradero, y los humos de la borrachera se disipaban con el frescor mañanero, pensaba en el ladrón que le había robado la camisa.

* * *

La madre de Lucila es otra sombra que anda por el rancho rumiando tristezas. Ahora sale de la vera del fogón en el que calentaba tortas para la cena y se dirige al interior de la habitación donde desvaría la enferma. En un rincón, sobre una tabla colgada de dos alambres, hay una estatuilla de la Virgen del Valle. Está adornada de flores de papel y bolas doradas que brillan a la luz de las velas. Allí se postra, junta las manos y reza.

En ese momento la enferma se incorpora en un doloroso esfuerzo y mira a cualquier parte con ojos horrorizados; luego lanza un grito y cae de nuevo en el camastro. La madre, asustada, acude con el vaso de agua y lo acerca a los labios resecos de Lucila.

—¡Ave María Purísima!. . . ¡Ni que la hubieran embrujao! (En sus palabras hay una angustia inconsolable).

De nuevo vuelve al lugar donde está la Virgen y acomoda las

velas, que se tuercen con el calor e inicia un ceremonial de gestos y palabras; una especie de exorcismo contra los demonios que supone rondando la casa. Al final sale al patio y llama:

—¡Narcisui!...

No obtiene respuesta. Insiste:

—¡Narcisui!...

El mismo silencio. La vieja hace la señal de la cruz y lloriquea.

—¡Me lo han engualichao!... ¡Dios mío!...

Se acurruca en una silla y reza.

Narciso permanece en el patio, de pie. Las estrellas le brillan a lo lejos, y en su cabeza continúa aún, más encendida, la rosa del recuerdo. Le quema la frente. Sus ojos destilan las lágrimas de la culpa; sus manos florecen en cinco dedos tensos que apuntan al suelo desesperadamente. ¡Quisiera correr y romper la vorágine de su cabeza sobre un quebracho!... Pero no puede correr; sus pies se pegan a la tierra con fuerzas de raíces. ¡Quisiera llorar a gritos para que toda la noche supiera su dolor y su tragedia!... Pero no puede gritar; su boca está pegada en un duro apretar de labios y de dientes.

Por el atajo viene una luz que pone sobre aviso a los perros. Estos levantan la cabeza, husmean y gruñen. Ahora ladran; Narciso desata el nudo de su agonía y fija la mirada en el farol que avanza.

—¡Juera, perro!

La curandera se acerca acompañada del chango, y cuando está cerca del hombre, levanta el farol hasta el rostro de éste y le dice:

—Cainatuta mosckosuspa... (14).

No contesta pero se une a los pasos de doña Rosario y marchan hacia el rancho, donde hay un silencio de sebo quemado y jarilla reseca.

La madre de Lucila se incorpora de la silla y le cuenta a la curandera:

—¡El diablo, cuma, el diablo!... Se me ha levantao como alma penando.

Doña Rosario sentencia:

—¡Embrujada está!... Le han hecho el mal... ¡Dios lo castigue!... Kari kahpas, warmi kahsps... señor... Andando esta noche haremos juir el diablo... ¡laymaynyiy!... (15).

Se acerca a la cama.

La enferma tiene la cara horrorizada. De sus labios apretados escapa una espuma blanca; su tez parece trasparente.

Narciso interroga con la mirada a las dos mujeres que conversan en secreto.

Ahora la curandera desenvuelve un paquete del que aparece una

cola de chiva, pelo blanco, y una botella conteniendo un líquido pardo.

La madre retira las cobijas y deja descubierto el cuerpo de Lucila, apenas tocado por la camisa; la curandera lo rocía con el líquido, y cuando éste se termina, toma la cola de chiva, a guisa de pincel, y comienza a acariciar a Lucila desde los cabellos a los pies.

Hay en las tres personas un silencio de muerte. El chango permanece en la puerta, entre el miedo de la noche y el horror de la escena que se desarrolla en el interior del rancho; se aferra a las orejas del perro que lo acompaña mientras espera que el llanto irrumpa a sus ojos.

La cola de chiva parece aventar del cuerpo los malos espíritus, por eso la curandera no deja un solo lugar sin tocar. Ahora comienza una letanía que corean Narciso y la madre...

—¡Diosito!...
—Alabado...
—¡Diosito!...
—Alabado...

La enferma se estremece y cambia la mirada.

El coro continúa:

—¡Diosito!...
—Alabado...
—¡Diosito!...
—Alabado...

El coro se calla. La curandera retira del cuerpo la cola de chiva y saca del pecho un escapulario, lo mantiene sobre la cabeza de Lucila y dice palabras de exorcismo en quíchua:

—¡Ahdiosnyiy!... ¡Ahdiosnyiy!...
Ajihta koway... Ajihta koway...
Hanahpatja rurah...
Munay-niyki-rayka..
Ajihta kowoy... Ajihta koway...
—¡Atay, Karatjam!, supay...
¡Akayyanyiy!...
¡Akayyanyiy!...
¡Ahdiosnyiy!... ¡Ahdiosnyiy!
Pitjyukuna phanwanku...
wayrap hananh-nin-manta.
Hanahpatja rurah...
nyirah koh, nyirah ketjuh...
Ajpap sawanpi...
Pakary...
Pury...
Wanyuy...
Munay-niyki-rayka...
Ajihta koway... Ajihta koway... (16).

Narciso y la vieja concluyen:

—¡Alabado!...

—¡Amén!

El rostro cobrizo de la curandera está iluminado por el sudor y el resplandor de la vela. En ese instante parece poseída por una fuerza extraña que la absorbe totalmente; con la vista levantada y manteniendo el escapulario sobre el cuerpo de la enferma, cierra los ojos y dice con voz que denota el fragor de una lucha:

—Hutjapaykuhtari pampat japuwayku... (17).

Luego calla; pero de pronto, un grito extremece a los circundantes:

—¡Atay, karatjam! (18).

El chango llora en la puerta; los perros aúllan.

En ese momento la curandera, manteniendo el escapulario en sus manos, avanza hacia un rincón del rancho, donde está el atado de ropa de Narciso. Allí se detiene y, conservando su actitud, le pide a la vieja que deslíe el atado y busque.

Narciso está a punto de desvanecerse; le tiemblan las piernas, y en su cabeza no florece más que un miedo de sombras enlazadas, y en su corazón golpean hachazos implacables.

La madre de Lucila ha dado un grito al tiempo que sus manos tropiezan con una bolsita en forma de corazón, oculta entre la ropa interior de Narciso. La curandera se apodera de ella con asco y con triunfo.

—¡Atay karatjam! (19).

Sin soltar el escapulario ni abandonar su actitud misteriosa, se dirige a la mesa y examina la bolsita a la luz de la vela.

A Narciso se le hiela el cuerpo, y un cosquilleo de angustia le corre por las venas. La bolsita está hecha con el género de la camisa que perdió la víspera de su partida de Concepción, y en su interior, entre otros objetos misteriosos, aparecen mechones de cabellos y un prendedor que él le regalara a la tucumana días después del encuentro en Leales.

Ya van cuatro noches y otros tantos días desde aquellos momentos de sombra.

El misterioso contenido de la bolsa fué quemado por doña Rosario, y sus cenizas fueron enterradas a gran profundidad por Narciso.

Lucila está en la puerta del rancho guardándose del sol de febrero, y mira a su hombre que arregla las paredes del rancho con olorosas ramas de jarilla.

§ 3. *El poder mágico de la palabra. -- El "ligamiento"*

El poder mágico de la palabra, lo vemos en el caso relatado. La curandera no sólo se atiene a un tratamiento sobre el cuerpo del afectado por el "daño"; supone que algo más importante que la

afección de los órganos del cuerpo existe en la dolencia que lo aqueja: el encantamiento, el espíritu que ha penetrado en el paciente y que hay necesidad de contrarrestarlo con la palabra poderosa capaz de ahuyentarlo. Recordamos aquí las mismas palabras del ritual que el hechicero babilonio decía en la puerta de la casa del enfermo, luego de haber agotado la medicación:

Yo soy el hechicero sacerdote de Eridu,
el Heraldo que marcha frente a Ea soy yo,
de Marduk, sabio mago e hijo mayor de Eridu, el Heraldo soy yo,
el Conjurador de Eridu, el más astuto en la magia soy yo;
oh tú, demonio maligno, vuelve a marcharte,
oh tú que moras en las ruinas, métete en tus ruinas,
pues el gran señor Ea me ha enviado;
ha preparado su hechizo para mi boca
con un incensario para los Siete, para la decisión clara,
ha llenado mi mano.
Un cuervo, el ave que ayudó a los dioses,
en mi mano derecha sostengo;
un halcón, a revolotear por tu rostro maligno,
incito en mi mano izquierda;
con la sombría vestidura del temor te atavío,
en traje oscuro te visto
un glorioso traje para un cuerpo puro.
¡Oh espíritu malo, vete de aquí,
parte, oh Demonio malo!
¡Del cuerpo del hombre, el hijo de su dios,
oh Dèmonio malo, sal!
En el templo de Ea no te detengas, no des vueltas;
en los recintos de la casa no te detengas, no circules;
"en la casa me detendré", no digas esto,
"en los recintos me detendré", no digas esto,
oh Espíritu malo, vete a lugares lejanos,
oh Demonio malo, date prisa hacia las ruinas,
donde tú te detienes es sitio prohibido,
una casa desolada, en ruinas, es tu hogar;
¡Apártate de mí! ¡Por los cielos, conjuradlo!
¡Por la Tierra, conjuradlo!

Las palabras mágicas son propicias no sólo en el ritual con el cual se dirigen al Ser Supremo, sino también en esa "magia negra" en que se invocan a los demonios en procura de ayuda. Una persona de las cuencas litoraleñas nos daba una fórmula para el "ligamiento" en la que, unida a la acción ceremonial, iban las palabras adecuadas:

—Se toma una vela y nueve alfileres. La vela representa al

hombre que se desea atraer; se clavan en ese cuerpo los alfileres para "ligarlo", de la siguiente forma: Tres en la parte superior de la vela, al par que se dice: "No es vela lo que clavo; es el corazón de Fulano de Tal para que no quiera a nadie más que a mí." Luego, clavando otros tres alfileres dirá: "Clavo tu cabeza para que no pienses más que en mí"; clavará tres alfileres más en los brazos y en las piernas, y dirá: "Clavo tus pies para que sólo vayan camino de mi casa, y clavo tus brazos para que no estrechen a nadie más que a mí". Esto se hará por espacio de nueve días a las doce del día o de la noche; después de ese período, frente a una vela se pondrá el nombre del ser elegido, escrito en papel, y se dirán las siguientes palabras: "Lucifer, pongo estos tres dedos de vela para tu reinado y pido que a Fulano de Tal no me lo dejes comer ni beber; ni en silla sentar; ni con mujer ni hombre andar ni hablar; ni tenga un momento de reposo hasta que no esté conmigo... Por los diablos; por los tres mil diablos; por toda la corte de Lucifer y Satanás, en busca mía vendrá."

* * *

Un escritor argentino, Ciro Torres López, describe así un gualicho realizado en la zona del Carril, en los Valles de Salta:

"A poco de llegar, había logrado que su amigo se acostase. Cuando lo vió dormido, se dirigió a la habitación contigua, que era la suya, y tras de cerciorarse de que se hallaba verdaderamente sola, tomó un jarro y lo puso hasta la mitad de chicha tierna, fabricada el día anterior. Ganó hacia un rincón del aposento, en el que yacía un baúl. Cavó un poco en el suelo y extrajo un cofrecito de hierro. De un agujero imperceptible casi, disimulado en la pared, requirió la llavecita y lo abrió. Contenía numerosos ataditos cuidadosamente clasificados; guardaba plumas de aves, alfileres de alambre y de cobre del largo de un dedo; muñecos de trapo y de cera; carreteles de hilo de varios matices, en seda y cáñamo; cintas multicolores, piedras de gualichos, rodelas de madera contra brujerías, cabellos de mujer y de hombre; y en el centro de todo, cuidadosamente rodeado de ataditos, un idolillo de barro de color amarillento verdoso. El idolillo representaba un hombrecito petizo, mal trajeado, ligeramente cornípeto, de faz canallesca a causa de su enorme boca cargada de malas intenciones. Lo tomó con la siniestra en tanto se persignaba con la derecha. Le besó los pies, y lo dejó provisoriamente en su regazo, pues yacía de cuclillas. Abrió la mayor parte de los ataditos, los cuales contenían polvos blancuzcos, azulados, amarillentos, rojizos y negros, de un bruno retinto. Con los dedos tomó pequeñas cantidades de ellos, y mientras mascullaba unas palabras, los fué arrojando a la chicha. Así la bebida recibió polvos de gualichos para el amor, atinca, corqueja, incienso, nuez moscada, cheke cheke y otras substancias, todas ellas excitantes poderosos del deseo

sexual. Cuando pareció satisfecha del menjurje, se alzó con el jarro y el idolillo; cogió un puñalito que tenía debajo del colchón y se llegó al extremo opuesto de la habitación, donde había un gran arca. Encima colocó el candil, y a su lado, el idolillo y el jarro; se arremangó el brazo izquierdo hasta el sobaco, se arrodilló, y con el puñalito se hizo un tajo pequeño en lo alto. Y mientras su propia sangre caía gota a gota dentro del jarro, dijo al idolillo:

—¡Por la Salamanca, por la piedra imán y por el chivato negro, que Eladio me quiera más que a naides; que me siga como un perro amañao; y que no pueda irse pa ningún lao sin mi voluntá!

Seguidamente se persignó de nuevo (20). Colocó en su sitio al idolillo tras besarle los pies. Extrajo del cofrecito una cinta carmín y un poco de hilo verde; guardando aquél en el consabido rincón, de modo que no dejase rastros. Con la vela en una mano, el jarro en la otra y llevando ocultos los hilos, la cinta y el puñal, se dirigió a la habitación en que yacía Eladio. Dormía pesadamente, pero lo despertó y con palabras cordiales, recomendándole el brebaje, le obligó a tomarlo. El hombre volvió a caer en su letargo y se durmió profundamente. Cuando empezó a roncar le puso sobre el pecho su sombrero (21); extendió encima la mano derecha y oprimiéndolo un tanto dijo:

—¡Ti ordeno que hablís, Eladio!

El "torero" (22) no dió muestras de obediencia. Ella repitió el mandato. Mas en vano. Así hasta cinco veces, pero inútilmente. Lo que pretendía era conocer exactamente su más íntimo pensamiento. Según eso le endilgaría luego palabras que debían de convertirse en sentimientos en lo profundo del dormido, de manera que cuando despertase, obrara, sin él saberlo, de conformidad con tales mandatos. Era este un expediente muy eficaz, que ella empleara muchas veces con distintos hombres y con muy buen resultado. Más, para tener éxito era preciso ejercitarlo en cierto estado no muy profundo del sueño; por eso fracasaba ahora. Resuelta a emplearlo en ocasión más propicia, se dedicó de inmediato a completar el sortilegio amoroso. Extrajo de su seno la cinta carmín, la restregó contra determinada parte de su cuerpo y la ató luego, con nudo rosa, en la pata izquierda del rumbo sur del catre. Cortó un pedazo como de medio metro del hilo verdoso de seda; hizo lo que con la cinta en cuanto a frotárselo en su cuerpo y lo tendió en cruz sobre la cabeza del dormido, sobre la frente, sobre la nariz, sobre la boca, sobre la garganta, sobre el pecho tres veces y sobre todas las demás partes del cuerpo, incluso los pies, atándolo en seguida en la pata del catre, encima de la cinta. Con su puñalito le practicó en el brazo derecho un tajo pequeñito y aplicando en él sus labios, le chupó la sangre. Después le restañó la herida. El encantamiento amoroso estaba cumplido."

OTRAS PRÁCTICAS COMUNES DE "LIGAMIENTO"

Es bueno dejar sentado que las prácticas del "ligamiento" amoroso no están solamente difundidas entre el elemento criollo y aborigen de nuestras montañas y selvas. Se registran sin dificultad en cualquier centro poblado de nuestro territorio; lo que sucede es que, como dijéramos al comienzo de este capítulo, el hombre de campo confiesa con ingenuidad, o como si se tratara de una cosa natural, la existencia entre ellos de estas prácticas, mientras que el de la ciudad, al creer en ellas no duda de que su condición de supersticioso lo desmerece en concepto ante el hombre culto. En lo relativo al amor, siempre ha creído en la fórmula mágica que ofrece campo propicio a las aberraciones incontroladas por el sentido común, de ahí que, desde el clásico drama de Melibea —por no remontarnos al Paraíso Terrenal—, hasta el trágico destino de Fausto, el hombre se olvida de su rol social y desata su pasión aferrándose a los designios de un instinto que se resiste a subordinarse a las virtudes del equilibrio humano. A este respecto se equivoca Ambrosetti cuando afirma que siendo el amor puro el privilegio de las personas civilizadas, en las escalas inferiores de la cultura es donde se ve la atracción del macho y la hembra con la absoluta finalidad de la perpetuación de la especie.

Las conquistas que para el conocimiento contemporáneo ha hecho la investigación y la ciencia, desconocen en absoluto tal sofisma, y dejan bien sentado que es un error juzgar a los pueblos primitivos con la lente que ha puesto en nuestras manos el desarrollo de nuestra cultura. El hombre primitivo, o el que vive en nuestros días en ese estado, se ha valido por sí solo en medio de su propia ignorancia para solucionar todos los problemas que han surgido a su lado; en cambio, el que goza los privilegios de una civilización, día a día se encuentra con nuevas invenciones que, desde la nevera hasta la pastilla de aspirina, le solucionan serios problemas al conjuro de un billete de banco.

Persona civilizada es Calisto y, sin embargo, necesita a Celestina. No menos civilizado es Fausto y necesita a Lucifer. No menos civilizada es la protagonista de "El Deseo" de Suderman, y pese a ello, y a la fineza de su espíritu, una pasión que brota de lo más profundo de su ser, sobrepasa los límites del pecado.

* * *

Ambrosetti nos habla de los talismanes para el amor, de los payés, y de otras prácticas conocidas en lugares de la Pampa, de Misiones, etcétera; casos como los que él nos cuenta en "Supersticiones y Leyendas", los hemos hallado en nuestros viajes por pueblitos de la selva y de la montaña, y los hemos encontrado tam-

bién en el "consultorio" de curanderas de Rosario, Santa Fe y Buenos Aires, con las mismas indicaciones que aparecen en textos de libros clásicos de la literatura contemporánea universal.

Recuerdo que en una ranchada de la Quebrada de Humahuaca, lugar denominado Hornillos, me refirieron la fórmula del "ligamiento" de la siguiente manera: "Se necesita trencillas y alfileres. Se escribe el nombre del que se desee ligar, y diciendo: "Te ligo porque te deseo ligar, y te quiero, Fulano de Tal", se clavan los alfileres en forma de cruz sobre el papel y se enlazan las trencillas en los mismos." Mientras esas ataduras permanezcan, la persona vivirá sin sosiego pensando en el que realizó el ligamiento".

Algún tiempo después, la misma fórmula fué recogida por una amiga en el "consultorio" de una de esas adivinas. Lo único que variaba es que la tal hechicera solicitaba trencillas que hubiesen sido usadas por el Fulano a ligar.

§ 4. *El Daño*

El daño es la enfermedad que se recibe de parte de una persona que lo quiere mal á uno. El daño puede recibirse por conductos materiales; por ejemplo, un yuyo maligno en un vaso de vino, o raspaduras de uñas de mujer encelada, o sesos de golondrinas, o una de las mil cosas que para el caso tienen en su poder brujas o curanderas. Todas ellas tienen aparte del poder intrínseco de su propia materia la virtud de un espíritu que es lo que le da la fuerza permanente. En otros casos —y son muchos—, el mal se recibe indirectamente; vale decir: por virtud de un flúido magnético que parte de la persona encargada de hacer el daño puesta en trance especial de brujería. El espíritu maléfico òbra de tal manera que posee a la víctima y la va mortificando poco a poco hasta destruirla en definitiva, si antes no se conjura por otros curanderos expertos en exorcismos.

Tal como el daño se concibe en la mentalidad del criollo lo encontramos descripto en la obra de Henry E. Sigerist, titulada "La medicina y el bienestar humano", cuando su autor se refiere a la medicina y a la religión, tratando de historiar la evolución de la ciencia desde el desarrollo cultural del ser humano: "La medicina y la religión tienen un origen común. El hombre se encontraba rodeado de una naturaleza hostil y amenazado diariamente por fuerzas misteriosas. Se producía una tormenta, la tierra era presa de una sequía, destruyendo los sembrados y llevando el hambre y la muerte. O una epidemia se propagaba por la región y la gente moría a miles. La vida del hombre primitivo en manera alguna era feliz y sana, como creían algunos filósofos del siglo pasado. Aquélla consistía en una lucha despiadada y perpetua entre una naturaleza brutal y la todavía desamparada humanidad. Pero el hombre reac-

Figura 4

Figura 7

Figura 5

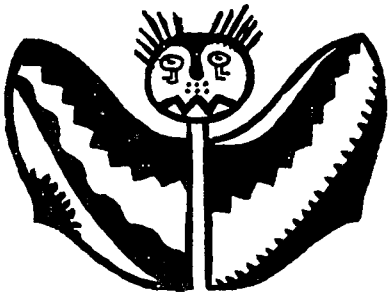


Figura 7 bis

Figura 6

Figura 8

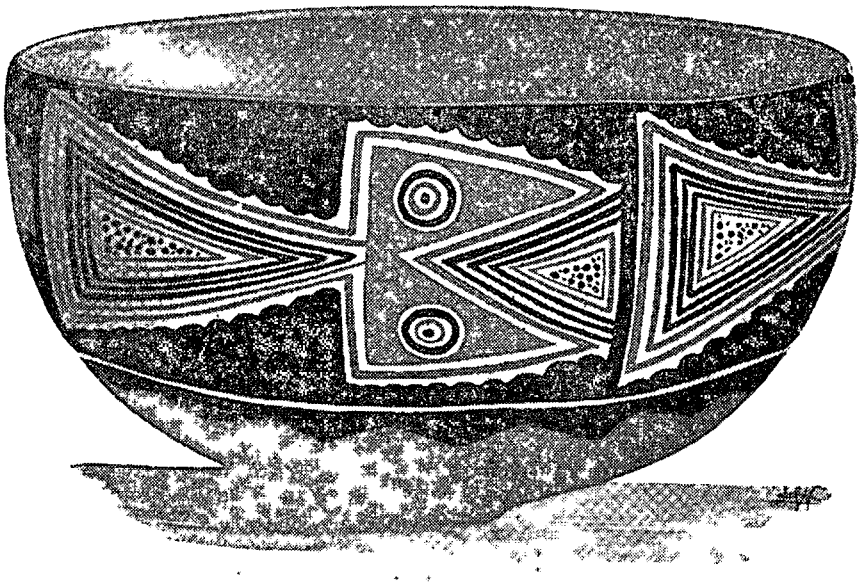


Figura 9

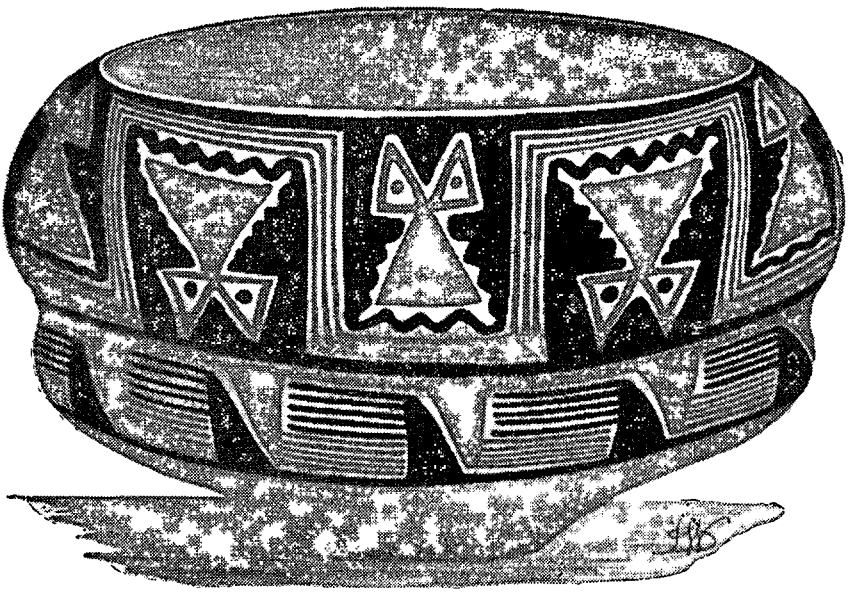


Figura 10

luchaba contra estas fuerzas que producían el hambre, las enfermedades y la muerte y eran causas de numerosos sucesos desagradables en la vida diaria. Las consideraba como espíritus malos, demonios cuya función verdadera consistía en provocar daños, o las tomaba por las almas de los muertos que buscaban el medio de volver a la vida terrena. Se protegía tratando de aplacar a los espíritus, de desviarlos, y la religión y la magia fueron los medios para lograrlo."

Se refirma aquí lo que dijéramos al comienzo de este capítulo que la medicina es la lucha que desde tiempo inmemorial realiza el hombre y la naturaleza. El mismo escritor antes citado viene en nuestro auxilio para abrir una picada en la espesa maraña de las supersticiones, y nos dice: "Como la enfermedad era causada por poderes espirituales, había que luchar con medios espirituales. Las ideas sobre el origen de la enfermedad, determinaban la acción del médico. El propósito de la diagnosis consistía en establecer quién era el autor del achaque que aquejaba al paciente, si era un hombre el que lo había hechizado o un demonio que se había posesionado de él. El pronóstico tenía por objeto determinar las intenciones del dios con respecto al paciente. Vale decir, que el propósito de la terapia "era alejar la causa de la enfermedad, ahuyentar al demonio del cuerpo del paciente o destruir el efecto de la magia por medios mágicos." Este concepto sobre la terapéutica a seguir en los casos que la ingenuidad llama "daño", lo vemos en la actualidad en los criollos de la selva y de la montaña.

El caso que vamos a referir corresponde a la cura de un "daño" que conocimos en el lugar denominado "Los Telares", de Santiago del Estero. Antuco Romero, afincado en el lugar, un día se sintió presa de un mal extraño. El vientre lo sentía "revuelto totalmente" —según decía—, y los dolores se acentuaban continuamente. En Sumampa consultó con el médico, quien, sin llegar al diagnóstico le aconsejó dieta y lo mantuvo en observación suponiendo que se trataba de un desarreglo intestinal producido por una indigestión. Antuco concurrió varias veces al consultorio del médico; pero un día, viendo que los dolores volvían, se dirigió a casa de una curandera y aceptó de élla una serie de yuyos muy recomendables para su mal. En manos de la curandera estuvo durante bastante tiempo; no obstante, el mal se agravó de tal forma que Antuco quedó en la cama sin poder moverse, casi paralítico. La curandera, ante su impotencia resolvió realizar una "consulta" con un colega curandero de Salavina. Lo hizo venir a fin de que revisara a Antuco y le diera su opinión. El curandero, luego de una práctica espectacular sentenció: "Le han hecho el mal". . "Daño es, señora" . . "Buscaremos el daño, denó no hay sanar."

El curandero solicitó que lo "dejaran estar", que en buen romance significa que no lo molestaran y lo dejaran pensar, a fin de que pudiera reconcentrarse y planear los medios para atrapar al es-

píritu que, según afirmó más tarde, rondaba de noche la casa para estimular el maleficio en forma permanente hasta consumir la vida de Antuco. A los dos días de estar en la casa, una noche ordenó a los familiares del enfermo que se encerraran al "entrar la noche" y que él velaría en el alero para sorprender al autor del hechizo. Recomendó que no abrieran puertas ni ventanas aunque él llamara. Pidió una botella con vino, volcó en ella unos polvos amarillos que sacó del bolsillo y se tomó íntegro el contenido de la botella. Casi tambaleando, salió, cerró la puerta tras sí y se acostó en el suelo. Al día siguiente, "bien alto el sol" se despertó, y ante Antuco, la curandera y familiares dijo:

—Mucho i luchao anoche, señor... Serían las doces cuando de un redepente se me lo vino un bulto grandote queriéndomelo ganar la casa. Ahí nomás me lo puse en la puerta y diciéndole ¡Cruz Diablo! ¡Cruz Diablo! se me lo reventó como un trueno y cayó bajo el algarrobo convertido en dos ojos que lanzaban fuego... De mañana desaparecieron con rumbo al sur... ¡Como lo'i peliao señor... Ya vua saber quién és, si brúja es, o demonio."

A la noche siguiente se repitió la escena de la botella, y el curandero se acostó para velar —como él decía—, y aventar el espíritu. A la mañana contó la aventura de esta manera:

—Anoche había sido gato negro que volaba y me lo quería ganar la puerta... Cuando se me lo vino encima me lo garrotié de lo lindo y salió maullando como alma en pena... Pero, mala suerte, señor... Se me lo quedó bajo el algarrobo como dos ojos en el aire que miraran pa dentro de la casa... A la mañana se me lo desapareció...

Así se repitió la escena durante varias noches. Una era un perro, otra una mula negra, otra un perro de grandes colmillos; pero al final se convertían en unos "ojos que miraban continuamente al rancho".

Una mañana de esas reunió a los familiares de Antuco y dijo:

—Ya sé quién es el autor del mal... Mujer es...

Todos repitieron:

—¡Mujer!... ¿Cómo?... ¿Cómo se llama?...

—Eso tenemos que averiguar ahora... Porque cuando son ojos los que quedan después de haber derrotao al animal, mujer es la que ha hecho el mal.

Según el curandero, durante las noches anteriores había destruído la estructura de que se valía el espíritu para llegar hasta la puerta de la habitación de Antuco. Para llevar a efecto tal empresa se había servido de fórmulas mágicas que destruían por completo las malas intenciones. Quedaba por establecer qué mujer de los alrededores sería la causante del maleficio. Todos se pusieron a pensar. Alguien insinuó que podría ser la vieja Rudecinda, que en una ocasión engualichó al José de la Comadre; otro lanzó el nombre

de la hija de Doña Norberta, que en una ocasión estuvo interesada en Antuco; otro nombró a la Dositea, la mujer del encargado de la finca donde trabajaba Antuco, informando que cierta vez lo paró en el camino y le dijo que parecía "embobao", porque no se había fijado en que ella era una mujer interesante, capaz de enamorar a cualquier hombre de la ciudad. Todas fueron descartadas, porque al ser sometidas a la consideración del curandero, con todas las informaciones del caso, éste las había rechazado.

La curandera, que formaba parte de aquella asamblea, lanzó un nombre que despertó de improviso la curiosidad del curandero: Manuela.

La Manuela era una mujer de cuarenta años de edad, criolla buena moza, que pasaba por hacerse amar por todos los que ella quisiese. Se hablaba de sus famosos gualichos, pero no había hombre en cincuenta leguas a la redonda que no deseara dejarse "engualichar" por la Manuela. Las personas enemigas —y eran muchas las que tenía Manuela— lanzaban especies caprichosas en torno a la viuda, que cuidaba un boliche que su "finao", un español que llegara a principios de este siglo de Andalucía, le había dejado a su muerte.

El curandero volvió a insistir que "lo dejarán estar", a fin de ubicar su pensamiento y establecer la relación que pudiera existir entre el mal de Antuco y la tal Manuela. A las pocas horas afirmó, a fuer de adivino, que la referida mujer era la causante del mal del infeliz tullido. Desde ese instante comenzó una lucha a muerte contra la "bolichera", ajena por completo al delito que le imputaban.

Una mañana el curandero le dijo a Antuco que la única manera de sanar era la de pinchar los ojos de la Manuela; ojos que permanecían rondando en torno a la casa todas las noches. La única forma de "apagarlos" era el pincharlos en un retrato con dos alfileres y velar éste una noche, acompañando el velatorio con palabras mágicas. Se consiguieron un retrato de la bolichera y realizaron lo propuesto. Como Antuco siguiera igual, casi paralítico, sin que mejorara en lo más mínimo, curandera y curandero propusieron un plan criminal. Secuestrarían a la Manuela, la traerían maniatada ante Antuco y éste le pincharía los ojos para conjurar el mal que había realizado. Al principio Antuco se resistió, pero poco a poco fué deponiendo su actitud, hasta que consintió en hacer lo que le indicaban.

Una noche, maniatada y aturdida, la Manuela se encontró tendida en el suelo de la casa de Antuco, y éste, a quien le habían dado una poción demoníaca para que se repusiera y cobrara fuerzas, se abalanzó sobre ella y le pinchó los ojos sin piedad alguna, mientras los curanderos musitaban plegarias con vocablos castellanos y quichuas comprensibles para ambos solamente.

Otro caso es el sucedido en Rosario, y que me fué referido por un médico de policía de la ciudad citada. Una curandera diagnosticó un daño a una persona que llegó a su "consultorio". Le manifestó que había en la ciudad alguien que lo quería mal y que valiéndose de una prenda íntima le había hecho un daño grave. En efecto, el hombre padecía de una enfermedad extraña y estaba en observación de los médicos de la Asistencia Pública.

La curandera insistió sobre el asunto y le dijo que pensara bien a qué mujer u hombre le había dado una prenda en los últimos años. Al principio el paciente no situaba bien su pensamiento; pero un día se acordó, quizás con auxilio de sus familiares, que ya estaban sugestionados por la curandera, que en cierta ocasión, hacía muchísimos años, le había obsequiado a un compadre un escapulario que guardaba en su casa como una reliquia de un familiar querido. Le comunicó el asunto a la curandera y ésta le dijo: "Vaya a casa de su compadre y dígale: Compadre, por el espíritu de Dios, creo que usted me ha hecho mal con ayuda del escapulario que le di, por eso estoy enfermo". Si su compadre se enoja, es señal que es cierto; entonces hágalo dar vuelta, y con el cuchillo le hace una cruz en la espalda".

El paciente realizó al pie de la letra lo que la curandera le ordenó, y como el compadre se exasperó por la peregrina idea del que a su casa llegaba con tales predicamentos, fué asesinado sin piedad.

* * *

Otro caso referido por una persona que dió fe en su oportunidad por testimonio de gentes que fueron protagonistas, cuenta de una mujer de Salavina que gozaba de fama de curandera. Tenía tres hijas casaderas y buenas mozas. Se decía de la circunstancia extraña de que todo aquel que iba a esa casa invitado por las mujeres o a requerirlas de amores de voluntad propia, al poco tiempo era presa de un mal desconocido. Fué así que uno de esos días alguien siguió a una de las mujeres que bien de mañana salió de su casa y se dirigió al monte. Se desnudó al borde de una acequia y se dió un baño como en una especie de ritual; se desató las "cimbas" y quedó con el cabello suelto. Así desnuda, luego que puso su cuerpo frente al sol, se dirigió al monte, permaneció en él por espacio de media hora y luego retornó al lugar donde estaba su ropa; se metió de nuevo en la acequia, se recogió los cabellos y se vistió sin apresuramiento alguno.

La persona que observaba todos los movimientos de la mujer, una vez que ésta hubo desaparecido, se introdujo en el bosque por la misma ruta que ella había seguido desnuda, y se encontró con una especie de rancho, en cuyo interior y sobre un altar había una muñeca grande de rostro parecido a la mujer que minutos antes

había oficiado aquella misa pagana de hechicería. Al lado de la muñeca había una cantidad enorme de muñecos construídos con cera de misquila pinchados con alfileres. Había lazos, cabellos de hombre y mujer expuestos sobre el simulado altar, y mil objetos de brujerías. El que esto descubría, conocedor de la obra de las curanderas de su provincia, sacó los alfileres del cuerpo de los muñecos y los clavó en la muñeca grande, que aparecía en el trono reinando ante estos fetiches...

Mi informante, luego de exponer el caso, concluyó de esta manera:

—¿Y sabe lo que pasó?... Pues que se dirigió a casa de las mujeres y se encontró con que la curandera que había estado horas antes en el bosque se encontraba en cama presa de un mal terrible, casi muriéndose...

* * *

Al estudio sereno de Sigerist me remito a fin de destruir el mote de salvaje que en la mayoría de las veces se oye decir al que mira con indiferencia la vida del hombre primitivo y sólo acepta las premisas de la civilización como si esta civilización se hubiera realizado de improviso y no fuera el producto de un angustioso proceso humano: "El más completo sistema de medicina religiosa hay que buscarlo en Babilonia y Asiria. Toda la ciencia babilónica estaba íntimamente unida a la teología y su único fin consistía en enseñar lo que el hombre tenía que hacer para conservar la benevolencia de los dioses o apaciguarlos cuando hubiesen sido irritados. Para conseguir esto, el hechicero, sacerdote tenía que conocer las intenciones de los dioses, lo cual se hacía observando e interpretando los omina. Las enfermedades sólo tenían un origen: los dioses que, ora directamente como castigo por un pecado, ora mediante espíritus malos, las infligían al hombre. Todos los elementos de la medicina primitiva se encuentran de nuevo en Babilonia, pero en una escala formidable y expresados en una gran literatura. Muchos espíritus malos tienen nombres y caracteres individuales, como Labartu, uno de los principales demonios; Asakku, que causa la fiebre; Ti'u, que provoca los dolores de cabeza; Nergal y Namtar, espíritus de la plaga, y muchos otros".

Nuestra historia reconoce sin quererlo el servicio que prestaban los llamados brujos o hechiceros que practicaban la magia, y si bien condenaba a la hoguera a los que en forma directa afectaban el organismo social o contravenían disposiciones pertinentes a las malas artes de la magia, respetaba a los "que fiziessen encantamientos, o otras cosas con intención buena, assi como sacar demonios de los cuerpos de los omes o para desligar a los que fuessen marido e muger... o para desatar nubes, que echasse granito, o

niebla, por que non corrompiesse los frutos; o para mata langosta o pulgón, que daña el pan, las viñas... non deue auer penas".

Se oficializaba con ello algo que aún no había sido aclarado debidamente por la misma teología cristiana, pero que destinado a ponerse al servicio del bien, podía ser el mensaje de Dios para la salud y prosperidad de sus criaturas. Estos brujos gozaban de privilegios porque su "sabiduría" estaba al servicio de la buena causa. Oreste Di Lullo, que como médico y estudioso del folklore santiagueño, ha realizado estudios interesantes en las mismas fuentes de origen, refiere el servicio que prestó el hechicero en la época de la Colonia. "El brujo, en cierto modo considerado como el intermediario entre el hombre y el demonio, posee la ciencia mágica que le otorga o concede la "salamanca", con la que no sólo puede hacer daño sino también curar las enfermedades, pasándolas a otros y en ciertas ocasiones hasta descubrir a los causantes de la muerte de una persona, sobre todo si lo ha sido como consecuencia de las malas artes, y evitar su fuga. En este caso, ¿de qué medios se vale el "brujo" para conseguir su objeto? Una vez averiguada la naturaleza mágica de la defunción, se encierra con la víctima a deshora de la noche y, descubriéndole la región precordial, le introduce en el corazón cuatro espinas de quimil de modo que formen una cruz. Este ensalmo o, mejor dicho, conjuro, que llaman "la prendida", tiene por finalidad matar o enfermar a la persona que ha provocado el "daño". La muerte es a veces debida a un hecho de sangre. En estos casos, si el criminal ha huído a pie, se practica otra suerte de magia, la cual consiste en atar las extremidades del difunto o introducir en la cara plantar de uno de sus miembros una espina fuertemente enclavada. Se concede a este hechizo el efecto de producir en el fugitivo la parálisis de sus movimientos mediante la incoordinación o el dolor y, como consecuencia, el de favorecer su apresamiento, ya que en tales condiciones resulta poco menos que imposible su fuga. Todas estas prácticas van acompañadas de un silabeo monótono, cuyo sentido se nos escapa. Seguramente se trata de recitado de algunas fórmulas cabalísticas con las que el "brujo" expresa su voluntad de efectuar el "daño" o, quizás, de alguna oración impetratoria para el refuerzo de su poder. Cabe destacar un elemento extraño en la práctica de la "prendida", y es la tácita invocación al Crucificado que el "brujo" realiza al clavar las cuatro espinas en forma de cruz. Elemento extraño, porque hemos visto que para recibir los poderes maléficos, antes debe abjurar el iniciado su fe cristiana. Sin embargo, puede explicarse tal injerto si recordamos la profundidad con que ha calado las almas el sentimiento religioso. Por eso también no nos cabe duda que la fórmula que muta el "brujo" en el acto de la "prendida" no es más que una variante de los ensalmos comunes".

EL MAL DE OJO

El "mal de ojo" es un hechizo que tiene su arraigo en muchos lugares de Europa. En Andalucía, del niño que se queja de un mal, suele decirse que le han hecho "el mal de ojo"; vale decir: que con sólo mirarlo le han transmitido un mal. El hechizo de referencia puede ser casual o intencionado. Se dice del casual que la persona que al pasar lo miró, tenía en la vista un poder superior al del niño y sin querer le produjo el mal. Cuando en torno al niño hay gente sospechosa de enemistad, la culpa caerá sobre ésta, y el epílogo será trágico si la criatura se muere o permanece enferma por mucho tiempo. Las madres diagnostican de por sí el mal de ojo cuando sus pequeños se entristecen sin quejarse de ninguna dolencia fija, y también el raquitismo, las eczemas, etcétera.

El doctor Orestes Di Lullo registra en Santiago del Estero el "mal de ojo" de esta manera: "La "malojiada" puede ser intencional o casual. Es el hechizo que efectúa el viajero al pasar ante una criatura sin detenerse a tocarla. Suele incriminarse al "malojo" un gran número de enfermedades infantiles y hasta la muerte misma. Las pobres madres, siempre atentas a la salud de sus hijos, que no saben defenderse de este peligro, encuentran en los amuletos la tranquilidad que necesitan para dedicarse a sus quehaceres domésticos. Estos amuletos se hacen de hueso en América y de coral en Europa. Los santiagueños consisten en un diente de perro, un colmillo, por lo general, que cuelgan del cuello de la criatura a modo de escapulario. Si por casualidad el párvulo fuese "malojeado", se envía a buscar al autor del "daño", que vuelve para "tocar" al enfermito, si el "malojo" ha sido casual. Si no regresara se supone que ha tenido intención de causarle "daño", a menos que mande un mechón de sus cabellos o alguna prenda de su pertenencia, que se aplica sobre la cabeza del niño".

(1) *Historia Universal del Arte.* Tomo 1.
(2) *Historia de las Religiones.*
(3) *Las sociedades primitivas.* Luis E. Morgan.
(4) *La sabiduría de los italianos.*
(5) Línea sobre el FF. CC. EE., de Añatuya a Roque Sáenz Peña.
(6) El orín.
(7) ¿Cómo has amanecido, hijo?
(8) De tanto andar por las noches, tanto llegó a enflaquecer, que era ya perro de pobre y aguja para tejer. (Refrán popular en Santiago del Estero).
(9) ¡Así dicen, pero quién sabe!
(10) Las chinitas de hoy día, una maña han sacado, decir si su gaucho la soba. ¡Ay mi finao!, llorando. (Del cancionero anónimo).
(11) Vale caro.
(12) El gringo es muy mezquino.

(13) Traéme agua, hijo.
(14) Por la noche solo y triste.
(15) Ya sea varón o mujer.
(16) ¡Ah Dios!... ¡Ah Dios!...
Dame lo bueno, dame lo bueno.
Hacedor del cielo;
Por tu amor...
Dame lo bueno.

¡Abominable mil veces demonio!
¡Atrás!... ¡Atrás!...

¡Ah Dios!... ¡Ah Dios!
Sobre nosotros vuelan los pájaros.
De lo alto del aire.
Hacedor del cielo;
El que lo da y lo quita.
Sobre la tierra...
El nacer.
El andar.
El morir.
Por tu amor.
Dame lo bueno, dame lo bueno.

(17) Y perdónanos nuestros pecados.
(18) Interjección: ¡Lo abominable!
(19) ¡Atrás, cosa mala!
(20) Contrariamente a lo que muchos afirman, no existe un propósito en las curanderas y brujos de abjurar de la fe cristiana para realizar sus diabólicas tonterías, ni se embarcan en una negación obstinada siguiendo la senda del demonio. En su ritual utilizan por lo general el elemento que más le conviene; y por eso no es raro ver en rituales como el que cita Ciro Torres López que la bruja se persigne luego de haber invocado a los «diablos, a los tres mil diablos, a la corte de Lucifer y Satanás... y al chivato negro»... Nótese cómo mezclan en el maleficio los símbolos de la Religión. Es como si estuvieran pidiendo perdón a su Dios verdadero por el mal que intentan. El pecado no está en consideración como tal por el que realiza la «ligadura», ya que se trata de atraer al hombre díscolo, donjuanesco, hacia la voluntad de una buena persona que lo desea para brindarle buen amor. En el peor de los casos, se ejercita un derecho humano, aunque bastante egoísta, de qúe lo quieran. Cuando hay conciencia del pecado, las oraciones se entremezclan a lás palabras paganas para que el «santo no se enoje» por lo que se está realizando. A esta razón obedece esta práctica mágica del «ligamiento» que me refería una señora del litoral: «Se toma el retrato del hombre elegido y se pone cabeza para abajo detrás de una imagen de Jesús. Se encienden dos velas y se rezan oraciones cristianas, salpicadas de pedidos y deseos profanos.»
(21) Es creencia de que colocándole el sombrero propio sobre el pecho del que duerme, hablará contando sus secretos.
(22) «Torero» se le dice al peón que se dedica a arrear hacienda o á cuidarla. El «torero» salteño es un peón privilegiado que «mira por sobre el hombro» al peón que se dedica a las faenas agrícolas.

Capítulo VII

EL MITO DE LA DIVINIDAD TRINITARIA DE LA CIVILIZACION CHACOSANTIAGUEÑA

§ 1. América y la concepción plástica de sus símbolos indígenas. Primacía de ornamentos clásicos. La riqueza de la cerámica indígena. Móvil religioso del arte. La tierra recogida con unción religiosa. Núcleos de poblaciones aborígenes. -- § 2. La cultura calchaquí. El Imperio de las Llanuras. Los hermanos Duncan y Emilio Wagner. El descubrimiento de Llajta Mauca. § 3. Las artes decorativas en el "Imperio de las Llanuras". Similitud con los fabricantes de túmulos de Arkansas. Posible relación con los "Moundbuilders". Antigüedad del Imperio de las Llanuras. Estilizaciones. El ojo en la palma de la mano. Evolución del realismo hasta los símbolos de la mano. La Divinidad antropoornitoofídica. La divinidad plañidera. Un viaje al viejo pueblo.

§ 1. *América, y la concepción plástica de sus símbolos indígenas. -- Primacía de ornamentos clásicos*

La realidad que la ciencia ampliamente documentada nos da en estos momentos, nos autoriza a decir que América puede ostentar títulos suficientes para hablar de su arte y de su cultura con la misma autoridad que las viejas civilizaciones Caldeas, Asirias o Egipcias muestran la constancia de sus auténticos documentos. Y es más, hasta puede esta América, este Nuevo Continente, discutir la primacía de una civilización y destruir el clásico padrón que correlacionaba el arte y la cultura del mundo con las llamadas civilizaciones madres de la humanidad de nuestros días.

La enorme documentación que actualmente se junta, se selecciona, se valora, se compara, y que se refiere a los viejos pueblos del Continente Americano, anticipa el grado de una civilización magníficamente evolucionada. Un estudioso argentino —Vicente Nadal Mora—, que ha realizado un bien organizado trabajo sobre arte monumental americano autóctono, dividiéndolo y comparándolo entre catorce zonas de influencia independientes entre sí, afirma que "América debiera ocupar el justo lugar de creadora de muchos de aquellos símbolos que se han creído originarios de otros pueblos; símbolos importantísimos, ya que ellos han servido de fundamento y aun de característica a los conocidos estilos clásicos, fuente de todas las mejores obras de la civilización occidental, mu-

chos de los cuales, convertidos en motivos ornamentales, volvieron imputados a los países americanos como patrimonio de otros pueblos, ignorándose que estas mismas tierras que los acogían eran también las mismas que hace miles de años los vieron nacer."

Desde esta profusión de símbolos que surgen de las ruinas de los Incas enclavadas en peligrosas mesetas o en picachos casi inaccesibles, y de las pirámides de Tenochtitlán, de México, del Cuzco, y que se develan en misteriosos trazos en las cerámicas peruanas, diaguitas, juríes, etcétera, puede vérse el símbolo escalonado simple que aparece en los papiros sagrados de Egipto; el escalonado doble orla con gran profusión de los muros de Persépolis, Khorsabad, etcétera. Si del escalonado pasamos al zig-zag, lo vemos también desde bajorrelieves y frescos egipcios hasta la Grecia prehelénica, por ejemplo en las columnas del período micénico. El meandro rectilíneo, con gran variedad de formas, el ornamento tenido como el más clásico conocido, es, sin embargo, de remoto origen americano. Y hasta el ordenamiento de los frisos dóricos, las características metopas y triglifos, fué descubierto por los mayas del Yucatán, como puede verse observando los edificios de Chichen-Itzá, de México. Podríase aún hablar de las innúmeras cruces, ya sea en la forma griega o en la swástica o gamada de tan obscuro simbolismo y de otros símbolos de más desconcertante similitud con otros conocidos, tales como el trinquilión, de los Chibchas chilenos, el alfa y omega, etcétera".

Esta primacía que se reclama no surge de un prurito localista ni continental; ni mucho menos lleva implícito un principio racial de inconsultas proporciones; surge de las investigaciones realizadas por autorizados etnólogos que han observado los ricos yacimientos arqueológicos dispersos en nuestro Continente, donde cada pueblo duerme su eternidad; ya sea en las entrañas de los túmulos salitrosos como en las pétreas ciudades orladas de nubes y circundadas de amplias terrazas cultivadas. De todas ellas han surgido maravillosas piezas comparables a magníficas obras de arte evolucionado. La originalidad de esas piezas ha causado extrañeza, y en muchos casos los símbolos han dejado absorto al entendido, y un halo de profundo misterio ha envuelto al profano. La riqueza de la cerámica, sus elementos decorativos, la técnica usada para la confección de vasos, urnas funerarias y utensilios de uso diario y doméstico, han sido de extraordinarias proporciones, pues se ha observado que hasta la tierra usada se ha seleccionado en forma tal que luego de la cocción ha resultado de una finura de porcelana, que en la actualidad los alfareros de la misma región no han podido alcanzar. Sólo el móvil religioso, la concepción mística en su formación gentílica, podía llegar a lograr calidad extraordinaria, o un secreto en el amase o en la cocción que se trasmitía en el tiempo entre padre e hijos, o la tesis fundada de los hermanos Wagner, que afirman

que la tierra utilizada por el alfarero indígena de las llanuras santiagueñas era única y exclusiva, la que encontraban al borde de los hormigueros, finamente cernida. Ateniéndonos a ese sentido religioso que inspiraba la vida del salvaje, bien podemos utilizar la versión recogida por Pijoan en su "Historia General del Arte" y referida por la etnóloga Matilde C. Steveson, que estudió la vida de los indios Zuñí: "En una ocasión mi marido y yo acompañábamos a la india Wa-wa a la montaña llamada del maíz, adonde iba a procurarse tierra. Durante el camino hizo varias extrañezas: cogió una piedra y escupió en ella y la tiró hacia abajo, asegurando que lo hacía para que al bajar con la carga de tierra no cayera ella como aquella piedra. Después, pasando por delante de una piedra sagrada donde había varios agujeros, se cortó un pedacito del manto y lo ofreció a la madre tierra. Cuando por fin llegamos al sitio, le dijo a mi marido que tenía que quedarse a cierta distancia porque a aquel lugar nunca habían llegado los hombres. Cuando ya íbamos a entrar en su demarcación, me dijo la india que no debíamos hablar ni una palabra: "Porque si no ruego constantemente al recoger la tierra, mis cacharros se quebrarán al ponerlos al horno". En seguida la india empezó a cavar, siempre rezando a la madre tierra. Nueve décimas partes de la tierra que removió fué desechada; la india iba probando cada gleba con los dedos. Por último recogió unos setenta kilos de tierra, que llevó dentro de su manto, colgado de la espalda sin aparente dificultad".

El territorio americano está lleno de estas pruebas de indiscutible valor documental, que establecen de manera clara el contenido de civilizaciones pretéritas y de culturas sólidas y evolucionadas en las cuales el individuo no sólo se ha ingeniado para amoldar su existencia material a los eventos climatéricos y a los medios de subsistencias, sino que ha observado el insistente cultivo de un arte en el que los símbolos y la extraña simetría de los mismos respondían a un estado espiritual, ya fuera de orden puramente anímico como resultante de un imperativo cultural o de índole eminentemente religiosa desde la preeminencia de un hecho animista en el trance caótico.

De ahí que la arqueología y la etnografía modernas dirijan con entusiasmo sus ojos al territorio americano y refirmen día a día la existencia de viejas civilizaciones americanas que, develadas a la luz de la materia comparada resultan de una desconcertante originalidad. Y si se tiene en cuenta el área de dispersión de cada una, hasta llegará a notarse cómo cada cual se ha encerrado, en lo posible, en tiempo y espacio para realizar por sí sola su vida ofreciendo pocos ensambles y dando por su cuenta y riesgo extrañas concepciones simbólicas que en realidad son normas de una vida superada.

§ 2. *La cultura calchaquí. -- El "Imperio de las Llanuras". -- Los hermanos Duncan y Emilio Wagner. -- Llagta Mauca*

Se creía hasta hace poco en la existencia de limitados núcleos de civilizaciones americanas, y se tenía por básicas las que florecieron en los penachos del Tahuantisuyo, y en la ciclópea Tiahuanaco, así como las que generaron los Mayas y los Aztecas en el ornato de ciudades monumentales en permanente adoración solar. Junto a esas culturas registradas como máximas en el pendón americano de la preconquista, figuraba nuestro inmenso territorio formando un centro arqueológico de vital interés en los valles Calchaquíes. Los menhires descubiertos en la zona de Santa María, y los yacimientos inagotables de piezas y de emoción, del Mollar, Hualfin, La Ciénaga, etcétera, ofrecieron a los sabios Ambrosetti, Debenedetti, Lafone y Quevedo, el material suficiente para sostener la existencia de un área de dispersión de la vieja cultura peruana desarrollada en los valles marianos, donde los pueblos diaguitas la enriquecieron al encerrarse en los maravillosos contrafuertes del Aconquija y la garganta de Macho Huañusca, sin olvidar el área que se extiende hacia el noroeste argentino. Durante muchos años quedó la investigación argentina suspensa en ese punto, y se dió por sentado que todo lo que se encontrara en los bordes o límites de esa área arqueológica debía pertenecer a los pueblos denominados diaguita-calchaquíes. De ahí que cuando, por primera vez le ofrecieron a Ambrosetti una pieza extraída de los túmulos de Santiago del Estero, departamento Robles, y que luego fuera catalogada en el Museo de La Plata con el nombre "Jesús Hernández", dijera que pertenecía a la misma cultura que se había extendido sin mayores trascendencias.

Años después, dos estudiosos franceses, los hermanos Emilio y Duncan Wagner, hicieron una revelación al mundo científico: En las llanuras santiagueñas existen vestigios de una civilización americana trascendente, que puede competir preeminencias con las más desarrolladas del viejo y nuevo continente.

Esta civilización se habría desarrollado en la Mesopotamia y el Chaco santiagueño, y la componían pueblos de vida sedentaria, pastores y agricultores. Los hermanos Wagner, que habían explorado ya regiones del Brasil antes de llegar a Santiago del Estero, "eran dos muchachos a quienes el Museo y el Instituto de París habían confiado las investigaciones de los orígenes de diversas culturas indoamericanas. Un día, explorando los ríos y atravesando los desiertos boscosos de la parte noroeste de Santiago del Estero, llegaron hasta las poblaciones del centro de esta provincia. Nadie los conocía, nadie les hacía caso. Parecía que tuvieran dinero; de cuando en cuando se asomaban al correo, mandando grandes paquetes "para lejanas partes". Siempre silenciosos, pero no huraños,

afables con la gente humilde, a la cual ayudaban, y gustando intervenir largas conversaciones. Se establecieron en Icaño; la gente los miraba con curiosidad, pero no con temor. La única noticia que se tenía en Santiago era lo que los paisanos decían en su lenguaje pintoresco: "Por ahí andan dos gringos meta cavar la tierra". Pero a los paisanos les gustaba ir a cavar la tierra con los gringos. Los Wagner, para el trabajo, habían establecido una técnica del trueque por demás curiosa. No pagaban el trabajo de los paisanos con dinero, sino con objetos con frecuencia de mucho más valor que la suma que deberían abonar por la tarea. A uno le regalaban un apero, a otro una máquina de coser, al de más allá útiles de labranza. Y en todo el paisanaje comenzaba a notarse un bienestar que antes desconocían, porque el paisano no gastaba en lo indispensable el poco dinero que ganaba.

Los Wagner seguían trabajando en el campo que habían adquirido. La verdad era que estaban trabajando para el Museo de París, adonde habían enviado ya miles de piezas. El trabajo estaba bien distribuído entre ambos hermanos. Emilio era el que cavaba la tierra, el que dirigía las búsquedas. Duncan, con espíritu de poeta, enamorado del color y la forma, era el que efectuaba las reconstrucciones y avivaba los dibujos de las piezas. Su pasión de investigador no se limitaba a las piezas de la cultura, sino también a averiguaciones entomológicas. Tanto es así, que sus colecciones de insectos y sus dibujos de los mismos podrían ponerse al lado, sin desmedro, de los del gran Fabre. Y así fueron gastando toda su fortuna en estos trabajos, sin que hubiera realmente una remuneración de parte de nadie. Cuando se declaró la guerra del 14, los hermanos Wagner dejaron abandonado su campo de Icaño para ir a defender su Francia. Estuvieron allí largo tiempo; pero volvieron. Emilio Wagner había perdido la voz a raíz de una herida. Y siguieron trabajando.

Cuando volvieron se encontraron con que el campo de Icaño estaba en poder de otros. No quisieron discutir ni pleitear y fueron tranquilamente a un lugar que se llama "Llagta Mauca", que traducido del quíchua quiere decir "Pueblo Viejo". Y es allí donde hicieron maravillosos descubrimientos que dieron lugar a su obra magna. Hecho tan trascendental no podía quedar en el misterio. Se promovió un movimiento popular para que todas aquellas piezas valiosas no salieran del país. Fué entonces cuando "La Brasa", institución de artistas y escritores, pidió y obtuvo del gobierno que prohijara estas investigaciones y que declarara bien público a todos los elementos que fueran descubriéndose. Es así cómo se formó el Museo Arqueológico de Santiago del Estero.

En la actualidad existen más de 30.000 piezas, encontradas en diversos puntos de Santiago del Estero; pero las más ricas y variadas fueron halladas en la zona denominada "Llagta Mauca".

lugar donde se cree estaba situado el corazón del viejo pueblo que sus descubridores llaman con el altisonante y lírico nombre de "Imperio de las Llanuras".

* * *

Desde un principio, los hermanos Wagner afirmaron encontrarse frente a una civilización madre. Intérprete literario de esas afirmaciones fué Canal Feijóo al escribir estas palabras: "El arte calchaquí juega con iguales valores simbólicos o expresionales que el nuestro, pero bajo una forma barroca, desfigurada, desequilibrada, rebuscada, visiblemente degenerativa. Si puede establecerse alguna relación entre ambos, habría que decir que el arte Chacosantiagueño es el arte clásico de la plenitud espiritual y el arte calchaquí el romántico anarquizado de una decadencia. Las raras similitudes entre el arte chacosantiagueño y el del período neolítico europeo permiten por ley de sincronismo retrotraerlo a unos diez mil años atrás, mientras que el arte calchaquí conocido es mucho más reciente, casi contemporáneo".

Pero esta supuesta antigüedad que los intelectuales santiagueños calculan a la civilización chacosantiagueña, no parte tan sólo de la simple o mesurada apreciación de los símbolos encontrados en los objetos de uso diario; se basa, además, en la similitud que existe en la planificación urbana de las zonas habitadas por estos pueblos con las de las tribus que poblaron la América del Norte, cuya antigüedad permanece aún sumida en largas discusiones y teorías en las que han intervenido autorizados arqueólogos y etnólogos como Pericot García, Cyrus Thomas, Beauchat, etcétera. El estudio de los Wagner ofrecía un aspecto interesante, ya que los antiguos habitantes de la provincia de Santiago del Estero —al igual que los *mound-builders* del sur y sudeste de América del Norte— fueron verdaderos *mound-builders* —constructores de túmulos, o sea hombres que fabricaban sus casas sobre altos túmulos— de la América del Sur". Ellos agregaban, para dar una visión exacta de la estructuración urbanística de los habitantes de la civilización chacosantiagueña: "Centenares de miles son los túmulos diseminados en las planicies de la Mesopotamia y del Chaco santiagueño. Tales montículos dispuestos en grupos irregulares o alineados para formar avenidas, y los depósitos abiertos a sus pies, con piezas de alfarería rotas, es todo lo que queda de las viejas aglomeraciones prehistóricas, ciudades, pueblecitos y aldeas, donde las antiguas razas precolombianas cuyo origen e historia se pierden en la noche de los tiempos, cumplieron en esta porción de tierra argentina las distintas etapas de su existencia, sin haber dejado tras de ellas otro testimonio de su larga permanencia que los innumerables túmulos que sembraron en la campaña santiagueña y las piezas de cerámica e instrumentos de hueso y de piedra con tanta abundancia encon-

trados. Del examen atento y muchas veces repetido que ha sido efectuado de estas pequeñas eminencias, se ha demostrado, sin lugar a dudas, que se trata de montículos artificiales elevados por la mano del hombre. Su estructura lo prueba con amplitud. Están, en efecto, uniformemente construídos de un primer núcleo homogéneo compuesto de tierra tomada de los terrenos circundantes, sobre el cual han sido sucesivamente superpuestas capas de los mismos materiales. Aun cuando estos montículos hayan sido poco empleados como sepulturas, es conveniente darles el nombre de túmulos, empleando este término en el mismo sentido que el de *mound*, generalmente usado para designar los montículos artificiales de diferentes dimensiones construídos por los *mound-builders* de la América del Norte, y que, como claramente lo especifican los autores más al corriente de la cuestión, comprendían igualmente los *mounds* destinados a recibir sepulturas y los construídos para servir de asiento a habitaciones.

En el caso presente, los túmulos, cuyas mayores dimensiones no pasan de 25 metros de ancho por 50 de largo y 3 a 4 metros de altura, en su casi totalidad, sólo sirvieron de lugares de habitación, o de sepultura, y todo tiende a probar que estuvieron ocupados durante larguísimo tiempo. Los que escapan a esta regla, por así decir, general, se hallan situados al borde de grandes receptáculos cavados por la mano del hombre; otros construídos *ad-hoc* y que no muestran ninguna señal de haber sido habitados, fueron visiblemente dispuestos en forma de diques para facilitar el descenso de las aguas pluviales hacia los depósitos destinados a contenerlas. Forman, en este caso, verdaderos terraplenes de 2 a 3 metros de altura, que se extienden hasta distancias a menudo grandes".

Esta forma de levantar sus pueblos se encuentra en la llanura santiagueña como una regla invariable de esta supuesta civilización. No se nota en ningún lugar vestigios de que las habitaciones estén a ras del suelo; en cambio, la variante existe, sin duda alguna, en otras zonas argentinas de yacimientos arqueológicos, cercanas o distantes.

* * *

Los hermanos Wagner se afirman en que los únicos fabricantes de túmulos en la América del Sur fueron los habitantes de la llanura santiagueña, ya que en las culturas aborígenes del Chaco estudiadas por el profesor Enrique Palavecino con tanta dedicación, no se encuentran trazados de pueblos que tengan las mismas características que el de Llagta Mauca, pese a la corta distancia que puede calcularse entre el área central de esa civilización y los pueblos limítrofes. En cambio, buscando correlación de esta cultura con las que florecieron en América, sólo la encontramos en la distante y misteriosa civilización que llena el territorio de América del Norte entre el

Mississipí y el Atlántico, de la que Pericot García afirmaba que era objeto de incesante estudio porque hasta el momento no se había tenido noticias de que en la parte Sur de América hubieran pueblos antiguos que construyeran túmulos. M. Beauchat, en su "Manual de Arqueología Americana", nos dice: "¿De cuándo datan los túmulos de América del Norte? La cuestión es de las más difíciles de resolver. Ningún dato geológico puede servir para asignarles fecha, ni tampoco pueden proporcionarnos, en este respecto, ninguna indicación precisa los hechos antropológicos o tecnológicos. Las hipótesis que se han aventurado se basan, por tanto, en fundamentos muy poco firmes.. En un número bastante grande de *mounds* han crecido árboles, algunos de los cuales han alcanzado dimensiones relativamente enormes. Se ha tratado de descubrir la época en que los *mounds* fueron abandonados, contando los anillos de crecimiento. Este medio de calcular ha dado resultados bastante diferentes. En un *mound* de Ohío se derribó un árbol que contaba ochocientos anillos; en otro, un castaño de veintitrés pies de circunferencia, que tenía seiscientos círculos concéntricos. A un cedro blanco de Wisconsin se atribuyeron ochocientos sesenta años. Pero como las diversas especies arbóreas no crecen con la misma rapidez, este modo de calcular carece de precisión".

Desechada la antigüedad, queda en pie el misterio de una civilización que no ha revelado nada en concreto, pero que se aferra a la prueba aportada por M. Warner, del Instituto Smitsoniano, que en 1872 descubrió en un *mound* de Wisconsin el "elephant mound", con lo que se trató de hacerlo contemporáneo del mastodonte. Esta prueba, que significa para los Wagner el punto de toque de la antigüedad de la civilización Chacosantiagueña, si bien no es de mucha consistencia, se mantiene en pie, hasta tanto la investigación arqueológica desemboque en un hecho más definitivo.

§ 3. *Las artes decorativas en el Imperio de la Llanura. -- Las divinidades. -- Un viaje al viejo pueblo*

Los que hemos estado cerca de los hermanos Wagner y escuchamos de sus bocas las primeras palabras sobre la civilización chacosantiagueña, sabemos la emoción que nos han deparado las piezas que actualmente existen en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, y las que han salido del país para enriquecer los museos del extranjero. Las primeras revelaciones hechas en "El Liberal" de Santiago del Estero nos presentaron a la divinidad antropoornitoofídica (hombre, pájaro y serpiente) en las tres estilizaciones que podemos ver en la figura número 4 y que es una reproducción de la urna funeraria llamada "Jesús Fernández", y en la pintura realizada en el interior de un puco (fig. 5) existente en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, y en la reproducción de un

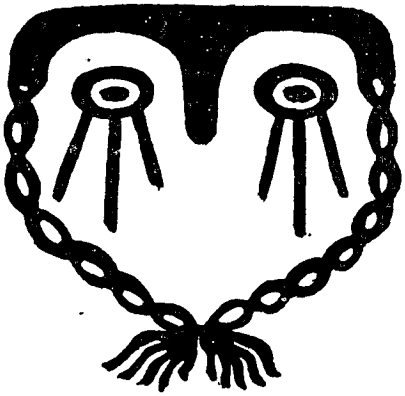


Figura 11

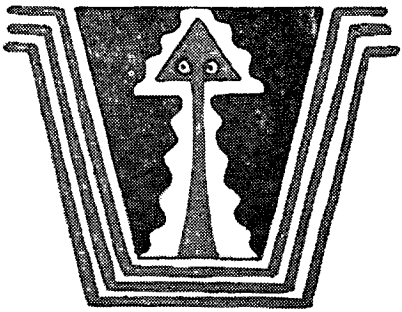


Figura 14

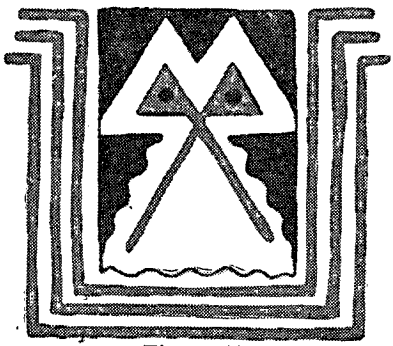


Figura 12

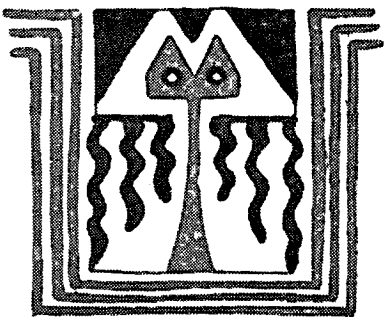


Figura 15

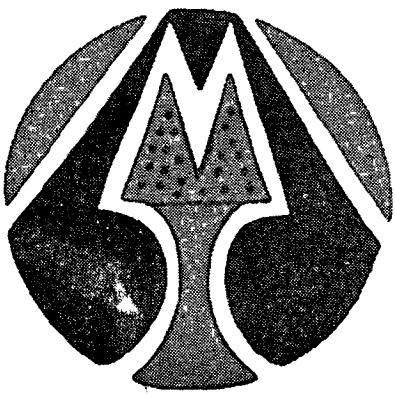


Figura 13

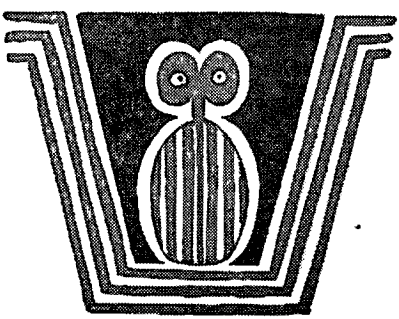


Figura 16

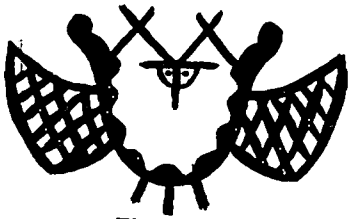


Figura 17

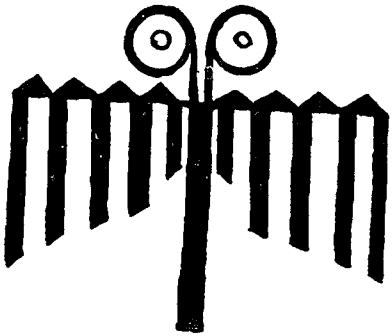


Figura 20

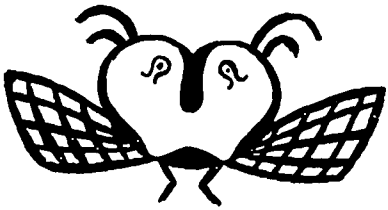


Figura 18

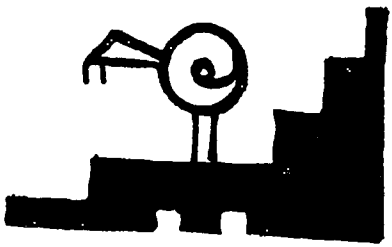


Figura 21

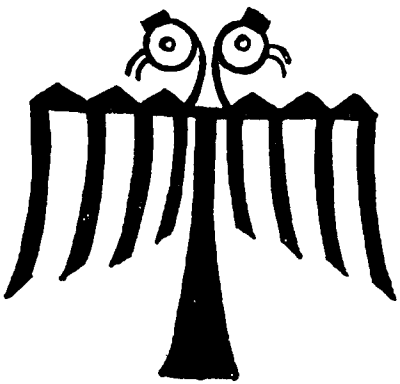


Figura 19

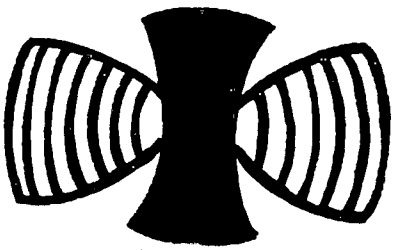


Figura 22

puco desenterrado por mí el año 1939 en el lugar llamado El Esquinero, departamento Robles.

Luego de conocer estas muestras primordiales de la divinidad trinitaria del Imperio de las Llanuras, entramos de lleno al conocimiento de ese caudal arqueológico que los hermanos Wagner ponían a nuestra vista y propalaban para entrar de lleno al terreno de la discusión pública. Luego se hicieron familiares con el estudio amplio y sereno de la materia las estilizaciones que presento.

Fig. Nº 4: Estilización de líneas más severas, donde el elemento antropomorfo se define en armoniosa figuración, y el ornitomorfo en el remate de la doble cola, las patas y el despliegue de los magníficos flancos, y el ofídico en el penacho de cabellos.

Fig. Nº 5: Estilización más ingenua, pero no por eso menos rica, en pleno atributo de su concepción trinitaria, sin variar en un momento su singular realismo adaptado en un todo a las características primarias: hombre, pájaro y serpiente.

Fig. Nº 6: Estilización en la que, uniendo la divinidad madre con la divinidad plañidera, ya que, como notarán ustedes, de cada ojo sale un chorro de lágrimas, en el momento que despliega sus alas y vuela a las regiones de la muerte para dejar en ella la carga de un alma vencida.

Fig. Nº 7 y 7b: La divinidad toma forma resuelta de un ave en pleno vuelo, en esta reproducción que se repite en un puco perteneciente a la colección del profesor Haunschild, de La Banda.

Fig. Nº 8: Se trata de una magnífica estilización del puco existente en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero. De este simbolismo, Idalia Rotondo, en su libro "Llagta Mauca" dice que tal vez se trate del mito que el padre Lozano refiere de la siguiente forma: "Dicen que el sol y la luna se mueren cuando se eclipsan, y el eclipse de sol —añaden—, proviene de ponérsele delante un pájaro grande que, extendiendo las alas, embaraza sus luces".

De la manera que he mostrado se nos da la representación de la divinidad antropoornitoofídica de las viejas razas del Imperio de las Llanuras. "Las efigies estilizadas de esta divinidad proteiforme y de sus atributos, entran con gran frecuencia en la decoración tan elegante como variada de las innumerables piezas de alfarería de Santiago del Estero. Se las encuentra en los flancos de las urnas funerarias, en los vasos ceremoniales y en las numerosas piezas que servían para el culto, probablemente complicado, de esta divinidad inverosímilmente atmosférica, que extendió sus alas sobre las dos Américas y hasta más allá de ellas", como decían los Wagner.

Ellos mismos, en un afán demasiado lírico, pero no por lírico menos respetable, dicen: "El conjunto de las numerosísimas piezas de cerámica de Santiago del Estero revela una escuela fundamental, con una sola y grande línea directriz y con cánones severos que excluían la fantasía. Este arte decorativo es tan homogéneo, tan ponde-

rado, tan matizado en su conjunto y en su simplicidad, que, comparado con los de otras regiones de ambas Américas que con él se relacionan, puede ser considerado como su forma clásica".

* * *

En efecto; una escuela fundamental predomina en esta alfarería del Imperio de las Llanuras, y en todas vemos invariablemente la divinidad antropoornitoofídica en el aspecto proteiforme. Cuando ésta no aparece integrada en su aspecto común, como lo denota la urna funeraria, decorada con dos efigies, procedente de la colección del ingeniero Hauenschild, de La Banda, aparece desintegrada (Fig. 9) en esta urna encontrada en Icaño, costa del río Salado, en la que puede verse el conjunto de la divinidad, disperso en una especie de rompecabezas, en el cual puede señalarse los ojos de la divinidad plañidera, la nariz, los cabellos o elemento ofídico y las alas en forma de serrucho formando una peana.

La divinidad no se encuentra muy comúnmente en esta anarquía de valores esenciales, más bien se desintegra en la formación de guardas y grecas en las que aparece el elemento ofídico, como lo demuestran las piezas decoradas en rojo, blanco y negro, y representa la serpiente de dos cabezas —muy común en la alfarería chacosantiagueña— en la misma estilización, donde las líneas ofídicas forman un meandro en torno al puco, y dentro de cada casilla se encuentra la serpiente de dos cabezas en posiciones contrapuestas, formando un bonito conjunto decorativo (Fig. 10).

La guarda ofídica se repite en las estilizaciones siguientes: Fig. 11: Serpiente bicéfala en un meandro ofídico, en la cual el artista divide el motivo en dos en un juego de colores. Fig. 12: Serpiente bicéfala que sube del centro de la urna hasta los bordes de la misma y que se repite en torno a la vasija en blanco, rojo y negro, formando una masa orgánica y magníficamente construída. Fig. 13: Las guardas ofídicas forman trapecios invertidos y contrapuestos, y dentro de cada cual aparece la serpiente de dos cabezas en un movimiento gracioso que se lo imprime el decorado del fondo, en negro. Figs. 14 y 15: Encajonada en la misma guarda ofídica aparece la serpiente de dos cabezas proyectadas hacia ambos lados, y en ambas partes cuelgan sendas serpientes de tamaños dispares, pero formando juego armónico.

En la figura 16 vemos cómo el elemento ofídico transforma sus líneas rectas en armónicas circulares y convierte el elemento decorativo anterior en un pájaro finamente estilizado.

En esta desintegración de los elementos decorativos vemos al pájaro desde su concepción realista hasta su estilización artística: Fig. 17: En su concepción antropomorfa. Fig. 18: Tendencia antropoornitomorfa. Fig. 19: Aguila bicéfala. Fig. 20: Aguila bi-

céfala rígidamente estilizada. Fig. 21: Loro. Fig. 22: Estilización rígida de pájaro.

* * *

Encontramos en esta civilización entusiastamente llamada del "Imperio de las Llanuras", un símbolo por demás sugestivo y lleno de alta significación en la arqueología comparada. Me refiero al ojo en la palma de la mano.

Spiden, "cuya inquieta inteligencia, siempre en acecho, ha intentado arrancar a la Esfinge Americana la palabra de todos los enigmas que nos presenta sin descanso, hace notar muy sabiamente, a propósito de las manos pintadas o grabadas de modo realista en las piezas de cerámica, en la roca o en las paredes de monumentos, que en su opinión, no son bastantes para demostrar irrefutablemente la existencia de dependencias culturales entre los diferentes pueblos de la tierra que las hayan figurado de manera más o menos semejante. Mas, apresúrase a agregar que no ocurriría lo mismo si se encontrase en otros pueblos, la célebre mano de los *mound-builders* de la América del Norte, que lleva trazado en la palma un ojo humano. A esta rara concepción otorga Spiden un sentido indudablemente esotérico, y admite que en cualquier parte en que fuera encontrada constituiría una correlación de la mayor importancia".

Clarence B. Moore fué el primer arqueólogo que señaló el sugestivo símbolo llamado hasta hoy de "Moundville Eye" (Ojo de Moundville), de acuerdo al encontrado en la localidad de Arkansas. Representa el mismo dos serpientes anudadas formando círculo, en cuyo centro se puede ver el ojo en la palma de la mano. Los motivos han sido grabados en un disco de piedra de uso ritual. En el dibujo de la parte inferior de la misma lámina nos encontramos con el mismo símbolo en un *pendentif* de cobre repujado, perteneciente al mismo pueblo de Arkansas, y el escudo de un guerrero mexicano decorado con dos manos con ojos en la palma, formando con esos símbolos un rostro antropomorfo. En la misma lámina veréis una divinidad totémica de los Hidastas, pueblos de Alaska, en la que el ojo ha sido colocado en ambas palmas de la mano y en el vientre.

Estos símbolos, que ofrecen motivos de interesantes discusiones en el mundo de la arqueología moderna, han sido encontrados en las decoraciones de la alfarería chacosantiagueña. Abregú Virreyra dice que, quienes sugirieron por primera vez la trascendencia de ese paralelismo, sostuvieron que las manos estilizadas que abundan en las colecciones argentinas podrían representar el mismo simbolismo del dios Kah-Ul, adorado en la ciudad maya de Izamal. Tal deducción señaló nuevos contactos de la familia precolombina, como lo habían denunciado Spiden, Ernst y Uhle con respecto a las culturas del altiplano y el occidente de Venezuela con las de

Centro América, pues a la luz de la cerámica excluía hasta entonces el llamado "Imperio de las Llanuras".

Abregú Virreyra, que quiere encontrar un punto de apoyo firme para proclamar la afinidad de las culturas precolombinas, se fija en el ojo de Moundville y lo correlaciona con una leyenda del dios de los matacos que fuera recogida por Enrique Palavecino para las colecciones etnográficas del Museo de Historia Natural de Buenos Aires en el año 1940, en la que, de acuerdo al relato del indio Antés, de esa leyenda, le permite reducir la "potencia simbólica del óvalo que se destaca en la palma de la "Mano de Moundville" al valor de un sexo y no de un ojo". La leyenda dice que Takjuaj, dios de los matacos, era solo, pero tenía un brazo suelto, del que nunca se separaba. "Este brazo, al ser concebido por Takjuaj, dió a luz una mujer pequeñita, que se puso a bailar, y al cabo de dos días fué creciendo y se hizo grande y se casó con Takjuaj". El mismo escritor se extiende en estas consideraciones para explicarse la identidad que pretende darle al símbolo del ojo de la mano: "Dándole a esta relación su verdadera significación primitiva, buscamos la explicación del conjunto orgánico de las facultades mentales del hombre precolombino que asociaba a una de las aberraciones del instinto el origen de la especie y recién entonces tratamos de interpretar los elementos decorativos de la famosa figura esculpida en piedra negra de la cultura Maya, que representa al dios Mano de Izamal".

El disco de Arkansas podría ofrecer, siguiendo la línea de Abregú Virreyra, un "reconocimiento rápido de las noticias del indio Antés sobre el brazo fecundado de la leyenda mataca, pues el dedo pulgar y el óvalo de la mano de esta iconografía tienen formas de sexos, y ciñen la imagen central del símbolo dos serpientes de cascabel en momento de fecundación, y lo confirma el mismo ojo que en el vientre ostenta la divinidad totémica de los Hidastas."

* * *

Pero el símbolo no entraña una misma definición en otros casos y puede constituir el significado del ojo eterno que, evolucionado en nuestra cultura, lo vemos actuar desde el cielo con el nombre de Dios en acecho de todas las cosas que suceden en la tierra. Así. el ojo en la palma de la mano que integra la figura de un escudo mexicano pudo tener en los pueblos primitivos el mismo simbolismo que la iconografía religiosa que evolucionó hasta presentarlo en el triángulo omnipotente.

En ese escudo de viejos guerreros mexicanos están los símbolos del Dios eterno, en blanco y en negro, que pueden ser la noche y el día, o la vida y la muerte, como una disposición fatalista inhe-

rente al oficio de la guerra o como un divino conjuro contra los hados adversos.

En la cerámica griega del siglo IV antes de Jesucristo vemos en los lekitos funerarios el mismo símbolo en el escudo del guerrero: el ojo profiláctico que le evitará maleficios camino del Hade.

* * *

Este ojo, sexo, o profiláctico, o eterno, característico en las pruebas de los fabricantes de túmulos de Arkansas, lo encontramos en la decoración chacosantiagueña en esa "plenitud espiritual clásica", que dijera Canal Feijóo al comparar los valores simbólicos de esta cultura con la calchaquí. En los pucos que muestran las figuras con ojos nos hallamos con magníficas guardas rodeando el barreño donde la mano con el "ojo de Moundville" se muestra en formas realistas en manos continuadas, y en el caso del que aparece en la parte superior de algunos pucos, vemos las manos formando grecas en una caprichosa pero armoniosa intención, alargándose en brazos que se unen entre sí en un fraterno propósito de elevado espíritu.

Ya en otros pucos aparece en la parte inferior y notamos que las manos se prolongan con tendencia a estilizarse. Ahora, los brazos no tienen la forma realista que hemos visto en los pucos anteriores, sino que aparecen en ondulaciones como si se trataran de elementos ofídicos. La fantasía del autor comienza a crear los motivos decorativos sin apartarse de su línea matriz, para llegar, evidentemente, como lo vemos en otras láminas, en una magnífica estilización de gran efecto, y en donde la estilización de la "mano de Moundville" ha culminado en innumerables motivos decorativos.

* * *

En la figura 28 vemos un poco decorado en grecas coloradas, negras y blancas, y la evolución que experimentan las manos hasta llegar a una estilización de bonitos contornos, pero sin el ojo; en cambio, vemos en otras láminas pucos que observan sus líneas decorativas en una posición maniforme donde el ojo en la palma de la mano está logrado en una inteligente evolución.

¿Qué pueblo artista concibió estos símbolos, desde el realismo hasta su espiritualización en este vasto territorio casi inhóspito de Santiago del Estero?

Dicen los Wagner: "De los testimonios que ese pueblo ha dejado a su paso, en el largo tránsito por el territorio argentino, los constructores de los millones de túmulos existentes en la Mesopotamia y el Chaco santiagueño, nos dejaron con extraordinaria prodigalidad, antes de abandonar —de manera envuelta en el mayor

misterio hasta el presente— el vasto territorio en que habían establecido sus dominios, ninguno más característicamente representativo que las innumerables efigies de la Gran Divinidad alada Trinitaria con rasgos de Hombre, Pájaro, Serpiente que se encuentra por doquier. A esta divinidad rindieron culto fervoroso las Viejas Razas desaparecidas hace ya tantos siglos y que tuvieron en las selvas profundas y en las inmensas llanuras que se extienden desde el río Dulce hasta el río Paraná, por espacio de milenios quizás, un asilo que si tal vez no permaneció inviolable hasta el fin, al menos vióse respetado durante un lapso muy prolongado.

"En suntuosas urnas funerarias, en miles de piezas de cerámicas ceremoniales o rituales de sorprendente hermosura, destinadas a los usos del culto que le era piadosamente rendido, y pintada o modelada en relieve, ya sea bajo la forma más acabada o ya bajo otras, muy extrañamente estilizada a veces, pero reconocible siempre con facilidad, aparece esta otra divinidad neolítica de la prehistoria americana, que parece hermana de las grutas del Marne o de la ciudad de Priamo. La acompañan a menudo el símbolo de la serpiente o el de la mano humana, representados separadamente, unas veces, y otras combinados muy ingeniosamente, con indudable y nunca desmedido sentimiento de la belleza artística.

"Separadas entre sí por distancias considerables que alcanzan hasta centenares de kilómetros, se encuentran imágenes de esta omnipresente divinidad de los tiempos idos. Todas fueron mantenidas rigurosamente fieles al modelo canónico primitivo, impuesto por alguno de los primeros sacerdotes de estos pueblos desconocidos, en una época infinitamente lejana de la historia del mundo, al dibujarla por vez primera en el flanco de alguna bella urna funeraria, con lo que le imprimió el sello de unidad sagrada, de inmutabilidad y de continuidad en el espacio y en el tiempo, que estaba destinado a ser piadosamente respetado por todos hasta el momento de sucumbir el último de su raza..."

* * *

Un domingo plomizo nos ha tocado en suerte para emprender viaje rumbo a la zona de los túmulos, donde duerme su eternidad el viejo pueblo de elevada cultura que descubrieran los hermanos Wagner.

Salimos de Fernández, población sobre la línea principal del ferrocarril Central Argentino, distante cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad de Santiago del Estero. Vamos en dirección al ranchería de Majla, en cuya zona el viejo colonizador don Jesús Fernández descubriera maravillosas cerámicas que actualmente figuran en el acervo arqueológico del museo santiagueño.

El camino es pesado como todos los de la provincia. El suelo,

arenoso y salitroso en su mayor parte, hace dificultosa la marcha de las bestias. A ambos lados del camino, que se alarga en mitad del boscaje, crece una vegetación dura e informe que acrece y decrece a medida que avanzamos. La más diversa variedad de cactus se sucede a nuestra vista; los más recios troncos de quebracho y algarrobo se levantan ansiosos de altura, y tuscas espesas y chañares se precipitan hacia el alambrado del camino.

Esta tierra santiagueña, tan llena de pájaros bullangueros, no ha podido saludarnos esta mañana plomiza. Las rubialas, los quetubíes, los cardenales, las catitas, han preferido quedarse en la madura cobija de sus nidos porque no hay un sol que caliente sus cuerpos, ni luz que adorne de brillantes contrastes su pulido plumaje. En cambio, los corrales, que han mantenido la hacienda, temerosos de la tormenta, nos mandan desde la ranchada dispersa en el monte, el triste balido de las ovejas o el silbido del arriero. Tampoco se callan los perros que envían, como el viejo tambor indígena, broncos ladridos que retumban en la campana gris de esta mañana tan obscura como el agua de la acequia.

Marchamos pendientes del paisaje queriendo interpretar la condición de su dureza. El monte parece tener vida plasmada, y hace tiempo cumplida se ha quedado estática en un telón de siglos. Y el suelo blanco es como una mortaja que guardara el misterio de un cataclismo y le diera un clima petrificado. El verde de las plantas es intenso, sin variedad de matices y se alarga monótonamente hasta que encuentra un claro en su marcha y luego la retoma en una continuidad de vinales, quiscaloros, mistoles, algarrobos, jarillas y chañares.

Ya estamos en la zona de Majla, cerca de los túmulos próximos a los enterratorios donde se reveló esa extraña civilización chacosantiagueña que los hermanos Wagner estudiaron con tanto empeño.

* * *

Aparecen los túmulos en una altura que varía entre dos y tres metros, y con un diámetro de cinco a seis metros; algunos de ellos se prolongan sin intermitencia y otros se desvinculan por bajíos de diez a quince metros. Su tierra es floja a la presión de la pala; es una tierra finísima que, en la mayoría de los casos guarda una humedad pareja debida a la sombra del monte bajo. A medida que se cava con la técnica que los expertos aconsejan, o sea desde uno de los extremos del túmulo para ir avanzando hacia el centro, se ven capas de cenizas, de vegetales carbonizados, de huesos de animales pequeños y grandes, y trozos de tejas decoradas que son restos de vasijas de cerámicas de todos tamaños y calidad.

Hemos observado la falta de uniformidad en los objetos que encontramos de túmulos en túmulos, lo que evidencia que cada

uno de éstos era un lugar que correspondía a una actividad determinada en el pueblo precolombino. Aquí, en este pueblo a donde llegamos por primera vez, hemos encontrado piezas relativamente pobres en pinturas y en material de alfarería. Lo único digno de mención es un trozo de un vaso circundado por una doble serpiente que desaparece en el contorno de la pieza sin llegar a unirse, y un puco en cuyos bordes puede verse el magnífico relieve de la Divinidad Plañidera. En cambio, a una legua, más o menos de esta zona, en el llamado Esquinero, sobre el camino principal que va a Robles, encontramos las más ricas variedades.

A poco que nos internamos en el túmulo, aparece una alfarería recubierta con una capa de salitre que ha adherido fuertemente a través del tiempo anulando su pintura; está llena de huesos humanos, casi pulverizados o mantenidos en fibras muy sensibles. Tenemos en nuestras manos un magnífico puco en cuyo interior está dibujada la imagen básica... He aquí bajo la pala descubridora la Divinidad Plañidera en un trozo de tinaja. Es un relieve de curiosa realización donde aparece la deidad con los ojos vertiendo abundantes lágrimas; el contorno que da la impresión de la cara está delineado en forma de collares que se juntan en la parte superior hasta formar la nariguera. Este atributo, que según los Wagner estaría reservado a los soberanos y sacerdotes, se encuentra representado en la iconografía de los pueblos precolombinos que alcanzaron gran cultura, y, en el mundo celestial era atributo de las divinidades y también lo era de los totems animales.

El descubrimiento de la nariguera en la cerámica del Imperio de las Llanuras ha significado en los estudios de los hermanos Wagner un formidable punto de apoyo en la tesis que ellos sustentan. Olsacher, director del Museo de Córdoba, siguiendo la línea que trazan los sabios de la Escuela Santiagueña, dice: "En Europa y en Egipto era al parecer desconocida la nariguera, pero los semitas y los arios no la ignoraron y de ellos hay testimonios evidentes en la Biblia.

"Se creyó siempre que la dispersión de la nariguera estaba limitada a las regiones que conocieron el empleo de los metales. En el Chaco santiagueño no se han encontrado hasta ahora narigueras de metal y probablemente lo fueron algunos pequeños cilindros de tierra cocida que se han recogido en los túmulos. La nariguera aparece, en cambio, figurada en la alfarería de Santiago del Estero como lo estuvo en las de Guatemala, Yucatán, México, Ecuador y Colombia."

* * *

Podemos advertir en la zona de los túmulos, que éstos no guardan la misma proporción de altura y diámetro. Unos son mayores que otros, detalle que ha servido a los Wagner para suponer que

éstos pertenecieron a residencias de jefes de tribus, sacerdotes o sabios del pueblo.

Pese a la elocuencia que tienen estos rastros del viejo pueblo perdido en la selva dura e impávida, el profano y el iniciado se sienten sobrecogidos. Quizás el ansia de descubrir lo que aún no se ha descubierto y que dé una respuesta aproximada a cada uno de los interrogantes que asaltan a nuestra inquietud, es lo que pone en zozobras a nuestro espíritu. El más torturante para nosotros es el que queda sin respuesta: ¿Cómo desapareció esta civilización?... ¿Qué fatalismo desencadenado contra este pueblo lo separó con tanta saña de la historia humana?... El deseo de satisfacer en algo la curiosidad que nos invade, es lo que nos induce a mortificar nuestro pensamiento en torno de la conjetura.

Pensamos que fué un pueblo sedentario de pastores y agricultores que se disgregaron por desviaciones religiosas y tomaron el dominio de extensas regiones al parecer inhóspitas, pero que a fuerza de trabajos pacientes se hicieron habitables.

Allí, una vez asegurada la subsistencia material, libres de la valla que limitara el horizonte de su idealismo y originara el éxodo, pudieron librar sus inquietudes a los cuatro vientos. Desbordóse así la superestructuración de sus vidas en mayor deseo de espiritualidad y fué tejiéndose en pacientes jornadas de paz de unos campos fecundos y la sublimación del alma satisfecha por la libre y espontánea acción de sus ritos. Avanzó desde la cordial hondura de la tierra que se hacía campo, y campo que se hacía planta, y planta que se anudaba en raigambre dura de árboles corpulentos... Y árboles corpulentos que miraron la inmensidad azul para sacar de ella los signos cabalísticos que lograran la unidad de su cosmos. Y cuando lo hubieron logrado ¿qué extraña revelación tuvieron que rompieron los lazos de su historia para que no se manchara con la prolongación de una era arbitraria?

Pero, no; dejemos a esa civilización en el camino de su magnífica estructura y démosle un destino más en concordancia con la interpretación moderna de la historia. Allí donde esos pueblos construyeron sus viviendas, había buena y abundante tierra. El maíz producía en magnífica competencia con los tubérculos, algarrobas y mistoles; pero, para ello había necesidad de más agua; poco era lo que llovía y sólo en algunos meses del año. Construyeron sus viviendas en forma que fueron cauces del agua desprendida de las nubes, y fueron llevadas a grandes depósitos construídos de exprofeso, con lo que salvaron, en el buen aprovechamiento del elemento, el principal inconveniente. Pero es posible que al cabo de muchos años, hayan venido largas épocas de sol implacable y sequías espantosas que obligaron dejar aquellas tierras, hasta disgregarse así la tribu, o la familia... Y en la búsqueda de otras nubes más preñadas de agua tuvieron que someterse a pueblos inferiores que les im-

pusieron costumbres anulando por tal imperio la maravillosa civilización del singular pueblo de las llanuras.

* * *

Hace tiempo que la vida huyó de estas zonas sin dejar un hálito del espíritu que alentó a ese pueblo. Capas de salitre que superpuso el tiempo, formaron la mortaja que durante siglos velaran los árboles de la selva. Cuando los Wagner entran en el terreno de los cálculos, no pueden precisar sino que el amplio territorio donde habitaron aquellos pueblos estaba, desde hacía tiempo, yermo cuando las carabelas de Colón desplegaron las velas en busca de temerarias aventuras. Cuando por primera vez los pies calzados de hierro del conquistador español hollaron las hierbas de la pradera, y el cuerpo y el alma de sus bárbaros habitantes, las llanuras y las selvas de la actual provincia de Santiago del Estero sólo estaban ocupadas por unas cuantas tribus salvajes, errantes y miserables, vestidas con pieles y collares de plumas de avestruz, en quienes no parecía haber caído jamás el menor resplandor de una cultura algo elevada. Y, sin embargo, un poderoso imperio había subsistido allá durante mucho tiempo; los pueblos que lo constituían, habían alcanzado los beneficios de una civilización relativamente destacada que sólo pudo prosperar gracias a largos e ininterrumpidos períodos de vida pacífica, laboriosa y sedentaria.

FIN

El 12 de noviembre de 1947 se terminó de imprimir este libro en los talleres de la EDITORIAL CLARIDAD, S. A., San José 1645, Buenos Aires, bajo la Dirección General de ANTONIO ZAMORA.

COLECCION ARCO IRIS

Primera Serie -- Formato 16 x 21

1.—EL AMOR DIVINO, por Alicio Garcitoral. Una interpretación humana y social del amor divino de varios profetas, apóstoles y santos. Desde Lucifer, Buda, Moisés, Mahoma y otros hasta Loyola. 300 págs., con dibujos, enc. $ 5.

2.—FABULAS, por Montiel Ballesteros. Las mejores fábulas, mitos y leyendas indoamericanas del ilustre escritor uruguayo. 300 págs., encuadernado, $ 3.

3.—RIO DE LANZAS, por Paulina Medeiros. La época de la epopeya romántica de Artigas y Pancho Ramírez en las Provincias Unidas del Río de la Plata, y los amores de éste con Delfina. 250 págs., enc., $ 3.

4.—TEATRO RUSO, las tres obras maestras del teatro clásico de Rusia. Boris Godunov, de Pushkin; Baile de Máscaras, de Lermontov, y Espérame, de Simonov, precedidas de sendos estudios bibliográficos y críticos sobre los autores, por Lila Guerrero. 304 págs., enc., $ 5.

5.—EL RETORNO DE LA PRIMAVERA, por Fina Warschaver. La vida de la gran urbe reflejada en la pintura de los juegos infantiles que tienen la máxima expansión en la plaza pública. 208 págs. con ilustraciones, enc., $ 3.

6.—EL REINO DE DIOS EN EL PERU, por Werner Hoffmann. Una historia novelada de las campañas por la conquista del Perú, en la que se exalta la grandeza del imperio de los incas, las ambiciones de la soldadesca y las intrigas entre clérigos y militares. 240 págs., enc., $ 3.

7.—SELMA LAGERLOF, por Annie Jansen. Una biografía de la ilustre escritora sueca, revelando la magnífica espiritualidad de su vida y su obra. 208 págs., con ilust. enc., $ 3.

Segunda Serie -- Formato 16 x 23

1.—EL MITO, LA LEYENDA Y EL HOMBRE, por Félix Molina-Téllez. El estudioso del folklore, desde sus fuentes, carácter, definiciones y universalidad; el mito y la leyenda en todas las etapas de la cultura popular, son estudiados en esta obra, donde trasunta el alma nacional, con profundidad y dominio absoluto de la materia. 400 págs., con numerosas ilustraciones, enc., $ 10.

2.—DOS SIGLOS DE POESIA NORTEAMERICANA. Los poetas blancos y negros del norte americano, con biografías, selección, traducción y prólogo por Alfredo Casey. 300 págs., $ 8.

$10"/n